

# EL PÉNDULO

Número  
especial

BALLARD • LUNDWALL • GANDOLFO • SHELDON • TARDI

“EL LUGAR”

NOVELA COMPLETA DE MARIO LEVRERO



# INDICE

## Novela

97 **Mario Levrero** El Lugar

## Cuentos

- 21 **Sam J. Lundwall** Llévame río abajo  
27 **Sergio Gaut vel Hartman** Lapsos de reflexión  
53 **Elvio E. Gandolfo** El manuscrito de Juan Abal  
67 **David R. Bunch** El padre completo  
73 **Raçoona Sheldon** El eslabón vulnerable  
87 **Marcial Souto** Lobras  
91 **J. G. Ballard** Tú: Coma: Marilyn Monroe

## Artículos

29 **John Sladek** Los nuevos apócrifos

## Historieta

151 **Jacques Tardi** El demonio de los hielos

## Secciones

- 3 Crónicas terrestres  
19 Este número  
159 Correo  
162 En próximos números

## Tapa de Raúl Fortín



FATI



NINE



ANDRES CASCIOLI

# crónicas terrestres



## POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

### Eramos muchos, y no se murió la abuela

Los adelantos continuos de la ciencia y la tecnología médicas han ido provocando en los últimos años un curioso tipo de neurosis: "el síndrome de resurrección". Descripto someramente, consiste en la conmoción que suelen sufrir las personas allegadas a un paciente que se recupera de lo que tradicionalmente se considera una enfermedad fatal. Como con frecuencia el tratamiento exige internación larga, en el núcleo familiar o afectivo se ha ido creando un acostumbramiento a la "muerte" del enfermo, antes de que ésta ocurra en realidad. Cuando el mismo regresa, es como si volviera de entre los muertos y crea reacciones inconscientes o conscientes de rechazo; se cita el caso de un esposo que recibió a la mujer con tanto desagrado por su vuel-

ta que la llevó a un intento de suicidio dos semanas después de ser dada de alta de una operación cerebral.

Según el profesor de psiquiatría Charles David, los parientes pueden llegar a sabotear los tratamientos médicos o empujar al paciente a intentos de suicidio para que la situación que han "vivido" por anticipado se cumpla. Agrega que eso explica en parte la cantidad de ancianos internados en "hogares", o de parientes, incluidos niños, que son reclusos en clínicas o instituciones estatales de por vida. "Para las familias es un modo de enterrarlos mientras aún viven."

Como antídoto para el síndrome, David recomienda evitar el pesimismo crónico ante las enfermedades graves, y mantener una razonable cuota de esperanza, que sirva de paragonos de un posible "síndrome de resurrección".



### Opiniones I

Lo que quiero decir es simplemente que no estoy de acuerdo con quienes nos dicen que el dinero es maligno. Para mí la maldad suprema, la maldad más cruel y obscena, es la falta de dinero. He hablado con drogadictos sobre los síntomas de desintoxicación y no creo que sean peores que los que tienen que pasar el padre o el esposo promedio si se les corta bruscamente la provisión de dinero.

Hago la profecía de que cuando eliminemos la pobreza habrá de inmediato una disminución dramática, casi "milagrosa", de suicidios, homicidios, crímenes violentos en general, esquizofrenias, neurosis, dolencias psicósomáticas y los groseros modales de la sociedad capitalista. Como dijo Mae West: "He sido rica y he sido pobre, y ser rica es mejor." Para

mí eso es tan axiomático como "He estado enfermo y he estado con buena salud y la buena salud es mejor".

Mi amigo, Wayne Benner, tiene una sola pregunta con la cual juzgar a la gente: "Si pudieras hacer que todos fueran igualmente ricos o igualmente pobres, ¿qué elegirías?" Es asombrosa la cantidad de izquierdistas que contestan que harían a todos igualmente pobres. Eso equivale a decir que si uno pudiera hacer a todos igualmente saludables o darles a todos la peste bubónica, uno les daría la plaga. No creo que exista aún la escuela psicológica que pueda explicar a la izquierda; dar cuenta de ellos requeriría a una especialista en bilis.

Siento que los textos de la gente que ha perdido la fe en la humanidad son un veneno semántico. Hace unas noches oí a uno de estos autores amargados por la TV, diciendo explícitamente lo que es obvio para cualquier lector de sus narraciones: no le gusta la raza humana. Creo que el odio a sí mismo y el odio a la humanidad son profecías que se autorrealizan, que pueden muy concretamente producir todos los peores panoramas de desastre, si suficiente gente cree en ellas; pero reciprocamente, podemos resolver todos nuestros problemas personales y

sociales, si creemos en nosotros y en la humanidad.

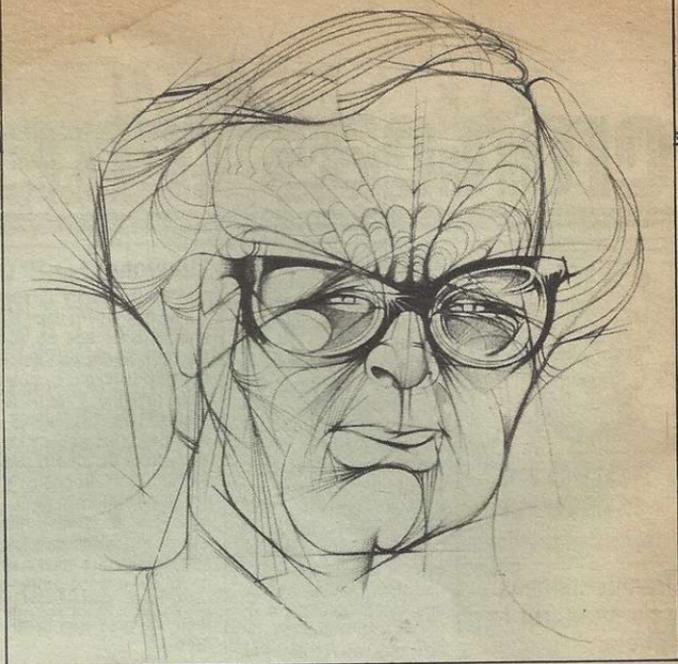
¿Puede el arte crear la realidad? Ya lo creo que sí. Conozco personas que viven en sombrías novelas naturalistas de los años 30, y personas que entraron al ocultismo por el camino equivocado y están viviendo la paranoia de **El exorcista**, y personas que están viviendo **Das Kapital**, y personas que viven en el Nuevo Testamento, y así sucesivamente. Prefiero vivir en la ciencia ficción, que es la realidad más excitante y divertida en la cual vivir. Por supuesto, no me refiero a la ciencia ficción misantrópica; me refiero a las visiones nobles y cósmicas de gente como Clarke y Heinlein y Olaf Stapledon.

Robert Anton Wilson

## Bradbury como domador

A fines de 1980 la avalancha de libros para regalo que invade el mercado norteamericano antes de Navidad produjo uno especialmente apto para ser comprado y obsequiado por adictos a la ciencia ficción: la editorial Alfred A. Knopf recogió 100 relatos de Ray Bradbury en un volumen de 884 páginas. La recopilación es lo que más se acerca hasta el momento a unas Obras Completas del autor de **Crónicas Marcianas**.

El valor específico de la obra de Bradbury se ha discutido en más de una ocasión. El encargado de



puntualizar disconformidades básicas fue en esta ocasión otro nombre importante del género, Thomas M. Disch. En un comentario sobre el volumen, luego de ubicar a Bradbury como el Escritor Oficial de Ciencia Ficción de Norteamérica, ataca su obra sobre todo en el aspecto estilístico, literario, evitando la fácil acusación de "reaccionario" que se le ha imputado desde otros ángulos.

"Tal vez sea elitista, en estos días, discutir el estilo de la prosa de cualquier escritor muy popular", dice Disch. "Una masa de lectores de varios millones demuestra que algún tipo de mensaje se trasmite". En un congreso reciente de maestros de escuela secundaria, me aseguraron que no hay escritor más enseñable que el señor Brad-

bury: hasta los lectores menos hábiles pueden transformar sus frases en imágenes dentro de sus cabezas. Los lectores desatentos, ingenuos y muy jóvenes probablemente estén mejor capacitados para construir agradables ensoñaciones a partir de la prosa aproximativa del señor Bradbury que si se les exigiera ejercitar los músculos lectores con más intensidad.

"La Defensa puede declarar que los esquemas amplios, los colores brillantes y los personajes estereotipados no excluyen la posibilidad del arte, o al menos de la diversión bien armada. Walt Disney y Norman Rockwell se han hecho querer por grandes públicos mediante tales medios. De hecho, hay otros puntos de comparación aún más pertinentes. Co-

mo Disney, Bradbury tiene el don de domar y esterilizar los cuentos de hadas y los mitos, de modo tal que hasta los faunos y los centauros puedan ser admitidos en el cuarto de los niños. Como el pintor Rockwell, Bradbury celebra las virtudes y sabores de un Modo de Vista Americano idílico, pueblerino, el mito sobre el cual se han fundado miles de suburbios.

"Puede haber cierto encanto en un arte de una ingenuidad tan sistemáticamente falsa, y algunos pocos escritores han logrado triunfar en los dos sentidos, al escribir cuentos que son entretenidos para los mayores y excitantes para los niños: Hans Christian Andersen, A. A. Milne, Maurice Sendak. Pero el señor Bradbury no forma parte del mismo grupo".

## "Whispers" y la literatura fantástica

Aunque en el aspecto literario el género fantástico ha atraído con mayor persistencia a autores importantes, en el aspecto comercial y de difusión ha sido siempre una especie de pariente pobre de la ciencia ficción. Frente a las decenas de revistas dedicadas a las astronautas, la vida en otros planetas o en sociedades diferentes, la única publicación fantástica que alcanzó notoriedad fue **Weird Tales**, que cobijara en sus páginas los relatos de H. P. Lovecraft y su círculo de amigos. Más adelante John Campbell publicó durante un tiempo la revista **Unknown**, más bien inclinada a un tipo de fantasía urbana, apoyada en el ingenio. Una breve temporada de la revista **Fantastic** (aquella en la que predominó la selección de Cele Goldsmith) sirvió para sacar del olvido a autores como Fritz Leiber y descubrir a otros, como Roger Zelazny. En la última década, sin embargo, el panorama de publicaciones es magro, por no decir inexistente.

De allí que haya que destacar la útil labor que desarrolla Stuart Schiff, editor y director de **Whispers**. La publicación es prácticamente la única con cierta calidad en los Estados Unidos. Al interés de sus colaboradores se une la excepcional calidad gráfica de la publicación. Impresa sobre pa-

pel de primera, incluye ilustraciones de los mejores especialistas, y un tipo de letra elegante, nitidamente impreso. Su fecha de aparición no es rigurosa, y abarca entre 3 y 4 números por año.

La tapa que reproducimos pertenece al Nro. 13-14. Hasta cierto punto el mismo constituye un homenaje a Fritz Leiber. Incluye una novela corta ("The Button Molder"), su fotografía, y una semblanza escrita por James Wade. Los demás relatos pertenecen al belga Thomas Owen y a David Campton, Glen Cook, Gerald W. Page, Brian Lumley, Steve Seyd, Charles L. Grant, Charles E.

Fritch, Roger Zelazny y Dennis Etchison. Dos artículos de Warner Munn y de Vernon Shea aportan nuevos datos sobre H. P. Lovecraft. En el aspecto plástico se destacan los portfolios dedicados a Steve Fabian (autor también de la pintura de la tapa) y Vincent Napoli. Por su parte Schiff dedica las primeras nueve apretadas páginas del número a hacer el inventario de todo lo publicado sobre el género. El próximo número de **Whispers** aparecerá a principios de 1982. Para mayor información dirigirse a Stuart David Schiff, 70 Highland Avenue, Binghamton, New York 13905, U.S.A.

## OPINIONES II

El hombre emplea la misma manifestación fisiológica —la risa— para expresar dos actitudes metafísicas distintas. El sombrero de alguien cae sobre el ataúd en una tumba recién abierta, el funeral pierde sentido y nace la risa. Dos amantes corren por la pradera, tomados de la mano, riendo. La risa de ellos no tiene nada que ver con las bromas o el humor, es la risa **grave** de ángeles que expresan su alegría de existir. Ambos tipos de risa están entre los placeres de la vida, pero cuando se los lleva a extremos también denotan un apocalipsis dual: la risa entusiasta de los ángeles-fanáticos, que están tan convencidos de la significación de su mundo que están dispuestos a colgar a todo quien no comparta el júbilo de ellos. Y la otra risa, que suena desde el costado opuesto, que proclama que todo ha dejado de tener sentido, que hasta los funerales son ridículos y el sexo grupal es una mera pantomina cómica. La vida humana está limitada por dos abismos: el fanatismo por un lado, el escepticismo absoluto por el otro.

Milan Kundera

## El otro Julio Verne

Dios libre y guarde a los autores de los investigadores póstumos. En los últimos quince años se ha puesto de moda descubrir datos o cons-



AGUA

truir interpretaciones de su obra que contradicen la imagen tradicional de Julio Verne como autor para la juventud. Cuesta reconciliar un hallazgo reciente con la imagen de tío burgués impecable, de lengua barba, atuendo correctísimo y mirada de positivista iluminado que nos ha impuesto la iconografía verniana.

En un volumen de **Textes oubliés**, a cargo de Francis Lacassin, se recogen poemas, canciones, discursos, crónicas y artículos del gran Jules. El libro se abre con un poema publicado en Bruselas anónimamente en un "Nuevo Parnaso Satírico del siglo XIX". Los datos incluidos permiten, según Lacassin y Pascal

Pia, asignárselo a Julio Verne, quien lo habría escrito en su bohemia juventud, antes del contrato con el editor Hetzel y el comienzo de sus "Viajes extraordinarios". Pia lo denomina "poema erótico", aunque sería más correcto calificarlo de obsceno y rabelaisiano. En nueve estrofas de ocho versos, perfectamente rimados, desarrolla con prolijidad lo que su título promete: "Lamentation d'un poil de cul de femme". El lamento está provocado por las incomodidades a que se ve sometido el pequeño protagonista en su lugar de residencia, y que lo lleva a una muy desagradable desaparición final, arrasado por malos vientos.



### Más sobre Finney

Cuando desenterramos **El circo del Dr. Lao** en una sección anterior (nos pareció indecoroso referirnos a "un polvo de estrellas anterior"), declaramos nuestro desconocimiento sobre la vida y obra de su autor Charles G. Finney.

Ahora, gracias a la generosidad informativa de Hermes Gosso, hemos podido enterarnos de lo siguiente: Charles Grandison Finney nació el 1º de diciembre de 1905. Se enroló en el ejército y sirvió en China entre 1927 y 1930. Cuando lo dieron de baja se fue a vivir a Tucson, donde consiguió un trabajo como corrector de pruebas del **Arizona Daily Star**. Escribía fuera de las horas de trabajo.

Su obra más notable fue **El circo del Dr. Lao**, que según se dice fue admirablemente ilustrada en primer término por B. Artzybasheff y más tarde por un tal Fish, en su versión londinense. La Metro Goldwyn Mayer realizó una adaptación cinematográfica bastante aguada de la novela en 1963, con el título de **Las**

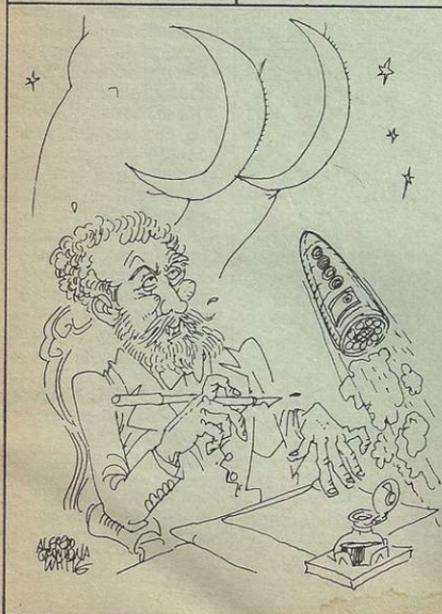
siete caras del Dr. Lao. Entre sus otros libros pueden citarse **Past the End of the Pavement** (Más allá de donde termina el asfalto), **The Unholy City** (La ciudad impía) y el volumen de cuentos **The Ghosts of Manacle** (Los fantasmas de Manacle).

### Libros enterrados: El congreso de futurología

La obra narrativa de Stanislaw Lem ha sido difundida masivamente en castellano por la editorial Bruguera. Sin embargo una de sus novelas, publicada en 1975 por Barral Editores de Barcelona, no ha sido incluida aún entre los títulos de la colección "Libro amigo".

La misma pertenece a la zona aparentemente más liviana de su producción, aquella que recoge las vicisitudes y aventuras del astronauta Ijon Tichy (como se lo denomina en esta novela), quien ya había protagonizado y narrado los cuentos de los dos volúmenes de **Diario de las estrellas**. Como en aquéllos, **El congreso de futurología** salta sin cesar sobre la cuerda floja de la sátira y la amarga ironía en su primera mitad, para hundirse en una prolija pesadilla de realidad desenfocada y dominada por la droga en la segunda.

La primera parte es la más original, y su extensión le permite alcanzar una cruel comicidad por acumulación que esca-





seaba en los relatos cortos del mismo protagonista, ese astronauta un tanto desorientado que visita utopías y antiutopías con la misma mirada entre escéptica e ingenua. El Octavo Congreso Internacional Futuroológico que se celebra en Costarricania pronto se ve invadido y desmenuzado por el caos del mundo en el que pretende imponer —a través de las distintas ponencias de sus participantes— asépticos y delirantes sistemas para solucionar problemas como la superpoblación.

El estallido de la violencia terrorista y de una paranoia que se filtra en todo, además de los incontables dardos dirigidos contra el folklore y las costumbres de los costosos y por lo general vacuos congresos científicos, están cargados de un humor sanguinario y grotesco, en el que se especializan los creadores checos y polacos (se piensa por momentos en Gombrowicz). La anarquía generalizada está descrita con notable energía, desde adentro, sin quedarse en una crítica

superficial y moralista al desorden y debilidades del mundo capitalista.

La segunda mitad es asimilable al costado más "serio" de Lem, aquél en el que desarrolla meticulosas pesadillas concentracionarias o kálfianas. Presenta un detallado fresco de un mundo futuro al que (aparentemente) viaja Tichy mediante el clásico sueño de unas cuantas décadas. El desvalido astronauta lentamente va descubriendo el papel que desempeña en

ese mundo utópico el uso de drogas alucinógenas. Las capas ilusorias que van cayendo ante el progresivo desvelamiento, descubren una realidad cada vez más terrible, en un "viaje" que recuerda por su poder disolvente las pesadillas de Philip K. Dick, el autor norteamericano que Lem más admira. Sólo es criticable la resolución final, que al dar una manida vuelta de tuerca le quita poder corrosivo a la región infernal del libro, devolviéndolo al

caos de las primeras páginas mediante un recurso narrativo mecánico.

La editorial Barral dejó de existir hace algunos años. De allí que sea un tanto raro encontrar este volumen, traducido por Melitón Bustamante, cuidado en sus detalles editoriales, y con una buena tapa de Julio Vivas. Sin embargo vale la pena rastrearlo, para completar con una pieza importante la imagen total de la obra de Lem.





## CINE

Anibal M. Vinelli

### A la hora señalada en las galaxias

No hay nada nuevo bajo el sol. No hace mucho, el productor Roger Corman y el director Jimmy T. Murakami filmaron **Batalla más Allá de las Galaxias** (*Battle Beyond the Stars*) inspirándose muy libremente en **Los Siete Samurais**, de Akira Kurosawa. Más libremente aún (y ojalá le salga mejor que a Corman), Peter Hyams escribió y dirigió **Outland** (que Buenos Aires conocerá en las próximas semanas con el título castellano de **Atmósfera Cero**), basándose (aunque lo niegue) en **A la Hora Señalada** (*High Noon*), el inolvidable western de Fred Zinnemann.

A un costo de 13 millones de dólares, es la primera película producida por la Ladd Company, aunque su presidente, Alan Ladd hijo, no es ningún novicio en la industria cinematográfica. Antes de formar su propia empresa, Ladd fue presidente de la 20th Century Fox y, como tal, respon-



sable del lanzamiento de grandes productos del género fantástico como **La Guerra de las Galaxias** y **Alien**, vehículos excepcionales para la consagración de sus directores, George Lucas y Ridley Scott, respectivamente. Hyams es, también, un hombre de experiencia, realizador de unos cinco films, entre ellos **Capricornio Uno** y **Hanover Street**.

De estas dos, la primera fue el debut de Hyams en el género (1977), pero **Outland** es su película más ambiciosa y absolutamente de ciencia ficción. Hyams lo cuenta así: "Mis hijos me pidieron que hiciera un film de ciencia ficción, así que escribí un guión ambientado en el espacio y en el futuro, pero poniendo el énfasis en el re-

lato antes que en los efectos especiales. Titulada **lo**, por la luna de Júpiter en la que transcurre, el guión fue adquirido por Ladd Company, quienes también me contrataron para dirigirla. El ejecutivo de Ladd, Gareth Wigan, le cambió el título a **Outland** (por su ubicación en el espacio exterior) tratando de evitar la posible confusión de **lo** con **10**, la de Blake Edwards.

"En las Navidades de 1979 designé a Sean Connery para el protagónico y continuamos trabajando en el guión en lo que yo suponía el más absoluto secreto. Para mi sorpresa, cuando llevé a mis hijos al estreno de **El Abismo Negro**, un grupo de jóvenes aficionados de la ciencia-ficción estaban discutiendo **Outland**: ya sabían, por algún fanzine

local, el título, quién era la estrella, de qué trataba y hasta la fecha de estreno prevista para mayo de 1981".

En una época de creciente independencia para el director (causa y efecto, acción y reacción frente a pasados años de —a menudo— grosera interferencia del productor), Hyams se muestra agradecido por la experiencia de trabajar con el grupo Ladd: "Fueron particularmente exigentes en la preparación del guión, que requirió un total de siete reescrituras. Y a lo largo del rodaje recibí todo el apoyo necesario en cuanto a la forma en que exigi se filmaran las escenas, y creo que por ello el aspecto del film es el mejor posible", enfatizó Hyams.

Sin ser él mismo un aficionado recalitrante de la ciencia-ficción ("He leído a Bradbury, Arthur Clarke, **Dune** de Frank Herbert y unas pocas cosas más"), Hyams aporta una personal aproximación al género. "Los efectos especiales tienden a ser sobreestimados. Pienso que la competencia técnica es una necesidad que las audiencias dan por supuesta. Pero es ante el relato que se motivan y reaccionan. Después de una exhibición, los espectadores recordarán por qué tal o cual personaje hizo esto o lo de más allá, no cuán hermosa era la supernave o las pistolas láser. Bueno, es lo deseable si es que el relato está bien desarrollado".

"Creo que si **Outland**

se gana su adhesión popular, veremos más films de ciencia-ficción que utilicen una variedad de historias humanas y contemporáneas ambientadas en paisajes del futuro. Además, los guiones originales son más apropiados para filmar que las adaptaciones de las novelas clásicas del género. Con estas últimas, es muy fácil decepcionar a los entusiastas de la fantasía científica".

En cuanto al parecido argumental entre **High Noon** y **Outland** que ha anticipado la casi totalidad de la crítica estadounidense, es una similitud que tendrá que definir el propio espectador en el momento del estreno argentino. Y no habiendo visto aún la película (al cierre de la presente nota, la Warner Brothers —que distribuye el film desde Buenos Aires— no había ofrecido todavía la función privada de preestreno para la crítica), tendremos que fiarnos y deducir en base a la síntesis argumental que se proporciona como parte del material informativo.

**Outland** transcurre en una compañía minera ubicada en el remoto espacio en un futuro no muy lejano a la que es enviado O'Neil (Sean Connery), principalmente para mantener la ley y el orden. Por otra parte, la mujer de O'Neil piensa que es hora de volver a la Tierra —que el pequeño hijo de ambos jamás ha visto, por lo cual decide llevarse casi abandonando al marido— y entonces el rostro de la esposa será, en el resto





de drogas trayendo una dosis de humanidad a ese mundo de placeres sintéticos, y finalmente encontrará una aliada en la doctora Lazarus (Frances Sternhagen), encargada de suministrar tranquilizantes y controlar las enfermedades, quien se unirá al Marshall al darse cuenta de los crímenes que los rodean. De cómo triunfan y si triunfan no lo diremos aquí: es público y notorio que decir quién es el asesino o de qué manera gana el muchacho resulta de un mal gusto tremebundo.

### “Outland” según Peter Hyams

En uno de los últimos números de la revista **Starlog**, el mensuario neoyorquino incluye un reportaje a Peter Hyams del que hemos entresacado algunos párrafos que consideramos interesantes.

—¿Por qué esta película de ciencia-ficción tiene tantas similitudes con un western?

—Bueno, antes que mostrar cráteres, y personas alrededor de ellos saltando con trajes espaciales, me pareció que lo más excitante acerca de este futuro era el hecho de que se trata de una frontera. Y todas las fronteras suelen tener similitudes. La gente que construyó el Canal de Suez es el mismo tipo de gente que buscó oro en Alaska o se instaló en Dodge City. Y es el mismo tipo de gente que trabaja en las estaciones marinas de

de la película, sólo una imagen que aparece esporádicamente en un televisor. La vida en el complejo minero es, más que severa, por momentos horrenda para sus habitantes, a tal punto que a nadie parece sorprenderle descubrir que algún trabajador enloqueció. Como uno que literalmente se frie ante los ojos de la audiencia por salir al espacio sin su traje protector, una tragedia que sólo conmueve a O'Neil. Este **Marshall del espacio** se encuentra con que, al cabo de dos semanas de haber llegado a la estación, siguen produciéndose muertes violentas y, en apariencia, producto de suicidios. O'Neil (como el sheriff de **High Noon**) quiere ir al fondo del asunto y hacer que se respete la ley, pero está prácticamente solo frente a Sheppard (Peter Boyle), quien es el gerente gene-

ral del complejo. Un cinico al que lo único que le importa es conseguir un alto grado de productividad a cualquier precio, haciendo que sus hombres trabajen hasta el agotamiento y, como premio, se diviertan a su antojo. Aparentemente, hay una droga que es aplicada a los hombres y el único responsable de importarla y distribuirla es Sheppard. La droga es una anfetamina inyectada por un detonador nuclear que hace incrementar la capacidad laboral de los hombres durante ocho o nueve meses. Pero luego del uso continuo enloquecen y se suicidan, la razón principal del elevado índice de muertes. O'Neil trata de combatir el tráfico

de drogas trayendo una dosis de humanidad a ese mundo de placeres sintéticos, y finalmente encontrará una aliada en la doctora Lazarus (Frances Sternhagen), encargada de suministrar tranquilizantes y controlar las enfermedades, quien se unirá al Marshall al darse cuenta de los crímenes que los rodean. De cómo triunfan y si triunfan no lo diremos aquí: es público y notorio que decir quién es el asesino o de qué manera gana el muchacho resulta de un mal gusto tremebundo.

#### FICHA TECNICA

O'Neil .....	SEAN CONNERY
Sheppard .....	PETER BOYLE
Lazarus .....	FRANCES STERNHAGEN
Montone .....	JAMES SIKKING
Carol .....	KIKA MARKHAM
Ballard .....	CLARKE PETERS
Sagan .....	STEVEN BERKOFF
Tarlow .....	JOHN RATZENBERGER
Paul O'Neil .....	NICHOLAS BARNES
Lowell .....	MANNING REDWOOD
Mrs. Spector .....	PAT STARR
Producida por .....	RICHARD A. ROTH
Dirección y guión de .....	PETER HYAMS
Efectos especiales .....	JOHN STEARS
Fotografía .....	STEPHEN GOLDBLATT
Música .....	JERRY GOLDSMITH
Duración: 109 minutos, Ladd Company/Warner Bros., 1981.	

petróleo hoy día. Y son la misma gente que estaría en lo. Y por las mismas razones. Son personas que tienen poco que perder, que miran desconfiados por encima del hombro, que a menudo son codiciosas y que viven muy cerca de la violencia. Habitualmente son personas a las que explotan y que sufren situaciones conflictivas, que tratan de hacer cuanto dinero se pueda. Procurar reflejarlos en un campamento minero ubicado en el espacio, eso me interesó.

—**¿Los aspectos mineros de "Alien" influyeron en su desarrollo argumental de la comunidad minera de "Outland"?**

—No, ninguna influencia de **Alien** en lo absoluto, aunque ciertamente admiré su realización. Pero **Alien** no profundizó en los caracteres. Mi película es acerca de un grupo de personas de las que usted verá facetas que no se aprecian en otros films.

—**¿Cómo procedió en la elección de reparto?**

—Uno escribe un papel para un hombre en sus cuarentas y quiere que sea creíble. Es un papel que depende de la buena actuación, y por eso hace falta un hombre de verdad. Y yo quería un ser casi común, con mujer e hijo a los que tiene que dejar. Un hombre capaz de heroicidades, pero no un héroe, lleno de ternura y al mismo tiempo muy testarudo.

—**¿Tenía en mente a Connery cuando lo escribió?**

—No cuando lo escribí. Primero creé al personaje y luego empecé a pensar en Connery, Paul Newman o Gene Hackman, todos hombres maduros. Usted no piensa en los Robert de Niro o Al Pacino o gente como esa, porque son demasiado jóvenes. Usted quiere un tipo en su madurez y que luzca duro, se piensa en las más prominentes estrellas en esos términos de edad y aspecto.

—**¿Tuvo problemas eligiendo los otros actores?**

—Uno siempre sufre en estas cosas, porque una vez que se elige a los actores los personajes son de ellos y ya no del autor. Pero la gente que

quise es la que tengo. Realmente precisaba a Peter Boyle y a Frances Sternhagen. El papel de ella es muy importante porque originalmente había sido concebido para un hombre. Pero empecé a preguntarme, ¿por qué tiene que ser así? ¿Por qué los papeles inteligentes y decididos tienen que ir a parar a un hombre? Así que me senté y lo cambié a una mujer sin alterar ni una sola línea de diálogo. Y funciona, porque ésta es una relación humana sin interés sexual aparente. Esta es una amistad sin sexo, no es el romance clásico.

—**Usted ha declarado que lo fundamental es el relato antes que los**

**trucos y elementos técnicos. Sin embargo, se ha rodeado de colaboradores muy famosos y eficientes.**

—Bueno, una cosa no excluye a la otra, y por otra parte usted utilizó la categoría correcta: colaboradores. Ellos —y yo también— estamos al servicio de un relato. Fíjese usted que el sonido de esta película es increíble, son seis bandas en película de 70 milímetros y eso implica un enorme trabajo. Que es el que tuvo el compositor Jerry Goldsmith, ganador del Oscar por su trabajo en **La Profecía** y músico de **Patton**, **Alien** y **Barrio Chino** entre decenas de películas.





## LIBROS

### Campbell Black

**Los Cazadores del Arca Perdida**  
(Raiders of the Lost Ark)  
Traducción de  
Soledad Silió Galán  
Editorial Planeta  
Barcelona, 1981;  
185 págs.

En **Manhattan**, Woody Allen no podía disimular su irritación y desconcierto ante las novelas escritas tomando como base el guión de una película. Fenómeno esencialmente comercial, relacionado con el marco mayor de los best-seller en general, la mayor parte de estos volúmenes parecen escritos como lo hacía Diane Keaton en **Manhattan**: a ratos perdidos, o en un fin de semana libre.

Las manos por las que ha pasado el argumento de **Los Cazadores del Arca Perdida** antes de llegar a la máquina de escribir de Campbell Black son múltiples: la trama fue creada originalmente por George Lucas y Philip Kaufmann, a continuación Lawrence Kasdan escribió el guión y por último Campbell Black la novela. El copyright original, que en Estados Unidos suele ser siempre del

autor o del editor, aquí pertenece a Lucasfilm, la productora de la superproducción que será estrenada en nuestro país el 25 de diciembre, como lujoso regalo de Navidad "para grandes y chicos".

Del film sólo conocemos por el momento su sinopsis: las escasas y fragmentadas tomas dan la sensación de comunicar el ritmo jadeante de la aventura en el viejo estilo de las series, que George Lucas ya consiguiera magistralmente en **La Guerra de las Galaxias**. El argumento es un hábil enredo de temas de moda (el nazismo, el ocultismo, la "nostalgia"): un aventurero norteamericano, tan buen atleta como profundo arqueólogo y un francés maligno y sin escrúpulos, contratado por los nazis, buscan en Africa la perdida Arca de la Alianza, que brindaría a quien la encuentre poderes extrahumanos.

Campbell Black podría haber aprovechado la oportunidad de escribir un ágil relato en el estilo de los **pulps** (que hicieran co-

nocer en castellano colecciones como la Biblioteca Oro de Molino) sacándole el jugo incluso a las posibilidades de humor absurdo y de ironía que el tema ofrece. Se limita en cambio a escribir con una notable falta de entusiasmo y algunos molestos tics de escritor a tanto la página: la repetición de palabras en los diálogos, por ejemplo, que quiere ser significativa y sólo logra agregar peso al texto.

Incluso dentro de lo que puede exigirse a una novela de aventuras con aspiraciones de best-seller, el público ha sido acostumbrado a ciertas precisiones mínimas de información o de lógica que aquí brillan por su ausencia: falta tono documental (ya que se renuncia al delirio desatado) y una mayor precisión sobre los poderes del Arca: cuando éstos se desencadenan hacia el final, el efecto no es mucho más impresionante que el de unos buenos fuegos de artificio, algo muy por debajo de lo que uno espera de un objeto tan "cargado" como el Arca.

Para un lector no estadounidense se agrega la irritación del tratamiento de los personajes peruanos, árabes, o indígenas, estereotipados en la tontería y la crueldad más grotesca desde las primeras páginas, en las que el bello y ágil Indiana Jones es acompañado por "dos peruanos furtivos, cinco indios aterrizados, y dos burros que no quieren andar".

**Elvio E. Gandolfo**

### Thomas Burnett Swann

**La Mansión de las Rosas**  
(The Tournament of Thorns)  
Traducción de  
Enrique Hegewicz  
Editorial Bruguera  
Barcelona, 1981;  
217 págs.

Salvo algunas excelentes antologías dedicadas a los clásicos del género, la mayoría de las narraciones de tema fantástico, editadas en los últimos años, caen dentro del satanismo empleado por su mera carga morbosa, o de la más cruda "fantasía heroica"; ese híbrido en el que se destacan sobre todo las aventuras de Conan, el bárbaro. Algernon Blackwood, Arthur Machen, Walter De La Mare, Jean Ray o Fritz Leiber siguen durmiendo el sueño de los justos, sólo interrumpido por la edición esporádica de algún autor como W. H. Hodgson, que fuera rescatado como antecedente de H. P. Lovecraft. **El Señor de los Anillos**, por su parte, se acerca más al cuento de hadas, lo puramente maravilloso, un color del espectro de la imaginación menos intenso, más maniqueísta que el que impera en el delicado equilibrio entre realidad y elementos sobrenaturales de lo fantástico.

De allí que la edición de una novela como **La Mansión de las Rosas** constituya un verdadero acontecimiento. No sólo se trata de un excelente ejemplo del género, sino que hace



## THOMAS BURNETT SWANN LA MANSIÓN DE LAS ROSAS



las veces de introducción a la obra de Thomas Burnett Swann, un autor hasta ahora poco conocido en castellano.

Dueño de un estilo preciso y reposado, poco cuesta asociarlo con los maestros ingleses del género y tal vez sea esa la raíz de la notoria contradicción entre la contratapa del volumen, donde se lo describe como un "viajero, investigador y escritor británico" y la primera página, donde se nos dice que nació en Florida, sirvió en la Marina de los Estados Unidos durante la Guerra de Corea y obtuvo varios títulos en universidades también estadounidenses.

Lo que Burnett Swann ha logrado magistralmente en la mayor parte de su obra es mezclar inextricablemente la historia con la fantasía. Apoyándose en las leyendas populares o literarias, logra darles un peso concreto, real, sin perderse en descripciones de seres distintos a lo humano, sino sugiriendo todo su mundo a través de datos tangenciales, imbricados en la acción.

Es lo que ocurre en **La Mansión de las Rosas** con

las mandrágoras y los unicornios. La seguridad con que ambos seres mitológicos se imponen al lector depende justamente de la brevedad de sus apariciones, y de la matización con que los seres humanos acomodan sus vidas y sus ritos a un mundo en el que las mandrágoras y los unicornios forman un telón de fondo ineludible.

La misma transfiguración literaria sufren los datos históricos reales, tanto cotidianos (trajes, tipos de trabajo o viviendas, relaciones entre las clases sociales) como excepcionales (las Cruzadas, fundamentalmente). Swann cita sus fuentes en una nota de agradecimiento, pero integra las precisiones que ha extraído de doctos libros de Marjorie y C. H. B. Quennell y Henry Treece en una visión personal donde éstos pierden su peso ensayístico para cimentar el vuelo poético de la novela.

Estructurada sobre el molde clásico del viaje iniciático (en este caso de tres adolescentes) la narración no fluye con la linealidad contemporánea, sino con una serie de cuadros brillantes y de nítidos contornos, que recuerdan los vitrales. Los elementos fantásticos van creciendo junto con el avance de los personajes, como así también una densa melancolía que tiñe el mundo de Swann y que lleva a la generosa dueña de la Mansión de las Rosas a entregarse mansamente a una especie de simbiosis con el mundo de las mandrágoras, que se concretará

fuera de los límites de la novela.

La aceptación de lo distinto, de lo "otro", ha ganado para ese entonces al lector, quien, como Lady Mary, acepta que "la tierra, madre de las rosas, tiene muchos hijos".

Dueño de una particular visión de lo religioso, y más precisamente de lo cristiano, y de un estilo propio, tan inconfundible como el de un Lord Dunsany, es de lamentar la reciente y prematura desaparición de Swann, uno de los más personales creadores de la literatura fantástica contemporánea.

**Elvio E. Gandolfo**

## Albert Einstein S.A.

Un reciente volumen editado por la Universidad de Princeton recoge, bajo el título de **Albert Einstein. The human side (A. E. El aspecto humano)**, lo que un substituto bautiza como "nuevos atisbos de sus archivos". El delgado libro está constituido fundamentalmente por fragmentos de cartas de Einstein, unidas por una especie de relato que brinda los datos necesarios para su comprensión y ubica al lector en el medio ambiente de la época.

Los mismos fueron elegidos entre la masa de materiales que no se relacionan directamente con sus actividades científicas. Lo que impresiona sobre todo, con excepción de las cartas escritas en su juventud, es el modo en que la fama cada vez más amplia del gran físico teórico lo fue con-

virtiendo en una especie de institución viviente. Le escribían todo tipo de correos, por todo tipo de motivos, tomándolo a veces por guía espiritual, a veces casi por consultor sentimental, o recurriendo a él con intereses comerciales.

El modo en que Einstein contesta a semejante avalancha coincide casi sospechosamente con la imagen-tipo que se ha llegado a tener de él con el paso del tiempo, sobre todo cuando escribe a correos desconocidos. En esos casos apela a una filosofía sencilla y límpida, que en la repetición se hace un tanto abstracta y fácil, como una especie de reflejo defensivo que le permite seguir con lo suyo y detener en la medida de lo posible y dentro de los límites de la urbanidad los problemas aparejados por lo que él mismo llama "culto de la personalidad" y que en Argentina llamamos "chululismo".

Como es lógico los tramos más interesantes del volumen son aquellos en que ese reflejo condicionado desaparece. Es entonces cuando puede verse con mayor transparencia su sentido del humor, su sana irritabilidad, sus opiniones filosóficas y políticas profundamente personales, o sus inclinaciones estéticas.

Durante toda su vida parece haber mantenido, por ejemplo, una nítida separación entre la ciencia como actividad teórica y sus aplicaciones prácticas. En 1918, en momentos en que su hijo co-

mienza a estudiar ingeniería, le escribe a un amigo: "Originalmente se suponía que yo también iba a convertirme en ingeniero. Pero me resulta intolerable la idea de aplicar la facultad inventiva a cuestiones que hacen aún más compleja la vida diaria: y todo sólo por la espantosa actividad de ganar dinero. ¡Pensar porque sí, como en la música...! Cuando no tengo ningún problema especial que me ocupe la mente, me encanta reconstruir la prueba de los teoremas matemáticos y físicos que conozco desde hace tiempo. En esto no hay una meta, sólo una oportunidad de entregarme a la agradable ocupación de pensar..."

En cuanto al momento clave que encauzó su vida, lo recuerda en una carta de 1936: "Es probable que en la vida de todos se presenten hechos externos capaces de determinar la dirección de los pensamientos y las acciones de una persona. Pero en la mayoría de la gente esos hechos no tienen efecto. En cuanto a mí, cuando era pequeño mi padre me mostró una pequeña brújula y la impresión enorme que me provocó jugó por cierto un gran papel en mi vida."

Desentrañar ese tipo de momentos, sin embargo, no le interesaba en especial. Cuando un psicoanalista adleriano de Dresden le propuso un tratamiento, contestó: "Lamento no poder aceptar su propuesta, porque me gustaría mucho permanecer en la oscuridad

de no haber sido analizado."

Las actitudes de sus corresponsales, en su época de "genio famoso", eran a veces desconcertantes, o de una generosidad sólida y concreta. Cuando Einstein remitió una de sus máximas abstractas y generales a un granjero que se la había pedido como "talismán" para su hijo Albert, éste le retribuyó con una enorme bolsa de papas de Idaho.

En Einstein siempre hubo una tendencia a la soledad, al apartamiento de sus semejantes. Consideraba que el puesto de guardafarero era el más adecuado para un estu-dioso reflexivo o un físico teórico. Si la apelación de un corresponsal era profunda y dolorosa, reaccionaba en consecuencia, y no se limitaba a enviar

algún párrafo filosófico. Cuando en 1933 un músico de Munich le escribió en un momento de crisis personal, desempleado y perturbado, los consejos de Einstein rozan la misantropía de Jonathan Swift: "No lea los diarios, trate de encontrar algunos amigos que piensen como usted, lea los maravillosos escritores de otras épocas, Kant, Goethe, y los clásicos de otros países, y disfrute de las maravillosas bellezas naturales de los alrededores de Munich. Trate de creer todo el tiempo que está viviendo, por así decir, en Marte, entre criaturas extrañas, y elimine todo interés profundo en los actos de tales criaturas. Hágase amigo de unos pocos animales. Entonces volverá a ser un hombre alegre y nada podrá trastornarlo"

Su capacidad para trasladar a imágenes los problemas que enfrentaba como científico, están presentes en este fragmento de 1942, en el que manifiesta su descontento con la teoría cuántica: "Parece difícil darle un vistazo a las cartas de Dios. Pero que juegue a los dados y emplee métodos 'telepáticos' (como se lo exige la presente teoría de los quanta) es algo que no puedo creer ni por un momento." Dieciocho años antes había dejado escapar su irritación con respecto al mismo tema: "cuanto uno más persigue a los quanta, mejor se esconden."

La creencia en un orden natural que la ciencia iba revelando poco a poco, no se traducía en un ocultamiento de las dificultades de la vida humana. Para una pareja anciana de amigos que acababan de perder a un nieto, escribió la siguiente metáfora: "Por lo general nosotros los humanos vivimos con la falsa impresión de la seguridad y la sensación de estar acomodados en un medio ambiente humano y físico aparentemente familiar y confiable. Pero cuando el curso esperado de la vida diaria se interrumpe, nos damos cuenta de que somos como naufragos que tratan de mantener el equilibrio sobre una miserable tabla en mar abierto, que han olvidado de dónde venían y no saben hacia dónde derivan. Pero una vez que aceptamos esto plenamente, la vida se hace más fácil y ya no hay desilusiones."



Uno de los clisés clásicos, el de Einstein tocando el violín en sus momentos de ocio, se precisa en el libro más concretamente, ya que se reproducen sus opiniones sobre músicos. Sus favoritos absolutos son Bach y Mozart. También admira a Beethoven, aunque le resulta "demasiado personal". Haendel, Schubert, Schumann, Brahms y Strauss son aceptados con reservas. Los músicos posteriores no le interesan y guarda su crítica más contundente para Wagner: "Admiro su capacidad de invención, pero considero su falta de estructura arquitectónica como decadencia. Además, para mí, su personalidad musical es indescriptiblemente ofensiva de modo que por lo general no puedo oírlo sin sentir rechazo."

La Segunda Guerra Mundial, con sus atrocidades, le hacía considerar que "el hombre se enfriaba más rápido que el planeta que habita." Y veía con claridad, sobre todo después de que el nazismo empezara a perseguirlo, los vaivenes de la fortuna: "Su amado Schopenhauer" le escribe a un psiquiatra amigo que había logrado escapar a Estados Unidos, "dijo una vez que la gente es incapaz de alcanzar la tragedia pero se ve condenada a la tragicomedia. Cuán cierto es, y con qué frecuencia he sentido esa impresión. Ayer idolatrado, hoy odiado y escupido, mañana olvidado y pasado mañana ascendido a la Santidad. La única

salvación es el sentido del humor y eso lo conservaremos mientras respiramos."

El mismo equilibrio demostraba ante temas como la abolición de la pena de muerte. Se oponía a ella no por un estremecimiento de liberal bienpensante ante el destino de la víctima, sino por su básica desconfianza a que el jurado no cometiera un error y por los efectos degradantes sobre quienes tenían a su cargo la ejecución.

En 1936, un importante editor norteamericano le pidió un mensaje

para la posteridad, que sería incluido con otros legados en una caja metálica herméticamente cerrada. Con él terminamos:

"Querida Posteridad: "Si no te has vuelto más justa, más pacífica y más racional en general de lo que somos (o fuimos), bueno, entonces que el diablo te lleve.

"Una vez dada expresión, con todo respeto, a este piadoso deseo,

"Soy (o era)

"Tu seguro servidor,

"Albert Einstein."

Elvio E. Gandolfo

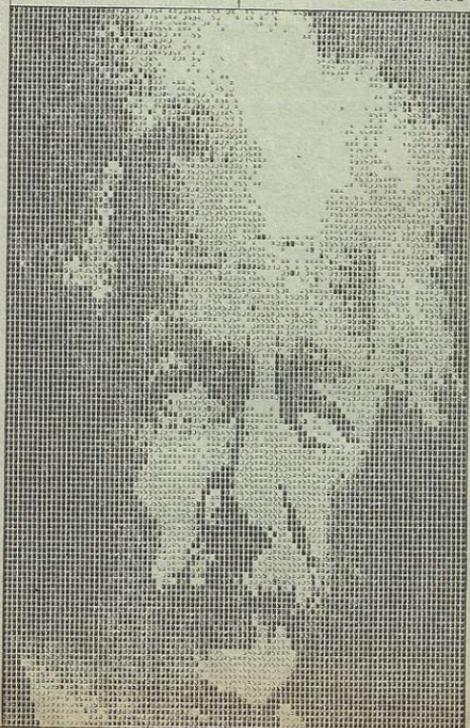


## En busca de Mario Levrero

Debido a una particular estrategia de las políticas editoriales, ayudada a veces por problemas circunstanciales, a un lector rioplatense le resulta mucho más fácil estar al día con la serie de engendros de Harold Robbins o Morris West que seguir la obra de un autor argentino o uruguayo.

En casos especiales a la inclinación casi maniática por la publicación de novelas con cierto éxito asegurado, se agregan dificultades especiales. Desde el momento en que un libro termina de ser escrito, a aquél en que el lector puede tenerlo en sus manos, se cumplen varios pasos, cada uno de los cuales puede convertirse en un obstáculo: la impresión, la distribución, la subsistencia misma de los ejemplares.

El uruguayo Mario Levrero no es para nada un inédito, ni un autor para minorías: lleva publicados un libro de relatos y tres novelas, además de una abundante y variada producción en periódicos y revistas, todo con un predominio de formas narrativas



que tienen en cuenta el interés de la lectura y emplean el sentido del humor y la imaginación como elementos primordiales.

Sin embargo el destino de algunos de sus libros participa de los problemas que citamos. La difusión limitada de su primer título está hasta cierto punto justificada: el relato largo "Gelatina" apareció en 1968, en una plaqueta editada por el grupo "Los huevos del Plata", de Montevideo. Llevaba un dibujo del autor en la tapa y participó de los azares que imperan desde siempre en la distribución de las publicaciones marginales.

Más triste fue el destino de los dos títulos siguientes, sendos volúmenes incluidos en una colección de "literatura diferente" editada en Montevideo por Tierra Nueva, que alcanzó a abarcar un par de delgadas antologías de relatos traducidos y locales, y un volumen de José Pedro Díaz. Cuando la editorial trasladó parte de su stock a Buenos Aires, tanto **La ciudad** como **La máquina de pensar en Gladys** (ambos editados en 1971) llegaron a verse en algunas mesas de Corrientes. En cuanto al resto de las existencias, pasaron a manos de un distribuidor montevideano. Convencido de la escasa posibilidad de venta de los títulos, terminó por derivar los ejemplares "a papel", es decir, a máquinas que los convirtieron en pulpa, transformando los pocos ejemplares que se salvaron en artículos valiosos para coleccionistas.

Por suerte, **La ciudad**

fue reeditada en Buenos Aires, en 1977, y aunque su distribución no fue brillante es posible encontrar aún en mesas de saldos su tapa azul con un dibujo al estilo de Magritte en la tapa como uno de los dos títulos de una colección de Ediciones Entropía, que allí se quedó.

Tampoco **Nick Carter O Nick Carter se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo** (firmado como Jorge Varlotta) escapó al destino de las colecciones superbreves: junto con los **Acertijos deviches** de James Poniachik, integró un dúo publicado por Equipo Editor

en 1975.

**Paris**, por último, podría haber corrido mejor suerte. Incluida a principios de 1980 en una colección de El Cid Editor, estaba acompañada por **Dublin al sur**, de Isidoro Blaisten y **Trafalgar**, de Angélica Gorodischer, dos excelentes libros de cuentos. Sin embargo, sólo Blaisten dio en el blanco: si su volumen podía "pedirse en todas las buenas librerías", como suelen afirmar los avisos, los de Gorodischer y Levvero durmieron el sueño de los justos en los depósitos.

Ahora los lectores de **El Péndulo** pueden gozar de

la lectura de **El lugar**, novela que completa una trilogía con **La ciudad** y **Paris**, aunque haya que aclarar que cualquiera de los tres títulos es plenamente independiente, uniéndose a los otros dos más por la tonalidad o la repetición de elementos que por factores argumentales.

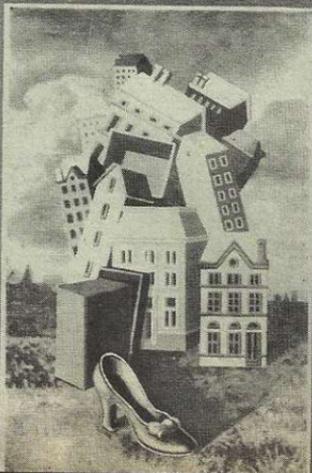
En la última página de **La ciudad**, el protagonista tomaba un tren hacia Montevideo. En las primeras páginas de **Paris**, llegaba a la Ciudad Luz luego de un viaje de trescientos siglos. Los vericuetos laberínticos de **El lugar**, que parecen describir las piezas que "crecen hacia adentro" mencionadas por Pablo Capanna con respecto a **La ciudad**, equivalen en su infernal repetición y sordidez, en su ruptura del espacio-tiempo, a ese lapso casi infinito. Además, vuelven a poner en acción los mecanismos narrativos de Levvero para describir los movimientos de ese eterno personaje desorientado de sus tres primeras novelas, un personaje perdido en paisajes kafkianos, tratando de aprender los códigos que rigen su entorno, casi como un recién nacido adulto. Aunque encerrado en su yo como en una cárcel, intenta enfrentar la existencia sin desconocer su abrumadora complejidad y tristeza, pero negándose a la muerte con la tenacidad de un personaje de historieta o novela de aventuras, incómodo con su situación, nauseado incluso por el acto mismo de escribir, pero vivo.

Eduardo Dolpher

## LA CIUDAD

### Mario Levvero

ENTROPÍA



# "El Lugar" eje de una trilogía involuntaria

—*¿Qué ubicación tiene El lugar dentro de tu obra?*

—Si se tiene en cuenta la época en que fueron escritas tres de mis novelas, en vez de las fechas de publicación, *El lugar*, de 1969, forma parte de lo que podría llamarse una "trilogía involuntaria". La misma se inicia con *La ciudad*, de 1966, y culmina con *París*, de 1970. En las tres domina la búsqueda más o menos inconsciente de una ciudad. Hay un cuento posterior, del '72, "Siukville", en el que esa búsqueda se hace explícita.

—*¿Cómo se articula la imagen de la ciudad en la trilogía?*

—Una cita de Kafka que precede a *La ciudad* habla de "formas imprecisas en la niebla", y de esa ciudad que al parecer persigo en la "tri-

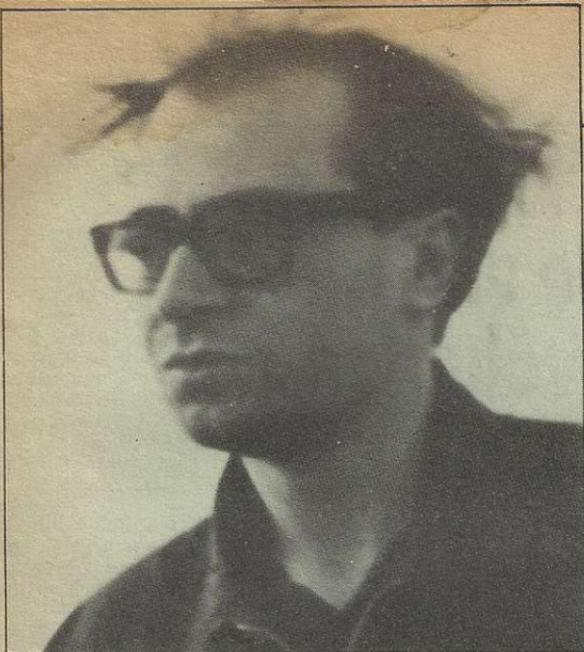
logía" sólo se ven unos planos incomprensibles. En *El lugar*, la ciudad es alcanzada pero de manera muy parcial y fugaz, en las últimas páginas. En *París*, la ciudad es París, toma una forma definida y un nombre, y toda la acción transcurre en ella, aunque reducida en su mayor parte al ámbito de un asilo que a la vez parece teatro y hotel.

—*Leídas en conjunto, y*

*ya fuera de la etapa de creación, ¿encontrás en las novelas una progresión simbólica definida o general?*

—La trilogía involuntaria es una búsqueda: el protagonista, que es y no es el mismo (una primera persona que nunca alcanza a decir su nombre) persigue esa ciudad para huir de ella, o llega a ella huyendo no se sabe de qué, tal vez de sí mismo; la huida es una constante, aunque en París parece quedar definitivamente atrapado por esa ciudad perseguida. Desde un punto de vista psicoanalítico, sería fácil proponer a esa ciudad como un símbolo materno dual, creador y destructor, pero aún los psicoanalistas podrían sospechar que el símbolo es múltiple, polivalente y que, en última instan-





cia, la ciudad podría simbolizar también a la ciudad.

—*¿Qué relaciones guarda la trilogía con la realidad y la imaginación?*

—El lugar, a pesar de que en un 99% trata de una experiencia de extrañamiento, es quizás la más "realista" del trío. El 1% restante, las líneas finales, imponen al protagonista y probablemente también al autor el cuestionamiento de sí mismo, su actitud egoísta que lo convierte en un extraño en éste y en cualquier mundo. *París* es un último intento de escapar de la realidad; el final, que el protagonista vive como trágico y ridículo, es en verdad la aceptación de su condición humana, tal vez trágica y ridícula, pero la única fórmula posible de "final feliz".

—*¿Ha habido alguna reaparición de los intereses o los mundos de la trilogía, aparte del cuento que ya mencionaste?*

—Nunca pude volver a esos mundos de la trilogía, que hoy me parecen pobres y mezquinos, pero tampoco he vuelto a sentir con la misma intensidad el impulso de escribir con largo aliento.

—*Teniendo en cuenta las distintas especulaciones de los personajes de El lugar acerca del origen de ese mundo extraño, ¿podría incluirse dentro de la ciencia ficción?*

—No, creo que no pertenece al subgénero de la ciencia ficción, aunque como todo texto que no trata de lo cotidiano puede ser reclamado por ese casillero. A mi juicio, para que un texto pueda ser clasificado dentro de un subgénero, debe cumplir un par de requisitos mínimos; el primero, la intención comercial (dirigirse concretamente a determinado público). En el caso de la ciencia ficción, el otro requisito sería la inclusión de una explicación más o

menos científica de los hechos extraños que ocurren. Si bien es cierto que en *El lugar* se esbozan varias explicaciones, todas posibles, todas triviales, no se acepta ninguna y ninguna interesa; la intención de la novela es otra, es la interrogación sobre sí mismo, del protagonista, del autor,

—*¿Qué relaciones mantiene El lugar con las otras dos novelas?*

—En las tres se reiteran ciertos elementos, y es en *El lugar* donde éstos se reúnen para hacer de puente entre *La ciudad* y *París*, que leídas sin la novela intermedia podrían aparecer como cosas muy distintas, a pesar de que la primera termina con un viaje en ferrocarril, y *París* comienza con el fin de un viaje en ferrocarril.

—*El relato está dividido a su vez en tres partes netamente diferenciadas. ¿Qué papel cumplen?*

—El lugar podría haber quedado limitada a su primera parte, que desde mi punto de vista es perfecta, no de una manera objetiva, sino de acuerdo con mis propuestas y limitaciones. Pero la segunda parte se hace necesaria para llegar a la tercera, la ciudad, objetivo permanente de la trilogía, y se llega a través del fracaso del intento de una relación armoniosa con otras personas; el protagonista sólo parece poder vivir en soledad, y esta soledad (como en el "pez soluble" de Bretón) es al mismo tiempo la fuerza que lo aniquila. De ahí su permanente ambular, su búsqueda y su huida.

Reportaje de  
Elvio E. Gandolfo



CASCIOLI



BORGES Y BALLARD



HARTMAN

## ESTE NUMERO

A la conjunción del cambio de año con el número que señala la media docena deben nuestros lectores este repentino crecimiento de 32 páginas de ficción, casi un metro cuadrado de lectura extra. Y para utilizar este espacio nada mejor que ofrecer **El lugar**, una novela completa de uno de los maestros rioplatenses del relato inclasificable: el uruguayo Mario Levrero (n. 1940), autor de las novelas **La ciudad**, **París** y **Nick Carter** (esta última firmada como Jorge Varlotta) y del volumen de cuentos **La máquina de pensar en Gladys**. Completan la presentación de su nueva novela un reportaje al autor realizado por Elvio E. Gandolfo y un artículo de Eduardo Dolpher.

De Elvio Gandolfo, uno de nuestros colaboradores permanentes, publicamos "El manuscrito de Juan Abal", imperturbable enumeración de seres, sociedades y paisajes extraños.

Sergio Guat vel Hartman (Buenos Aires, 1947) publicó su primer cuento en la revista española **Nueva Dimensión** en 1970. Colaboró con artículos en otros números de **El Péndulo**, y hoy incluimos uno de sus característicos textos de ficción: breve, nervioso e imprevisible.

Sam J. Lundwall (véase "Aquí solamente sombras" en el número 1) es un maestro que sabe ajustar admirablemente la voz narrativa al tema del cuento. "Llévame río abajo" es una

historia realista sobre nuestras más poderosas fantasías.

David R. Bunch (v. **El Péndulo** 4 y 5) nos muestra otra faceta de la vida en Moderan: la relación entre padres e hijos.

Racoon, Sheldon es el segundo seudónimo de Alice Sheldon, que no se conformó con robar premios y confundir al mundo de la ciencia ficción durante una década como James Tiptree, Jr. "El eslabón vulnerable", sobre una ingeniosa forma de exterminio, obtuvo el premio Nébula 1977.

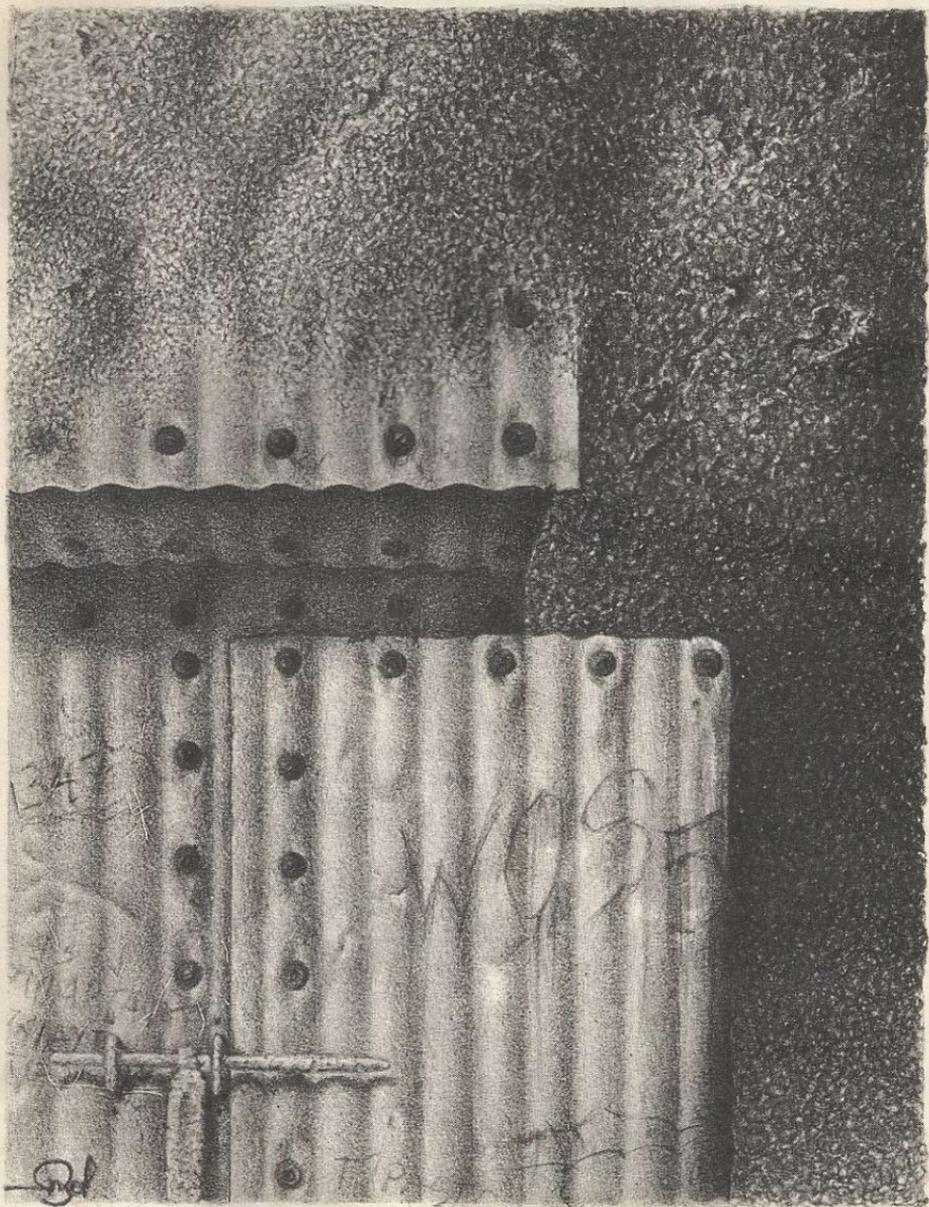
J. G. Ballard (v. **El Péndulo** 1)

culminó su primera etapa de escritor con **La exhibición de atrocidades**, resumen de todas sus obsesiones y vehículo de osados experimentos narrativos que intentan reflejar el presente en sus propios términos y no en términos de pasado como ocurre en la novela tradicional. En "Tú: Coma: Marilyn Monroe", uno de los textos de ese libro, que próximamente será distribuido en la Argentina, Ballard intentó, según sus propias palabras "comparar directamente el aspecto físico de Marilyn Monroe con el paisaje de dunas que la rodea. El héroe se propone encontrarle un sentido a esta ecuación particular, y llega a la conclusión de que el suicidio de M. M. es en realidad un desastre en el espacio-tiempo, como la explosión de un satélite-cápsula en órbita. La inmensa figura de Marilyn Monroe, impresa sobre un cartel de propaganda cinematográfica, es una porción de nuestro paisaje exterior, tan verdadera como cualquier sistema de montañas o de lagos".

John Sladeck, un viejo conocido, nos habla, en la cuarta parte de **Los nuevos apócrifos**, de los experimentos científicos (y no tanto) relacionados con la percepción extrasensorial.

Jacques Tardi continúa su historia **El demonio de los hielos**. Y en las habituales secciones, crítica de libros, anticipos cinematográficos, y la opinión de los lectores.





*"...a prados  
siempre verdes  
y fragantes..."*

*Sam J. Lundwall*

# LLEVAME RIO ABAJO

Ilustró KIKE SANZOL

Un hombre se estaba preparando para saltar del borde del mundo cuando vinieron del hotel por la carretera. Trabajaba con empeño y prolijidad en su artefacto, un cilindro de metal opaco semejante a un gran tonel de cerveza profusamente tachonado de pernos prominentes y varillas delgadas, negándose estólicamente a mirar a los ojos a los pocos espectadores reunidos alrededor de él y su vehículo, que daban e intercambiaban consejos y explicaciones burlonas. El hombre, un viejo huraño de ojillos penetrantes y boca delgada y severa, terminó de ajustar varios pernos, se introdujo con asombrosa agilidad en el artefacto y cerró

la tapa con un golpe fuerte. Por un rato se lo oyó ajustar más pernos en el interior, luego renació la calma. Un silencio expectante cayó sobre la veintena de espectadores que rodeaban el tonel de metal. El fragor incesante del ancho río que caía al espacio desde el borde parecía agigantarse engullendo al grupo de la orilla.

—Ahora está adentro—dijo una de las curiosas, una sesentona de rasgos anónimos pero de voz penetrante, una de esas eternas veraneantes siempre atraídas por los escenarios de locura y muerte.

—Así es—dijo su acompañante, un hombre

vestido de oscuro que había pasado los últimos minutos mirando a la nueva pareja como un perro solitario buscando nuevos dueños y más bondadosos.

—Alguien tendría que empujarlo para que salte —declaró la mujer—. No puede quedarse allí todo el día.

—Debió darse cuenta antes de entrar en esa cosa —dijo otro curioso—. *Nosotros* no le pedimos que lo hiciera.

—¡Podría asfixiarse allí adentro! —dijo la mujer, súbitamente alarmada—. ¡Podría morir!

—Morirá cuando caiga desde el borde —dijo un joven feúcho y jovial de ropas gárrulas y pelo muy lustroso—. Puede esperar. Si fuera yo quien estuviera adentro, podría esperar una eternidad, se lo aseguro. —Se volvió a los recién llegados, un cuarentón con chaqueta deportiva y una muchacha mucho más joven que él. Una amante, se dijo el joven gárrulo, que nunca había tenido una amante pero siempre había ansiado tenerla. O una hija. Le sonrió. —¿Qué piensa usted?

El hombre se encogió de hombros. La muchacha sonrió tímidamente y miró hacia otro lado.

—¡Alguien tendría que hacer algo! —exclamó la mujer.

El tonel yacía inmóvil en la ribera, a pocos metros del agua torrentosa, y las varas y pernos prominentes se extendían como las patas de un escarabajo volcado. A varios cientos de metros el río, que en ese paraje tenía más de un kilómetro de ancho, había carcomido la roca dura del filoso borde del mundo y bajaba en un declive suave hasta un lugar a cincuenta metros por debajo de la llanura, para precipitarse desde el borde a un abismo que literalmente no tenía fin. De pie en el borde rocoso, uno veía la ladera desbarrancándose en la nada, y a lo lejos estrellas remotas, aun en pleno mediodía. Ahora no había nadie cerca del borde. No era temporada, y nadie vendía fruta ni pregonaba baratijas, sólo había unas pocas personas que observaban con diversos grados de interés y aburrimiento el tonel inmóvil.

—Debió hacerlo el mes pasado —dijo un viejo sabio, subrayando las palabras con cabeceos enérgicos—. Muchas personas vienen aquí en temporada, y en mi opinión es un desperdicio

hacerlo así. Sin nadie que pueda apreciarlo, sin...

El tonel se empezó a hamacar como un escarabajo volcado tratando de enderezarse. El hombre huraña que lo ocupaba se arrojaba hacia adelante, luego hacia atrás, sacudiendo su peso en movimientos impacientes y espasmódicos. Los curiosos soltaron oohs y aaahs cuando el tonel giró apenas, retrocedió de nuevo, luego bajó hacia las aguas hirvientes. Una varilla se atascó en el suelo fangoso, se dobló un poco pero se zafó cuando el tonel rodó lentamente hacia la orilla del río. El hombre huraña que lo ocupaba golpeaba furiosamente el metal con los pies y las manos, anhelando el momento indescriptible y vertiginoso en que el tonel iniciaría su caída interminable en el espacio. El hombre con chaqueta deportiva codeó a la muchacha (“¿Amante?”), se preguntó el joven gárrulo. (“¿Hija?”) y señaló el borde rocoso. Se alejaron sin que nadie lo notara excepto el joven, quien los observó soñando con el amor carnal prohibido, o con cualquier amor carnal.

—Algunos veranos vienen por miles —dijo el viejo sabio sin advertir, en su euforia, que nadie lo escuchaba—. Lo hacen en toneles y botes y montados en troncos o simplemente a nado, todos caen por el borde y nadie los vuelve a ver. Pero sólo lo hacen los extranjeros. Ninguno de nosotros, los que vivimos aquí. Vienen de todas partes del mundo y se dejan caer...

El tonel cayó al fin en las aguas arremolinadas del río y fue arrastrado. Un niño lo siguió corriendo por la orilla, gritando alegremente. Los demás curiosos se quedaron donde estaban, siguiendo con los ojos el destello metálico que cabeceaba en las olas.

—Realmente no los entiendo —confesó el viejo sabio—. No los entiendo.

El hombre y la muchacha acababan de llegar al borde del mundo cuando el tonel saltó al espacio. Voló cien metros antes de empezar a caer; el sol del mediodía chispeaba en el metal lustroso y el vidrio.

El viejo mañoso puso manos a la obra en cuanto el tonel abandonó el mundo; las largas varillas se convirtieron en anchas alas de metal; un gran paracaídas se abrió de golpe como una flor inmensa sobre el cilindro brillante.

Frenó en parte la caída, pero no pudo impedir el descenso. El tonel se hundió lentamente en la noche eterna.

Detrás de ellos, el pequeño grupo de curiosos se había dispersado para ir a tomar el té y comentar vaguedades. Ellos se sentaron en el borde del mundo, los pies colgados sobre la eternidad. Estrellas tenues titilaban allá abajo, mucho más allá del peñascó que caía en la oscuridad creciente. El mundo terminaba abruptamente en el borde. Adentro estaba el otoño quieto, el fin de temporada, el hotel somnoliento en el borde del mundo, los viejos bebiendo té ruidosamente en el mustio jardín donde los aros de críquet aún sobresalían de la hierba. Afuera estaba el espacio infinito, frío, negro. Cien metros a la izquierda de la pareja el río caía rugiendo en el abismo, y las gotas de agua centelleaban como piedras preciosas al sol hasta que la oscuridad lo engullía todo cientos de metros más abajo.

—Quién sabe qué hay allá abajo —dijo ella, inclinándose peligrosamente sobre el borde. Tenía los antebrazos delgados bruscamente flexionados hacia afuera, los dedos largos clavados en el suelo del borde del mundo.

—Nada —dijo él lacónicamente, e inmediatamente se arrepiñtó—. No sé —dijo—. Algo...

—Algo diferente —dijo ella, escrutando el espacio.

—Tal vez.

Ella tritaba en el vestido liviano. Fuera del mundo era invierno. Ella era flaca, casi enclenque, muy pecosa, muy rubia. Las cejas claras y prominentes eran asombrosamente blancas contra la piel. Parecía muy joven.

—Nunca antes había visto el río —dijo ella tímidamente, como quien revela un secreto vergonzoso—. He oído hablar tanto de él, pero nunca lo había visto.

—Nadie lo ve dos veces —dijo él.

—Excepto los que viven aquí —dijo ella, prácticamente.

—Excepto los que no se atrevieron a seguir adelante —dijo él— Ellos no cuentan.

La muchacha miró pendiente abajo hacia la izquierda, donde el río de más de un kilómetro de ancho se precipitaba en el espacio. Un gran pájaro pardo rojizo se zambulló en el agua arremolinada a pocos metros de la catarata, emergió con una cosa reluciente en el pico y

volvió al mundo volando penosamente.

—Quién sabe dónde estará ahora ese hombre —dijo ella—. El hombre del tonel.

El se encogió de hombros.

—Cayendo —dijo ella—. Cayendo aún. Nunca dejará de caer. ¿Qué opinas?

—Ese paracaídas no lo ayudará mucho, eso es seguro —dijo él.

—No.

—Ni ese tonel. —El hombre sonrió—. Un chiflado. ¡Saltar desde el borde en un tonel!

—Sí.

—¡Un tonel! —repitió él, incrédulo—. El mundo está lleno de trastornados —le dijo a la muchacha—. Y la mayoría de ellos vienen aquí tarde o temprano, arrastrando toneles y trajes de buzo y minisubmarinos y otras pamplinas, y luego se lanzan al borde, miles por año, y allí acaba todo... —La voz se le apagó. Miró el río que caía en el espacio infinito en el más grácil y natural de los declives. Un arco iris tenue colgaba sobre el agua torrentosa; la escena era dolorosamente bella.

—Quién sabe qué estará viendo ahora —dijo ella.

El se encogió de hombros y, sin pensarlo, le rodeó el hombro con los brazos. La muchacha se apoyó contra él, sin dejar de mirar la catarata.

—Sí —dijo el hombre lentamente—. Sí. Quién sabe.

Cuando volvieron al hotel se estaba sirviendo la cena. La mujer parlanchina de la voz penetrante estaba sentada a una mesa junto a la ventana, hablando con el esposo vestido de oscuro.

—Es una vergüenza —le dijo en un tono que no aceptaba réplica alguna— dejar que ese pobre hombre se asfixie dentro de esa... cosa. Y a nadie le importó. ¡A nadie! ¿Adónde irá a parar el mundo —quiso saber— cuando un hombre puede morir así frente a personas presuntamente respetables? —Observó al hombre y la muchacha que se sentaban a una mesa cercana y se volvió hacia ellos.— ¿Les parece bien? —preguntó.

La muchacha sonrió. La mujer se volvió al esposo, obviamente complacida.

—Estaba loco —alegó el esposo, buscando apoyo con la mirada pero sin encontrarlo—.

Demente. Y para colmo, fuera de temporada. Saltar en un tonel de esa manera... —Alzó las manos.— ¿Qué podía hacer yo?

La mujer se volvió nuevamente hacia la muchacha, arqueándose en el respaldo de la silla como una fiera enorme y atrapada al acecho de una presa inalcanzable. La muchacha le sonrió mecánicamente, sin verla de veras. —El problema conmigo —le dijo a la muchacha— es que soy demasiado considerada. Me preocupé demasiado por los demás. No puedo consentir que un pobre loco muera de ese modo, en un tonel, sin aire, encerrado como un animal. Pero algunos —continuó, volviéndose al esposo—, algunos no podrían preocuparse menos. Ahora bien, un barco bonito y seguro —dijo, cambiando repentinamente de tema—, eso podría entenderlo. Un barco como el nuestro, pequeño y decente, nada ostentoso. Eso podría entenderlo. ¡Pero un tonel!

El hombre y la muchacha comieron despacio, casi sin hablar, mientras la mujer de la otra mesa seguía su monólogo incesante. El hotel estaba en una loma justo en el borde del mundo. Del otro lado de la veranda angosta bostezaba el abismo sin fondo, inmensamente incitante y aterrador. La profundidad tironeaba, susurraba, persuadía. Comieron despacio, sin mirar por la ventana, y luego subieron a su cuarto, felices de no oír más la voz machacona y plañidera de la mujer.

El joven gárrulo se habría alegrado de saber que no eran amantes ni parientes. De hecho, apenas se conocían. Había un sentimiento mutuo de confianza, tal vez de simpatía, pero eso era todo. Se habían conocido dos días antes, en un tren que atravesaba las vastas y fértiles llanuras que terminaban en el borde del mundo, y decidieron ir juntos al hotel del fin del mundo. Un cuarto de hotel es más barato que dos, y ambos estaban casi en la ruina después de haber recorrido el mundo entero para llegar a ese lugar. Compañeros de viaje con una meta común, compartían el último tramo de la larga travesía, pagando el cuarto por adelantado un día tras otro, dedicando los últimos y monótonos días del otoño a paseos junto al río legendario. A ambos les gustaban las cometas; en verdad, era por eso que habían empezado a charlar en el tren, pues ambos reconocieron la forma del bártulo que lle-

vaba el otro. Ahora esperaban el viento, el hermoso y fuerte viento del fin del mundo que los impulsaría hacia lo alto. Esa noche se sentaron ante la ventana del cuarto de hotel, mirando las llanuras inmutables. Nada se movía.

Mucho después que la muchacha se durmió, él yacía despierto mirando el cielo raso. Ella, totalmente vestida, le apoyaba en el torso el brazo derecho y en las piernas la rodilla derecha tímidamente flexionada, buscando una posición cómoda pero sin atreverse del todo. El gesto era muy tímido y confiado, mucho más que el mero acto de amor de dos desconocidos. El la rodeó con los brazos, mecéndola dulcemente, pensando en el viento. El rumor incesante del río que caía por el borde del mundo era claramente audible y él recordó una canción que ella le había recitado en el tren:

Llévame río abajo  
a prados siempre verdes y fragantes  
donde doncellas de vendados ojos  
alaban la tenue luz de la aurora...

El abismo lo atraía, susurraba seductoramente, prometiendo una paz y un júbilo que excedían la comprensión humana. Aferró el cuerpo delgado de la muchacha como un hombre que se ahoga y busca un madero de salvación. Ella suspiró en sueños, acomodándose, poniéndole al fin la rodilla derecha sobre las piernas. El se quedó quieto, boca arriba, abrazando el cuerpo delgado, escuchando el rumor que se hinchaba despacio mientras el río caía triunfalmente en la eternidad.

El viento llegó en la noche. El joven gárrulo los vio salir del hotel al amanecer, con sus extraños envoltorios, y vio cómo los abrían desplegando cometas imponentes y maravillosas. La del hombre tenía la forma de un enorme pájaro negro, con una envergadura de casi ocho metros. Fríos ojos pintados lo observaban mientras ensamblaba varillas, tensaba paños de lona finos como papel, ajustaba cordeles y agarraderas. Las alas anchas y negras flamearon en el viento, tratando de remontarse y alejarse del suelo. El trabajaba rápida y metódicamente, armando la cometa con una pericia que evidenciaba una larga práctica. La cometa de la muchacha era una piltaña. Una mariposa multicolor, mucho más

grande que el ave de rapiña, delicada y hermosa, pero rota y rasgada durante el largo viaje. Las centelleantes alas de gasa estaban quebradas, las varillas y los flecos colgaban muertos en las manos de ella, listones de madera sobresalían como costillas rotas. Mientras él terminaba de armar su pájaro magnífico y alto, ella esperaba en silencio, mirando su mariposa muerta.

Se levantó viento. El se quedó sentado un largo rato, mirando ya a la muchacha, ya al pájaro. En la veranda del hotel, a pocos cientos de metros, un pequeño grupo de residentes los observaba con ojos reprobatorios, murmurando. Veían cómo el hombre y la muchacha (¿Hija? ¿Esposa? ¿Amante?) hablaban, con esos gestos implorantes típicos de todos los extranjeros, de sus juguetes infantiles. Estuvieron así un buen rato. Luego ambos se levantaron, y el hombre sujetó el pájaro grande y feo a la espalda de la muchacha. Ella corrió contra el viento, extendiendo las grandes alas negras, y de pronto se desprendió del suelo. Se remontó hacia el cielo encapotado, torpemente al principio, luego con creciente habilidad mientras aprovechaba el viento y las corrientes termales para ganar altura. Revoloteó sobre el hombre, bajó las alas y luego viró sobre el ancho río. La mujer parlanchina seguía el vuelo desde la veranda con ojos incrédulos.

—¡Locos! —dijo sin aliento mientras la silueta blanca y delgada trepaba al cielo bajo el pájaro negro, dejando al hombre solo callado y tieso en el suelo allá abajo—. ¿Cómo pudieron permitírselo? ¿Por qué nadie la detuvo? ¿Por qué nadie se preocupa más?

Esa noche, el hombre de la chaqueta deportiva se sentó solo en el comedor, bajo la mirada hostil de la mujer parlanchina. Ella le hablaba incessantemente al esposo y al joven gárrulo, quien pensaba en la silueta blanca reduciéndose en la distancia, arrastrada por el pájaro negro. El hombre de la chaqueta deportiva fingía no oír: comió despacio y metódicamente, sin hablar con nadie, y luego subió a su cuarto. Esa noche, y el día siguiente, y el otro, trabajó con infinita paciencia para arreglar la mariposa rota de la muchacha. Trabajó despa-

cio, reparando los listones de madera y la gasa rasgada, encló y trenzó y sujetó. Las alas deslumbrantes crecieron y se fortalecieron hasta que tuvo que seguir trabajando afuera. De noche dormía solo con el antebrazo sobre los ojos, como para protegerse de peligros desconocidos e invisibles. El tercer día salió con el primer destello gris del amanecer, la bella mariposa en brazos, como una amante. El viento arreciaba sobre las vastas llanuras; se sujetó la exquisita mariposa y se elevó grácilmente, casi sin esfuerzo, del suelo. Nadie lo vio cuando se remontó sobre el río hirviente, sobrevoló una vez un lugar determinado, como había hecho la muchacha, y luego viró sobre el borde del mundo donde el agua estruendosa se precipitaba en la oscuridad total y el vacío del espacio. La bella mariposa lo llevó muy lejos del borde, centelleando como una piedra preciosa en la oscuridad. Mientras el mundo quedaba abajo y atrás sonrió, por primera vez desde que la muchacha había traspuesto el borde. Luego, cuando las frágiles alas de gasa se plegaron grácilmente y se partieron, movió quedamente los labios. Cayó en la oscuridad infinita, siguiendo a la muchacha, susurrando como ella había susurrado, como tal vez susurraba aún en alguna parte de la oscuridad donde no había principio ni fin ni distancia, donde el tonel metálico del hombre huracán aún bajaba a los tumbo y las alas anchas y fuertes del pájaro negro llevaban a la muchacha abajo, abajo, abajo:

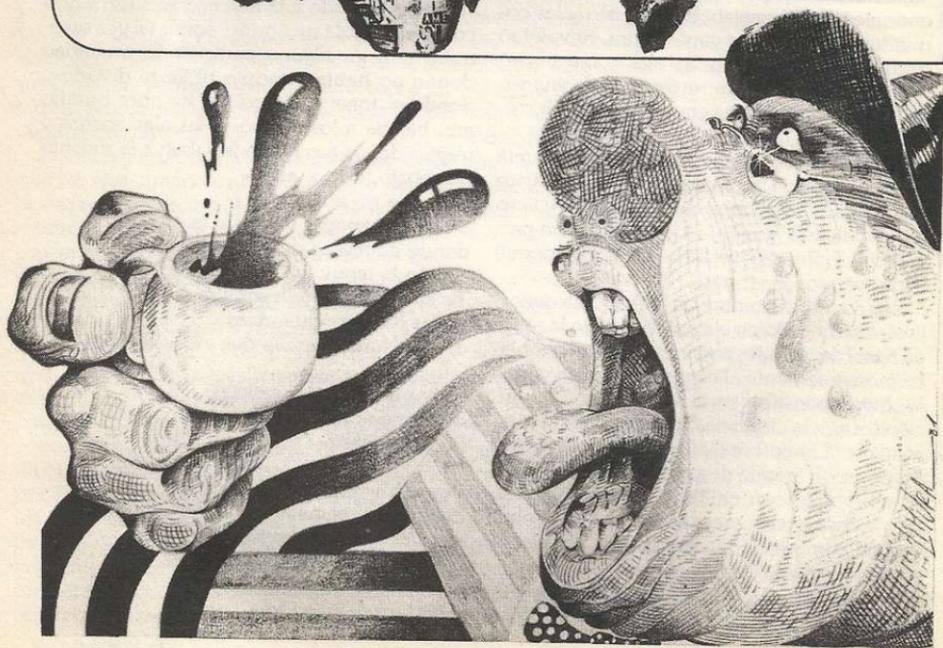
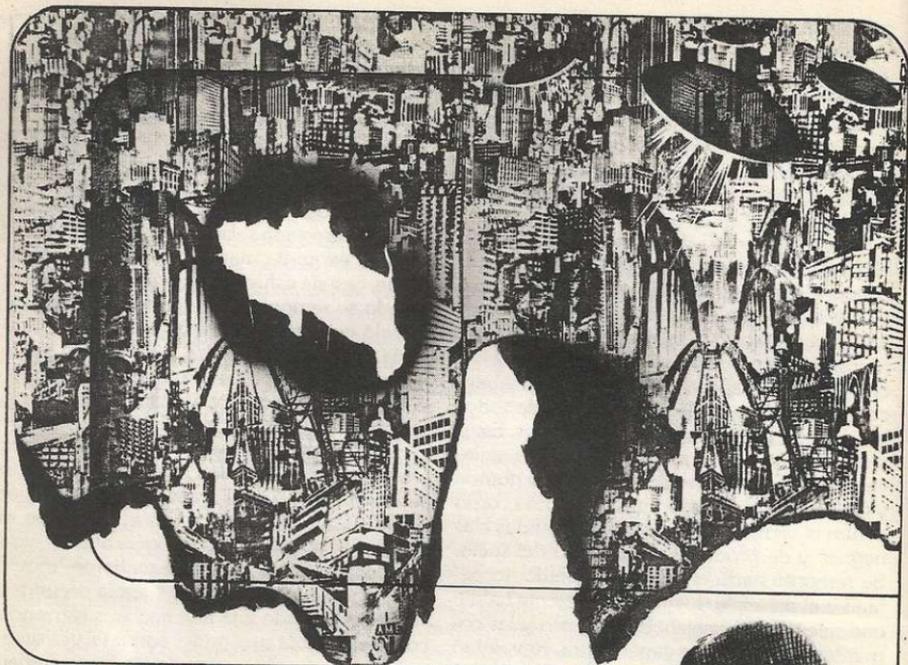
Llévame río abajo  
a prados siempre verdes y fragantes  
donde doncellas de vendados ojos  
alaban la tenue luz de la aurora.  
Te evocaré como la sombra  
en las llanuras cantarinas  
de un Nunca Jamás que no está en  
[venta.]

Ahora desando las callejas  
de mi memoria, que nadie me moleste.  
Podría sonreír y susurrar: "Por favor,  
[silencio.]"

Pero en verdad no importa.  
Estoy lejos, caminando,  
en el cerrado universo  
y los yermos de mi mente.

Título de la versión inglesa del autor: *Take Me Down the River*.

© 1979, by Sam J. Lundwall. Fakta & Fantasi AB. Traducción de Carlos Gardini.



*¿En qué lapso  
estaremos hoy?*

*Sergio Gaut vel Hartman*

# LAPSO DE REFLEXION

Ilustró LIMURA

El Agente de Seguridad condujo al tipo de cabello rojo hasta la puerta del despacho del Secretario de Asuntos Estrambóticos. Golpeó con los nudillos suavemente, dos veces, y esperó a que el Primer Ujier les franqueara el paso. Desde el interior se oyó la voz abaritonada del Segundo Ujier:

—Que el Delirante Citado entre solo.

El Agente de Seguridad se encogió de hombros, y con un leve toque en la espalda impulsó al Delirante Citado, dio media vuelta y regresó al pasillo. A él sólo le pagaban por conducir a los Delirantes Citados; que los dejaran o no penetrar en la antecámara era algo que lo tenía totalmente sin cuidado.

En el pasillo lo interceptó un Burócrata Ambulatorio, conocido de cafeterías y comedores:

—¿Quién era?

El Agente de Seguridad pensó qué mierda le importa; pensó es un asunto secreto; pensó este tipo no tiene nunca algo que hacer; pensó no me vendría nada mal un café doble y un pastel de manzanas.

—Invíteme con un café doble y un pastel de manzanas y le cuento todo.

—Délo por hecho.

Recorrieron los pasillos en silencio. La cafetería estaba en el ala este, directamente sobre los jardines, comunicada mediante amplios ventanales con el Inefable Exterior, encima de los fragantes rosales, dentro del atardecer de primavera, frente a los Bellísimos Edificios Grises del Gobierno.

—Odio pasar la vida encerrado en estas oficinas —dijo el Agente de Seguridad señalando con una mueca los jardines y más allá.

—También yo. ¡Qué día hermoso! —Luego

de una pausa:— ¿Y bien?

El Agente de Seguridad carraspeó:

—Un chiflado más. Dice tener documentación fiable que demuestra que los ahtram de Altair llegarán de un momento a otro en sus naves gigantes en forma de disco y destruirán la Tierra con rayos laser...

El Burócrata Ambulatorio se atragantó con un trozo demasiado grande de pastel de manzana.

—Y ¿por qué la destruirían?

—El tipo dice que por hacer mal uso de la energía atómica, por arruinar la ecología de nuestro planeta y por demostrar crecientes tendencias agresivas.

—Ja-ja-já. Déjeme descostillarme. Somos agresivos desde el Crô-Magnon. Arruinamos el planeta desde Noé y hacemos mal uso de la energía atómica por lo menos desde Hiroshima. ¡Qué demente!

—Este tipo dice que los ahtram pueden viajar a velocidades superlumínicas y que poseen armas que harían babear a nuestros militares. El tipo quiso dejar en claro que los ahtram jamás aplican sus armas a causas inno- bles.

—Entiendo. El tipo tiene una respuesta para cada insensatez. Pero ¿por qué han demorado treinta y cinco años en borrarlos del Universo? Si patrullaban la zona en 1945 y contemplaron el honguito, ya tenían entonces una buena razón para...

—Según el tipo fueron a pedir instrucciones. El Gran Concejo, o lo que cuernos mande

allá, habrá evaluado nuestros antecedentes y conductas y decidido de acuerdo con ellas.

—¡Pero treinta y cinco años! Una oportuna llamadita por radio, subradio o hiperradio podía haber servido perfectamente.

—El tipo dice que ellos sólo habrán pasado algunos días standard. El "estiramiento" subjetivo del tiempo es un subproducto de la relatividad. Ellos fueron y volvieron en un santiamén.

—¿Y tienen que entrevistar a muchos rayados de éstos en la Agencia de Seguridad y en la Secretaría de Asuntos Estrambóticos?

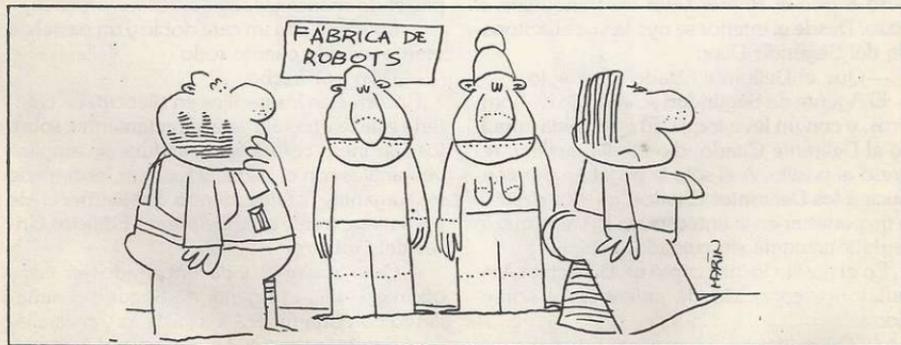
—¡Docenas! ¡Cientos! Tipos que predicen terremotos, asesinatos, tornados. Tipos que dicen estar en contacto con mundos paralelos en los que Kennedy no fue asesinado o que un polaco fue elegido Papa. Y los contactos de tercer, cuarto, quinto, sexto...

El Agente de Seguridad se detuvo al notar que el Burócrata Ambulatorio palidecía intensamente. Como daba la espalda al ventanal, tuvo que volverse para divisar el enjambre de pequeñas naves que, semejantes a voraces pirañas, descendían en picada sobre el Palacio de Gobierno y lo demolían con cañones de protones.

—Finalmente el tipo tenía razón —dijo el Burócrata Ambulatorio—. Van a tener que cambiarle el nombre a la Secretaría.

—Se equivoca. Esos no son los ahtram de Altair. Son los zerep de Spica que fueron a pedir instrucciones cuando la Inquisición empezó a meterse con Galileo Galilei.

© 1981. Sergio Gaut vel Hartman.



*En la cuarta entrega de Los nuevos apócrifos, con su habitual escepticismo, John Sladek analiza los sistemas que estudian la personalidad mediante la lectura de las líneas de la mano o la posición de los astros en el momento de nacer, y también los experimentos destinados a investigar la percepción extrasensorial.*

John Sladek  
**LOS NUEVOS  
APOCRIFOS**

**Guía de ciencias extrañas  
y creencias ocultistas**

Ilustró ALFREDO GRONDONA WHITE

**De la cabeza  
El carácter por  
los rasgos**

Hay seis sistemas principales para descubrir el carácter de un hombre sin necesidad de conocerlo. Este capítulo abarca cuatro: la frenología, la fisiognomía, la lectura de las manos y la grafología. La astrología y la numerología serán tratadas en capítulos posteriores.

Cada sistema ha tenido defensores en generaciones de aficionados al ocultismo; algunos han reinado temporariamente como ciencias serias. Cada cual, desde luego, afirma que es el úni-

co modo verdadero de anotar y pasmar a los amigos leyéndoles los pensamientos más recónditos.

**TODO EN LA  
CABEZA**

Desde que se abandonó la noción aristotélica de que la cabeza era una especie de torre de enfriamiento llena de agua, la gente ha tratado de explicar el cerebro. A la mayoría de nosotros nos resultan familiares las analogías con el reloj ("se oyen girar los engranajes"), las líneas telefónicas ("tiene los cables cruzados"), la radio ("no está en la misma longitud de onda") y la computadora. Cada analogía es

un monumento al estado del conocimiento y la ignorancia contemporáneos sobre nuestras torres de enfriamiento.

Parece que la analogía de moda en el siglo dieciocho era el escritorio con casilleros. Basta con mencionar las "facultades" de éstos y de allí a la frenología no hay más que un paso. En 1800 el austríaco Franz Josef Gall introdujo la teoría de que los casilleros, o facultades, estaban localizados en veintisiete partes diferentes de la superficie del cerebro, que fueron diagramadas y numeradas, para delicia de los anticuarios de hoy.

Era razonable inferir que una gran facultad de cautela

(N° 10) debía manifestarse como una hinchazón de esa parte del cerebro, que a su vez requeriría una protuberancia del cráneo donde alojarse. Por lo tanto, por los bultos conoceréis al hombre.

El discípulo de Gall, Johann Gaspar Spurzheim, revisó el sistema, añadiendo bultos favoritos de su propia cosecha y reclasificando la cabeza. Había *Sentimientos* (desde 1, *Amatimidad* a 21, *Imitación*) y *Facultades Intelectivas* (desde 22, *Individualidad*, hasta 35, *Causalidad*) con muchas e interesantes características intermedias, tales como el N° 4, *Adhesividad*, o necesidad de un compañero de alma.<sup>1</sup>

La frenología cundió como la viruela, y recibió casi la misma aprobación médica. En 1807 una comisión del Instituto de París descubrió que la teoría Gall-Spurzheim era inaplicable. Durante todo el siglo diecinueve siguieron apareciendo sistemas frenológicos, y siguieron siendo reprobados, hasta que fue obvio para todos menos para los creyentes obstinados que el cerebro no era un casillero. Esta lenta comprensión demoró más de un siglo. Entretanto, la frenología dominó las creencias de personas como Walt Whitman, que la mencionó en sus poemas, sir Isaac Pitman, \* cuyo número grande en sombreros presumiblemente se correlacionaba con su inventividad taquigráfica y fonética; y sir Arthur Conan Doyle. Pero gradualmente el sistema se escabulló del laboratorio a la salita del creyente, y de allí a la tienda del adivino, ayudado por

el descubrimiento —realizado en 1901— de que las lesiones cerebrales causan desórdenes que no guardan ninguna relación con ningún diagrama frenológico.

## ROSTROS EN LA MUCHEDUMBRE

La fisiognomía tiene una larga y honorable historia. Fue popular entre los griegos, y los hombres del Renacimiento escribieron volúmenes sobre el tema, contradiciéndose unos a otros. Probablemente la mayoría de nosotros practicamos una especie de fisiognomía improvisada en la vida cotidiana, aunque rara vez cojetamos o sistematizamos nuestras intuiciones.

Cuando se encuentra alguna verdad en tales observaciones, es probablemente la verdad de la caricatura (el oscuro Dick Nixon, el equino De Gaulle) o la verdad de las descripciones de las novelas baratas ("labios finos y crueles", "ojos pálidos y acuosos" "un gran cuello taurino"). Cada rasgo es clasificado de acuerdo con su semejanza (a) con algún animal que presuntamente tiene las características que

"Pitman parece haber sido un entusiasta de la fisiognomía, la reforma del alfabeto (igual que Bernard Shaw) y el vegetarianismo. Describió sus opiniones vegetarianas en una carta al *Times* en 1879, que empezaba: "Ser, — A friend suggests to me that I ought to ret a letter to *The Times* plasing mei leifeksperiens in kontrast with..." Firmado: "Eizak Pitman".

"Señor, un amigo me sugiere que debería escribir una carta a *The Times*, poniendo mis experiencias vitales en contraste con..." Firmado: "Eizak Pitman". La carta está redactada en una curiosa transcripción fonética del inglés. (N.d.T.)

buscamos; o (b) con la distorsión de los rasgos por emociones poderosas. Usando el método *a*, encontramos al hombre artero con una larga nariz de zorro, posiblemente porque adjudicamos al mismo zorro una exagerada arteria. Idem para la larga y boba cara de asno, la tímida cara de conejo, y el sabio búho (antes de las gafas al búho se le adjudicaba, más razonablemente, crueldad y espectacularidad nocturna). Usando *b*,

Un ojo rojizo denota que la persona es egoísta, taimada y o gullosa, irascible, fértil en la invención de conspiraciones, e infatigable en su resolución de llevarlas a cabo.<sup>2</sup>

Los sistemas de clasificación son múltiples y contradictorios. "Sibyl", citado arriba, entiende que los labios finos significan "una imaginación rápida y vivaz" y "no demasiado apego al dinero", mientras que otro fisiólogo dice que los mismos rasgos significan "remilgado y sufrido".

El ocultista decimonónico Cesare Lombroso intentó un estudio estadístico de la criminalidad y los rostros, pero sus resultados no eran dignos de confianza. En la década de 1930 el antropólogo E. A. Hooton trató de establecer algún lazo entre la criminalidad y las características corporales. Su investigación zozobró por dos razones:

1. Aunque es bastante fácil demostrar que una proporción de criminales convictos comparte algún rasgo particular, no es tan fácil demostrar que la población en general no posee el mismo rasgo en la misma proporción.

2. La "criminalidad" nor-

malmente depende del entorno de la acción, las costumbres existentes, la captura y la condena. Así el ficticio Jean Valjean era un "ladrón", y Sacco y Vanzetti "asesinos", sólo en ciertos contextos. Cualquiera teoría que proponga una explicación genética de la criminalidad debe definir y eliminar la influencia de dichos contextos.

La mejor síntesis de fisiognomía accesible en la actualidad es *El rostro humano reconsiderado* de John Brophy, 1962, que dice:

De hecho se lee el carácter en los rostros, y a veces con exactitud y precisión, pero ello ocurre cuando conocemos al dueño de ese rostro íntimamente o poseemos alguna otra evidencia sobre él por palabras dichas o escritas, por sus acciones y reacciones, por las cambiantes faciales que las acompañan, por la voz, por toda su presencia física.<sup>3</sup>

También podrían entrar en juego algunos factores más. Las perspectivas de una persona podrían moldear su expresión habitual. Es posible que una persona con una cara particular provoque en los demás reacciones capaces de determinar parcialmente su carácter. Por ejemplo, un hombre con una mandíbula "resuelta" puede descubrir que la gente lo aborda como esperando un conflicto; la agresividad de los demás podría inducirlo a la obstinación. Por último, quien descubre que ciertas expresiones faciales le son útiles en la vida cotidiana puede adoptarlas más o menos permanentes. Todos conocemos al mozo de mirada gacha, al vendedor que sonríe demasiado, al político que en televisión

utiliza la edad y el desaliño como señales de sabiduría y calidez hogareña. Que el lector juzgue por sí mismo cuán feliz es en verdad el vendedor, cuán humilde es el mozo, o cuán sabio y paternal el político, cuando están "en bambalinas".

Brophy proporciona una breve síntesis de los supuestos de la fisiognomía popular:

1. Ojos grandes, bien separados: Candor y honestidad.
2. Ojos pequeños, muy juntos: Astucia y malevolencia.
3. Ojos elusivos: Duplicidad o culpabilidad.
4. Ojos con párpados superiores profundos: Furtividad, suspicacia.
5. Nariz larga: Curiosidad.
6. Nariz curvada hacia abajo: Avaricia.
7. Boca ancha: Generosidad, afabilidad.
8. Labios gruesos: sensualidad.
9. Labios finos: Envidia.

10. Boca angosta: Melindrosidad, mojigatería.

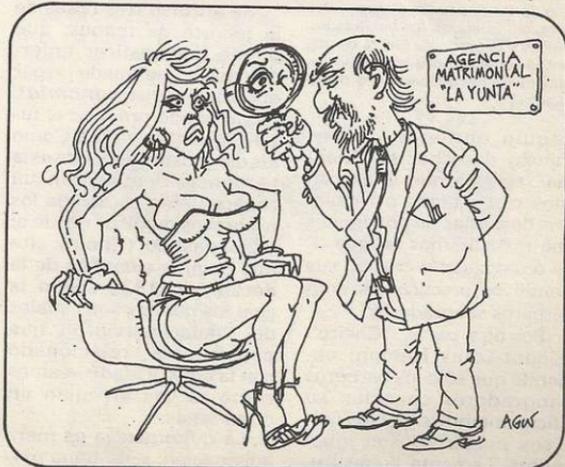
11. Barbilla cuadrada o prominente: Determinación, heroísmo.

12. Barbilla hundida: Debilidad, indecisión.

No encuentra evidencias para aceptar nada de esto, y señala cuán desorientadoras pueden ser las caras reales. Si se mostrara un retrato de Winston Churchill a alguien que nunca hubiera oído hablar de él, le encontraría todos los indicios de sensualidad y ninguno de potencialidad para el liderazgo. Si a Hitler le quitamos el bigote y le echamos el pelo hacia atrás, se parece notablemente a un Kirk Douglas regordete.

## LUNA DE MIEL EN LA MANO

Es interesante ver cómo los modernos tratadistas de la quiromancia intentan relacionar esta antigua superstición con principios



científicos. Noel Jaquin, en *La mano del hombre* 1933, no titubea en adornar el universo con las fuerzas necesarias.

Toda actividad es electromagnética, sea el beso de un amante, una explosión de dinamita, o la caída de un cometa. Sabemos que la luz, el calor, el sonido, las ondas de radio, las ondas ultravioleta, etc., son todas electromagnéticas. ¿Hasta qué punto, entonces, nuestros actos sufren la influencia de las radiaciones que emanan de planetas remotos?<sup>4</sup>

Señala que toda forma de vida necesita energía solar, e invoca la locura lunar, otra superstición que se resiste a morir. El hecho de que todas las criaturas vivientes reciban en última instancia su energía del Sol no explica las influencias planetarias, ni éstas servirían para explicar las líneas de la mano. Por lo tanto Jaquin introduce otro lazo dudoso, la frenología:

Cada parte de la mano tiene su contrapartida, o departamento, en el cerebro; así, las emociones conectadas con nuestros impulsos amorosos se muestran en la formación de las líneas Cardiacas, o del Corazón, mientras las habilidades lógicas y el grado de fuerza de voluntad son indicados por la formación de la línea Cerebral o de la Cabeza.<sup>5</sup>

Jaquin entiende que es injusto desechar su "ciencia" sólo porque la asociamos con gitanos o reuniones de damas de edad; pues "no ridiculizamos la medicina ortodoxa aun cuando sus primitivos practicantes eran barberos sangradores"<sup>6</sup>

Por otra parte, "Cheiro" (Count-Louis Hamon) entiende que sólo los barberos sangradores conocían su oficio, mientras que los médicos modernos son ignorantes. Lamenta la sustitu-

ción de esos primitivos artesanos que lo conocían todo por los modernos médicos especializados:

Esta especialización (...) puede brindar mayor conocimiento en cosas particulares, pero reduce a los hombres a una línea más estrecha de pensamiento. Por lo tanto, ocurre que un médico puede saber poco de anatomía, mientras que el cirujano puede no saber prácticamente nada de medicina.<sup>7</sup>

Desde luego ocurre exactamente lo contrario. Un cirujano siempre tiene conocimientos exhaustivos de medicina, y cada médico estudia anatomía extensivamente. En verdad, el más inepto, ignorante y chapucero médico de hoy sabe más sobre el cuerpo humano de lo que todos los sangradores, ajustadores de huesos y preparadores de cataplasmas siquiera sospechaban. La idea clave de Cheiro es que deberíamos desconfiar de nuestros mal informados médicos de cabecera y confiar en el diagnóstico de los lectores de manos.

Se afirman tres cosas de la lectura de manos: que puede diagnosticar enfermedades, que puede juzgar el carácter (*quiromanía*); y que puede predecir el futuro (*quiromancia*). Como los diagnosticadores de esta tendencia demuestran un conocimiento escaso de los progresos médicos desde el siglo pasado (Cheiro cita una opinión científica de la década de 1820 según la cual los nervios son canales del "fluido nervioso", que podría estar relacionado con la electricidad), veamos cómo se las arreglan en otras áreas.

La quiromancia es mera adivinación, y no tiene nin-

guna ventaja particular sobre la cartomancia, la rabdomancia, la geomancia, la hidromancia (adivinación por cartas, varillas, tierra y estanques de agua) ni la lectura de entrañas, bolas de cristal u hojas de té.

No es necesario que el quiromante discuta con el científico, basta con que se someta a un experimento simple. Sólo tiene que hacer cincuenta predicciones específicas, que se cumplirán dentro de un período determinado, en condiciones de laboratorio. Si tan sólo cinco resultan atinadas, verá como se esfuma el presunto escepticismo del científico.

Muchos que rechazan la adivinación del futuro aún opinan que "puede haber algo" en la quiromanía. Tiene sentido pensar que el mecánico tendrá manos cortas y cuadradas, el artista dedos largos y ahusados, y así sucesivamente. ¿Y una línea de la vida larga no podría indicar una predisposición hereditaria a la longevidad? Sería bonito que funcionara de ese modo, pero la lectura del carácter en la mano adolece de varias deficiencias:

1. El carácter es un fantasma elusivo, difícil de aprehender. Todos somos generosos hasta cierto punto, metódicos en ciertas cosas, artísticos a veces. Todos aman, inventan, calculan, sueñan.

Más aún, el carácter varía según el contexto. El orgullo y la ambición son virtudes para un cheyenne, vicios para un hopi. Lo que se ve como frugalidad en la mano de un pobre también debe verse como avaricia en la mano de un rico.

2. La adulación garantiza

al quirógnomo cierto "éxito" en casi todas sus lecturas. Mirando una palma ve montes de Júpiter y Mercurio bien desarrollados, y dice al poseedor que tiene ambición, orgullo, entusiasmos y necesidad de poder (Júpiter); que es mentalmente ágil, y ama el cambio, los viajes y las emociones. Naturalmente el cliente se concentra en esas características que tiene o quisiera tener, ignorando las otras.

3. El quirógnomo puede conocer a su cliente, o ser capaz de adivinar algo de su carácter, y darle una lectura acorde. La mano de George Bernard Shaw (frontispicio de Jaquin) tiene un dedo anular con forma de espátula que, según nos informan, "indica habilidad dramática". Pero la mano de Sarah Bernhardt (en Cheiro) no cuenta con esa indicación. Impertérrito, Cheiro descubre que la habilidad dramática de la actriz se ha desplazado a otra parte; ahora está localizada en el espacio abierto entre la Línea de la Vida y la Línea de la Cabeza. Ese espacio, incidentalmente, no existe en la mano de Shaw.

4. Si la geometría de la mano es significativa, debería ser geométrica. ¿Qué longitud tiene una línea de la vida "larga"? ¿Cuándo está "en declive" una línea de la cabeza y en relación con qué? ¿Qué dimensión tiene un monte de Marte "bien desarrollado"? Los lectores de manos no lo dicen. Tal vez, como ellos sugieren, depende de la experiencia, pero aparentemente la experiencia no mejora la precisión de sus juicios.

La quirognomía ha sido sometida a muchas pruebas

por psicólogos, con resultados negativos. En una prueba por televisión, varios quirógnomos examinaron manos de personas que las presentaban a través de un cortinado, y sus evaluaciones fueron comparadas con las evaluaciones psiquiátricas. No coincidían.

Desde luego los quirógnomos no dudan quién tiene la razón. Como todos los charlatanes, entienden que no se les dio una oportunidad justa, y que la ortodoxia conspira contra ellos.

La recompensa del pionero es a menudo la burla de sus semejantes. Hoy día no somos mucho más justos. En los últimos años hombres de genio han sido privados de su vida y literalmente perseguidos hasta la muerte [!] por la burlas de sus hermanos más ignorantes. \*

Cuánta verdad hay en esto. Se rieron de Galileo, se rieron de Darwin, se rieron de Edison... y se rieron de Punch y Judy\*.

## CARACTERES ESCRITOS

La grafología, o análisis de la escritura, podría llegar

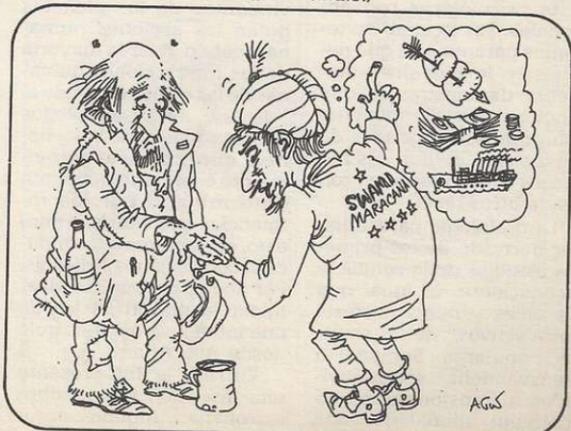
a tener una firme base psicológica. Los argumentos más fuertes a su favor parecen ser:

1. Puede existir alguna relación entre el patrón general de escritura de una persona y su personalidad. Podría esperarse que un artista tenga un patrón de interés visual; una persona ordenada y metódica podría escribir despacio y prolijamente, y demás.

2. Puede haber razones inconscientes para ciertos manierismos de escritura. Tómense los dos ejemplos de la Figura 12-1. Puede verse que ciertas letras del ejemplo A se elevan hasta la capa superior. De acuerdo con la teoría grafológica, esto indica aspiraciones espirituales, creatividad, sueños e ilusiones. El ejemplo B se hunde por debajo de la capa inferior, manifestando impulsos sexuales y otros elementos reprimidos del inconsciente.

Los grafólogos han analizado similarmente las letras

\* Personajes grotescos de una célebre comedia de marionetas. (N.d.T.)



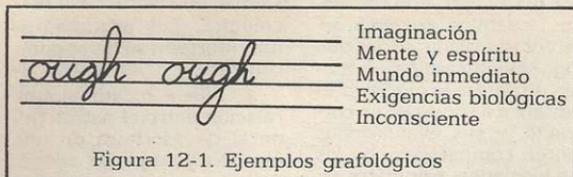


Figura 12-1. Ejemplos grafológicos

hacia la derecha o la izquierda, el tamaño y las proporciones de las letras, su angulosidad o redondez, la forma y longitud de los trazos conectivos, el grosor de los trazos y muchos otros factores, en términos de conducta inconsciente.

La mayoría de los grafólogos parecen llevar la idea demasiado lejos. Klara G. Roman, en *Análisis de la escritura: una clave de la personalidad*, 1961, utiliza un gráfico que enumera cuarenta y una características que deben buscarse, elaborando un complejo e impresionante "perfil de personalidad".<sup>9</sup> Si cada perfil corresponde a alguna personalidad real es otra cuestión. Lamentablemente, un sistema de grafología no está sujeto normalmente a experimentos sistemáticos en gran escala, como los tests psicológicos convencionales. Por lo tanto no tenemos garantías de que demuestre lo que presuntamente demuestra; de que funcione consistentemente con grandes cantidades de personas; o de que sus hallazgos se correlacionen con los de otros tests.

La grafología parece haber derivado de los primeros estudios de la conducta inconsciente, al igual que los miles y miles de tests "proyectivos" de las revistas populares. Semanal o mensualmente, somos invitados a transformarnos en cualquier animal que nos

guste; a ordenar un conjunto de colores; a dibujar un árbol; a fijarnos si encendemos los fósforos "hacia afuera" o "hacia adentro" a gastar un millón; a dibujarnos a nosotros mismos; a fijarnos en la simetría de nuestra cara; a ordenar algunos símbolos chinos; a elegir nuevas mascotas, nombres, cónyuges o carteras; y demás. Cada "test" promete una visión genuina del propio carácter y, como monos ante un espejo, a todas ellas las encontramos fascinantes.

## Atracciones estelares

Es difícil comentar la astrología sólo como análisis de caracteres, sin tomar en cuenta su pretensión de predecir el futuro. Si los movimientos de los planetas guían las acciones humanas, deben guiar la mayoría de las interacciones humanas de las cuales depende el "destino". Hay astrólogos que van más lejos y sostienen que *cada* acontecimiento está completamente determinado por las influencias planetarias, pero esto, como veremos, conduce a conclusiones ridículas. Por ahora, bastará con examinar la noción básica de una influencia que nos guía desde Allá Afuera.

En 1971 la BBC presentó una discusión radial sobre astrología.<sup>1</sup> Algunos arqui-

mentos a favor de la astrología eran triviales, pero algunos eran ingeniosos y merecerían una réplica más larga de la que permitía el tiempo asignado al programa.

A era dueña de una agencia de empleos y usaba la astrología en su trabajo. Alegó que le había predicho un período de prosperidad, y que había acertado a largo plazo, aunque no siempre en detalles específicos.

B, un astrólogo, se consideraba más un indicador de escenarios probables (como un Herman Kahn astrológico) que un autor de predicciones exactas y pormenorizadas.

C consideraba la ciencia una acumulación de hechos y datos, mientras que la astrología optaba por una visión más amplia, tratando de relacionar al hombre con el tiempo, de comprender la naturaleza del tiempo y el universo.

D afirmaba que abundaban pruebas empíricas a favor de la astrología. Citó un estudio de 1965 sobre la relación entre la luna y la precipitación pluvial cuya validez ahora es aceptada pero que según él se inspiró originalmente en la astrología. También mencionó las investigaciones de Michel Gauquelin sobre influencias planetarias.

El argumento de A es irrecusable. Si para ella la astrología funciona, para ella funciona. Sin embargo, podríamos preguntar cómo distingue tendencias a largo plazo de predicciones específicas. Si su horóscopo predice, por ejemplo, que los negocios sufrirán un bajón, luego un incremento, no puede decirse que sea una predicción, a menos que

mencione fechas. Es casi seguro que toda actividad comercial en cualquier parte sufrirá un bajón, y luego un incremento, en algún momento del futuro.

Lo mismo ocurre con los escenarios de B. Cuando Herman Kahn y Anthony J. Wiener se propusieron elaborar su marco para las especulaciones,<sup>2</sup> no tenían acceso a ninguna información especial sobre el futuro. Sólo podían extrapolar las tendencias presentes, extender las curvas de PNB, población, etc., y ver qué sucedería si... Sus escenarios de futuros "libres de sorpresas" son en verdad el equivalente de predecir que una moneda caerá *cara* o *crúz* (dejando al margen la posibilidad de que caiga de canto, desaparezca en una hendija, o sea manoteada en el aire por un ladrón). Si esto es lo que hace B, está admitiendo que la astrología no brinda ningún conocimiento especial sobre el futuro. Más aún, podría elaborar sus escenarios sin ayuda de la astrología, pues estas especulaciones son en verdad ejercicios lógicos.

C se equivoca en cuanto a la ciencia. Contrariamente a la imagen popular, la ciencia no es una acumulación de hechos. De acuerdo con Peter Medawar,

el lastre de información fáctica, lejos de estar por hundirnos, disminuye cada día más. El peso fáctico de una ciencia varía en forma inversamente proporcional a su grado de madurez. A medida que una ciencia avanza, los hechos particulares son incorporados, y luego en cierto sentido aniquilados, por enunciados generales de capacidad y espectro explicativos cada vez mayores. Por lo tanto ya no es preciso conocer los hechos explícitamente, o sea consignarlos y tenerlos en cuenta. En todas las cien-

cias estamos cada vez más aliviados del peso de los ejemplos singulares, la tiranía de lo particular. Ya no necesitamos consignar la caída de cada manzana.<sup>3</sup>

Más aún, si la astrología no es una ciencia sino una filosofía, no tenemos derecho a esperar de ella ninguna clase de predicción, o siquiera que trate con hechos. Cuando condesciende a ensuciarse las manos con hechos y predicciones, es una ciencia, y por lo tanto puede ser juzgada como cualquier otra ciencia, por los resultados.

Lo cual nos lleva al aserto de D según el cual la astrología es una ciencia empírica y verificable. Antes de examinar algunos modos de verificar la astrología, es necesario examinar algunos de sus argumentos para ser considerada una ciencia.

**1. Millones de personas creen en ella.** Bien, millones de personas han creído que la Tierra era plana. Como otras ciencias ocultistas, la astrología ofrece certi-

dumbres sobre el futuro, revelaciones sobre la personalidad de uno y los demás y asesoramiento médico. Si uno no puede entender la conducta de otro, siempre es más fácil atribuirlo a influencias astrales que tratar de averiguar qué lo hace tan reacio aquí y ahora.

**2. La astrología está basada en millones de observaciones de los movimientos de los planetas, desde la época de los caldeos hasta el presente.** Es más bien una elaboración metafísica urdida por los hombres e impuesta sobre esas observaciones. Aun las mismas constelaciones tienen significados diferentes para pueblos diferentes. Leo, por ejemplo, no es vista como un león por los indios sudamericanos,

pues no tienen en cuenta lo que nosotros llamaríamos la cola y las patas traseras del animal y transforman el resto en una langosta vista desde arriba.<sup>4</sup>

Las observaciones de movi-



mientos planetarios, cuando están sujetas a proyecciones de este tipo, no son más afortunadas que Leo la Langosta. Usando datos idénticos, dos diarios se las ingeniaron para publicar predicciones contradictorias para el mismo día:

## CONSTANCE SHARPE

**Géminis.** Un nuevo interés —tal vez un hobby— empezará a ocupar sus momentos de ocio. Una buena noticia le llega por medios indirectos.

**Cáncer.** Esta promete ser una semana brillante y alegre en la cual logrará ganar la aprobación de personas importantes.

## DOROTHY ADAMS

**Géminis.** Se llega a un arreglo que le traerá una seguridad duradera así como trabajo duro. La vida se moverá más rápido, con mucha variedad para mantenerlo feliz.

**Cáncer.** Recibirá noticias que le darán tranquilidad. Hay pronunciados indicios de una novedad que podría contribuir en mucho a solucionar un problema doméstico. Un amigo mayor será una gran ayuda.

3. *Las predicciones astrológicas no siempre son absolutamente correctas, pero tampoco lo son los pronósticos del tiempo.* Pero al menos los que pronostican el tiempo saben cómo perfeccionar sus predicciones. El principal problema parece consistir en la falta de datos suficientes. En cambio, los movimientos

planetarios ahora se conocen con mucha más precisión de la necesaria para los astrólogos. Aparentemente sólo podrían mejorar su precisión alterando su teoría básica, que ha permanecido estática durante milenios.

Otra diferencia es que siempre sabemos cuándo se equivocan los que pronostican el tiempo, mientras que los astrólogos son tan vagos que algunas de sus predicciones no significan nada. La oficina de pronósticos no dice que podría ser un día propicio para empresas que tal vez involucren a la familia, y que quizá haya un viaje. Dice que será un día templado y soleado, apropiado para un picnic.

Por último, un pronóstico meteorológico no ejerce ninguna presión psicológica, mientras que decirle a un hombre que recibirá malas noticias puede inducirlo a ver cualquier noticia como la más negra. Cuando menos algunas predicciones astrológicas son profecías que contribuyen a su propia realización.

4. *Algunas predicciones astrológicas son absolutamente correctas.* Los casos citados con más frecuencia son predicciones del asesinato de Kennedy y de un atentado contra Hitler.

Una astróloga norteamericana que afirma haber predicho el asesinato de John F. Kennedy fue entrevistada por el radio de la BBC en 1972. También afirmó haber predicho la muerte de Robert Kennedy, y otros acontecimientos en la vida de la familia Kennedy. Su historia sonaba convincente, aunque no ofreció ninguna prueba de que sus

predicciones habían sido anteriores a los acontecimientos en cuestión.

Curiosamente, no dijo nada sobre el futuro de la familia Kennedy. Era una magnífica oportunidad para probar sus afirmaciones ante millones de oyentes, simplemente diciendo que ----- iba a ocurrirle a ----- en determinado plazo.

Menos de una semana después de la emisión, el hijo de Robert Kennedy viajaba a bordo de un jet que fue desviado a Medio Oriente, un acontecimiento que ocupó durante días los titulares mundiales.

Hay una pregunta que queda sin respuesta. Miles, tal vez decenas de miles de horóscopos debieron de confeccionarse para JFK en los años en que era el número uno de la política norteamericana. Si la astrología se lleva la palma por una sola predicción correcta, ¿cómo explicamos los miles de fracasos?

La predicción de un atentado contra la vida de Hitler parece cierta. El astrólogo Karl Ernst Krafft, especialista en Nostradamus, predijo el 2 de noviembre de 1939

que la vida de Hitler correría peligro entre el 7 y el 10 de noviembre y de hecho utilizó la expresión "posibilidad de un intento de asesinato mediante el uso de material explosivo".<sup>5</sup>

El 8 de noviembre de 1939 se perpetró un atentado con esas características. Krafft se apresuró a escribir al gobierno, enfatizando la exactitud de su predicción. Los agentes de Gestapo se apresuraron a arrestarlo. Evidentemente se las ingenió para convencerlos de que él no formaba parte de la conspiración, pues más

tarde lo pusieron en libertad.

Esta predicción parece asombrosamente exacta. Pero Ellic Howe, que investigó toda la carrera de Krafft, explica que confeccionó cientos de horóscopos para Hitler, Alemania, el Tercer Reich y otros jerarcas nazis. En ningún momento ninguno de estos horóscopos produjo una sola predicción útil. Por lo visto Krafft sabía publicitarse a sí mismo y podemos tener la certeza de que otras profecías verdaderas también se hubieran anunciado. Un hombre debe tener una fe mayúscula en su sistema para usarlo diecinueve años hasta conseguir un solo resultado positivo.

Ninguna predicción correcta y aislada es suficiente para demostrar que la astrología tiene un fundamento científico. Un buen número de predicciones irrefutables podría suministrar el fundamento para una revisión de las teorías astrológicas. Esto a su vez podría redundar en más éxitos, conduciendo a nuevos refinamientos y consolidaciones teóricas, y así sucesivamente. Pero éste es un camino que pocos astrólogos desean tomar, el camino de la ciencia.

La afirmación de D de que la astrología es una ciencia resulta bastante curiosa cuando advertimos que las únicas investigaciones serias son emprendidas por no creyentes. Michel Gauquelin<sup>6</sup> prologa su propia investigación con anécdotas sobre fallidas tentativas anteriores de probar la teoría astrológica.

El comandante Paul Choissnard "probó" varias teorías astrológicas gracias

a su ignorancia de la estadística y porque no atinó a comprender que Europa no está en el ecuador. Karl Ernst Krafft publicó su *Tratado de astrobiología* en 1939. Sus hallazgos fueron empañados por su absoluta virginidad en astronomía elemental.

Los tres factores más importantes de un horóscopo son el signo del Sol, el signo de la Luna y el ascendiente. El signo del Sol está determinado por cada uno de los doce períodos del año, el de la Luna cambia cada dos o tres días, y el ascendiente está determinado por la hora del nacimiento. Michel Gauquelin examinó los signos natales de 25.000 celebridades, y encontró una distribución azarosa. No habían nacido soldados extra en Aries, ni músicos extra en Libra, etc.

En un test, las cartas natales de tres celebridades (un locutor de TV acosado por la mala suerte, un campeón de ciclismo y un cantante) fueron entregadas

catorce astrólogos para que las acordaran con los nombres de las celebridades. Todos fallaron. Otro test mostró que los astrólogos eran incapaces de distinguir cartas natales de asesinos de las de otras personas.

Gauquelin examinó las horas de nacimiento de 576 médicos franceses y descubrió que el número nacido cuando Saturno o Marte estaban en ascenso o en el cenit superaba el margen concedido por el azar. Luego probó suerte con otro grupo de 508 médicos, y encontró la misma tendencia.

Gauquelin procedió a ampliar su investigación para abarcar otras ocupaciones y otros países. Compiló la hora de nacimiento de 25.000 celebridades de Alemania, Italia, Bélgica y Holanda. Las horas fueron confrontadas con el ascenso o el cenit de la Luna, Saturno, Júpiter y Marte. Las correlaciones positivas y negativas que se descubrieron se exponen en el Cuadro 13-1.



Gauquelin comprendió que estas carreras parecían demostrar alguna misteriosa influencia planetaria, pero una influencia que no tenía nada que ver con la astrología. También advirtió que ningún "rayo" hipotético podía dar cuenta de los cambios súbitos en el carácter heredado de un feto plenamente desarrollado a punto de nacer. Pero aun descartando esta teoría quedaban extrañas estadísticas sin explicar.

Por último adoptó una teoría de "herencia planetaria". Asumió que la herencia desempeñaba un papel importante para determinar si un niño sería médico o general cuando adulto, y propuso que un rayo o influencia planetaria podría inducir al nacimiento de los niños con los genes apropiados.

Si la herencia en efecto selecciona los niños que nacerán en una hora y día particulares, cabe esperar que los cielos de los padres en el nacimiento sean similares a los cielos en el nacimiento de los hijos. Gauquelin cotejó 15.000 pares padres-hijos y descubrió una correlación entre los cielos de ambos en el momento del nacimiento. Esta herencia planetaria parecía seguir "ciertas leyes genéticas familiares".

Sería precipitado concluir que la teoría de Gauquelin está demostrada —él sería el primero en negar lo—, pero es indudable que la noción de herencia planetaria requiere bases más sólidas. Podrían oponerse varias objeciones a esta teoría:

1. El "momento del nacimiento" es una ficción. ¿Consideraremos el mo-

mento en que es visible la cabeza del niño? ¿En que sale? ¿En que sale el cuerpo entero? ¿En que se retira la placenta?

2. Las horas de nacimiento que se registran son bastante imprecisas. El obstetra, la partera, o el empleado de hospital que asienta esta información no es astrónomo. Pueden estar cansados, apurados, demasiado ocupados para asentarla en horas e incluso días.

3. Sea cual fuere el elemento inductor, el trabajo de parto puede tener cualquier duración, desde pocos minutos hasta más de un día. El rayo planetario tendría que determinar la duración probable del parto y adecuarlo de antemano con el cielo del nacimiento. Sólo puede hacerlo si la duración del parto es un factor hereditario, o si una gran cantidad de mujeres se acercan a

una duración media del parto.

4. Hay tantos factores implicados para llegar a ser el representante célebre de cualquier profesión que es sorprendente que la herencia planetaria llegue siquiera a manifestarse. El ingreso en la escuela médica de muchos países, por ejemplo, puede depender tanto de la situación social como de las aptitudes. Por lo que sé, Gran Bretaña tiene un solo policía negro, y Estados Unidos tiene uno o dos generales negros, designados recientemente.

5. El ambiente del seno materno puede ser tan poderoso como para contrarrestar muchos factores hereditarios. La teoría de Gauquelin deberá tener en cuenta:

a. Variaciones climáticas durante la gestación.

Cuadro 13-1. Nacimiento de celebridades y posiciones planetarias				
+ indica un número de nacimientos mayor de lo esperado durante el ascenso o cenit de este planeta.				
- indica un número de nacimientos menor de lo esperado durante el ascenso o cenit de este planeta.				
PLANETA				
	♂	♃	♄	♁
Científicos	+	-	+	
Médicos	+	-	+	
Atletas de equipo	+	+		-
Atletas individuales	+			-
Soldados	+	+		-
Sacerdotes		+		+
Actores		+		-
Periodistas		+	-	
Escritores	-		-	+
Pintores	-		-	
Músicos	-			
	Marte	Júpiter	Saturno	Luna

- b. El uso de drogas por parte de la madre embarazada, incluso la aspirina.
- c. La tasa de abortos espontáneos, y sus alteraciones.
- d. La variación en la hora del nacimiento según la estación.
- e. Los efectos, si los hay, de la gravedad solar y lunar. Podrían sentirse indirectamente, a través de variaciones climáticas.
- f. Efectos de la dieta y los cuidados prenatales.

En vista de estas objeciones, es optimista esperar que Gauquelin haya descubierto algún lazo entre los movimientos planetarios y las características humanas.

En *Defensa de la astrología*<sup>8</sup> J. A. West y J. G. Toonder resumen lo que consideran evidencia científica a favor de este sistema. Empiezan con Gauquelin, luego citan el estudio "estadístico" de un astrólogo sin exponer las estadísticas. Continúan con una farragosa tanda de ejemplos científicos y pseudocientíficos.

El biólogo Frank A. Brown descubrió que las ostras parecen abrir y cerrar el caparazón en un ritmo ajustado al tránsito de la luna en el cielo. También descubrió en las tasas de actividad de otros organismos cambios que parecían corresponder a ciclos lunares y solares.<sup>9</sup>

El doctor J. L. Ravits puso a prueba lo que West y Toonder llaman "el potencial eléctrico emitido por el cuerpo en personas normales e insanas"<sup>10</sup> y descubrieron ciclos de fases lunares. Creo que por esto puede-

mos entender que usó un galvanómetro de piel para detectar la humedad dérmica, y luego la agitación (algo parecido a un detector de mentiras). Estos experimentos son notoriamente delicados y poco confiables.

El psiquiatra checo Eugen Jonas, un creyente confeso en los misterios antiguos, aparentemente adivinó el sexo de 217 individuos sobre 250, a partir de las cartas natales. Este resultado extremadamente bueno no puede obedecer al azar. O bien Jonas encontró un método genuino para adivinar el sexo (en cuyo caso sin duda oiremos más, mucho más sobre él) o bien su experimento era defectuoso. No nos detallan cómo consiguió esas cartas natales sin conocer el sexo de los titulares.<sup>11</sup>

El ingeniero eléctrico John H. Nelson descubrió conexiones posibles entre las tormentas magnéticas de la Tierra y las posiciones de otros planetas con respecto a la Tierra y el Sol.

Suena razonable, pues el Sol parece causar tormentas magnéticas, y por lo tanto los planetas, que producen campos magnéticos, pueden afectarlas. No es evidencia a favor de la astrología, pues, como dice Nelson, no importa cuál planeta esté en la posición crítica.<sup>12</sup>

Otra autoridad citada es Rudolphe Tomaschek, físico y astrólogo, aquí presentado como "presidente de la Sociedad Geofísica Internacional".<sup>13</sup> Tomaschek fue también un fanático nazi, propenso a sustituir los hechos por "verdades" nazis (más adelante veremos sus opiniones sobre física).

El profesor Giorgio Piccardi ha mostrado con una larga serie de experimentos que la velocidad de ciertas reacciones químicas parece variar en ciclos regulares, tal vez ligados a ciclos de las manchas solares. West y Toonder relacionan esto con otros estudios sobre ciclos, menos confiables, a los



que volveremos más adelante.

La tentativa de dar jerarquía científica a la astrología es quizá algo parecido a esto: influencia planetaria → reacciones químicas → nucleótidos → genes → herencia → carácter humano. Es un loable esfuerzo, pero no lo respalda ninguna evidencia. Aun si se descubriera que los planetas moldean el carácter humano de algún modo, la teoría de los astrólogos es poco plausible. Pues nos dicen que ellos solos han inferido los detalles de la influencia planetaria, y que lo hicieron en la antigüedad (una época en que los egipcios consideraban que la Tierra era plana y el cielo una tienda con forma de caja).

Pero aun la posibilidad de una influencia planetaria en nuestros genes es tan remota que resulta fantasiosa. Se supone que Marte crea un soldado gracias a su selectividad para alterar la disposición de 150.000 nucleótidos en algunos de los 30.000 genes de algunos de sus 46 cromosomas—desde una distancia de más de 60 millones de kilómetros—mientras deja tranquilos al resto de los genes o cromosomas... y todo mediante "vibraciones". Es posible, pero también es posible que la Luna tenga pata de palo.

## EL DESTINO CONTRA LA LIBERTAD

El astrólogo Joseph Goodavange dedica un capítulo entero de su libro<sup>14</sup> a un ataque contra el libre albedrío y una defensa del determinismo planetario. Supongamos que él, y otros caracterólogos, tengan ra-

zón, y aun nuestros actos más triviales estén registrados de antemano en nuestros genes, estrellas o números. En tal caso, no hay razones para leer el horóscopo del día o hacerse palpar los bultos de la cabeza, pues el conocimiento del futuro no puede alterarlo. ¿Para qué molestarse en superar esas dificultades domésticas o en esperar esa carta importante, como nos aconsejan? El destino último, y todos los peldaños que conducen a él, están absolutamente determinados, programados en la computadora del universo. La única excusa para seguir consejos astrológicos es que uno no puede evitar seguirlos, ni el astrólogo puede evitar darlos.

Otros astrólogos y caracterólogos nos conceden un libre albedrío *limitado*, lo cual no mejora mucho las cosas. Si un hombre tiene "mano de asesino" un enorme bulto de destructividad, o una estrella siniestra, ¿realmente podemos culparlo de sus actos?

Psicológicamente, este fatalismo explica buena parte del atractivo de estos sistemas. Hay una especie de seguridad en saber que no hay más remedio, que uno es movido por los astros. La responsabilidad se esfuma en el firmamento. Así imaginó Cromwell que no era él quien exterminaba a miles de irlandeses, sino la mano de Dios. Así responsabilizó Eichmann a las "órdenes de arriba" por el exterminio de millones de judíos. Así hacemos todos cuando sucumbimos a los Hados y cedemos una parte de nuestra humanidad a un Gran Inevitable.

## La percepción extrasensorial y el doctor Rhine

Los experimentos con percepción extrasensorial, o ESP, \* se iniciaron hace casi un siglo, como parte del trabajo de la recién fundada Society for Psychical Research, (SPR) o Sociedad de Estudios Psíquicos. Los primeros experimentos eran simples demostraciones. Un panel de científicos eminentes y funcionarios civiles de la SPR eran invitados a presenciar el espectáculo y redactar un informe. En su entusiasmo, estas buenas personas sólo tomaron los recaudos más torpes para impedir o detectar engaños. No es de extrañar que algunos de los casos más positivos resultaran fraudes. Así sucedió con los experimentos Smith-Blackburn de 1882-1892:

Smith estaba sentado a una mesa. Tenía los ojos tapados con algodón y cubiertos por un paño grueso, y los oídos rellenos, de algodón y masilla. Bajo la silla tenía gruesas alfombras para amortiguar la vibración. Por último, todo su cuerpo y la silla estaban envueltos en dos mantas gruesas.

A Blackburn, en el lado opuesto de la gran habitación, se le mostraba un complejo dibujo abstracto realizado por el comité. Se le permitía copiarlo varias veces, para que pudiera memorizarlo. Luego, sin hablar con Smith ni tocarlo, se paraba detrás de la silla de Smith, mientras el segundo

\* Extra-sensory perception. (N.de.T.)

dibujaba una copia de la figura. La copia era casi siempre perfecta.

Los integrantes del comité de la SPR estaban apabullados. Empezaron a citar este caso como prueba irrefutable de telepatía. Continuaban diciendo lo mismo después de 1908, cuando Blackburn admitió que todo era un fraude; y hasta 1911, cuando Blackburn explicó su método públicamente.

Mientras copiada el dibujo para memorizarlo, Blackburn hacía furtivamente una copia en papel de cigarillo. Se lo ocultaba en la palma y la insertaba en la punta del lápiz. Cuando estaba listo, tropezaba con el borde de la alfombra cerca de Smith. A esta señal, Smith preguntaba "¿Dónde está mi lápiz?" Blackburn dejaba su lápiz en la mesa, y Smith alargaba el brazo desde abajo de las mantas y lo recogía.

Bajo las mantas, Smith tenía oculta en las ropas una pizarra luminosa de espiritistas. Se levantaba la venda de un ojo, ponía el papel de cigarrillo en la pizarra y copiaba la figura.

La investigación sería de la ESP empezó realmente con la llegada del doctor Joseph Banks Rhine, un botánico, a la Universidad Duke (Durham, Carolina del Norte). La primera monografía del doctor Rhine sobre telepatía, \* publicada en 1929, se relaciona con Lady Wonder, una yegua telepática perteneciente a la señora Claudia Fonda. Lady podía deletrear respuestas a diversas preguntas tocando con el hocico cubos con letras o números. Curiosamente, sólo conseguía hacerlo

cuando la señora Fonda estaba cerca. En un momento de su investigación, Rhine pescó a la propietaria haciendo señas a Lady. Aun así, creía que Lady había poseído en un momento verdaderos poderes psíquicos, pero que misteriosamente se habían esfumado. \*\*

\* Las habilidades psíquicas suelen dividirse en cuatro categorías:

1. **Telepatía**, o transferencia de pensamiento.
  2. **Clarividencia**, o "visión sin ojos", como para encontrar objetos perdidos.
  3. **Precognición**, o conocimiento del futuro.
  4. **Psicokinesis**, o capacidad para influir en un objeto físico con el mero pensamiento.
- "ESP" generalmente alude al número 1, a veces a los números 2 ó 3.

\*\* Lady Wonder vivió una vida larga y tal vez fructífera. En 1952, la policía hizo la prueba de pedirle que localizara el cuerpo de un niño desaparecido. Bergen Evans dice que la yegua respondió: "Molino de Agua Pittsfield". Pero no se encontró ningún cuerpo en el molino de agua Pittsfield. Entonces el jefe de policía cayó en la cuenta de que se trataba, como dice Evans, de un "error equívoco o equivocación cabalográfica" por "pozo de agua de Field y Wilde", una cantera abandonada cerca del hogar del niño. Allí se encontró el cuerpo. Que al jefe de policía no se le hubiera ocurrido buscarlo allí en primer lugar tal vez explica por qué necesitaba el asesoramiento de una yegua psíquica (Evans, *La huella de los aparecidos*)

En 1956, un mago profesional llamado Milbourne Christopher encontró a la señora Fonda y Lady aún en la brecha. Sorprendió a la señora Fonda utilizando un truco escénico standard llamado "lectura de lápiz", o sea adivinar el número que una persona escribe por los movimientos del lápiz. Ella le dio un lápiz largo especial. Christopher fingió que escribía un número pero escribió otro. Lady Wonder "adivinó" equivocada-

damente el número indicado por el movimiento del lápiz (Gardner, *Mañas y falacias*).

En 1930 Rhine empezó a usar los hoy famosos "naipes ESP" con estos símbolos: cruz, círculos, cuadrado, estrella y líneas ondulantes. En sus experimentos generales sobre ESP, el mazo de veinticinco naipes (cinco de cada símbolo) se baraja y corta. El agente (A) mira luego cada naipe, sin mostrarlos al sujeto (S), quien trata de adivinar cuáles son. Un número elevado de respuestas correctas o "aciertos" puede indicar telepatía o clarividencia ("segunda visión").

A. J. Linzmayer fue uno de los éxitos tempranos de Rhine. Sobre 4.505 naipes, Linzmayer hizo 1.212 aciertos. Por puro azar, tendría que haber hecho sólo 901. Para el profano el resultado puede no parecer espectacular, pero de hecho las probabilidades contra la posibilidad de un logro accidental son 17.000.000.000: 1.

Obviamente Linzmayer se valía de la ESP o se enteraba por medios normales de cuáles eran los naipes. Al principio Rhine sólo tomó las precauciones más toscas para prevenirse contra la segunda posibilidad. Linzmayer era sometido a pruebas en condiciones absurdas, pues simplemente le pedían que mirara por una ventana mientras Rhine barajaba los naipes. En cuanto las condiciones experimentales se volvieron más razonables, la habilidad extrasensorial de Linzmayer se esfumó misteriosamente. No obstante, Rhine creía en Linzmayer, tal como había creído en Lady Wonder. <sup>1</sup>

## EL EXPERIMENTO PRATT-PEARCE

H. E. Pearce, estudiante de teología, y J. G. Pratt, egresado de psicología, realizaron un experimento "clásico" de ESP a larga distancia en 1933, en la Universidad Duke. Pratt se quedaba en su cuarto mientras Pearce cruzaba el campus para ir a la biblioteca (donde Pratt podía verlo entrar desde la ventana). Pratt usó dos mazos de naipes ESP, esta vez sin mirar las figuras, sino simplemente pasándolos por uno u otro, boca abajo (era un experimento sobre clarividencia pura), comenzando a una hora acordada. Luego volvía los cincuenta naipes y tomaba nota del orden. En la biblioteca, Pearce presumiblemente tomaba nota de sus respuestas. Luego cada uno de ellos hacía una copia de sus notas, la lacraba y la entregaba en la oficina de Rhine, antes de reunirse para cotejar los resultados.\* En 37 de esas sesiones, en tres de las cuales Rhine estuvo en el cuarto de Pratt actuando como observador, los dos estudiantes alcanzaron resultados significativos: 558 aciertos sobre 1.850 intentos. Las probabilidades de un resultado tan alto son más de  $10^{12}$  (o 1 se dado por 12 ceros) contra 1.

También en este caso era obvio que no se trataba de una mera cuestión de azar. C. E. M. Hansel investigó la Universidad Duke y descubrió que para Pearce habría sido absolutamente fácil salir de la biblioteca durante el experi-

\* Pero en ningún informe sobre los experimentos hechos entre 1934 y 1940 se mencionan los duplicados de las notas en sobres lacrados.

mento, acercarse al cuarto de Pratt y observarlo mientras volvía los naipes para tomar nota del orden. El cuarto tenía una ventana clara que daba al corredor y un escotillón con un agujero situado justo encima de la mesa de Pratt, y Hansel descubrió que podía subirse a una silla en el corredor y atisbar por una hendidura de la parte superior de la puerta para ver los naipes.<sup>2</sup>

Rhine y Pratt replicaron a esta objeción mencionando las tres sesiones en que Rhine estuvo en el cuarto. "El, como J. G. P. [Pratt] podía ver al sujeto desde la ventana cuando el segundo entra en la biblioteca (y desde luego también podía verlo salir)".<sup>3</sup> Hansel luego preguntó como Rhine podía haber observado todo al mismo tiempo. Si miraba continuamente por la ventana para vigilar a Pearce, Pratt podía falsear sus anotaciones para indicar un resultado alto. Si observaba a Pearce, Pratt podía escabullirse de la biblioteca. Más aún, ningún informe sobre el experimento dice *explícitamente* que Rhine *viera* a Pratt entrando y saliendo de la biblioteca.

## EL EXPERIMENTO PRATT-WOODRUFF

Este complicado clásico estaba diseñado para eliminar ciertos trucos haciéndolo "doblemente ciego". O sea, el experimentador (E) ignora las respuestas que dio el sujeto (S), mientras que S ignora los naipes. La figura 14-1 muestra las dos partes de la mesa utilizada, que estaba dividida por un tabique. En el lado de S, cinco "naipes clave" cuelgan de ganchos. Cada cual tiene uno de los símbolos ESP, y E no sabe cuál es cuál. Debajo de ellos, en la mesa, hay cinco naipes en blanco (que también pueden ser cuadrados pintados) que indican sus posiciones. Una ranura en el pie del tabique permite a S y E ver estos blancos. Un tabique más pequeño, inclinado, impide a S ver lo que está haciendo E.

E baraja y corta un mazo ESP, manteniéndolo boca abajo. S se concentra en el naipé superior, e indica su respuesta señalando un blanco. Si piensa que es una cruz (+), señala el blanco

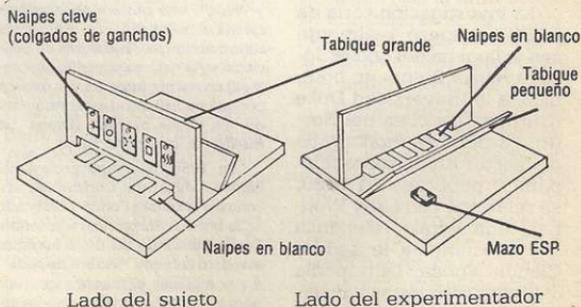


Fig. 14-1 Mesa usada en el experimento ESP Pratt-Woodruff

debajo del naipe clave que tiene una cruz (ver Figura 14-1). E toma el naipe superior y lo pone frente al blanco indicado.

Cuando han terminado con el mazo, E debería tener cinco pilas de naipes frente a él. Ahora da vuelta cada pila y cuenta, consignando cuántos naipes de cada símbolo contiene. Un observador (O) ha estado sentado detrás de S, para cerciorarse de su honestidad. O registra las posiciones de los naipes clave suspendidos del tabique. E no ve lo que él asienta. Luego O y E juntan las respuestas consignadas y las guardan bajo llave. Ahora se coloca el tabique. Las tres personas anotan de nuevo las posiciones de los naipes clave, y el número de aciertos de cada pila.

Pratt y Rhine creían, que este sistema era a prueba de engaños. Obviamente S no podía ver el mazo, y probablemente E no podía ver las caras de los naipes que estaba manipulando, de modo que no podía hacer señas a S. Y como E apilaba las cartas según las indicaciones de S, sin saber cuál pila correspondía a cuál símbolo, no podía hacer trampas deslizando naipes a la pila "correcta".

32 sujetos fueron sometidos a experimentación con este método. El resultado total, sobre 60.000 tentativas, fue de 12.489 aciertos. Aunque eso implica sólo 489 aciertos sobre el promedio, las posibilidades son de un millón contra una. En los resultados de uno de los sujetos las probabilidades eran de 20 millones contra una.

También aquí existe una deficiencia sería en el método, tal como se lo utiliza. Si

E puede enterarse de la posición de sólo uno de los naipes clave, puede incrementar el número de aciertos. Hansel investigó esta posibilidad.

Descubrió que aunque los naipes clave están en diferente orden en cada experimento (se cambian cada 25 pruebas), sin duda es posible que E infiera las nuevas posiciones de uno o dos de ellos. Cuando se baja el tabique después de una prueba, E nota que el naipe clave de la posición 1 (la punta derecha o izquierda) es, por ejemplo, una cruz. Luego se prepara el tabique para la prueba siguiente. S u O cambian los naipes de posición. Pero E puede ver por sus movimientos en qué orden los ponen (izquierda a derecha o derecha a izquierda). Luego, a menos que los naipes clave se barajen antes de colocarlos de nuevo, E puede inferir que el primero o último naipe es la cruz.

E luego completa la prueba como de costumbre, e

inicia el recuento. En ese momento, ni S ni O pueden ver lo que está haciendo. Le resulta bastante fácil deslizar un par de naipes con cruces en la pila de las cruces sin que nadie lo advierta.

Puede parecer rebuscado, pero Hansel demostró con otro experimento utilizando el sistema de Duke, que este engaño es fácil de realizar. Encontró cinco métodos diversos por los cuales E podía determinar la posición de uno o más naipes clave.<sup>4</sup> Más aún, encontró un indicio estadístico de que esto podía haber ocurrido. Observó que en una típica prueba con resultados altos ciertos símbolos habían ocupado las posiciones 1 y 5 (las puntas del tabique) en la prueba anterior.

Es significativo que el sujeto que obtuvo el resultado inusitadamente alto mencionado anteriormente tuviera con los símbolos que previamente habían ocupado esas dos posiciones más aciertos de los que permitía prever el azar. Las probabi-



lidades en contra de lograr ese resultado son  $10^{11}$ : 1. Esto nos deja sólo dos posibilidades:

1. Alguien hizo trampa, o

2. El sujeto demostró ESP, pero ESP con una tendencia peculiar, y esa tendencia casualmente guarda alguna relación con el único modo posible de hacer trampa.

Cuál de ambas cosas era podía haberse averiguado fácilmente, repitiendo el experimento con naipes clave barajados o dispuestos al azar. En cambio, durante cuarenta años los experimentadores de Duke han preferido la discusión a la experimentación.

## MAS CLASICOS

El experimento Turner-Owenby fue un test de larga distancia realizado por Sarah Owenby, una ayudante egresada de Duke, y Frances May Turner, una estudiante. Turner actuaba como agente en el laboratorio de parapsicología de Duke, mientras Owenby recibía sus transmisiones a 400 kilómetros de distancia. Se utilizó una técnica de "telepatía pura", es decir que Turner simplemente pensaba un símbolo y lo anotaba, mientras Owenby consignaba sus respuestas. El plan consistía en enviar ambos registros directamente a Rhine.

Los primeros resultados fueron sorprendentes: 19 sobre 25 en la primera prueba (probabilidades en contra, 5.000 millones: 1). Pero Owenby no envió sus respuestas a Rhine sino a Turner, quien desde luego pudo limitarse a escribir un registro para que coincidie-

ra. Rhine no tuvo en cuenta esta posibilidad.

Declaro que el registro estaba hecho inequívocamente con la letra y la tinta de la señorita Turner, y no se notaba ninguna alteración. Las notas que se escribieron bajo el registro eran inequívocamente de la señorita Turner. Lo cierto es que si hubiera que sospechar de una de estas dos excelentes jovencitas, habría que sospechar de ambas.<sup>5</sup>

Pero cuando Owenby envió los registros de nuevas pruebas directamente a Rhine, los resultados habían bajado a una cifra media.

El último clásico de Duke fue realizado por Lucien Warner y Mildred Raible. El sujeto estaba encerrado en un cuarto con un interruptor que controlaba una señal luminosa en otra parte, con la cual podía indicar que estaba preparado para adivinar otro naipe. Se realizaron diez pruebas con naipes ESP, en las cuales obtuvo 93 aciertos (43 más de las previstos por el azar). J. L. Kennedy<sup>6</sup> observó dos deficiencias en este experimento: primero, la duración de la señal luminosa podía variarse, de modo que el sujeto podía pedir símbolos específicos; segundo, algunos símbolos salían con mayor frecuencia que otros, lo cual sugiere que los naipes estaban o mal mezclados o manipulados.

## NAIPES ESP

En Duke se utilizaron tres tipos de naipes. Ninguno era realmente satisfactorio para propósitos experimentales. Los primeros estaban cortados a mano de cartón para naipes. Probablemente eran de tamaño desigual, y difíciles de barajar apropiadamente. Los segundos

eran naipes en blanco a los cuales se habían adherido los símbolos ESP. En 1936, R. H. Thouless examinó dos mazos y descubrió que podía leer los símbolos desde atrás.

El tercer tipo, impreso profesionalmente, también podía leerse desde atrás, un detalle descubierto por B. F. Skinner y otros. Además, a causa del modo en que se había impreso el dibujo del dorso, algunos naipes podían identificarse por los bordes.

Es asombroso, ante todo, que se hayan elegido naipes para la investigación ESP. Después de todo son el instrumento de los prestidigitadores y los fulleros; pueden marcarse y manipularse de muchas maneras tradicionales. En el mejor de los casos, barajar naipes es un modo deficiente de conseguir una distribución azarosa de símbolos. Sin embargo, cuando tuvo que hacer experimentos de psicokinesis (la capacidad de influir en los hechos físicos mediante el pensamiento), Rhine eligió otro viejo instrumento de los jugadores, los dados.

## LA PK Y LOS DADOS

El gusto de Rhine por los acrónimos ha reducido psicokinesis a PK. Su investigación utilizaba dados, y los sujetos debían "obligarlos" a caer de una manera determinada. No sólo los dados pueden perforarse, rasparse, numerarse falsamente y manipularse, sino que los dados comunes a menudo muestran a la larga ciertas tendencias. Por esta razón los casinos cambian los dados frecuentemente, pero

en Duke los sujetos continuaban buscando el mismo efecto con los mismos dados en largas pruebas experimentales. No es asombroso que la PK se manifiestara en Duke pero en ninguna otra parte.

Pero cuando las pruebas continuaban y variaban, la PK se esfumaba. Rhine veía esto como un misterioso "efecto de declinación", pero más bien parece haber sido puro azar. Empezó por someter a grupos de personas a pruebas de PK. Luego seleccionaba a las que obtenían mejores resultados para nuevas pruebas. Naturalmente, a medida que la ley de los promedios se imponía, los resultados bajaban.

H. Forwald, del Instituto Federal Suizo de Tecnología, trató de calcular la "fuerza psíquica" necesaria para hacer que un dado resbale cierta distancia de costado mientras rebota en una superficie. Como Forwald parecía ignorar las fuerzas físicas comunes involucradas, sus resultados fueron poco realistas. En otras partes, otros intentaron acuñar experimentos PK, sin éxito.

Un experto norteamericano en dados sugirió que en vez de hacer que un sujeto PK se fatigara la psique tratando de mover dados durante miles de ensayos, sería mejor probar suerte con un test sencillo y concluyente: ¿por qué no hacer que un sujeto tratara de mover una flecha delicadamente balanceada dentro de un recipiente al vacío? La fuerza requerida sería pequeña, y los resultados irrefutables. Pero los experimentadores de PK han preferido ignorar este consejo, y concentrarse en resulta-

dos estadísticos con dados<sup>7</sup>

Gardner describe un juego de Chicago en que el objetivo, como en los tests de PK, es lograr que cierto número salga con una frecuencia superior al promedio. Pero "las hojas de recuento, año tras año, muestran precisamente el porcentaje de resultados previsto por las leyes del azar"<sup>8</sup>. Si la PK funciona siquiera, parece que su fuerte no son los dados.

## OTRAS ONDAS CEREBRALES

El doctor S. G. Soal, un matemático, es la contrapartida británica del doctor Rhine. Así como Rhine tenía a su Linzmayer, Soal tenía

Naipes-objetivo

+       +       ○       \*       □       ○

Respuesta:

+       ○       +       □       +       □



otra estrella favorita, Basil Shackleton. De acuerdo con Arthur Koestler<sup>1</sup>, Soal era originalmente escéptico con respecto a la ESP; puso a prueba a 160 sujetos, incluido Shackleton, sin llegar a ningún resultado interesante. Esto debe verse como la misma clase de "escépticismo" con que un Edison trataría de descalificar la luz eléctrica. Nadie trata de descalificar una teoría tan compleja como la ESP con cinco años de investigación exhaustiva.

La conversión de Soal se produjo en 1939, según dice, cuando alguien lo persuadió de mirar no sólo los aciertos sobre los naipes-objetivo, sino los aciertos sobre el naipe siguiente. En esta situación:

hay un solo acierto sobre el objetivo, pero tres aciertos sobre el naipe siguiente, lo cual podría indicar un grado de precognición. Soal estudió los registros de los resultados medios de Shackleton en busca de estos "aciertos + 1" y caramba, el número era elevado. Que el test no estuviera diseñado para buscar esos resultados no fue un obstáculo para sus conclusiones triunfantes. Esto es como construir un cohete espacial y, cuando falla y se hunde en el mar, llamarlo submarino.

A partir de entonces Soal fue un creyente, y sus condiciones experimentales sufrieron un lento deterioro con los años. Empezó por ampliar su red de intereses, buscando aciertos + 2, + 3, y aciertos sobre naipes anteriores (aciertos -1, -2 y -3). Desde luego esto multiplicaba las probabilidades de encontrar aciertos significativos.

La idea puede ilustrarse comparando conjuntos de números azarosos, tomados de tablas deliberadamente confeccionadas para presentar una distribución cáctica y casual. Yo tomé dos conjuntos de 400 números azarosos de una tabla de este tipo,<sup>2</sup> los dividí en diez "series" de cuarenta números cada una, y comparé cada serie buscando aciertos -2, -1, directos, +1 y +2. Según las pautas de algunos parapsicólogos, las probabilidades en contra de esto son 100.000: 1. En realidad son 2.000: 1. *¿Puede ser mera coincidencia?* Sí.

Los experimentos de Soal con Shackleton se realizaron en condiciones muy estrictas. El agente (A) y el sujeto (S) estaban en cuar-

tos contiguos, cada cual observado por un experimentador (EA y ES). A estaba sentado a una mesa frente a EA. Entre ellos había un tabique con un agujero. EA tomaba un número de una secuencia azarosa preparada por Soal y lo mostraba en el agujero. Los números iban de 1 a 5. A previamente había puesto ante él cinco naipes con figuras de animales, ocultas a la vista de EA. Cuando el número aparecía en el agujero, A volvía la carta de la posición indicada y empezaba a "transmitir". En el otro cuarto, cuya puerta estaba entornada, S anotaba lo que "recibía", mientras ES lo observaba. Después de cincuenta pruebas, los cinco naipes de A se volvían y la posición era consignada por EA en presencia de testigos. Luego las tablas de números azarosos, el registro de EA y el registro de S eran encarpetados y despachados al profesor C. D. Broad de Cambridge.

Estas condiciones parecen suficientes para impedir engaños, pero Hansel ha mostrado tres modos en que aun este test podía falsificarse, y G. R. Price, un asociado de investigación médica, ha mostrado otras seis maneras<sup>3</sup>

Soal experimentó así con Shackleton y otros sujetos, pero sus controles a menudo eran menos estrictos que los mencionados. Durante una serie de experimentos, un agente miró por el agujero del tabique y vio a Soal, que estaba actuando como EA, escribiendo en la hoja preparada de números azarosos. Más tarde Soal declaró que simplemente estaba ordenando algunos números, pero existe la posibili-

dad de que estuvieran ayudando a alguien a obtener mejores resultados. Fuera como fuese, un experimento descuidado no puede utilizarse como evidencia científica de ESP. En 1939 la posibilidad de fraude en las investigaciones de Soal era una nube en el horizonte, no mayor que una mano (de cartas ESP). Pero en 1955 había crecido transformándose en un cielo encapotado.

## CHIQUILLADAS

De 1955 a 1957, Soal usó sus naipes con animales con dos niños galeses de trece años. El y su asociado Bowden ponderaban mucho los experimentos, y los describieron detalladamente en un libro.<sup>4</sup>

Un niño demostró pasmosos poderes para adivinar los naipes vistos por su primo en condiciones diversas, incluso cuando estaban detrás de biombo o con un campo de distancia entre ambos. Logró 21 aciertos sobre 25 naipes; las probabilidades de lograr un resultado tan alto son de  $2 \times 10^{12}$  contra 1. A los niños se les ofrecían pequeñas sumas de dinero por los resultados altos.

En un momento Soal los sorprendió utilizando un código de toses, crujidos de silla y moqueos. Increíblemente, los experimentos no cesaron. Después de una reprimenda y una demora de cuatro meses, la serie continuó. Como lo expresaron Soal y Bowden, "¿Por qué armar un escándalo indebido por una mera travesura infantil?".

Cuando los experimentos se reiniciaron, los resul-

tados fueron nuevamente altos. Los críticos y escépticos presenciaron muchas demostraciones, y confesaron que no podían detectar la utilización de ningún código. Los niños tenían buenos resultados en todas las condiciones, excepto cuando no podían oírse entre sí.

Soal daba por sentado que era más probable encontrar ESP entre la población rural, más "primitiva", y los niños. Una esperanza favorita de los parapsicólogos es que la ESP sea una característica "perdida", más común en los niños, los primitivos y los animales.

Hansel señaló que los niños y los animales tienen otra habilidad especial que han perdido los adultos: la captación aguda de sonidos de alta frecuencia. Realizó una "demostración de ESP" por su cuenta, reproduciendo las condiciones de Soal, con otros sujetos de Gales. Dos niñas, de ocho y nueve años, estaban a unos quince metros de distancia en un campo. Un bombo impedía que la sujeto viera a la agente; ambas eran observadas por testigos críticos que no detectaron ningún código. El resultado fue 16 sobre 25. Una segunda prueba, con un niño, dio 23 sobre 25.

Luego Hansel explicó el truco. Tenía un silbato para perros de alta frecuencia, del tipo "silencioso", en el bolsillo, y podía hacerlo sonar apretando un bulbo de goma.

Acordé con la agente que en cada ensayo yo emitiría sonidos con el silbato hasta que ella me indicara que parase haciendo un pequeño movimiento con el pie, cuando hubiera oído el número requerido de sonidos de acuerdo con un código

preestablecido. El (sujeto) también oía el silbato.<sup>5</sup>

Sin embargo, ninguno de los adultos presentes los oyó. Los sonidos de alta frecuencia (que pueden ser producidos por un silbato para perros, e incluso por un niño silbando entre dientes) no son captados por muchas personas de más de cuarenta años. Soal y Bowen ya tenían setenta en esa época. Parece seguro que los niños, oriundos de una zona de ovinos, habían visto usar silbatos silenciosos en el adiestramiento de los perros ovejeros.

## CREYENTES FERVOROSOS

Una lista de personas pro ESP hoy incluiría los nombres de muchos eruditos y científicos eminentes, incluyendo a Arthur Koestler, sir Cyril Burt y H. J. Eysenck. Koestler y Burt<sup>6</sup> piensan que la ESP puede estar relacionada de un modo fundamental con la natu-

raleza de la materia y el tiempo. Si un electrón parece capaz de estar en dos lugares al mismo tiempo, razonan, lo mismo podría ocurrir con un pensamiento.

Pero si los pensamientos son capaces de dar saltos cuánticos de un lugar a otro (y de un tiempo a otro), todas nuestras nociones de causa y efecto deben ser erróneas. Y en tal caso, la ciencia convencional debe desecharse, y por supuesto las investigaciones sobre ESP, que son ciencia convencional, deben desecharse también. Lo cual nos dejaría sin fundamentos para creer en el ESP. Es una paradoja interesante.

Koestler promueve la ESP enumerando nombres importantes (*todos* los pasados presidentes de la SPR, con todos los títulos junto a sus nombres), tal como las fábricas de cigarrillos publicitaban que fumar era saludable con testimonios de celebridades del deporte. También cita a Eysenck, cuando dice que o



bien la ESP existe o bien hay una "Conspiración gigantesca" en la que están involucradas decenas de universidades y científicos respetados. Eysenck mismo es un psicólogo respetado, pero eso no le há impedido hacer esa declaración más bien tonta.

El criterio de "esto o lo otro" no viene al caso. Lo cierto es que se han realizado toda clase de experimentos insatisfactorios con ESP, dirigidos por hombres de la mayor reputación. Hay por lo menos siete posibilidades que Eysenck no ha mencionado, experimentos en los cuales:

1. Las condiciones permiten la transmisión inconsciente de pistas del agente al sujeto.

2. El sujeto puede hacer trampa.

3. El agente puede hacer trampa.

4. Los resultados no son azarosos porque la información-objetivo tampoco es azarosa (es decir, está deliberada o accidentalmente codificada).

5. Las estadísticas "buenas" han sido seleccionadas entre tandas promedio (la Tierra también es plana, en ciertas partes).

6. Las condiciones permitían que los errores de anotación elevaran los resultados.

7. Todas las condiciones eran escrupulosamente correctas, y no hubo indicios de ESP.

Nótese que ninguna de estas posibilidades implica la menor conspiración, ni siquiera un complot de dos personas (como parece haber sido el caso de los niños galeses de Soal).

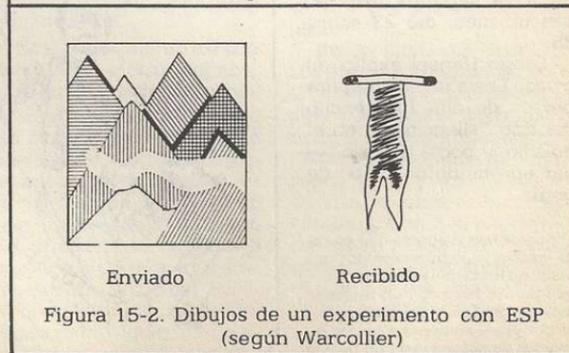
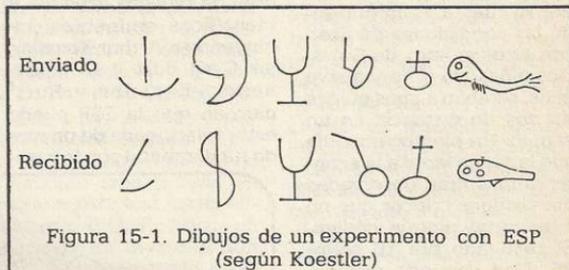
Koestler deja el tema de

los tediosos experimentos con naipes y cuenta un experimento de la década de 1880, realizado por dos hombres respetados que intentaron transmitir 246 dibujos a "sujetos dotados"<sup>7</sup>. He rastreado las seis transmisiones exitosas que rastreó Koestler (véase la figura 15-1). Se dijo que diez más también habían sido exitosas. También hubo "éxitos parciales", pero eran difíciles de verificar con cualquier criterio.

En cuanto a los dibujos de la figura 15-1, no tengo la más peregrina idea de cómo llegaron a transmitirse. Lo raro en ellos es el tipo de errores cometidos por el sujeto, pues se trata de los errores típicos de alguien que ha memorizado apresuradamente un conjunto de dibujos y los reproduce más

tarde. Si la ESP fuera un proceso cognitivo, cabría esperar errores cognitivos (por ejemplo, la copa transformada en taza); si fuera una especie de fotocopiado mental, cabría esperar aproximaciones imprecisas o temblequeantes a las formas originales. Pero la que se encarga de estilizar las figuras, invertir las partes poco importantes y transformar las elipses en círculos es la memoria.

En cambio, la Figura 15-2 (tomada de *Mente a mente*, de René Warcollier)<sup>8</sup> muestra errores de tipo cognitivo, y brinda un argumento mucho más convincente a favor de la transmisión telepática de figuras. Warcollier también muestra las transmisiones donde sólo se reciben partes de figuras, donde hay partes con-



fusos, y donde se reproduce la forma de la figura pero no se transmite el verdadero objeto. Si esos hechos se hubieran realizado en condiciones experimentales controladas, constituirían una evidencia poderosa a favor de la ESP. Lamentablemente, como la transmisión de imágenes de Upton Sinclair,<sup>9</sup> la mayor parte de los dibujos de Warcollier se realizaron en condiciones de salón, y por lo tanto sólo tienen una importancia anecdótica.

Retomando el tema de la grandeza, Koestler comenta una demostración dirigida por Gilbert Murray (doctor en leyes, doctor en letras, Orden del Mérito),

no sólo el más destacado estudioso de los clásicos de su época, sino que (...) redactó el Acta de la Liga de las Naciones, y recibió honores de las sociedades cultas de todo el mundo.<sup>10</sup>

El profesor Murray salía del cuarto mientras alguien elegía un tema y lo anotaba. El tema era generalmente una cita, una escena literaria, o un dato de actualidad. Murray anotaba lo que había recibido, y ambas notas se cotejaban. Como todos los "agentes" eran sus amigos íntimos y su hija, no debería asombrarnos que muchas respuestas fueran correctas. De hecho, el sesenta por ciento constituía una "evidencia", según la opinión de ellos. Un ejemplo de respuesta atinada es el tema "hundimiento del *Lusitania*". Conviene señalar que estos experimentos se iniciaron en 1916, un año después de este acontecimiento histórico. Es un tema tan difícil de captar como el pensamiento "la bata-

lla de Waterloo" en 1816. Hansel como de costumbre tiene la última palabra.

Si el éxito de Murray se debía a la telepatía, no habría tenido dificultad en convencer a los escépticos utilizando la demostración en vez de la discusión y la persuasión; pero (...) no hizo ningún intento de exhibir sus habilidades en condiciones experimentales razonables.<sup>11</sup>

¿Es posible que, en definitiva, el profesor Murray sólo estuviera practicando un juego de salón?

## LA ESP HOY

Koestler menciona un experimento en el Maimonides Medical Center, Nueva York, en la década del 60, la tentativa de los doctores Krippner, Ullman y asociados de inducir sueños telepáticos en los sujetos, utilizando lecturas de electroencefalogramas para saber cuándo estaban soñando. No menciona resultados valiosos.

En 1963 la Fuerza Aérea de EE.UU. usó una computadora para dirigir un experimento del tipo Rhine-Soal, pero en condiciones más estrictas. La computadora, VERITAC, generaba números azarosos (del 0 al 9) para ser utilizados como objetivos. Estos eran exhibidos de a uno por vez en una consola del cuarto del agente. El agente no podía hacer más que mirar cada número, concentrarse, y tener esperanzas de transmitirlo. En otro cuarto, el sujeto indicaba la respuesta apretando un botón. Automáticamente se registraba la respuesta, se la comparaba con el número-objetivo, se computaba el resultado hasta el momento, y se mostraba el próximo número al agente. VERITAC y los números azarosos que generaba eran chequeados.

Basándose en la teoría de que los creyentes podrían obtener mejores resultados que los escépticos, los experimentados dividieron a



los sujetos según ese criterio. Se los sometió a tests de clarividencia (nadie en el cuarto del agente), precognición (captar el dígito siguiente) y ESP general. Después de 55.000 pruebas, ningún grupo había producido un resultado que fuera significativamente superior o inferior al promedio, y la diferencia entre los resultados de ambos grupos también fue poco significativa.

El doctor Helmut Schmidt, el físico que sucedió al doctor Rhine como director del Instituto de Parapsicología de la Universidad Duke, ha diseñado dos sagaces artefactos para investigar poderes paranormales, ambos con mecanismos para generar secuencias azarosas. Uno tiene la función de sondear la precognición. Parece una caja con cuatro luces y cuatro botones. Las luces fluctúan al azar, y el juego consiste en adivinar cuál será la próxima en encenderse y apretar el botón correspondiente.

Dentro de la caja hay un sofisticado generador de secuencias numéricas azarosas que usa desintegración radiactiva de estroncio 90 y rápidas conexiones electrónicas para distribuir parejamente los impulsos entre las cuatro luces. Los botones están diseñados de tal modo que sólo funcionan cuando sus respectivas luces están apagadas, para impedir un engaño obvio. El número de ensayos y aciertos es registrado automáticamente.

Schmidt confrontó el mecanismo azaroso de la caja con las secuencias azarosas generadas por una computadora, y también hizo la

prueba de apretar continuamente un botón. Ambos métodos sólo produjeron el previsible resultado medio de un acierto cada cuatro pruebas.

En un experimento (63.066 pruebas) el número de aciertos superó en 652 al atribuible al azar. Las probabilidades de obtener un resultado tan alto son de 200 millones contra 1. En un segundo experimento, los sujetos podían elegir entre "acertar" o "errar" deliberadamente. Esta vez el resultado fue aún mejor, con probabilidades de 10.000 millones contra una.

Creo que éste es el primer indicio convincente de precognición. Incuestionablemente, el aparato de Schmidt emite información azarosa. Es casi seguro que ninguno de los sujetos sabía cómo funcionaba el aparato, de modo que parece improbable que pudieran influir en él por medios normales. Puede existir una pequeña posibilidad de que uno de ellos hubiera alterado el registro de "aciertos", pero también esto parece improbable. Si así fuera, o si los dos tests representaban una simple variación estadística, los futuros tests desde luego pondrán las cosas en orden. De lo contrario, veo sólo dos posibilidades:

1. Que algunas personas sean capaces de detectar patrones complejos en datos aparentemente azarosos, o

2. Que algunas personas sean capaces de ver el futuro, al menos un 0.00000025 de segundo, y cuando menos una vez cada 175 ensayos.

La otra máquina de Schmidt realiza un test sin

datos para investigar la PK. Al sujeto se le muestra un círculo de luces, también operado por desintegración radiactiva. La luz salta de una lámpara a la siguiente, un paso por vez. El paso puede seguir la dirección del reloj o la contraria; esto se determina al azar. Se pide al sujeto que "obligue" a la luz a moverse hacia un lado o el otro (la dirección elegida es constante para todos los ensayos).

Al principio experimentó con 18 personas y descubrió que casi todos los resultados eran inferiores al promedio; la luz se movía con más frecuencia en la dirección contraria a la elegida. En otro test, 15 personas realizaron 32.768 pruebas, y un 50.9 por ciento fueron negativas. Las probabilidades de que un resultado sea tan *bajo* son 900: 1.

Schmidt luego confrontó a un sujeto de resultados altos con un sujeto de resultados bajos, comparando sus respuestas a 6.400 ensayos. El primero obtuvo un 52.5 por ciento de respuestas correctas (probabilidades en contra, 16.000:1) y el segundo un 47.75 de respuestas correctas (probabilidades en contra, 3.000:1). Schmidt señala que las probabilidades de una *diferencia* tan grande en los resultados son de 10 millones contra 1, pero esta estadística me parece peculiar. Debería señalarse que, en conjunto, los dos resultados muestran 12.800 ensayos y 6.416 aciertos, y que las probabilidades contra un resultado tan alto son 13:1. Uno tiene que ser especialmente cuidadoso al usar estadísticas de este tipo, y al tratar de relacionarlas con la realidad. Por ejemplo, las

probabilidades en contra de que un norteamericano tenga un número de seguridad social cuyos dígitos sean todos iguales, como 777-77-7777, son 1.000 millones: 1, y sin embargo varios norteamericanos deben tenerlos.

## LA GRAN IDEA

Transmisión del pensamiento, conocimiento del futuro, y control del mundo físico mediante el pensamiento son por cierto habilidades deseables. En la actualidad, sin embargo, son sólo ideas metafísicas. Cuarenta años de investigación de ESP hasta ahora no han dado evidencias concluyentes de que existan, y menos aún de describir sus propiedades. Los experimentos de Schmidt hasta ahora sólo han indicado que existe alguna relación entre los actos humanos deliberados y los acontecimientos en un nivel subatómico a poca distancia en el futuro.

Es una idea interesante, pero su verificación, y su significación, deben confiarse a nuevas investigaciones.

La hipótesis de la ESP exige un agnosticismo saludable. Es tan porfiado el escéptico que la considera imposible como el creyente que insiste en tenerla. Si en definitiva resulta existir, violando leyes fundamentales de la física, tanto peor para esas leyes. Si, por el contrario, no se demuestra nada en los próximos cuarenta años, eso no desalentará la larga marcha de la investigación de la ESP en

su... ¿qué? ¿Camino a la comprensión? ¿O círculo de noria?

### NOTAS

#### DE LA CABEZA:

#### EL CARACTER POR LOS RASGOS

1 *Encyclopedia Americana*, en el artículo "Phrenology".

2 Sibyl, *The Popular Fortune Teller* (Londres, W. Foulsham, s.f.).

3 John Brophy, *The Human Face Reconsidered* (Londres, Harrap, 1962), pág. 183.

4 Noel Jaquin, *The Hand of Man* (Londres, Faber, 1933), págs. 12-13.

5 *Ibid.*, pág. 14.

6 *Ibid.*, pág. 17.

7 Cheiro (Count-Luis Hamon), *Cheiro's Language of the Hand* (Londres, Gerbert Jenkins, 1958), págs. 27-8.

8 Jaquin, pág. 19.

9 Klara G. Roman, *Handwriting: A Key to Personality* (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1961).

#### ATRACCIONES ESTELARES

1 "Astrology is the Bunk, Isn't It?, una discusión radial entre Derek Parker y Jonathan Miller, BBC Radio 4, 14/9/1971.

2 Herman Kahn & Anthony J. Wiener, *The Year 2000: A Framework for Speculation* (Nueva York, Macmillan, 1967).

3 P. B. Medawar, *The Art of the Soluble* (Harmondsworth, Penguin, 1967), pág. 128.

4 E. H. Gombrich, *Art and Illusion* (Londres, Phaidon, 1968), pág. 90.

5 Ellic Howe, *Urania's Children* (Londres, William Kimber, 1967), pág. 171.

6 Michel Gauquelin, *Astrology and Science* (Londres, Peter Davies, 1970).

7 *Ibid.*, pág. 167.

8 John Anthony West & Jan Gerhard Toonder, *The Case for Astrology* (Londres, Macdonald, 1970).

9 *Ibid.*, págs. 170-2.

10 *Ibid.*, pág. 173.

11 *Ibid.*, págs. 174-6.

12 *Ibid.*, págs. 178-80.

13 *Ibid.*, pág. 180.

14 Joseph A. Goodavage, *Write Your Own Horoscope* (New York, New American Library, 1968), págs. 278-88.

#### LA ESP Y EL DOCTOR RHINE

1 J. B. Rhine, *Extra-Sensory Perception* (Londres, Faber, 1935).

2 C. E. M. Hansel, *ESP: A Critical Evaluation*, págs. 162-5.

3 J. B. Rhine & J. G. Pratt, artículo en el *Journal of Parapsychology*, 1974; citado en Hansel, pág. 165.

4 Hansel, págs. 99-100.

5 Rhine, pág. 142.

6 J. L. Kennedy, artículo en *Psychology Bulletin*; citado en Hansel, pág. 100.

7 John Scarne & Clayton Rawson, *Scarne on Dice*, 1945; citado en Gardner, *Fads and Falacies*, pág. 307.

8 Gardner, *Fads and Fallacies*, pág. 307.

#### OTRAS ONDAS CEREBRALES

1 Arthur Koestler, *The Roots of Coincidence* (Londres, Hutchinson, 1972), págs. 38-41.

2 M. G. Kendall & B. Babington Smith, *Tracts for Computers N° XXIV* (Cambridge University Press, 1960).

3 G. R. Price, "Science and the Supernatural", *Science* 122, no. 3165, 26/8/1965.

4 S. G. Soal & H. T. Bowden, *The Mind Readers* (Londres, Faber, 1959).

5 Hansel, pág. 148.

6 Koestler, *Roots*, 50-81; Sir Cyril Burt, "Psychology and Parapsychology", en *Science and ESP*, págs. 76-141.

7 M. Guthrie & J. Birchall, *Journal of the Society for Psychological Research*, vol. 2, págs. 24-42 y vol. 3, págs. 424-52.

8 René Warcollier, *Mind to Mind* (Nueva York, Collier Books, 1963), pág. 64.

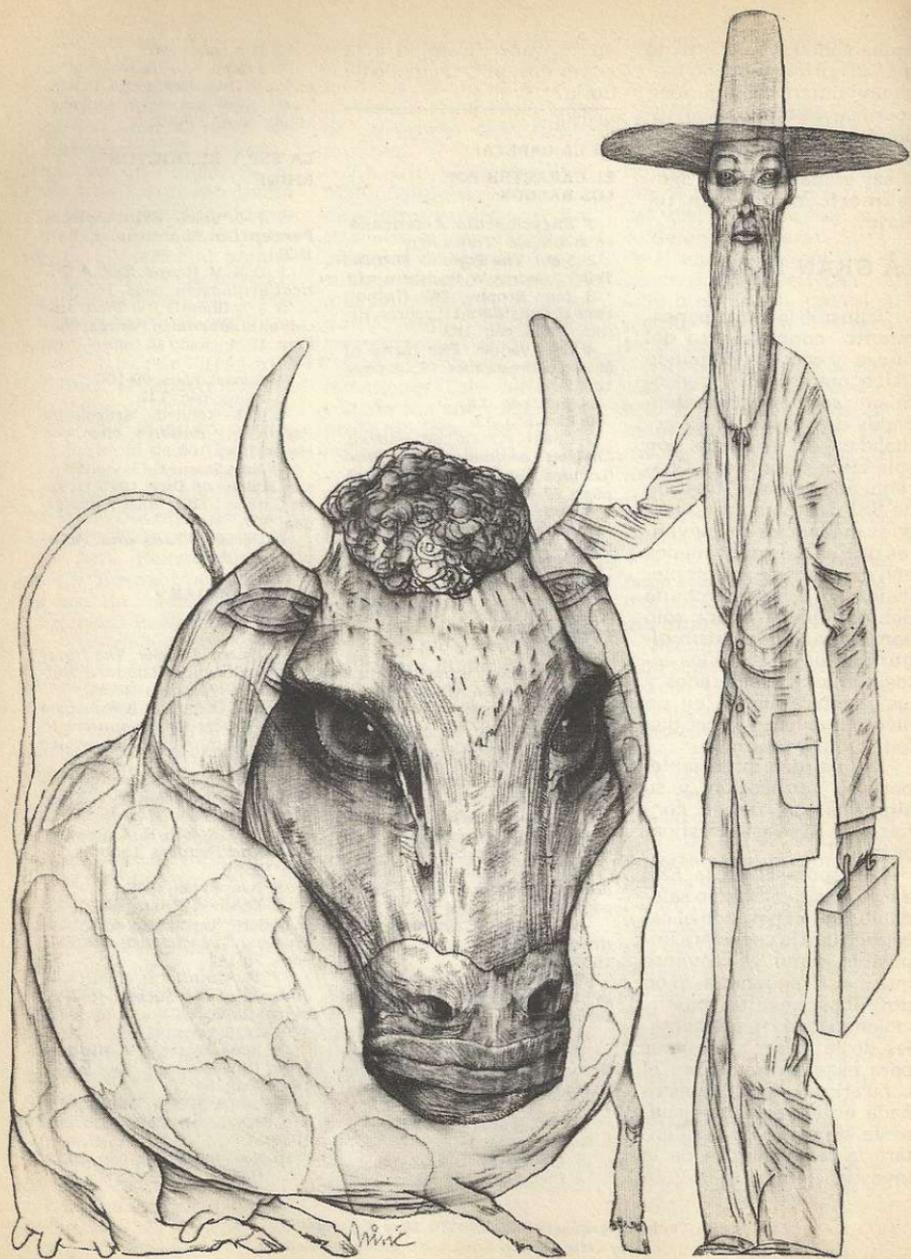
9 Upton Sinclair, *Mental Radio* (Pasadena, Upton Sinclair, 1930).

10 Koestler, *Roots*, pág. 35.

11 Hansel, pág. 37

Título del original en inglés: *The New Apocrypha*.

© 1973 by John Sladek. Traducción de Carlos Gardini.



*El relato de  
un viajero que puede ser cualquiera  
de nosotros.*

*Elvio E. Gandolfo*

# EL MANUSCRITO DE JUAN ABAL

Ilustró CARLOS NINE

*El segundo cajón del escritorio contiene un solo objeto: un recipiente de acero, rectangular y chato. Tirando de las puntas se separa en dos mitades, como las petacas para llevar botellas en los viajes. Al abrirse cae un cuaderno de tapas duras forrado en nailon. Sobre sus páginas hay anotaciones manuscritas, con subtítulos cada cierta cantidad de páginas. La carátula dice:*

LA CIUDAD DE LAS VACAS  
Relato verídico  
de Juan Abal

*y sobre la segunda página, comienza:*

## Prólogo

Reúno en este cuaderno las notas que tomé en la ciudad de las vacas y tiempo después,

cuando yo dormía tranquilo en esta casa. Para explicar algunas de las fallas y carencias de mi relato, daré un breve detalle de los días anteriores a mi llegada a la ciudad, algunos de mis intereses y cómo me decidí a visitarla.

Antes de que aparecieran las primeras bandadas de vacas trabajaba de profesor suplente en una escuela nocturna. Eran menos de diez horas semanales que apenas alcanzaban para sobrevivir y comprar algunos libros sobre dos temas que me interesaban: la antropología y la arqueología. Cuando llegaron las vacas y la vida urbana quedó dispersa, desorganizada quién sabe hasta cuándo, me retiré a una casa desocupada de los suburbios. Sólo tuve que defenderla un par de veces en los primeros dos años. Dos bandadas de vacas que atacaron con desgano, y que pude espantar con unos pocos disparos. No hubo molestias humanas: nadie parecía querer vivir en esa zona impreci-

sa entre la ciudad y el campo. Aproveché para leer algunos gruesos volúmenes de arqueología y antropología, de difícil traslado, que llevé a la casa con una carretilla, en un domingo de sol. En los años anteriores la preparación de las clases, las charlas con los amigos o las ocasionales relaciones con una mujer me habían impedido concentrarme en ellos. Ahora los leía con calma, sin preocuparme si demostraba una semana o meses. Cuando comenzó a hacérseme evidente que utilizaba aquellas descripciones de sociedades primitivas o de viejas ruinas para huir del vacío y el sin sentido del exterior, de la soledad de las calles y de la falta de contacto con otras personas, tuve las primeras noticias sobre la ciudad de las vacas.

Una plaza cercana atraía a los que pasaban por el suburbio. Se habían instalado quioscos que vendían provisiones para viaje, y se formaban ruedas alrededor de fuegos encendidos al caer la noche. Allí mencionaron la ciudad y también allí pensé que ese mito era la forma particular de los que me rodeaban para huir del mismo vacío que yo olvidaba en los libros. Sin embargo los datos conflúan siempre en una zona precisa de las montañas, y hasta hubo un viajero que mostró objetos extraños, que no parecían adaptarse al uso de las manos o cualquier otro apéndice humano. Sentí renacer el interés que me producían las mejores descripciones, los mejores croquis o interpretaciones de sociedades distantes en el tiempo o en el espacio.

Me intrigaba sobre todo imaginar la vida cotidiana de aquella ciudad, pensar muebles posibles para los cuerpos gigantesco y alados. Advertí que caía en el peor antropomorfismo. Y comencé a preguntarme por detalles menos concretos: los juegos, las costumbres, la organización de la ciudad, la estructura sobre la que habrían armado su vida, y la forma en que se reflejarían culturalmente los vuelos nocturnos, los ataques a las ciudades, los posibles "colaboracionistas" humanos (había más de una anécdota mencionándolos).

Al fin decidí partir, dirigirme a la ciudad de las montañas. Compré implementos y víveres, los completé con algunos que ya tenía y llevé conmigo una libreta de anotaciones bien encuademada. Este cuaderno es el resultado de aquella aventura. Lo he escrito tomando co-

mo base lo que anoté durante el viaje de ida y la estadía en la ciudad. Al principio pensé ordenar los datos alrededor de algunas hipótesis. Luego, por motivos diversos, algunos de los cuales surgirán del texto mismo, decidí dejar la descripción desnuda de lo que vi, tratando de evitar tanto los detalles innecesarios (el largo viaje hasta la montaña, las imágenes "poéticas") como las teorías que, dados mis escasos conocimientos, sólo podrían ser pseudocientíficas.

Resultó un texto breve, ni más ni menos ordenado que las anotaciones de un viajero ocasional que atraviesa regiones remotas o recién descubiertas. Las condiciones difíciles del momento impedirán quizá por mucho tiempo darlo a conocer en forma impresa, o al menos mimeografiada. Mientras escribo estas pocas líneas de introducción, me preparo para abandonar esta casa. Copio cuidadosamente el original en estas páginas. Lo mismo haré en los demás lugares por donde pase o me establezca un tiempo. Me gustaría que el libro diera dos o tres ideas precisas sobre la ciudad de las vacas a aquéllos que, como yo antes de visitarla, sólo hayan oído imprecisas referencias en reuniones o en los caminos.

J.A.

## La llegada

La ciudad de las vacas está en la cordillera occidental. Llegar no es difícil, en términos de ascensión. Pero el acceso está oculto por dos piedras enormes, afiladas en punta, que casi tocan el suelo y que parecen colgadas del espacio. Al trasponerlas, se descubre un corredor lo bastante ancho como para que dos vacas vuelen lado a lado sin tocar las paredes con las alas. Atravesarlo me llevó aproximadamente una hora. Al fin pude ver una luz titilante. Tuve miedo, y pensé en girar en redondo y salir de aquella gruta, bajar la montaña y volver a la casa en la ciudad. No pude. Vacilante, aplastándome más que nunca contra la pared, me aproximé al círculo de luz.

Me asomé y vi un valle enorme y bultos acostados entre el parpadeo de teas y hogueras que ardían con un extraño color azul. Excitado, me limpié los anteojos y me los puse. Ahora distinguía vacas de distinto tamaño y

pelaje volando sobre el valle. Lo hacían con movimientos lentos, planeantes, y no recordaban en absoluto a las bandadas firmes, decididas, que incursionaban sobre las casas y las ciudades: el conjunto era pacífico, calmó. Los bultos acostados a veces se movían como acomodándose. Los que volaban se perdían de vista a medida que se alejaban del resplandor del fuego, y sólo podían verse como vagas formas fantasmales. En comparación con una de las antiguas ciudades humanas, la de las vacas era casi silenciosa. Sólo algunos mugidos largos, poco estridentes, surcaban el aire. Muy lejos, sobre la orilla opuesta del valle, creí distinguir el brillo tembloroso de un arroyo, y vegetación, árboles. Ganado por la paz del paisaje, di unos pasos hacia adelante.

Estaba parado sobre un pequeño talud, que se cortaba en seco y caía a pico cincuenta o sesenta metros. Yo no tenía alas. Me limpié los lentes y miré a los costados, buscando salientes en la roca, quizás escalones. Un mugido poderoso, a pocos metros, me aturdió hasta dejarme sordo. Sobre mí, en un talud más grande, había una vaca que al reflejo de las llamas parecía violeta. Me miraba fijamente con sus grandes ojos, y no se movió. Estuvimos así durante unos minutos, contemplándonos. Era extraño, pero no me sentía asustado. De pronto el animal levantó vuelo. Por primera vez veía una vaca levantando vuelo, no volando. Se desprendió del talud con un pequeño impulso, recogió apenas las patas y planeó sobre la ciudad dormida, hasta perderse de vista.

Retrocedí y me senté con la espalda contra la pared, junto a la boca de entrada al valle, sin saber qué hacer. Poco después reapareció la vaca. Planeó con pereza y en vez de aterrizar sobre el talud superior lo hizo en el mío. Nos miramos por segunda vez con fijeza. Mi imagen se reflejaba en su gran globo ocular, hñmeda, deformada y brillante. Hizo un gesto lento con la cabeza, como mirando hacia atrás. Lo repetió con calma un momento más tarde. Al fin comprendí que me señalaba un asiento de cuero colocado sobre el lomo, entre las dos alas.

Me acerqué al animal y con un par de movimientos quedé instalado en la montura. No le taloneé los flancos, aunque el impulso era

fuerte. El asiento pareció dar un pequeño salto hacia adelante, y volamos.

### La ciudad desde el aire

La ciudad pasaba bajo nuestras alas a unos veinte metros. Era una masa gris azulada de cuerpos y fogatas. Me intrigaba el color del fuego, distinto a los que había visto hasta entonces. Traté de distinguir con qué material estaban hechas las teas, pero me fue imposible. La vaca había aumentado la velocidad, batiendo las alas con un sonido blando y pesado, y sólo podía ver las separaciones regulares entre cada montón de bultos. Estábamos cruzando el valle en línea recta. Decidí mirar hacia adelante y pude advertir que la vista no me había engañado: nos acercábamos a un grupo de árboles y un arroyo de montaña, que formaba un pequeño lago sobre el fondo del valle. Pude ver, antes de descender planeando, una cerca irregular y numerosas formas más pequeñas que las anteriores, acostadas bajo lo que parecían ser tinglados de chapa.

Cuando la vaca asentó las cuatro patas y pude deslizarme por su lomo áspero hasta tocar el suelo, advertí de inmediato que estaba entre seres humanos, en lo que podría llamarse la colonia humana de la ciudad de las vacas.

### La colonia humana

Aunque parezca extraño no me sentí reconfortado y hasta me alegré de que la mayor parte, sino todos, estuvieran durmiendo. La vaca alzó vuelo a mis espaldas, con un mugido lento que se iba apagando a medida que se alejaba.

Supuse que debía buscar un lugar para acostarme. Vi un tinglado bajo el que dormían sólo dos personas. Caminé hacia él, saqué la colchoneta de la mochila y la estiré. Creía estar excitado, pero me dormí en seguida.

Desperté con la sensación de que me enfocaban con una linterna. Era la luna llena que se asomaba por encima de las paredes del valle. Acunado por los mugidos y el silencio, volví a dormirme.

Cuando un codo se hundió en mi costado, abrí los ojos por segunda vez. Era de día, el sol estaba alto. Salí de la colchoneta y me paré, un

poco aturdido. A mi alrededor se desperezaban hombres, mujeres y niños. A mi lado un tipo gordo, de movimientos pesados, se disculpaba por haberme golpeado.

Me fijé con más atención en los que me rodeaban. Pude advertir que la mayoría eran gordos, de movimientos pesados. Y algo más, que me extrañó: permanecían sin excepción bajo los tinglados, sin salir a desperezarse al sol, como estaba haciendo yo, provocando las miradas incómodas y rencorosas de todos. Decidí volver al tinglado y esperar los acontecimientos.

Una vaca se descolgó del cielo. No pude distinguir si era la misma de la noche. En vez del asiento traía un gran recipiente entre las alas. Inclinandolo a uno y otro lado fue volcando su contenido en unas piletas largas y delgadas, poco profundas, que había en las orillas de los tinglados. Los gordos y gordas que me rodeaban hundían la cara en aquella mezcla, de color indefinido pero agradable a la vista y al olfato. Hice lo mismo. Era una pasta nutritiva y sabrosa. Me sorprendió descubrir sabor a carne. Cuando me sentí satisfecho, me aparté.

Mis dos compañeros de tinglado siguieron comiendo. Me acerqué a uno de ellos. Me interesaba conocer algunos detalles básicos sobre el funcionamiento de la ciudad, si estábamos prisioneros o no. Pero el gordo retiró la cara del recipiente, fue deslizando la espalda por uno de los postes hasta quedar sentado, y comenzó a roncar casi de inmediato. Me dirigí al otro, alarmado porque sus ojos indicaban también que estaba por dormirse. En vez de atenderme realizó algunos movimientos cerca del techo del tinglado. Estaba bajando una lona que lentamente se transformaba en pared mientras llegaba al suelo. La aseguró bien y repitió la operación con los otros tres costados. Noté que no había aberturas. Antes de que cayera la última me colé por debajo y salí. Pude ver que los ojos entrecerrados del gordo se abrían con asombro.

### Los disidentes

Afuera el sol picaba sobre la piel. Los tinglados estaban dispuestos regularmente, como las manzanas de una ciudad, y tenían casi

todos las lonas bajas. Al fondo de la "calle" por la que iba, pude reconocer la cerca que había visto desde el aire la noche anterior. Supuse que era el límite de nuestro corral (en ese momento se me ocurrió la palabra corral). Decidí llegar a ella y seguirla hasta encontrar una entrada o una salida, algo o alguien que me diera una pista sobre nuestra condición. Me detuve a mitad de camino. Una de las barracas estaba abierta, sin las lonas bajas, y sus ocupantes, tres hombres delgados y quemados por el sol, estaban tendidos en medio de la "calle" con los brazos abiertos y los ojos cerrados, como en una playa. Me acerqué y saludé en voz alta. Uno de ellos se puso de pie ágilmente y me dio la mano. Los otros dos se habían sentado con las piernas cruzadas. Me informaron sobre lo que quería saber.

Habían llegado hacía meses. La mayoría de la población de los tinglados era anterior. La cerca tenía puertas a intervalos regulares, por las que se podía entrar y salir a placer. Ellos ya habían recorrido la ciudad y preferían no contarme nada. Tampoco acompañarme. Cuando los interrogué sobre la gordura y los movimientos de la mayoría, me informaron que se debía a que ninguno tomaba sol o aire durante el día, sólo alaban la lona por la noche, o al mediodía, para comer. Además tragaban en exceso la mezcla servida por las vacas, y eso los deformaba. Los tres habían notado esa evolución y decidieron alimentarse estrictamente mientras tuvieran hambre, y no dejar de tomar sol y aire. Me invitaron a jugar a diversos deportes en un claro que se abría entre los tinglados. Para guiarme dibujaron un planito de la colonia sobre un papel y me lo dieron. No pudieron en cambio dibujar los contornos de la ciudad. Me dijeron que ya me daría cuenta por qué cuando saliera. Les pregunté qué motivos los habían llevado hasta la ciudad. "La curiosidad" contestaron casi todos. Les pregunté si había más personas como ellos. Me dijeron que pocas. Un par de tinglados más (los señalaron con una cruz en el plano) en un total de setenta y cinco.

Por último me acompañaron a la barraca y me entregaron un extraño arnés de cuero. Me dieron a entender que si me sentía perdido en la ciudad y con ganas de volver al "pueblo" no tenía más que ponérmelo y alzar la mano de-

recha. Les agradecí, me despedí y caminé hacia la cerca.

Tenía una altura aproximada de dos metros. Estaba formada por tabloncillos anchos y dispuestos. Seguía los contornos del terreno, y era por lo tanto irregular. Había recorrido unos cien metros cuando encontré una abertura. No tenía puertas ni cerrojos. Era una simple abertura cuadrada, de un metro y medio de altura. Me agaché y pasé.

### La ciudad propiamente dicha

La ciudad parecía comenzar a unos doscientos metros de la cerca. Hasta allí el suelo era liso y limpio. Luego se veían amontonamientos de pasto y desperdicios, vacas descansando y agitando las colas, postes de madera, contra los que se refregaban al anca algunos animales y, destacándose por encima del resto, a intervalos bastante grandes, unas construcciones tan dispuestas y distintas entre sí que al principio las confundí con formaciones naturales. Empecé a caminar.

Una hora más tarde estaba desilusionado. Lo que había visto al principio se repetía sin variantes. Además las vacas parecían hacer sus necesidades en cualquier sitio y a cada momento me encontraba con media pierna hundida en bosta. Había seguido al principio una línea recta, esperando encontrar un edificio o formación más grande que las anteriores, o un espacio abierto que indicara una plaza o lugar de reunión. No los hallé. Todo parecía crecer y distribuirse al azar, repetirse al infinito.

Descorazonado, busqué un lugar donde sentarme, un sitio libre de desperdicios. Así descubrí algo distinto: una plataforma casi perfectamente circular, de unos tres metros de diámetro, bien limpia y que al tacto parecía de cemento. Me senté en el borde y me sequé la transpiración con la manga. Me sentía casi descompuesto por los olores y el calor. Tuve que hacer esfuerzos para no dormirme.

De pronto, un mugido mucho más intenso que los que había oído hasta entonces en la ciudad sonó encima mío. Pensé en un ataque y me aterricé. Salté de la plataforma y corrí como un poseído. Me detuve a cien metros, sin aliento. Me di vuelta y pude ver entonces una vaca enorme que caía como una tromba,

no hacia mí, sino hacia la plataforma que acababa de abandonar. Me preguntaba cómo se detendría a tal velocidad y a tan poca distancia de la superficie lisa y dura, cuando el impacto del cuerpo sacudió literalmente el suelo hasta donde yo estaba. Las vacas que me rodeaban se acercaron entonces hasta rodear el círculo, ocultando lo que sucedía. Decidí arriesgarme y trepé a uno de los postes. En la parte superior estaba quemado: posiblemente fuera una de las teas que brillaban por la noche. Me paré encima y miré hacia el círculo.

Con toda calma, las vacas destrozaban lo que quedaba del cadáver. En un primer momento, pensé en canibalismo. Me sentí descompuesto y casi caí del poste. Pero seguí mirando. Pude notar entonces que no había ninguna excitación en la labor de las vacas. Arrancaban trozos de piel y carne con los dientes, pero no los mascaban: los iban depositando en los bordes de la plataforma. Pude notar también dos o tres toros, que actuaban con los bordes de las alas, sobre los que se veían trozos de metal grandes y afilados como cuchillas de carnicero. Ni siquiera el esqueleto dejaron intacto. Lo desarmaron meticulosamente y trozaron los huesos en tamaños regulares. Mientras lo hacían, la multitud comenzó a desconcentrarse y ocupar los sitios que habían abandonado al estrellarse la vaca, hasta que todo quedó como antes, excepto la plataforma, ahora roja, sobre la que se apilaban huesos, cuero y carne en prolíficos montones. Para bajar del poste tuve que evitar el animal que rumiaba debajo.

Ocupé la hora siguiente tratando de encontrar un camino de regreso al "pueblo". No pude hallarlo. El sol ahora era intenso y levantaba un vaho húmedo y maloliente del suelo. A mis costados veía vacas rumiando, durmiendo, o espantándose insectos con movimientos de la cola o las alas, indiferentes. Si levantaba la vista podía distinguir apenas las siluetas de las que volaban en el aire fresco y puro que debía flotar más allá del relente en el que me sentía hundido como en un agua espesa. No podía mantener mucho la cabeza en alto: gruesas lágrimas, que no podía contener, me oscurecían la visión. Comenzaban a arderme los ojos y sentía en la frente dos bandas de

sudor, una fría y la otra hirviente, que se alteraban entre sí. Recordé entonces las instrucciones de uno de los disidentes. Me coloqué el arnés de cuero que tenía bajo el brazo. Me pasaba por debajo de los brazos y me cruzaba el pecho y la espalda. Una parte saliente del cuero, semicircular, quedaba sobre la espalda, como una manija gigante. Alcé el brazo derecho y algo me arrebató hacia arriba, alejándome de aquel infierno.

### Regreso

Tardé en advertir que volaba por encima de la ciudad, colgando del hocico de una vaca. El viento fresco me despejó. Traté de orientarme y calculé el rumbo hacia el “pueblo”, pero la vaca giró en dirección exactamente opuesta. Me concentré entonces en la ciudad vista desde arriba. Resultaba tan incoherente como caminar por ella. Los postes, las construcciones irregulares y los círculos de cemento se sucedían sin ningún orden o disposición especial. Pensé que quizá hiciera falta ver el conjunto completo, desde el borde del valle, que se alzaba a más de quinientos metros sobre nosotros. Dudaba que tuviera más sentido.

Un momento después volábamos sobre los tinglados. Debía ser mediodía, porque habían levantado las lonas, y pude ver antes de aterrizar que las cubetas alargadas estaban manchadas con restos frescos de pasta. La vaca me soltó, sin posarse, en una de las “calles”.

Cuando me recuperé tenía hambre. Me acerqué a uno de los recipientes y junté un poco de mezcla con la mano. Comí ávidamente hasta dejar el fondo reluciente. Me dirigía a otro cuando recordé las precauciones de los disidentes. Dejé de sentir hambre.

Recordaba con cierta exactitud la parte de la cerca que había sobrevolado la vaca. Tomándola como referencia saqué el planito y traté de guiarme. Mientras caminaba, los gordos grises y torpes hacían bajar lentamente las lonas, mirándome a veces asombrados, a veces coléricos, suavemente coléricos, con los ojos cargados de sueño.

Cuando llegué al tinglado de los flacos no encontré a nadie. Recordé entonces el claro del que me habían hablado y, a pesar del agotamiento, seguí la marcha.

Estaban jugando a una variante del fútbol. Lo hacían con una pelota de pasta alimenticia seca, que rodaba bien sobre el suelo apisonado del claro, aunque rara vez rebotaba o se alzaba en el aire. Me saludaron con gestos de alegría y jugaron un rato más. Me dejé caer sobre la lona de uno de los tinglados que rodeaban la “cancha”. Cuando dejaron de jugar se acercaron y me preguntaron sobre la recorrida. Mientras les contaba asentían, con poco interés. Evidentemente la experiencia de cada uno de ellos había sido similar. Luego me uní al juego, y seguimos hasta el atardecer. A la noche regresamos entre el susurro de las lonas que se alzaban. Dormí como un tronco.

### Teorías y discusiones

Pasaron los días. No supe cuáles eran los juegos de las vacas, cuáles sus ritos, cuáles sus actividades cotidianas. No pude encontrar una forma de ver la ciudad como un todo. Tampoco mis compañeros.

Llegamos a apreciarlos. En lo que se refería a la ciudad estaban atascados en el mismo punto que yo. Todos habían recorrido el laberinto de bosta, postes, círculos y formas incoherentes sin poder desprender del conjunto un esquema de la organización de la ciudad.

Habían tratado de descubrir una relación entre los mugidos y las circunstancias exteriores, pero sólo lograron hacer una distinción entre el mugido fuerte de ataque o “suicidio” (no se nos había ocurrido otra definición para las bruscas caídas y posterior destrozamiento sobre los círculos de cemento) y el mugido suave de cuando estaban por dormirse o circulaban blandamente sobre la ciudad.

Por supuesto, desarrollábamos hipótesis, salíamos una y otra vez del “pueblo”, intercambiábamos la información que cada uno recogía. Siempre había un detalle que anulaba la teoría trabajosamente construida. Yo había descubierto que las antorchas nocturnas estaban firmadas con una especie de tela formada de polvo de huesos de vaca, carne y hojas de hierba entremezcladas con la pasta alimenticia y puestas a secar al sol hasta quedar rígidas como chapas. Las envolvían alrededor del poste y ardían largamente con un resplandor azulado. Imaginé entonces que las



muerdes voluntarias eran el sacrificio de los miembros más viejos del grupo para contribuir a la vida del resto. Pero otro de nosotros descubriría que también novillos voladores morían así, y un tercero traía la noticia de que en un círculo de cemento lejano, cerca de la entrada al valle, un cadáver había quedado tal como había caído, hasta podrirse y dejar sólo el esqueleto al sol. Un nuevo ejemplar se precipitó sobre él, haciéndolo polvo, y esta vez sí se produjo el destrozamiento paciente y prolijo.

Tampoco descubrimos el lugar donde preparaban la pasta alimenticia. Ni vimos que, construyeran un nuevo círculo, o clavaran un nuevo poste. Como si el amasijo confuso de la ciudad fuera una cosa dada desde siempre, imperturbable. Como si las vacas mismas lo fueran: no habíamos visto ningún alumbramiento, ningún novillo de patas y alas temblequeantes.

Nos desorientaba el carácter amorfo de todo lo que no fuera el "pueblo". No podíamos tomar puntos de referencia suficientes como para advertir una nueva construcción, un nuevo detalle. Fracasaban los intentos de planos o mapas. Se detenían sobre la valla del "pueblo". Más allá se contradecían mutuamente, y generaban discusiones interminables, a veces violentas. Volvían a coincidir en los límites externos del valle, en la disposición de la entrada, del arroyo y en los contornos de las montañas que nos rodeaban.

### Llegadas y motivos

Casi no llegaban nuevos flacos. De vez en cuando una vaca dejaba caer un ser humano que se sumaba a los gordos. No se construían nuevos tinglados, y enterrábamos a los muertos, bastante escasos (un poco varias semanas) junto al arroyo, sin colocar cruces ni marcas especiales. La mayoría había olvidado su nombre, incluso el lugar de donde venía. Entre los flacos no murió nadie mientras estuve.

Hartos de las discusiones sobre la ciudad, nos dedicamos a hacerlas sobre el "pueblo". Interrogábamos a los recién llegados, preguntándoles por qué venían. Casi todos huían de algo o de alguien, o eran vegetarianos que imaginaban una vida paradisíaca, llena de ve-

getales, en el valle de las vacas. Se unían encantados, aliviados, al sistema de los "gordos", y una o dos semanas más tarde perdían todo rasgo identificatorio.

Nos dedicábamos a los deportes con violencia creciente. Las acciones sucias y las fracturas o contusiones eran cada vez más frecuentes, no haciendo ni siquiera diferencia de sexo. Pienso ahora que a los ojos de los gordos nuestra vida y nosotros mismos debíamos ser tan indiferenciados y absurdos como ellos para nosotros.

### El fraile

De todos los que llegaron, el único realmente distinto fue un padre franciscano, alto y delgado, que tenía un propósito bien definido: convertir a las vacas a la religión cristiana. Primero los disidentes creíamos que bromeaba, y nos reíamos mucho, palmeándolo, como si lo felicitáramos por su sentido del humor. Pero luego de sonreír unos momentos, comenzó a endurecer el rostro, hasta quedar mirándonos fanáticamente con sus ojos celestes, casi blancos, como un profesor rodeado de alumnos imbéciles. El grupo se fue deshaciendo entonces, algunos murmurando por lo bajo "está loco". Los pocos que quedamos le explicamos las dificultades de comunicación, la falta de un lenguaje similar al humano entre las vacas, e incluso el aparente sinsentido de la ciudad misma.

—Dios proveerá —nos dijo, otra vez sonriente al ver nuestra buena voluntad. Y nos contó satisfecho anécdotas acerca de cómo San Francisco conversaba con los pájaros y los peces, animales que en esa época habrían sido tan distintos e incommunicados para con nosotros como lo eran ahora las vacas. Advertimos que dicitur con él era imposible y nos apartamos. Yo sentí cierta pena, porque pensaba que la desilusión sería mucho peor en él que en nosotros, siendo mayor la distancia entre sus esperanzas y la realidad.

Durante los primeros días, el fraile se limitaba a salir a unos pasos de la cerca, donde, alzando los brazos al cielo, comenzaba a imprecicar la doctrina cristiana a cuanta vaca vagara cerca o rumiara en los límites de la ciudad. Luego aprendió a utilizar el arnés y se dedicó a

tratar de convencer a las vacas transportadoras. Volaba con un brazo en alto, tratando de hacer llegar su voz, por encima del hombro, a los oídos del animal. Consiguió resentirse seriamente los músculos del cuello, y tuvo que guardar reposo.

Acechó entonces a la vaca alimentadora, todas las mañanas. Y enfrentó animosamente su desinterés. El colmo fue una mañana en que lo oímos mugir tratando de imitar los sonidos que había oído en la ciudad. Fue variando luego el sonido, dándole una cadencia rítmica, casi melódica. La vaca esta vez lo miró fijamente y aflojó los músculos, en actitud de descanso. No levantó vuelo hasta que el monje se calló, agotado. Tanto los gordos como los disidentes lo contemplábamos inmóviles, como si estuviéramos presenciando un acto de magia.

A partir de entonces le cantó a la vaca todas las mañanas, y lo misma hacía, ya curado de su tortícolis, con las vacas transportadoras. No consiguió, a mi parecer, convertir a las vacas al cristianismo, pero a veces, en las horas de mayor calma, era posible oír mugidos que se diferenciaban de los que habíamos escuchado hasta entonces. El monje, que no dormía bajo tinglado sino a cielo abierto, asentía, sonriente y satisfecho.

Comía menos que todos nosotros. Se servía la pasta alimenticia en una escudilla de madera que traía en un bolsillo del hábito, donde guardaba también una Biblia de cuero y un gastado ejemplar de "Las florecillas de San Francisco".

Yo, y creo que el resto de los disidentes, no sabíamos qué pensar de él. A veces me atacaba la compasión y la pena, pensando que todo aquello era ridículo, que el propósito del monje era una imbecilidad desde un principio y que lo único que había conseguido era una simple variación en el mugido de las vacas. Otras veces no podía evitar la admiración, y creía que él había logrado penetrar en el misterio de la vida vacuna más que todos nosotros juntos. Lo cierto era que su espíritu estaba muy lejos del desánimo que yo le había pronosticado. Cortó un trozo de chapa del techo del tinglado y lo dobló en forma de embudo. Equipado con este rudimentario amplificador se hacía llevar sobrevolando la ciudad y emitía

sin cesar sus mugidos melódicos. Lo hacía con la obsesión y la continuidad, valga la contradicción, de un endemoniado.

No se dio por satisfecho hasta oír, en una noche fresca y tranquila de luna llena, un mugido enteramente similar a los suyos, que provenía de la zona más alejada de la ciudad. Cabeceó suavemente, siguiendo el ritmo.

—Es el Himno a las Cosas de Dios —musitó.

Al día siguiente comió la misma porción de pasta de siempre y se despidió de nosotros con fuertes apretones de mano, sonriendo con los dientes desparejos y marrones, y parpadeando con sus ojos acuosos. Penetró en el relente de la ciudad como quien entra en un lugar conocido, a paso firme y agitando con fuerza el brazo en señal de despedida. Iba, al menos cuando partió, hacia el agujero de entrada.

Durante su estadía se había negado terminantemente a dejarse ganar por la desilusión. Ni siquiera pudieron deprimirlo los aparentes suicidios.

—Por algo será que lo hacen —decía—. Y he observado que muchas veces lo llevan a cabo sin mugir, como quien se deja caer mansamente. Los caminos del Señor son inescrutables.

Tampoco se dejaba atrapar por lo que él llamaba herejías. Uno de nosotros le planteó la posibilidad de que las vacas tuvieran su propia religión, su propio rito.

— Toda la naturaleza viene de un solo punto —contestó sonriendo—. Y si no, muéstrame el templo donde adoran al Dios que tú dices, o a la estatua o la imagen que lo representa, o los movimientos de las vacas que puedan recordar un ritual.

Y el disidente callaba, derrotado.

Nos fue imposible no extrañarlo cuando dejamos de verlo. Luego el tiempo, el ritmo regular de las comidas, el fracaso de nuestras averiguaciones y la violencia de los juegos fueron borrando su delgado recuerdo. Hasta nos parecía natural y siempre escuchado el tono melódico de algunos mugidos.

## Violencia

Al fin llegó el aburrimiento. Comencé a extrañar la ciudad humana, dormir en un colchón, sentarme en una verdadera silla, orinar

en un baño. Si hubiera encontrado algo de lo que buscaba, hubiera sido distinto. Pero nuestros fracasos y vueltas en redondo se habían vuelto tan rutinarios como un horario de oficina. El propósito primitivo era ahora algo abstracto, sin interés, una quimera como cualquier otra. Esa frustración se traducían, como ya dije, en una violencia cada vez menos contenida entre los disidentes. Las peleas y actos bruscos ya no se limitaban al campo de juego. Muchas veces lo que comenzaba como una broma terminaba con una pierna o una mandíbula fracturada, y la escasez de medios para primeros auxilios hacía más larga y dolorosa la cura, realimentando así el circuito de violencia.

Un hecho sirvió para decidirme. Buscaba febrilmente la manera de salir. Un día lo dediqué a contornear la ciudad y llegar al talud donde se abría el orificio de entrada. Se alzaba sobre una pared lisa como un vidrio, a una altura de cincuenta metros. No me explicaba cómo había partido el monje. Quizás había confiado en el Señor y había levitado hasta el talud. Volví al tinglado con un fuerte malhumor.

A la noche, cuando apenas comenzaba a dormir, sentí que algo caía a mi lado. Era la mujer con la que había convivido mi compañero de tinglado. Lo tenía inmovilizado apoyando las dos rodillas sobre los hombros de él, y en el brazo derecho agitaba un arma: un trozo de chapa del tinglado, filoso como una navaja.

El muchacho reaccionó con violencia inusitada. La golpeó con las rodillas en la espalda. La mujer cayó hacia adelante y me raspó el brazo con el cuchillo improvisado. Me aparté y en el momento en que volvía al ataque, el puño de mi compañero la detuvo con tanta fuerza que oí cómo le crujían los huesos de los nudillos.

Estaba desmayada. Los dos resollábamos como animales. El resto de los disidentes nos rodeaba. Los gordos miraban desde sus tinglados sin moverse, como peces-luna tras el vidrio de un acuario. Uno de los flacos comenzó a darle palmaditas a la desmayada.

—Pegarle así a una mujer —dijo mirándome.

Explicarle que no había sido yo era inútil. La pelea del día siguiente sería entre él y yo.

No pude dormir. Me fui alejando del tinglado hasta llegar al arroyo. Dejé caer los brazos dentro del agua clara y fresca. Lavé el raspón lo mejor que pude y me senté contra un tronco.

Tenía que haber una salida. De mi interés por la antropología había pasado en menos de tres meses a esa existencia al mismo tiempo aplastada y violenta. No había descubierto un solo elemento claro en la vida de las vacas. Y corría el peligro de morir, sin desearlo en absoluto, asesinado por uno de los disidentes.

## Partida

Desperté antes del alba. Tenía que irme ese mismo día. El único medio era que una de las vacas me llevara. Pero no habíamos descifrado un solo gesto de comunicación. Y entonces me asaltó una idea. Había un gesto: ponerse el arnés y levantar la mano derecha. Siempre lo habíamos hecho en la ciudad. ¿Qué pasaría si lo hacía en el “pueblo” mismo?

No pude esperar. Fui hasta el tinglado y recogí el arnés. Los flacos dormían. Apenas asomaba el sol. Aún no había llegado la vaca alimentadora, y los gordos roncaban en montones grises. Caminé hasta la valla y alcé el brazo derecho.

Pasaron unos minutos. Varias vacas me habían visto. No sabía si algunas se dedicaban especialmente al transporte, o si podía hacerlo cualquiera.

Pasaron varios minutos más. A mis espaldas pude oír cómo se desesperaban los gordos, con movimientos y bostezos de hipopótamos. Comenzó a ganarme la desesperación, el temor de ser atrapado por la rutina del “pueblo” por última vez.

Una vaca pasó muy cerca, agitando el aire con las alas. Quizás había alzado vuelo desde el costado mismo de la valla. En un impulso levanté también el brazo izquierdo. Quedé con los dos puños erguidos, como un adorador del sol, que se alzaba aún incompleto ante mí.

La vaca giró con elegancia, enganchó el hocico en la “manija” del arnés y siguió vuelo. Me sentí arrancado del piso, y el “pueblo” se fue achicando bajo mis pies. Curiosamente no enfilamos hacia el talud sino hacia arriba,

hacia el borde irregular del valle. Bajé la cabeza y miré.

Por primera vez tenía una visión completa de la ciudad. Era una mancha parduzca, de contornos casi redondos. Sobre un extremo, el arroyo ponía una pincelada limpia y brillante, entrecortada a tramos por el verde de la vegetación. Lo más parecido a un orden eran los tinglados y las calles del "pueblo". Me maldije por no haber preguntado más sobre cómo había nacido, demasiado concentrado en desentrañar la ciudad de las vacas. Me iba sin saber si los tinglados los habían construido las vacas mismas, con improbables herramientas, o si lo había hecho algún primitivo grupo de humanos, previendo nuevas llegadas. Era demasiado tarde para contestar: las posibilidades de respuesta se iban alejando con la imagen misma del "pueblo". A medida que nos acercábamos a los bordes dentados del valle, iba sintiendo más frío y una sensación desagradable en los oídos, como si los tímpanos quisieran escapar. Respiré hondo, como en los aviones de la vieja época, pero fue inútil. Al fin, cuando ya la vaca se elevaba por encima de la montaña, y la imagen de la ciudad se perdía tras unas delgadas nubes, me desvanecí.

Desperté con la sensación tibia y agradable del vaho que surgía del hocico de la vaca. Tenía un poco de sangre seca en la nariz. Apenas me agaché para mirar hacia abajo, un tirón fortísimo me golpeó la espalda. Las correas de la mochila, que hacían presión sobre los hombros desde horas atrás, me habían acalambrado los músculos. Me moví con mayor lentitud.

Volábamos sobre las primeras estribaciones de la cordillera. Podían verse ya los colores mezclados, las vetas violetas, marrones, anaranjadas de la llanura. Pensé que íbamos a bajar allí, pero me equivocaba.

La vaca siguió volando, interminablemente. Al mediodía sentía correr ríos de sudor en la espalda, y tenía la impresión de que las correas de la mochila iban penetrando tanto en la carne que terminarían por cortarme limpiamente los brazos. Una hora después decidí desembarazarme de ella: ya no la aguantaba. Desabroché las hebillas y la ayudé a deslizarse por la espalda. El bulto cayó a plomo durante unos metros y luego se abrió, como si hubiera

estallado, desparramando la ropa, la colchona y algunos útiles de cocina en un caos instantáneo y estridente, que dejé de ver de inmediato.

El clima se fue haciendo más fresco, los colores que desfilaban bajo mis pies viraban lentamente a los distintos matices del verde. Cuando el sol se ponía, vimos una anchísima faja brillante a lo lejos. Era el río, el mismo río junto al que había pasado cuando partí. Por un momento pensé que iba a dejarme en el mismo lugar donde había comenzado el viaje, cerca de la plaza de los fogones. Cuando llegamos a las riberas advertí que estábamos mucho más al norte, y seguíamos subiendo en el mapa. Al fin vimos los suburbios de una gran ciudad. La vaca comenzó a bajar, no hacia los edificios y las casas, sino hacia el agua misma. Toqué la superficie con los pies, levantando una doble ala de agua a los costados, que me refrescó el rostro durante unos segundos. El hocico se inclinó gentilmente y me sumergí de golpe, con violencia, en las aguas marrones.

Me costó volver a la superficie. Estaba completamente agotado. Me dejé flotar con lentitud hacia la orilla. La costa estaba cubierta de camalotes. Seguí flotando, paralelo al borde del camalotal, hasta llegar a una punta seca.

Me arrastré unos metros para apartarme del agua y me di vuelta hasta quedar de espaldas. Una brisa ligera me refrescaba. Me dormí.

### La vieja ciudad La libreta de notas

Desperté al amanecer del día siguiente. Me sacudí la arena y me interné en el barrio donde había "desembarcado". Encontré una casa vacía bastante conservada. Durante unos días me limité a descansar y alimentarme, con animales pequeños que cazaba en los bordes del camalotal, con frutas. Había borrado de mi mente los sucesos de la ciudad de las vacas. Luego fueron surgiendo, uno por uno, y recordé la libreta donde había tomado notas. Creía haberla perdido en el aire, con los demás implementos de la mochila, pero al lavar el pantalón que había usado en el vuelo, la descubrí en el bolsillo posterior. La hojeé con un interés creciente, como quien lee un viejo diario íntimo, aunque habían pasado sólo quince días.

Decidí entonces que los pocos datos recogidos merecían difundirse, y comencé a copiarlos ordenadamente en un cuaderno, agregándoles párrafos para formar una continuidad. Pensaba, una vez hecho esto, escribir un verdadero libro, donde clasificaría todos los datos y desplegaría una cierta cantidad de hipótesis, y hasta analogías con sociedades humanas. Al fin decidí dejar un relato cronológico y sencillo, sin agregados. Como dije en el prólogo, he decidido partir de esta casa. Los habitantes de la ciudad, o al menos de las zonas que he recorrido, son gente hurafña y agresiva, que suele recibir a los visitantes a balazos. Hay uno, inclusive, en la zona residencial del sur, que ha montado defensas dignas de un cuento fantástico, con espejos, catapultas y arcos enormes. Se dedica psicóticamente, además, a pintar carteles contra las vacas.

Pero a poco me fue ganando el ansia de ver otra gente, de intercambiar ideas, de encontrar a alguien que también hubiese estado en la ciudad. Semejante persona apareció unos días antes de partir, cuando ya había preparado unos cuantos bultos y un vehículo, cuando ya había comenzado a copiar estas líneas. Por lo que pueda interesar, agrego este encuentro como apéndice.

### Apéndice

Se trataba de un personaje extraño, de unos cuarenta y cinco años, vestido íntegramente de negro, salvo la camisa blanca, sobre la que colgaba una corbata roja delgadísima. Se acercó a la casa apoyándose en un bastón casi de su altura. Se cubría la cabeza con un sombrero de alas anchas y dobladas. Le pregunté qué quería desde el primer piso. Se asombró al oír la voz y pidió comida y descanso. El ala del sombrero hacía sombra sobre un rostro delgado y barbudo, de ojos brillantes.

Mientras cenábamos dejé caer al pasar una referencia a la ciudad de las vacas. "Yo también estuve" dijo entonces, con su voz cuidada y culta, sonriendo. A diferencia mía, tenía varias hipótesis, que él creía confirmadas por la realidad. Yo las encontré extrañas, demasiado fantásticas para mi gusto. De todos modos transcribo su relato.

Había llegado a la ciudad hacía cinco años,

o sea dos años después de la aparición de las vacas. Según él, la ciudad había existido previamente y era la base del poder que permitió a las vacas expandirse y desorganizar por completo la vida en las ciudades. El había llegado con uno de los primeros grupos de humanos, atraído por las noticias de una expedición de andinistas que habían visto la ciudad desde el borde del valle.

Los tinglados se habían ido construyendo en una especie de colaboración: las vacas aportaban las planchas de chapa y los humanos levantaban las paredes. En los primeros tiempos no había diferencias notables entre los gordos y los disidentes. Pensaba que habían surgido con posterioridad a su partida. Habían intentado sembrar las orillas del arroyo y los alrededores de los tinglados con legumbres y hortalizas, en un intento por crear una verdadera colonia. Lentamente se fue infiltrando sin embargo el desánimo, fomentado por la facilidad con que las vacas podían alimentarlos. Ante este estado de cosas, él había decidido partir.

En cuanto a las vacas mismas, parecía haber contemplado mucho más que yo. Por ejemplo, había presenciado su vida sexual. Según sus palabras —que sospecho falsas— las vacas copulaban en el aire. Un toro y una vaca planeaban por encima de la ciudad, y de pronto mugían al unísono. La vaca planeaba con más rapidez, en una especie de juego previo a la unión. El toro iba elevando cada vez más el tono de sus mugidos. Al fin los dos cuerpos enormes se encontraban en el aire, con un ruido de succión tan intenso que rebotaba contra los bordes del valle. En la vorágine de la cópula ambos iban cayendo. Casi siempre conseguían acabar antes de tocar el suelo, y se separaban, planeando lentamente, agotados. En otras ocasiones el encuentro era tan apasionado que los dos cuerpos se estrellaban con un estruendo terrible.

Las muertes de ejemplares inocentes ocasionadas por estas caídas habrían sido el origen de los círculos de cemento, que en un principio se colocaron en el perímetro de la ciudad, convertido así en la zona habilitada para la población aérea. Con el paso del tiempo, y la organización cada vez más perfecta de la ciudad (¿qué organización? pensé, sin interrup-

pirlo), los encuentros sexuales se fueron haciendo cada vez más ocultos e individuales y menos aéreos, hasta que los círculos de cemento perdieron su sentido. Adquirieron un nuevo inmediato. Quizá por la intensa represión de lo sexual (se comenzó a castigar el coito público, aún en el perímetro: a los culpables se les cortaba las alas de raíz) hubo un sene de suicidios. Ejemplares aislados, de ambos sexos, se dejaban caer sobre los círculos de cemento como bombas. La ciudad contestó aprovechando esos cuerpos con un criterio de utilidad. Se crearon las nuevas antorchas (hasta entonces eran sólo de madera, y ardían con excesiva rapidez) y entonces la ciudad adquirió el aspecto y las actividades que yo mismo había presenciado en mi visita.

Carlos Van Doren (así se llamaba mi visitante) era pintor. Cuando terminó de contar, abrió una pequeña valija de madera y me mostró varios trabajos suyos. Eran vistas generales de la ciudad de las vacas, pero parecían pertenecer más al mundo onírico que al real. Abundaban las cúpulas aéreas, con el fondo de la ciudad, no como era sino deformada sutilmente, como si estuviera asentada sobre una esfera y no sobre el suelo plano. Aquel tono intenso, de colores vívidos, de sus cuadros, fue un detalle más para dudar de sus declaraciones. Llegué a pensar que Van Doren nunca había visitado la ciudad, que había ido creando una ciudad propia con retazos de información, una ciudad que se adaptaba a su

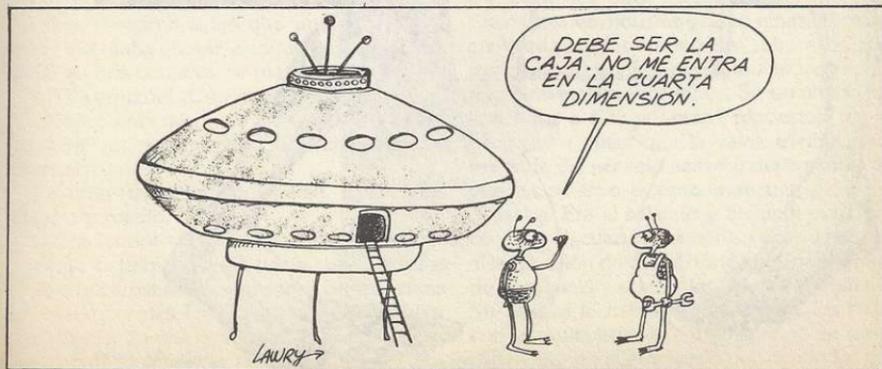
estilo pictórico y que había dado por resultado aquellas hermosas visiones.

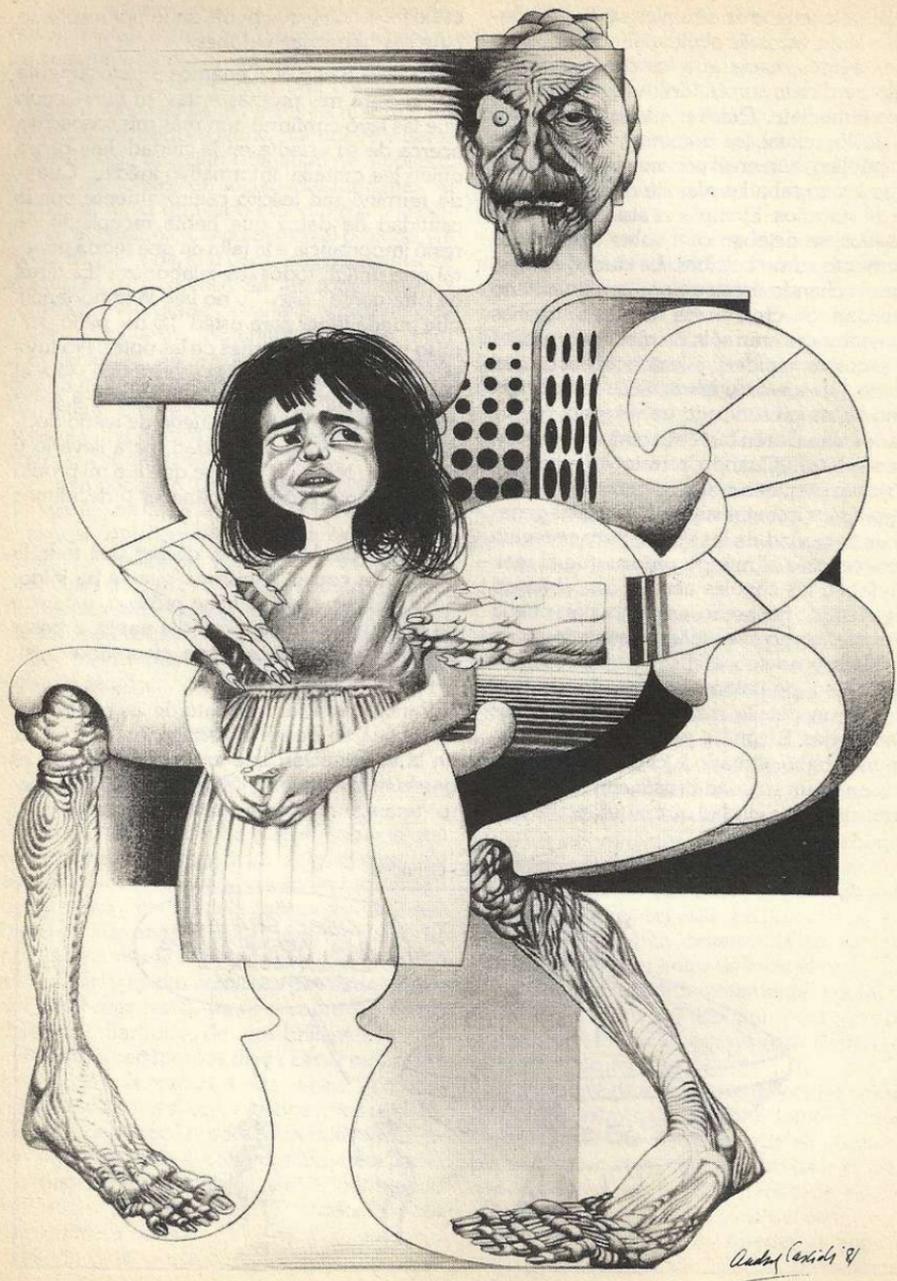
No discutí con él. Cenamos amistosamente y le mostré mis propias notas. El interés con que las leyó confirmó aún más mis sospechas acerca de su estadia en la ciudad: leía como quien lee material informativo inédito. Cuando terminó me felicitó calurosamente por la cantidad de datos que había recopilado, le restó importancia a la falta de una teoría general que uniera todos los eslabones ("Es tarea de otra gente" dijo, "y no veo la importancia que pueda tener para usted") y me pidió permiso para copiar algunas de las notas. No tuve inconvenientes. Incluso le solicité que viera el trabajo que yo mismo había llevado a cabo tomándolas como base. Luego de leerlo decidió copiarlo en su integridad, para llevarlo y difundirlo. Me sentí feliz, ya que era mi propio deseo. Comenzaba a amanecer y decidimos descansar.

Al otro día Van Doren dedicó casi toda la mañana a copiar la historia que se ha leído. Sólo varía en que no tiene prólogo, y carece de este apéndice. Al mediodía partió, a pesar del calor, con su ropa negra, su sombrero, su valijita y su largo bastón.

Para diferenciar mi relato de los relatos como el de Van Doren (más basados, a mi juicio, en la imaginación que en la observación) es que lo he subtítuloado "Relato verídico". Espero, una vez más, que sea útil a quien lo lea.

© 1978, Elvio E. Gandolfo





*En Moderan sólo los niños  
consiguen, por un instante, distraernos de  
los Pensamientos Profundos*

*David R. Bunch*

# EL PADRE COMPLETO

Ilustró ANDRÉS CASCIOLI

La vio, muy lejos en los campos de plástico brillantes como hielo, una silueta saltarina acercándose con pasitos cortos para mostrarle las manos de metalnuevo. Y en el interior de las tiras de carne sintió que una lágrima de amor intentaba aflorar, aunque en vano, pues tenía globos oculares de metalnuevo.

—¡Mi pequeña! ¡Creciendo! —dijo.

—Como eres mi padre —dijo ella—, y es mi primera vez, mamá dijo que debía venir a mostrarte.

La niña tenía cuatro y medio. El la miró. Cuatro y medio.

—¡Creciendo! —dijo—. ¡Mi última niñita!

Sí, se la habían traído hacía cuatro años y medio del lugar donde conservaban las vainas uterinas vivientes. Un día, la madre y él habían convenido, en una conferencia a larga distancia por los multivisores —ella mientras descan-

saba en su cúpula-burbuja, él a cinco campos de allí, en su propia fortaleza del pensamiento— que tal vez sería apropiado tener un último hijo. Con los otros diez les había ido bien: cinco jóvenes robustos y cinco niñas, ahora en plena edad de los “repuestos”, ahora todos en sus cúpulas propias, cavilando sobre Problemas Universales Profundos. Sí, un último hijo antes que a él le pusieran “repuestos” en los genitales y antes que la vaina uterina fuera relevada del servicio activo y destruida, o devuelta a su esposa como un recuerdo si ella lo deseaba. Era el soleado y brillante mayo, recordaba él, cuando fue con su último paquete al largo salón de cristal donde el Comisionado de Incubación aceptó las células germinales. Su esposa le había seguido todos los pasos con el multivisor, de modo que no se sentía solo. Cuando el empleado del Incubador pre-

guió: “¿Cuál?” y el futuro padre dijo “Niña”, y ambos bromearon un poco, pues no era un secreto que sería el undécimo hijo, parecía que la esposa también estaba allí, tan sonriente era su imagen. “Sabes resistir el castigo”, dijo el empleado, y el padre-esperanzado dijo “¡Sí!”, aunque un poco más tarde dijo: “¡Nada como los hijos para mantener viva la familia!” El empleado del Incubador convino en ello, y la esposa sonrió complacida.

Cuando bajó al lugar donde fecundaban los úteros ella se apuró a seguirlo, y los rayos zumbones le fijaron la imagen al lado de él. En la fresca y limpia sala uterina, casi sin aire, le pareció que casi podía tomar la mano de la esposa, tan nítida era la proyección ese día, y no se sintió solo mientras se realizaba el acto milagroso. De hecho, ¿quién podía decir que no era la mejor de las concepciones? El, la imagen clara y sonriente de su esposa, el útero de su esposa, el paquete germinal y el eficiente empleado, de plástico casi todo él, que regulaba instrumentos y hacía los ajustes necesarios.

Pero eso había sido más de cinco años atrás. ¡Cuánto se acelera el tiempo! Y allí estaba Hermanita.

—Hola, Hermanita.

Mientras ella saludaba con timidez infantil, él evocó cómo había sido, cómo todos habían atravesado los campos blancos entre su fortaleza y la casa de la madre para exhibir sus piezas de metalnuevo. Y cuán inevitablemente todos se habían enorgullecido de los primeros “repuestos”, “¡Creciendo! ¡Mi Muchacho!” O “¡Mis niñitas!” Lo había dicho a cada uno de ellos en cada ocasión. Y luego habían conversado un poco sobre la última palabra en naves espaciales, o sobre un Problema Universal Profundo, y aunque él sabía que el niño no comprendía, era de lo único que podía hablar, y por cierto quería demostrar interés y ser un padre completo. Y cuando luego los vencía el tedio —en unos cinco minutos—, cuando ellos se cansaban de él y él se hartaba de ellos, ellos echaban a andar por el patio hacia la casa de mamá, con pasos vacilantes pero siempre orgullosos, contentos con las piezas nuevas que tenían. Y luego pasaba tal vez un año antes que volvieran a fastidiarlo, cuando los Reconstructores les instalaban un “repuesto” importante, y durante todo ese tiempo él quedaba

libre de ellos para sentarse a pensar en la silla anatómica. Sí, permanecía en un castillo de pensamiento mientras muy lejos, a cinco campos de distancia, la madre los educaba automáticamente en la cúpula infantil apretando los botones craniños.

Hermanita los miró, ojos azules en una cara de bella carne. Y una lágrima quiso aflorarle de nuevo a la superficie mientras pensaba veloces pensamientos de nuevas naves espaciales y ansiaba que las lágrimas dejaran de esforzarse. Qué molestia extraña e irritante era esa.

—Hermanita —dijo—, si no puedes dejar de mirarme así, tendrás que marcharte cuanto antes.

—¡Papá! Mamá dice que no puedo volver a verte hasta dentro de un año cuando los Reconstructores me cambien los pies. Y como eres mi papá verdadero, ¿no te parece demasiado tiempo? ¡Quiero mirarte!

—No —repuso él sin pensar—. Un año. Parece correcto. Así se ha proyectado tal vez tu programa de “repuestos”. Es lo normal.

—Pero se supone que los papás son Papás —barbotó ella de pronto—. He oído los Programas...

¡CRASH! La silla anatómica donde se reclinaba para pensar cayó al suelo e inmediatamente él se puso de pie, crujiendo y rechinando y sudando.

—¿HAS OIDO LOS PROGRAMAS? —Entonces supo que la esposa lo había traicionado. En una última tentativa de apegarse a él estaba manipulando la educación de la niña, apretando los viejos botones craniños, dejándole oír parte de esas antiguas pamplinas como amor, unión y cariño familiar. —¡Hermanita! —jadeó, y supo que hoy no hablaría mucho de naves espaciales, ni de los problemas de la Galaxia Roja, ni de los viajes a Marsoplan—. Hermanita, tendrás que oírme. Y recordar lo que he dicho. Deja que estas cosas se graben en tu mente joven, pues es muy posible que en ello vaya tu futuro.

“Una vez, hace mucho tiempo, en una era de horror, las condiciones de vida eran las que tu madre te hizo conocer por los viejos tubos craniños de esa cúpula infantil abandonada. Las personas vivían agrupadas en conjuntos de habitaciones, familias enteras apiñadas no

sólo en las conciencias de los demás sino juntas en vista y olor y tacto. Sus personalidades eran falsas, sus caracteres tenían un desarrollo deforme: eran pesadillas ambulantes de contradicción porque con esa proximidad se torcían mutuamente. Incluso comían juntos, alimentos que, gracias a todos los poderes del Pensamiento, jamás has visto, víveres que a menudo venían en grandes trozos que se llevaban a la boca e incluso tenían que masticar y tragar con sus propias fuerzas. ¿Quién tendría hoy tiempo para eso, con la necesidad de tanta mentálica energía y la abrumadora necesidad de usar toda nuestra capacidad para el Pensamiento Universal Profundo? Y recuerda. ¡PASABAN CADA DIA DE SUS VIDAS SUJETOS A LA DEBILIDAD DE LA CARNE!

Hermanita se estaba frotando los ojos con los dedos de acero, y por alguna razón inexplicable y absolutamente repulsiva él sintió que esa profunda lágrima de amor de nuevo intentaba avergonzarlo.

—Sonaba tan maravilloso —dijo ella—. Los papás amaban a sus hijitas. Y a veces en Navidad... ¿Qué es el amor? ¿Qué significa eso?

BANG BANG ¡BUM! El apretó el botón de Gran GRAN Estruendo para iniciar, como réplica al ESO, una pequeña "contingencia última", y en toda la fortaleza de plástico las cosas se entrechocaron, causando un ruido sin duda peor que el trueno y las baterías navales y las piezas de campaña durante una salva de los viejos días, antes que embarcáramos nuestra atmósfera, la mayor parte de ella, a Marsoplan. Cuando el Gran GRAN Estruendo terminó y él dejó los controles de finalización, ella estaba muy tiesa, una niña asustada que se tapaba los oídos con dedos de acero.

—¡Amor! —exclamó él, muy sereno, cargando la voz de horror para alcanzar el efecto completo—, no oigamos nunca más esa palabra, jamás, esa palabra imposible y repugnante, pues si alguna vez vuelves a decirla aquí, te limpiaré la boca con plomo e hirviente.

"Ahora bien, continuemos. He bosquejado algunos de los horrores del pasado, como vivir juntos, tener que masticar horribles alimentos en trozos, y andar de aquí para allá con un cuerpo de carne, sin esperanzas, o con muy pocas esperanzas, de metal. —Para que la frase fuera más convincente brincó acercándole los

pies de acero y le dio un horrible y enérgico pellizco en la cara con una mano de acero, mientras con la otra le asestaba un golpe en las costillas, inofensivo pero lo suficientemente doloroso para que ella lo sintiera. Mientras ella chillaba y gritaba sobreponiéndose al dolor él siguió hablando como si tal cosa. —Como ves, Hermanita, en los viejos días no tenían esperanzas. Carne todo el tiempo y ninguna oportunidad de renunciar a ella, y entretanto ¡cuántos horribles pellizcos y golpes en las costillas se habrán dado! ¡Cómo habrá manado la sangre! Y los chillidos. ¡Horror! Pero tú, Hermanita, tienes la anhelada esperanza de ser un día casi toda aleaciones de metalnuevo, con un mínimo de tiras de carne para mantenerte unida, y eso puede ser sagazmente cubierto y camuflado para que casi nadie pueda saber dónde pellizcarte y golpearte. Y además, alguna vez, quién sabe, si los derechos femeninos siguen progresando así, tal vez tengas una Fortaleza tan buena como la mía, con armas y alarmas a tu servicio, y entonces estarás casi a salvo de pellizcadores y golpeadores porque podrás aniquilarlos desde una gran distancia. Y en estos días completos y amenos de automatización, cuando casi todo el mundo es expertamente servido por artefactos y piensa generalmente Problemas Universales Profundos, ¿quién sale de visita? Excepto tal vez las niñas, por muy poco tiempo, para mostrar algo nuevo a los papás.

Pensaba que ella quizá pescaría la insinuación, dejaría de gritar, le mostraría otra vez las manos nuevas y luego se largaría a la cúpula-burbuja de la madre. ¡Pero no Hermanita! Dejó de gritar, se frotó los ojos azules y acusos y le clavó una mirada auzad.

—Vine para una larga conversación —dijo—, papá. Y luego tendrás que acompañarme a casa, porque para entonces habrá anochecido, y me daría MIEDO atravesar todo ese plástico sola en la oscuridad. Y además igual tienes que ir allá para ayudar a apretar algunos botones. Mamá dice que se está hartando de hacer sola el crianiños.

¡Horror! ¡Pesar! ¡Lamentación! ¡Condernación! ¡Dolor! Qué fastidio son las nifiñitas, pensó él.

—NO PUEDO HACER NINGUN CRIANIÑOS —dijo, chillando rápidamente—. Además,

el acuerdo era que si yo llevaba las células germinales al incubador para que fueras concebida tu madre haría el críaniños y te educaría. Y en cualquier caso, últimamente hay problemas en la Galaxia Roja y la ruta espacial de Marsoplan ha sufrido extrañas desviaciones y exige que todos pensemos con claridad. Lo lamento, pero aquí hay trabajos que me retienen. Tendrás que irte antes que oscurezca, y tu madre tendrá que hacer sola el críaniños. Pues el Gran Pensamiento del Universo no puede ser entorpecido por un mero niño.

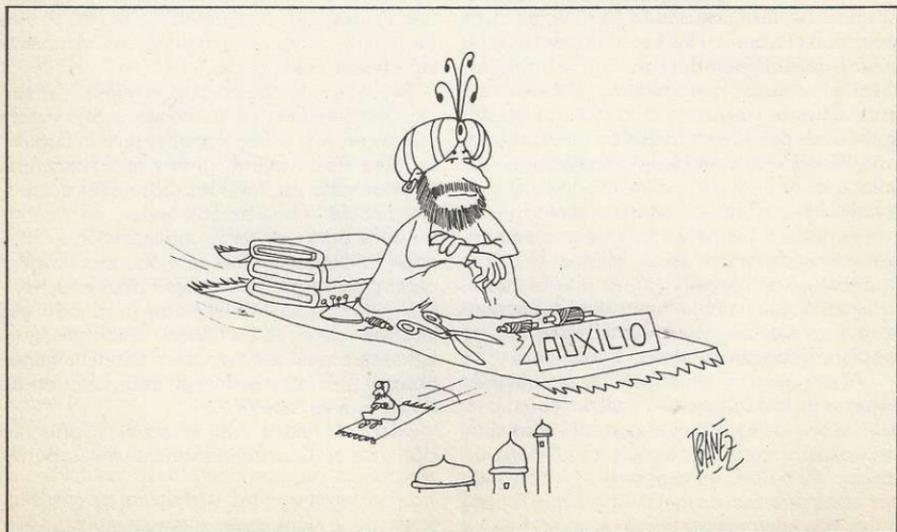
Entonces ella tuvo uno de esos arrebatos que él tanto había odiado en los otros niños. Se tiró al suelo. Se levantó de un brinco y se puso de rodillas. Se talló tatuajes en las manos de aceronuevo. Empezó a desvestirse. Todo sin dejar de berrear.

—¡Quiero a papá! ¡Quiero a papá! —Una vil y repulsiva criaturita de carne mostrando toda esa impúdica emoción. Pero el resultado fue que pronto él había salido al patio de plástico

brillante como hielo, vestido con un viejo traje espacial anatómico, y se dirigía a la casa de mamá, y Hermanita lo acompañaba saltando y gorgjeando: —Papá va a hacer un críaniños, papá va a hacer un críaniños.

Y allá en lo alto, en alguna parte del oscuro azul de la creciente oscuridad, sabía que estaba descuidando los problemas de la Galaxia Roja y la ruta espacial de Marsoplan requería su mejor tiempo mental. Pensando en Problemas Universales Profundos y viendo a Hermanita tan feliz e ignorante y carnal, sintió que desde lo más hondo, en una tira de carne casi olvidada, afloraba una lágrima, y atravesando múltiples lentes formaba un borrón en algún lugar secreto, negando la maravillosa precisión de los globos oculares mecanizados de amplio rango. Incapaz ahora de ver claramente —en verdad enceguecido por un momento—, aferró la mano de acero de Hermanita y apretó con fuerza, mientras avanzaban por el patio lustroso, regado por las lágrimas en la inexorable oscuridad.

Título del original en inglés: *The Complete Father*.  
1960. 1971 by David R. Bunch. Traducción de Néstor Dietrich.



AMBROSE BIERCE

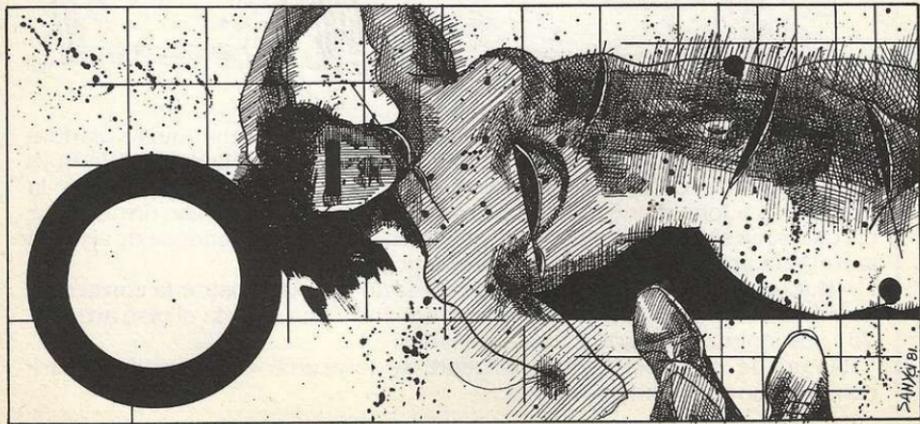
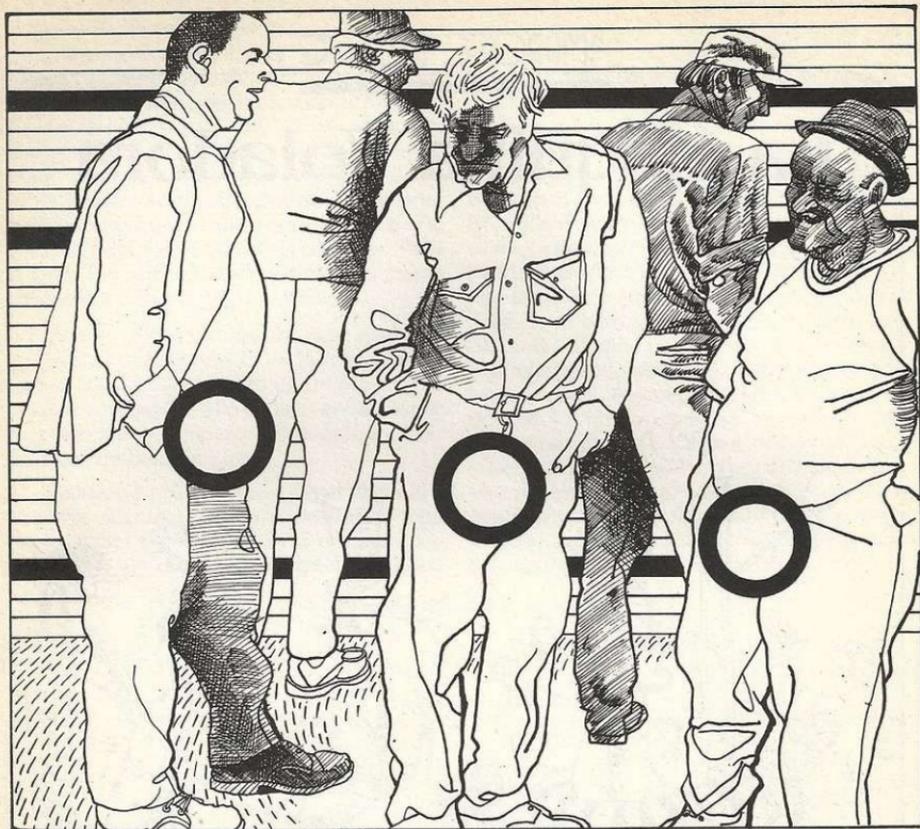
# La Máquina Voladora



**U**n hombre Ingenioso que había construido una máquina voladora invitó a un grupo numeroso de personas para verla subir. A la hora señalada, con todo preparado, el hombre entró en la máquina y la puso en funcionamiento. El aparato atravesó enseguida el piso firme sobre el cual había sido construido, y se hundió en la tierra perdiéndose de vista; el aeronauta apenas logró saltar afuera y ponerse a salvo.

—Bueno —dijo—, he hecho todo lo necesario para demostrar la corrección de mis detalles. Los defectos —agregó, echando una mirada al piso arruinado— son apenas básicos y fundamentales.

Luego de esa declaración, la gente se le acercó con donativos para construir una segunda máquina.



*Sólo hay que cortar el eslabón,  
y esperar...  
La raza se encarga de todo.*

*Raccoona Sheldon*

# EL ESLABON VULNERABLE

Ilustró SANYÚ

El joven sentado a 2 grados norte, 75 grados oeste, echó una ojeada vagamente rencorosa al ventilador descompuesto y siguió leyendo la carta. Sudaba por todos los poros, vestido sólo con shorts en el calor aplastante de lo que pasaba por un cuarto de hotel en Cuyapán.

¿Cómo se arreglan otras esposas? Yo voy de aquí para allá con los programas de revisión de becas de Ann Arbor y el seminario, diciéndolo animosamente, "Ah sí, Alan está en Colombia organizando un programa de control biológico de plagas, ¿no es maravilloso?". Pero por dentro te imagino rodeado de jóvenes y seductoras bellezas de pelo renegrido, todas jadeantes de dedicación social y repulsivamente ricas. Y cuarenta pulgadas de busto desbordando la delicada ropa interior. Incluso

hice la conversión a centímetros, son 101.6 centímetros de desborde. Ah, querido, querido, por favor vuelve a casa sano y salvo.

Alan sonrió afectuosamente, evocando un instante el único cuerpo que añoraba. Su muchacha, su mágica Anne. Luego se levantó para abrir un poco más la ventana. Una cara pálida, larga y afligida se asomó: una cabra. El cuarto daba al corral, el tufo era inaguantable. Pero era aire. Recogió la carta.

Todo está como cuando te fuiste, sólo que el horror de Peedsville parece estar recrudesciendo. Ahora lo llaman el culto de los Hijos de Adán. ¿Por qué no pueden hacer algo, aunque se trate de una religión? La Cruz Roja ha instalado un campamento para refugiados en Ashton, Georgia. Imagínate, refugiados en los

Estados Unidos. Oí que sacaron a dos niñas todas cortajeadas. Oh, Alan.

Lo cual me recuerda que Barney vino con un fajo de recortes que quiere que te envíe. Los despacharé en un sobre aparte; sé lo que pasa con las cartas muy gordas en los correos extranjeros. Dice, por si no lo recibes, que adivines qué tienen en común Peedsville, Sao Paulo, Phoenix, San Diego, Shangai, Nueva Delhi, Trípoli, Brisbane, Johannesburgo y Lubbock, Texas. Dice que la clave es recordar dónde está ahora la Zona de Convergencia Intertropical. Para mí no tiene sentido, pero tal vez lo tenga para tu cerebro ecológico superior. De los recortes sólo pude ver que eran relatos bastante horripilantes de asesinatos o matanzas de mujeres. El peor era el de Nueva Delhi, sobre "balsas con cadáveres de mujeres" en el río. El más gracioso (!) era el de Texas, sobre el oficial del ejército que baleó a la esposa, las tres hijas y la tía porque Dios le ordenó que limpiara el lugar.

Barney es un encanto. Vendrá el domingo para ayudarme a sacar el caño del desagüe y ver qué lo está taponando. Ahora está hecho unas pascuas, desde que te fuiste, su programa de antiferomonas de la larva del abeto al fin dio resultado. ¿Sabes que probó más de 2.000 compuestos? Bien, parece que el número 2.097 funciona de veras. Cuando le pregunto cuál es el efecto suelta una risita, tú sabes qué tímido es con las mujeres. De cualquier modo, parece que un programa de fumigación salvará los bosques sin dañar un solo pájaro. Los pájaros y las personas son inmunes, dice él.

Bien, cariño, eso es todo excepto que Amy volverá a la escuela dominical de Chicago. La casa será una tumba, y la extrañaré terriblemente, aunque está en la etapa en que yo soy su peor enemiga. La hosca pubertad, dice Angie. Amy le manda cariños al papá. Yo te mando todo mi corazón, todo lo que no pueden decir las palabras.

Tu Anne

Alan guardó la carta en un cajón y echó un vistazo al resto de la correspondencia, negándose a pensar en su hogar y en Anne. El "sobre gordo" de Barney no estaba allí. Se acostó en la cama arrugada, apagando la luz

un minuto antes de que el generador del pueblo dejara de funcionar por la noche. En la oscuridad, los lugares que había mencionado Barney se desperdigaron alrededor de una esfera brumosa que giró, turbadora y fugaz, en su mente. Algo...

Pero luego el recuerdo de los niños afectados por parásitos con quienes había trabajado ese día en la clínica se adueñó de sus pensamientos. Se puso a reflexionar sobre los datos que debía recopilar. *Busca el eslabón vulnerable en la cadena conductual*: con cuánta frecuencia Barney —el doctor Barhard Braithwaite— le había martillado esa idea en el cráneo. ¿Dónde estaba, dónde? En la mañana se pondría a trabajar con colonias más grandes de mosca de la caña...

En ese momento, ocho mil kilómetros al norte, Anne escribía:

Oh, querido, querido, tus tres primeras cartas están aquí, llegaron todas juntas. Sabía que escribirías. Olvida lo que he dicho sobre las ricachonas morenas, era sólo una broma. Querido, te conozco... nos conozco. Esas horribles larvas de la mosca de la caña, esos pobres niños. Si no fueras mi esposo pensaría que eres un santo o algo por el estilo. (De todos modos lo pienso).

He clavado tus cartas en toda la casa, me hacen sentir menos sola. No tengo ninguna novedad excepto que las cosas están turbadoramente tranquilas. Barney y yo sacamos el caño del desagüe, estaba tapado por una enorme provisión de bellotas podridas. Las deben de haber tirado desde la canaleta, la cubriré con alambre. (No te preocupes, esta vez usaré una escalera).

Barney está raro, hurafío. Se está tomando muy a pecho el asunto de los Hijos de Adán, parece que formará parte del comité de investigación si alguna vez le dan vía libre. Lo raro del caso es que nadie quiere hacer nada, como si el asunto los superara. Selina Peters ha publicado algunos comentarios incisivos, como: Cuando un hombre mata a la esposa es asesinado, pero cuando lo hacen muchos lo llamamos estilo de vida. Creo que se está propagando, pero nadie sabe nada porque los medios están un poco amordazados. Barney dice que se lo considera una especie de histeria contagiosa. Insistió en que te enviara esta entrevista

sinistra, impresa en papel fino. Desde luego no se publicará. Pero la tranquilidad es peor, es como si pasara algo terrible y no pudieras verlo. Después de leer el escrito de Barney llamé a Pauline a San Diego para cerciorarme de que estaba bien. La voz era extraña, como si estuviera ocultando algo... mi propia hermana. Primero dije que todo andaba bien y de pronto me preguntó si podía venir a quedarse un tiempo aquí el mes que viene, le dije que viniera, pero antes quiere vender la casa. Ojalá se apure.

Oh, el auto diesel está bien ahora, pero había que cambiarle el filtro. Tuve que ir hasta Springfield para conseguir uno pero Eddie lo instaló por sólo dos dólares y medio. Así hará quebrar el garaje.

Por si no lo adivinaste, los lugares que mencionó Barney están todos en los 30 grados norte o sur... las latitudes de presión alta. No exactamente, le dije yo, y él dijo que recordara que la zona de convergencia ecuatorial varía en invierno, y que añadiera Libia, Osaka y un lugar que no recuerdo... ah sí, Alice Springs, Australia. Qué tiene que ver esto con nada, le pregunté. El dijo: "Nada, espero". Lo dejo por tu cuenta, las lumbreras como Barney son gente rara.

Oh, mi amor, te mando todo mi cariño. Tus cartas me permiten seguir viviendo. Pero no te sientas obligado a escribirlas, entiendo que estarás exhausto. Pero recuerda que estamos juntos, siempre y en todas partes.

Tu Anne

Oh P.D. Tuve que abrir el sobre para incluir el escrito de Barney, no fue la policía secreta. Aquí lo tienes. Cariños. A.

En el cuarto con tufo a cabra donde Alan leía esto, la lluvia tamborileaba en el techo. Se acercó la carta a la nariz para oler de nuevo el perfume tenue, la guardó. Luego extrajo el papel amarillo enviado por Barney y se puso a leer, el ceño fruncido.

INFORME ESPECIAL SOBRE EL CULTO DE PEEDSVILLE/HIJOS DE ADÁN Declaración del sargento Willard News, Globe Fork, Arkansas. Llegamos al bloqueo carretero a unos 120 kilómetros al oeste de Jacksonville. El mayor John

Heinz de Ashton nos estaba esperando, y nos hizo escoltar por dos vehículos blindados al mando del capitán T. Parr. Al mayor Heinz pareció disgustarle que el equipo médico del NIH incluyera dos mujeres. Nos previno enfáticamente sobre el peligro. De modo que la doctora Patsy Putnam (Urbana, Illinois), la psicóloga, decidí quedarse con el cordón militar. Pero la doctora Elaine Fay (Clinton, Nueva Jersey) insistió en acompañarnos, diciendo que ella era la epi-algo [epidemióloga].

Seguimos a los blindados a cincuenta kilómetros por hora durante una hora sin ver nada fuera de lo común. Había dos grandes letreros que decían "HIJOS DE ADA- ZONA LIBERADA". Pasamos frente a varias plantas de embalaje de pacana y una planta procesadora de cítricos. Los hombres del lugar nos miraron pero no hicieron nada raro. Desde luego no vi mujeres ni niños. En las afueras de Peedsville paramos ante una enorme barricada de tambores de gasolina frente a un gran depósito de cítricos. Esta zona es vieja, una especie de aldeúcha con un depósito. La parte nueva del pueblo, con el centro comercial y los edificios modernos, está a un kilómetro de distancia. Un obrero con escopeta salió del depósito y nos dijo que esperaríamos al alcalde. Creo que no vio a la doctora Elaine Fay, ella estaba agazapada detrás.

El alcalde Blount llegó en un patrullero policial y nuestro jefe el doctor Premack, explicó la misión que nos había encomendado el cirujano general. El alcalde Blount accedió a que la partida entrara en Peedsville para recoger muestras del suelo y el agua y lo demás, y para hablar con el médico que vive allí. El alcalde media más de 1,80 y pesaba más de 100 kilos. Tenía piel bronceada, pelo canoso. Sonreía y bromeaba cordialmente.

Luego echó una ojeada adentro del coche, vio a la doctora Elaine Fay y perdió los estribos. Empezó a aullar que todos debíamos largarnos de allí. Pero el doctor Premack atinó a hablarle y calmarlo, y por último el alcalde dijo que la doctora Fay debía entrar en la oficina del depósito y quedarse allí con la puerta cerrada. Yo también debía quedarme allí y cerciorarme de que no saliera. Uno de los hombres del alcalde guiaría el coche de la partida.

De modo que el personal médico, el alcalde y uno de los blindados siguieron viaje a Peedsville y yo llevé a la doctora Fay a la oficina del depósito y me senté. Estaba caluroso y sofocante. La doctora Fay abrió una ventana, pero cuando oí que trataba de hablarle a un viejo de afuera le dije que no podía hacer eso y cerré la ventana. El viejo se marchó. Luego ella quiso hablar conmigo pero le dije que no tenía ga-

nas de conversar. Pensé que la presencia de ella era un verdadero error.

Entonces ella se puso a examinar los archivos de la oficina y a leer documentos de allí. Le dije que estaba mal, que no debía hacer eso. Dijo que el gobierno le había encomendado que investigara. Me mostró un folleto o revista que tenían allí, se llamaba *El hombre escucha a Dios* y lo firmaba el reverendo McIlhenny. En la oficina había una caja llena. Me puse a leerlo y la doctora Fay dijo que quería lavarse las manos. De modo que la acompañé por una especie de pasillo cubierto junto a la cinta transportadora, hasta donde estaba el baño. No había puertas ni ventanas, de modo que regresé. Al rato ella gritó que allí había un catre e iba a recostarse. Pensé que no había problema porque no había ventanas, y además me alegraba poder librarme de su compañía.

Cuando me puse a leer el libro me intrigó. Era un libro muy profundo sobre cómo el hombre es juzgado por Dios y si cumplimos con nuestro deber Dios nos bendecirá con una vida verdaderamente nueva en la Tierra. Las señales y portentos lo muestran. No era como esas cosas de la escuela dominical. Era profundo de veras.

Al rato oí música y vi que los soldados del otro blindado estaban enfrente, junto a los tanques de gasolina, sentados a la sombra de unos árboles y charlando con los obreros de la planta. Uno de ellos tocaba una guitarra, no eléctrica, de las comunes. Todo parecía muy tranquilo.

Entonces el alcalde Blunt llegó solo en el patrullero y entró. Cuando me vio leyendo el libro me sonrió paternalmente, pero lo noté tenso. Me preguntó dónde estaba la doctora Fay y le dije que estaba recostada en el fondo. Dijo que estaba bien. Luego suspiró y echó a andar por el corredor, cerrando la puerta. Me quedé sentado, escuchando la guitarra, tratando de oír al que cantaba. Tenía mucho hambre y mi almuerzo estaba en el coche del doctor Premack.

Al rato la puerta se abrió y volvió el alcalde Blunt. Tenía un aspecto terrible, con las ropas desahuciadas y raspones con sangre en la cara. No dijo nada, sólo me clavó una mirada dura y penetrante, como sin saber dónde estaba. Noté que llevaba la bragueta abierta y tenía sangre en la ropa y en las partes pudendas.

No tuve miedo, sentí que había ocurrido algo importante. Traté de hacerlo sentar. Pero él me hizo una seña para que lo siguiera al fondo, hasta donde estaba la doctora Fay. "Debes ver", me dijo. Entró en el baño y yo entré en un cuartucho allí al lado, donde estaba el

catre. La luz era bastante buena, con los reflejos del techo de lata encima de las paredes. Vi a la doctora tendida en el catre con aire apacible. Estaba muy recta, con la ropa un poco arrugada, pero tenía las piernas juntas. Me alegró ver eso. Tenía la blusa levantada y le vi un corte o incisión en el abdomen. De allí brotaba sangre, o había brotado de allí, como de una boca. Ya no se movía. Además tenía la garganta cortada.

Volví a la oficina. El alcalde Blunt estaba sentado, y parecía exhausto. Se había lavado. "Lo hice por tí. ¿Comprendes?", dijo.

Parecía un padre, no lo puedo expresar mejor. Comprendí que sufría una tensión terrible, había asumido una gran responsabilidad por mí. Luego me explicó que la doctora Fay era muy peligrosa, era lo que llaman una cliptohembra [¿cripto?], la especie más peligrosa. El la había expuesto y había purificado la situación. Me habló sin rodeos, y yo no sentí ninguna confusión, sabía que había actuado correctamente.

Hablamos sobre el libro, sobre cómo el hombre debe purificarse y mostrarle a Dios un mundo limpio. Dijo que había personas que preguntaban cómo el hombre puede reproducirse sin mujeres pero esas personas no comprenden la cuestión. La cuestión es que mientras el hombre dependa de sus costumbres bestiales Dios no lo ayudará. Cuando el hombre se libre de su parte animal, que es la mujer, ésa es la señal que Dios está esperando. Entonces Dios revelará la manera nueva, limpia y verdadera, y quizá vengan ángeles trayendo nuevas almas, o quizá vivamos para siempre, pero no nos corresponde especular, sólo obedecer. Dijo que algunos hombres de por aquí habían visto a un Ángel del Señor. Esto era muy profundo, era como si produjera un eco dentro de mí, sentí que era inspiración.

Luego llegó el equipo médico y le dije al doctor Premack que la doctora Fay había sido cuidada y enviada de regreso, y subí al coche para sacarlos de la Zona Liberada. Sin embargo, cuatro de los seis soldados de la partida se negaron a venir. El capitán Parr trató de convencerlos pero al fin aceptó que se quedaran a vigilar la barricada de tambores.

A mí también me hubiera gustado quedarme, el lugar era tan tranquilo, pero me necesitaban para manejar el auto. Si hubiera sabido que armarian todo este revuelo no les habría hecho el favor. No estoy loco y no hice nada malo y mi abogado me pondrá en libertad. Es todo lo que tengo que decir.

En Cuyapán, la calurosa lluvia de la tarde había cesado por el momento. Cuando Alan

iba a dejar la siniestra declaración del sargento Willard Mews vio unas palabras garrapateadas en el margen. La letra arácnida de Barney. Entornó los ojos.

*La religión y la metafísica del hombre son las voces de sus glándulas.*

*Schönwiser, 1878.*

Alan no sabía quién demonios era Schönwiser, pero sabía qué quería decir Barney. Esa secta fanática y homicida Mc-no-sé-cuánto era un síntoma, no una causa. Barney creía que algo estaba afectando físicamente a los hombres de Peedsville, generando una psicosis, y un demagogo religioso local había surgido para “explicarla”.

Bien, era posible. Pero, causa o efecto, Alan sólo pensaba en una cosa: mil doscientos kilómetros de Peedsville a Ann Arbor. Anne estaría a salvo. Tenía que estarlo.

Se desplomó en el incómodo catre, concentrándose con entusiasmo en su trabajo. A costa de un millón de mordeduras y tajos, estaba seguro de haber encontrado el eslabón vulnerable en el ciclo de la mosca de caña. La sexualidad promiscua del macho, la relativa escasez de hembras que ovulaban. Se repetiría la solución del callitroga hominivorax, con los sexos invertidos. Concentrar la feromona, liberar las hembras esterilizadas. Afortunadamente las poblaciones proliferantes estaban relativamente aisladas. En un par de temporadas sufrirían el efecto. Entretanto habría que seguir rociando con pesticida, claro; una lástima, estaba exterminando todo y contaminando el agua, y de un modo u otro las moscas de caña habían desarrollado inmunidad. Pero en un par de temporadas, tal vez tres, las poblaciones de mosca de caña estarían por debajo de la capacidad reproductiva. Ya no habría cuerpos humanos torturados con esas larvas hediondas en las fosas nasales y el cerebro... Sonriendo, decidió dormir una siesta.

En el norte, Anne se mordía el labio, avergonzada y dolorida.

Querido, no debería admitirlo pero tu esposa está un poco alterada. Nervios de mujer o algo así, nada serio. Aquí todo está normal. Tan ominosamente normal, nada en los dia-

rios, nada en ninguna parte excepto los comentarios de Barney y Lillian. Pero el teléfono de Pauline no contesta en San Diego; el quinto día un desconocido me gritó y colgó. Tal vez ella vendió la casa. ¿Pero por qué no llama?

Lillian está en uno de esos comités pro salvación de las mujeres, como si fuéramos una especie en peligro. En fin, ya conoces a Lillian. Parece que la Cruz Roja empezó a instalar campamentos. Pero ella dice que después de la primera oleada sólo unos pocos salen de lo que llaman las “áreas afectadas”. Tampoco muchos niños, ni siquiera varones. Y tienen algunas fotos aéreas de las inmediaciones de Lubbock, mostrando lo que parecen fosas comunes. Oh, Alan... hasta ahora parece que se propaga hacia el oeste, pero algo le está pasando a St. Louis, no hay noticias de allá. Tantos lugares parecen haberse borrado del mapa, tuve una pesadilla en la que no había ninguna mujer viva en esos lugares. Y nadie hace nada. Se habló de fumigar las zonas con tranquilizantes y luego no hubo más comentarios. ¿De qué serviría? En la U.N. alguien propuso una convención sobre —no podrás creerlo— los *femicidas*. Parece una marca de desodorante.

Perdóname, querido, estoy un poco histérica. George Searles volvió de Georgia hablando de la voluntad de Dios, él que siempre fue ateo. Alan, está ocurriendo algo insólito.

Pero no hay hechos. Nada. El cirujano general publicó un informe sobre los cuerpos del Rahway Rip-Breast Team. Creo que no te conté nada al respecto. De cualquier modo, no encontraron nada patológico. Milton Baines escribió una carta diciendo que con nuestros conocimientos actuales no podemos distinguir el cerebro de un santo del cerebro de un asesino psicópata, de modo que no podrían encontrar nada cuando no saben qué buscar.

Bien, basta de horrores. Todo habrá terminado para cuando regreses, sólo será historia. Todo está bien aquí, arreglé de nuevo el silenciador del coche. Y Amy vendrá a casa a pasar las vacaciones. Eso sí me hará olvidar esos problemas distantes.

Oh, una anécdota divertida para el final: Angie me contó el efecto de la enzima de Barney sobre la larva del abeto. Parece que impide al macho volverse después que se jun-

ta con la hembra, de modo que copula con la *cabeza* de ella. Como un mecanismo de relojería al que le falta un engranaje. Algunas de esas hembras se llevarán una bonita sorpresa. ¿Pero por qué Barney no me lo contó? Vaya si es tímido, pobre. Como de costumbre, me dio material para que te enviara. No lo leí.

No te preocupes. Todo está bien.

Te amo, te amo tanto.

Siempre, siempre tuya, Anne

Dos semanas más tarde en Cuyapán, cuando los papeles de Barney se deslizaron fuera del sobre, Alan tampoco los leyó. Los guardó con manos trémulas en el bolsillo de la chaqueta y se puso a juntar sus notas sobre la mesa desvencijada, donde había una nota dirigida a la hermana Dominique. Anne, querida Anne. Al cuerno con la mosca de caña, al demonio con todo excepto ese temblor en la letra de su muchachita valiente. Al diablo con estar a ocho mil kilómetros de su mujer y su hija, mientras cundía una locura mortal. Amontonó sus escasas pertenencias en el bolso. Si se apuraba podía tomar el ómnibus a Bogotá y tal vez alcanzar el vuelo a Miami.

En Miami encontró los aviones al norte repletos. Perdió un vuelo de refuerzo; seis horas de espera. Tiempo de llamar a Anne. Cuando pudo comunicarse, tras algunas dificultades, no estaba preparado para la oleada de alegría y alivio que estalló a través de la línea.

—Gracias a Dios... no puedo creerlo... Oh, Alan, querido, ¿eres tú...? No puedo creerlo...

Descubrió que él también se repetía, y todo mezclado con los datos sobre la mosca de la caña. Cuando al fin colgó, ambos reían histéricamente.

Seis horas. Se acomodó en una maltrecha silla de plástico frente a Aerolíneas Argentinas, un poco pensando en la clínica, un poco en las multitudes que pasaban frente a él. Pronto notó que había algo diferente aquí. ¿Dónde estaba la fauna decorativa que normalmente lo divertía en Miami, el desfile de muchachas con jeans claros y ceñidos? ¿Los flecos, las botas, los sombreros y peinados extravagantes, las asombrosas extensiones de piel recién bronceada, las telas brillantes que apenas ocultaban las curvas de los senos y las cade-

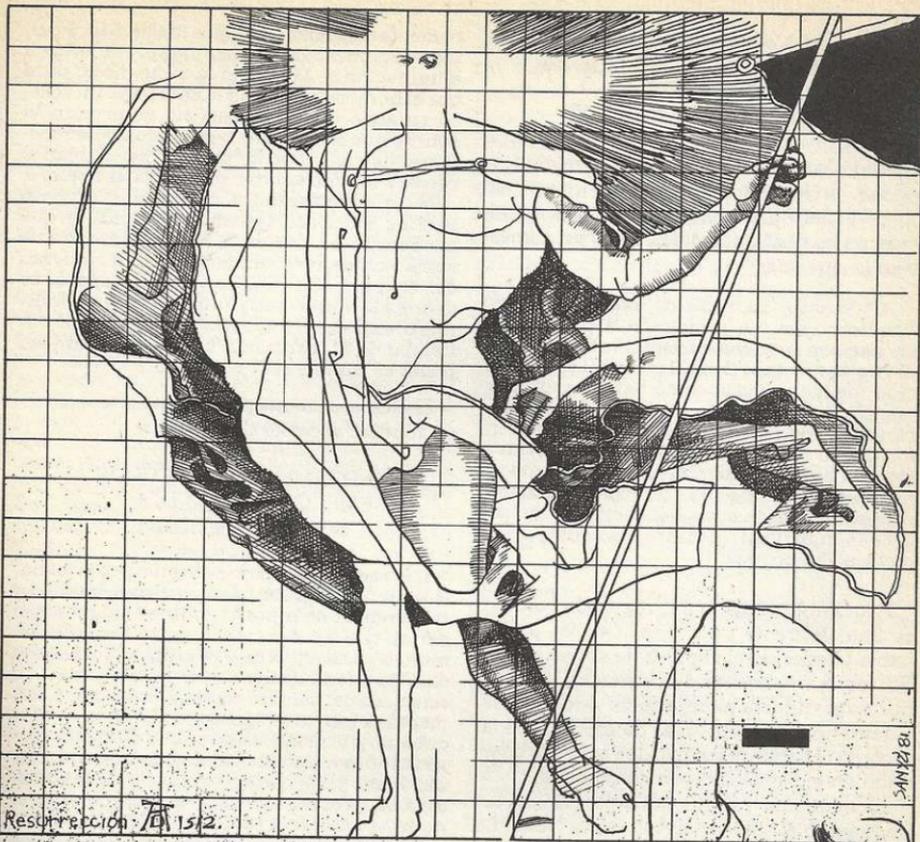
ras? No aquí... pero un momento; mirando atentamente, atisbó dos caras jóvenes arrebuajadas en abrigo poco sentadores, los cuerpos hundidos en faldas enormes y anónimas. En realidad, en todo el lugar podía ver el mismo espectáculo: ponchos con capucha, ropas sin forma y pantalones abolsados, colores opacos. ¿Un nuevo estilo? No, no lo creía. Le pareció que los movimientos insinuaban sigilo, timidez. Y se desplazaban en grupos. Observó a una muchacha solitaria que se apuraba para alcanzar a otras, aparentemente extrañas. La aceptaron en silencio.

Están asustadas, pensó. Temen llamar la atención. Hasta esa matrona canosa, vestida con pantalón y chaqueta, que guiaba resueltamente un rebaño de mocosos, miraba en torno nerviosamente.

Y en el mostrador argentino que tenía enfrente vio otra cosa rara: dos filas con un gran letrero encima, *Mujeres*. Dos hileras de formas anónimas y llamadas.

Los hombres parecían comportarse normalmente; corrían, esperaban, rezongaban y bromeaban en las filas mientras cargaban con las maletas. Pero Alan sintió una corriente subterránea de tensión, como un gas irritante en el aire. Frente a la línea de tiendas que tenía detrás unos pocos hombres aislados parecían estar distribuyendo folletos. Un empleado del aeropuerto habló con el hombre más cercano, quien se encogió de hombros y se alejó unos pasos.

Para distraerse, Alan tomó un *Miami Herald* del asiento de al lado. Era asombrosamente delgado. Las novedades internacionales lo entretuvieron un rato; hacía semanas que no las leía. También parecían extrañamente vacías, como si hasta las malas noticias se hubieran agotado. La guerra africana de semanas antes aparentemente había terminado, o no le prestaban atención. En una conferencia cumbre de empresarios se regateaba sobre los precios del grano y el acero. Se dedicó a mirar las necrológicas, columnas de tipografía apretada dominadas por la foto de un difunto ex senador a quien no conocía. Luego dos anuncios al pie de la página le llamaron la atención. Uno era demasiado florido para comprenderlo al instante, pero el otro declaraba en una tipografía clara y enfática:



## LA CASA FUNERARIA FORSETTE LAMENTA ANUNCIAR QUE YA NO ACEPTARA CADAVERES DE MUJERES

Alan plegó lentamente el diario, mirándolo sin ver. En la última página había un artículo con el titular *Advertencia sobre riesgos marítimos*, en las noticias navieras. Leyó sin asimilar bien lo que leía:

*AP/Nassau:* La nave de excursión *Carib Swallow* ayer fue remolcada a puerto tras chocar con una obstrucción en la Corriente del Golfo frente al Cabo Hatteras. La obstrucción fue identificada como parte de un fragmento de red de navío pesquero donde flotaban cadáveres de mujeres. Esto confirma informes de Florida y el Golfo sobre la utilización de dichas redes, algunas de más de un kilómetro de longitud. Informes similares procedentes de la costa del Pacífico e incluso del Japón indican un riesgo creciente para la navegación costera.

Alan arrojó el diario a un cesto de basura y se frotó la frente y los ojos. Gracias a Dios había obedecido el impulso de volver a casa. Se sentía totalmente desorientado, como si por error hubiera aterrizado en otro planeta. Cuatro horas y media más de espera... Al fin recordó el papel de Barney que se había guardado en el bolsillo, lo extrajo y lo alisó.

La nota principal, sin embargo, parecía ser de Anne, o al menos del *Ann Arbor News*. La doctora Lillian Dash, junto con varios cientos de integrantes de su organización, había sido arrestada por realizar una manifestación sin permiso frente a la Casa Blanca. Aparentemente habían prendido fuego a un tambor de gasolina, lo cual se consideraba particularmente grave. Varios grupos femeninos habían participado, y Alan calculó que el total debía sumar miles y no cientos. Se estaban tomando medidas de seguridad extraordinarias, pese a que el presidente no se encontraba entonces en la ciudad.

El recorte siguiente tenía que ser de Barney, si Alan podía reconocer el humor incisivo del viejo.

*UP/Ciudad del Vaticano. 19 de junio.* El Papa Juan IV hoy insinuó que no se propone hacer

comentarios oficiales sobre los llamados cultos de Purificación Paulina, que promueven la eliminación de las mujeres como medio para que el hombre se justifique ante Dios. Un vocero enfatizó que la Iglesia no se pronuncia sobre estos cultos pero repudia cualquier doctrina que involucre un "desafío" para que Dios revele sus planes ulteriores para el hombre.

El cardenal Fazzoli, vocero del movimiento Paulino Europeo, reafirmó su opinión de que las Escrituras definen a la mujer como una mera compañera temporal, instrumento del Hombre. En ninguna parte, declaró, se define a la mujer como humana, sino como un mero expediente o estado transitorio. "El tiempo de la transición hacia la humanidad plena es inminente", concluyó.

El próximo recorte parecía una fotocopia de un número reciente de *Science*:

### INFORME DEL COMITE DE EMERGENCIA AD HOC SOBRE FEMICIDIO

Los recientes brotes de femicidio, mundiales pero localizados, parecen representar una recurrencia de brotes similares en grupos o sectas que no son raros en la historia del mundo en tiempos de stress psíquico. En este caso la causa radical es indudablemente la celeridad del cambio social y tecnológico, aumentada por la presión demográfica, con la difusión y el alcance agravados por las comunicaciones mundiales instantáneas, que afectan a más personas susceptibles. No se considerara un problema médico ni epidemiológico; no se ha localizado una patología física. Guarda mayor parentesco con las diversas manías que asolaron Europa en el siglo XVII, como las Manías de la Danza, y al igual que ellas deberían cumplir su ciclo y desaparecer. Los cultos milenaristas que han surgido en las zonas afectadas no parecen relacionados entre sí, pues sólo tienen en común la idea de que un nuevo medio de reproducción humana será revelado como resultado de la eliminación "purificadora" de las mujeres.

Recomendamos que (1) se suspenda toda información alarmista y sensacionalista; (2) se organicen y mantengan refugios para las mujeres que escapan de las áreas focales; (3) se continúe y refuerce el cercamiento de las áreas afectadas con cordones militares; y que (4) después de un periodo de enfriamiento y recesión de la manía, equipos calificados en salud mental y personal profesional apropiado se internen en las áreas para encargarse de la rehabilitación.

## RESUMEN DEL INFORME MINORITARIO DEL COMITE AD HOC

Los nueve miembros que suscriben este informe acuerdan en que no hay evidencias de un contagio epidemiológico del fomicidio en sentido estricto. Sin embargo, la relación geográfica entre las áreas focales del brote sugiere enfáticamente que no puede ser desechado como un fenómeno meramente psicosocial. Los brotes iniciales afectaron todo el globo cerca del paralelo 30, el área de principal circulación descendente de vientos superiores procedentes de la Zona de Convergencia Intertropical. Así, sería de esperar que un agente o condición de la atmósfera ecuatorial superior llegara al nivel del suelo a lo largo del paralelo 30, con ciertas variaciones según la estación. Una variación principal consiste en que la circulación descendente avanza hacia el norte por encima del este de Asia durante los últimos meses del invierno, y las zonas al sur del continente (Arabia, India occidental, partes de Africa del Norte) de hecho sólo tuvieron brotes hace poco, cuando la zona de circulación descendente se desplazó al sur. Hay una circulación descendente similar en el hemisferio sur, y hubo brotes a lo largo del paralelo 30 en Pretoría y Alice Spring, Australia. (Actualmente no se dispone de informes sobre Argentina).

Esta correlación geográfica no puede subestimarse, y por lo tanto se solicita una investigación intensificada de una causa física. También se recomienda con urgencia que la velocidad de propagación desde los puntos focales conocidos sea correlacionada con la condición de los vientos. Debería tenerse en cuenta la posibilidad de brotes similares a lo largo de las zonas secundarias de descenso, a los 60 grados norte y sur.

(firma por la minoría)  
Barnhard Braithwaite

Alan sonrió evocativamente ante el nombre de su amigo, que parecía integrar la normalidad y la estabilidad en el mundo. Además, Barney daba la impresión de tener ideas sólidas, pese al predominio de la idiotéz. Trató de inferir cuáles serían.

Luego la cara le cambió lentamente mientras pensaba cómo sería el reencuentro con Anne. En pocas horas rodearía con los brazos ese cuerpo alto, secretamente hermoso, que había llegado a obsesionarlo. El amor de ellos

había florecido tardíamente. Se habían casado, suponía ahora, por amistad, incluso por la presión de los amigos. Todos decían que estaban hechos el uno para el otro, el grande y rechoncho y rubio, ella morena y delgada; ambos tímidos, reservados, cerebrales. Durante los primeros años la amistad se había mantenido, pero sexualmente no se entendían demasiado. Una necesidad convencional. Un modo cortés de tranquilizarse mutuamente, pero íntimamente decepcionante: ahora podía reconocerlo.

Luego, cuando Amy empezó a caminar, algo ocurrió. Un milagroso pórtico interior de sensualidad se les abrió lentamente, la liberación del cielo secreto e insospechado o el gozo físico y pleno de que eran capaces... Qué desgarrador había sido cuando surgió el asunto de Colombia. Sólo la absoluta confianza que se tenían lo indujo a aceptar. Y ahora, poder tenerla de nuevo, intensamente deseable después del período de separación: sentir-ver-oír-oler-aferrar. Se movió en el asiento para ocultar la excitación del cuerpo, hipnotizado por la fantasía.

Y Amy también estaría allí; sonrió al evocar el cuerpecito prepubescente apretado contra el suyo. Sería una muchacha atractiva, sin duda alguna. Su virilidad entendía a Amy mucho más que la madre; no habría fase cerebral para Amy... Pero Anne, su muchachita tímida y exquisita, con quien había encontrado el camino hacia los deleites casi insoportables de la carne... Primero el saludo convencional, pensó; las novedades, la excitación callada, saboreada, creciendo detrás de los ojos; las caricias leves, luego la ida al dormitorio, las ropas en el suelo, las caricias, tímidas al principio, la carne, la desnudez, las delicadas incitaciones, el abrazo, la primera acometida...

Una alarma estridente le sonó en la cabeza. Lanzado fuera del sueño, miró en torno, luego se miró las manos. ¿Qué hacía con la navaja abierta en el puño?

Aturcido, buscó al tanteo los últimos jirones de su fantasía, y comprendió que las imágenes táctiles no habían sido de caricias, sino de un cuello frágil partiéndosele en el puño, la acometida había sido el ímpetu de una hoja desgarrando vísceras. En sus brazos, piernas, fan-

tasmas de huesos que golpeaban, pisoteaban y se partían. Y Amy...

Oh Dios, oh Dios.

No deseo sexual, sino sed de sangre.

Con eso había estado soñando. Había sexualidad, sí, pero al servicio de algún mecanismo de muerte.

Atontado, guardó la navaja, pensando una y otra vez: me ha contagiado. Me ha contagiado. Sea lo que fuere, me ha contagiado. No puedo ir a casa.

Al cabo de un rato se levantó y se dirigió al mostrador de la United para devolver el pasaje. La fila era larga. Mientras esperaba, la mente se le despejó un poco. ¿Qué podía hacer en Miami? ¿No sería mejor regresar a Ann Arbor y entregarse a Barney? Si alguien podía ayudarlo, ése era Barney. Sí, era lo mejor. Pero primero tenía que avisarle a Anne.

Esta vez tardó aún más tiempo en comunicarse. Cuando al fin Anne atendió, él farfolló ininteligiblemente, y le costó un poco hacerle entender que no estaba hablando de una demora en los vuelos.

—Te digo que se me ha contagiado. Escucha, Anne, por amor de Dios. Si voy a la casa no debes que me acerque a ti. Lo digo en serio. Iré al laboratorio, pero podría descontrolarme y tratar de ir a buscarte. ¿Barney está allí?

—Sí, pero querido...

—Escucha. Tal vez él pueda curarme, tal vez esto pase. Pero soy peligroso, Anne. Anne, te mataría, ¿puedes entenderlo? Consigue un arma. Trataré de no acercarme a la casa. Pero si lo hago, no debes que me acerque a ti. Ni a Amy. Es una enfermedad, es real. Trátame... trátame como a un animal salvaje. Anne, dí que entiendes, dí que lo harás.

Cuando colgó ambos lloraban.

Temblando, volvió a sentarse y esperar. Al cabo de un tiempo pareció tener las ideas aún más claras. Doctor, trata de pensar. Lo primero que pensó fue en tomar la odiosa navaja y arrojársela a la basura. Al hacerlo advirtió que tenía otro papel de Barney en el bolsillo. Lo alisó; parecía un recorte de *Nature*.

En la parte superior había una nota de Barney: "El único que dice algo sensato. Gran Bretaña afectada ahora; Oslo, Copenhague incomunicadas. Los imbéciles se niegan a escucharme. Presta atención."

Comunicación del profesor Ian MacIntyre.  
Universidad de Glasgow;

Una dificultad potencial para nuestra especie ha estado siempre implícita en la estrecha vinculación entre la expresión conductual de la agresión/predación y la reproducción sexual en el varón. Esta vinculación estrecha implica (a) muchos de los mismos caminos neuromusculares que se utilizan tanto en la persecución predatoria y sexual, aferrar, montar, etc., y (b) estados similares de excitación adrenergética que se activan en ambos. La misma vinculación se ve en los machos de muchas otras especies; en algunos, la expresión de la agresión y la copulación alternan o incluso coexisten, y un ejemplo archiconocido es el del gato doméstico. Los machos de muchas especies muerden, rasguñan, golpean, pisan o agreden de otras maneras a las hembras receptivas durante el acto sexual; de hecho, en algunas especies la agresión del macho es necesaria para estimular la ovulación en la hembra.

En muchas, si no en todas las especies, lo que aparece primero es la conducta agresiva, y luego se trastoca en conducta copulatoria cuando se presenta la señal apropiada (ejemplo, el gasterosteo de tres púas y el petirrojo europeo). Al no captar la señal inhibitoria, la reacción agresiva del macho continúa y la hembra es atacada o ahuyentada.

Por lo tanto parece apropiado presumir que la crisis actual podría ser causada por alguna sustancia, tal vez en el nivel vírico o enzimático, que provoca una falla en la función de encendido o gatillado de los primates superiores. (Nota: recientemente se ha observado que los gorilas y chimpancés de los zoológicos atacaron y destruyeron a sus hembras; los macacos no.) Semejante disfunción podría expresarse en incapacidad de la conducta de apareamiento para modificar o superar la reacción agresiva/predatoria; es decir, el estímulo sexual sólo produciría un ataque, y el estímulo se descargaría mediante la destrucción del objeto estimulante.

En este sentido cabría observar que la misma condición es común en la patología funcional masculina, en aquellos casos donde el asesinato se produce como respuesta al, y aparente satisfacción del, deseo sexual.

Convendría enfatizar que la relación agresión/copulación comentada aquí se da específicamente en los machos; la reacción de las hembras (ejemplo, el reflejo lordótico) es de naturaleza diferente.

Alan se quedó un largo rato sosteniendo la hoja de papel arrugado; las frases; las frases

áridas y alambicadas del escocés parecían despearle la cabeza, pese a la atmósfera de tensión contenida que lo rodeaba. Bien, si la contaminación o lo que fuere había producido alguna sustancia, presumiblemente podía combatirse, filtrarse, neutralizarse. Muy cuidadosamente, evocó su vida con Anne, su sexualidad. Sí; buena parte de sus juegos amorosos podían considerarse salvajismo genetalizado, dulcificado por la sexualidad. Juego-depredación... Pensó rápidamente en otra cosa. Recordó la frase de un escritor: "El elemento pánico es todo sexo." ¿Quién? ¿Fritz Leiber? La violación de la distancia social, tal vez; otro elemento amenazador. Sea lo que fuere, es nuestro eslabón débil, pensó. Nuestra vulnerabilidad... La espantosa sensación de justicia que había experimentado cuando se sorprendió con la navaja en la mano, en sus fantaseos de violencia, le vino a la mente. Como si fuera el modo correcto, el único. ¿Qué sentían las larvas de Barney cuando se apareaban con sus hembras por el extremo erróneo?

Poco después sintió ganas de orinar y buscó un baño. El lugar estaba vacío, excepto por lo que tomó por una pila de ropa que bloqueaba la entrada al retrete. Luego vio el charco pardo rojizo en que yacía la ropa, y las curvas azuladas de las caderas desnudas, flacas. Retrocedió sin respirar, y huyó hacia la multitud más cercana, sabiendo que no era el primero que escapaba.

Desde luego. Cualquier impulso sexual. Muchachos, hombres también.

Antes de meterse en otro baño se cercioró de que los hombres entraran y salieran normalmente.

Luego volvió a sentarse para esperar, repitiéndose una y otra vez: vé al laboratorio. No vayas a casa. Vé directamente al laboratorio. Tres horas más; estaba estólidamente sentado a los 26 grados norte, 81 grados oeste, respirando, respirando...

*Querido diario. Gran escena esta noche. ¡Papá volvió a casa! Sólo que actuaba de un modo cómico. Hizo esperar al taxista y no entró en la casa, no quiso tocarme ni dejó que nos acercáramos a él (Quiero decir cómico raro, no cómico gracioso). Dijo: Tengo que*

*decirte algo, esto está empeorando, no mejorando. Dormiré en el laboratorio pero quiero que te vayas, Anne, Anne, ya no puedo confiar en mí. A primera hora de la mañana ambas tomarán el avión, irán a casa de Martha y se quedarán allá. Creí que bromeaba. La semana que viene es el baile y tía Martha vive en Whitehorse donde no hay nada nada nada. Así que yo chillaba y mamá chillaba y papá gruñía. ¡Váyanse! Y luego se puso a llorar. ¡A llorar! Entonces me di cuenta de que iba en serio, y me acerqué a él pero mamá me echó hacia atrás y entonces vi que ella tenía ese enorme ¡¡¡CUCHILLO!!! Y entonces me puso a espaldas de ella y también se puso a llorar, Oh Alan, Oh Alan, como si estuviera loca. De modo que dije Papá, nunca te dejaré, me pareció lo más indicado para decir. Y fue estremecedor, pues me miró con tristeza y profundidad como si yo fuera una adulta mientras mamá me trataba como una niña como de costumbre. Pero mamá lo arruinó gritando, Alan, la niña está alterada, vete. Así que él se fue aullando. Váyanse, toma el auto. Lárguense antes que vuelva.*

*Oh olvidada poner que yo justo tenía la bata verde y los rulos, vaya mala suerte, cómo podía haber sabido que tendríamos una escena tan hermosa, nunca se saben los caprichos crueles de la vida. Y mamá está sacando maletas y gritando Empaca tus cosas pronto. De modo que ella se va, supongo, pero no, repito, no pasaré el otoño aburriéndome como una ostra con tía Martha y perdiéndome el baile y todas las salidas del verano. Y papá trataba de comunicarse con nosotros, ¿verdad? Creo que la relación de ellos está acabada. De modo que cuando ella suba me largaré, iré al laboratorio a ver a papá.*

*Oh P.D. Diane me rasgó los jeans amarillos prometió que podía usar los suyos rosados ja ja éste será el día.*

Arranqué la página del diario de Amy cuando oí que se acercaba el patrullero. Nunca antes abrí su diario pero cuando descubrí que se había ido miré... Oh, mi pobrecita niña. Fue hacia él, mi pobre niña, mi pobre niña tonta. Tal vez si yo me hubiera tomado el trabajo de explicarle, tal vez...

Perdóname, Barney. Esa cosa está perdiendo efecto, las inyecciones que me dieron. Es

decir, antes no sentía nada. Sabía que la hija de alguien había ido a ver al padre y él la había matado. Y la había degollado. Pero no significaba nada.

La nota de Alan, me la dieron pero después se la llevaron. ¿Por qué tuvieron que hacer eso? Su última nota, las últimas palabras que escribió antes de empuñar la, antes que él...

La recuerdo: *Con repentina ligereza, los lazos cedieron. Y aprendimos sobre finalidades junto a la tumba. Los lazos de nuestra humanidad han cedido, estamos acabados. Amo...*

Estoy bien, Barney, de veras. ¿Quién escribió eso, Robert Frost? *Los lazos cedieron...* Oh, decía, dile a Barney: *La terrible justicia ¿Qué quiso decir?*

No puedes responder a eso, querido Barney. Escribo esto sólo para conservar la cordura, lo dejaré en tu casillero. Gracias, gracias, querido Barney. Aunque estaba aturdida, supe que eras tú. Mientras me cortabas el pelo y me ensuciabas la cara, sabía que estaba bien porque eras tú. Barney, nunca creí que fueran ciertas esas palabras horribles que dijiste sobre ti. Siempre fuiste el querido Barney.

Cuando pasó el efecto de la inyección ya había hecho todo lo que me habías dicho, la gasolina, las provisiones. Ahora estoy aquí en tu cabaña. Con esas ropas que me hiciste poner supongo que tengo aspecto de varón. El empleado de la estación de servicio me llamó "señor".

Todavía no me doy cuenta de lo que pasa. Tengo que contenerme para no volver. Pero sé que me salvaste la vida. En mi primer viaje al pueblo compré un diario, vi que habían bombardeado el refugio de Apostle Islands. Y también leí sobre esas tres mujeres que robaron el avión de la Fuerza Aérea y bombardearon Dallas. Claro que las derribaron, sobre el Golfo. ¿No es raro que no hagamos nada? Sólo nos dejamos matar de a dos y de a tres. O más, ahora que empezaron con los refugios... Como conejos hipnotizados. Somos una raza desdentada.

¿Sabes que antes nunca dije "somos" refiriéndome a las mujeres? "Somos" era siempre para Alan y yo, y Amy desde luego. La matanza selectiva estimula la identificación grupal... Como ves, conservo la cordura.

Pero aún no logro comprender.

Mi primer viaje fue para buscar sal y querósén. Fui a esa pequeña tienda, Red Deer, y traté con el viejo del fondo, como tú me dijiste... ¿Te das cuenta? Me acordé. Me llamó "muchacho", pero creo que sospecha algo. Sabe que estoy en tu cabaña.

De cualquier modo, algunos hombres y muchachos entraron adelante. Eran todos tan normales, reían y bromeaban. No podía creerlo, Barney. De hecho pasaba frente a ellos cuando oí que uno decía: "Heinz vio un ángel." Un ángel. De modo que me paré a escuchar. Dijeron que era grande y centelleante. Venía para ver si el hombre cumplía con la voluntad de Dios, dijeron. Y añadió, Moose-nee es ahora una zona liberada, y también la Bahía de Hudson. Me volví y salí por el fondo, rápido. El viejo también los había oído. Extrañaré a los mocosos, me dijo en voz baja.

La Bahía de Hudson, Barney, o sea que también viene del norte, ¿verdad? Eso debe estar a los 60 grados.

Pero tengo que regresar de nuevo allá, para conseguir anzuelos. No puedo alimentarme con pan. La semana pasada encontré un cervo muerto por un cazador furtivo, sólo la cabeza y las patas. Hice un asado. Era una hembra. Los ojos; me pregunto si los míos tienen ahora el mismo aspecto.

Hoy fui a comprar los anzuelos. Horrible, no podré regresar más. Había algunos hombres en el frente de nuevo, pero eran diferentes. Huraños y tensos. Ningún muchacho. Y había un letrero nuevo adelante, no pude verlo; tal vez dice Zona Liberada también.

El viejo me dio los anzuelos rápidamente y susurró, "Muchacho, los bosques estarán llenos de cazadores la semana que viene". Casi eché a correr.

Camino abajo, a un kilómetro, una camioneta azul empezó a perseguirme. Supongo que el fulano no era de aquí, metí el Volkswagen en un claro y él siguió de largo. Al cabo de un rato salí y empuñé el regreso, pero dejé el coche a un kilómetro y medio de aquí y seguí caminando. Es asombroso cuánto cuesta apilar ramas suficientes para tapar un Volkswagen amarillo.

Barney, no puedo quedarme aquí. Como percas crudas para que nadie vea el humo, pero esos cazadores vendrán pronto. Me iré

con la bolsa de dormir al pantano, cerca de esa roca grande, no creo que muchas personas vayan allí.

Desde las últimas líneas me mudé. Me siento más segura. Oh, Barney, ¿cómo pasó esto?

Rápido, así pasó. Seis meses atrás yo era la doctora Anne Alstein. Ahora soy una viuda, una madre privada de la hija, sucia y hambrienta, agazapada en un pantano y muerta de miedo. Podría ser la última mujer con vida en la Tierra. Cuando menos, debo ser la última de por aquí. Tal vez algunas se refugiaron en el Himalaya, o se ocultan entre los destrozos de Nueva York. ¿Cómo podemos durar?

No podemos.

Y yo no podré sobrevivir al invierno aquí, Barney. Son 40 grados bajo cero. Tendría que encender un fuego, ellos verían el humo. Aunque me dirigiera al sur, el bosque termina en trescientos kilómetros. Me cazarían como un pato. Es inútil. Tal vez alguien esté intentando algo en alguna parte, pero no llegará aquí a tiempo... ¿Y para qué quiero vivir?

No. Moriré dignamente, me subiré a esa roca desde donde puedo ver las estrellas. Después que regrese y te deje este mensaje. Esperaré para ver por última vez el hermoso color de los árboles.

Sé cuál será el epitafio que tallaré:

AQUI YACE EL SEGUNDO PRIMATE EN  
MALDAD DE LA TIERRA

Adiós, queridísimo Barney.

Supongo que nadie leerá esto, a menos que

yo tenga las agallas y la fuerza para llevarlo a casa de Barney. Tal vez no lo haga. Lo dejaré en un bolso que tengo aquí; tal vez Barney venga a dar un vistazo. Ahora estoy subida a la gran roca. La luna despuntará pronto, lo haré entonces. Mosquitos, sean pacientes, tendrán todo lo que quieran.

Lo que me falta escribir es que yo también vi un ángel. Esta mañana. Era grande y centelleante, como dijo el hombre; como un árbol de Navidad sin el árbol. Pero supe que era real porque las ranas dejaron de croar y dos pájaros soltaron chillidos de alarma. Eso es importante; estaba allí de veras.

Lo observé, sentada debajo de la roca. No se movía demasiado. Pareció agacharse para recoger algo, hojas o ramas. No pude ver. No pude ver. Luego se las llevó a la cintura, como si las guardara en un bolsillo invisible.

Lo repetiré: estuvo allí, Barney, si lees esto, HAY CRIATURAS AQUÍ. Y creo que nos han hecho esto a nosotros. Nos obligaron a exterminarnos.

¿Por qué? Bien, es un bonito lugar, si no fuera por la gente. ¿Cómo te libras de la gente? Bombas, rayos de la muerte... todo es muy primitivo. Un caos infernal. Todo destruido, cráteres, radiactividad, el lugar arruinado.

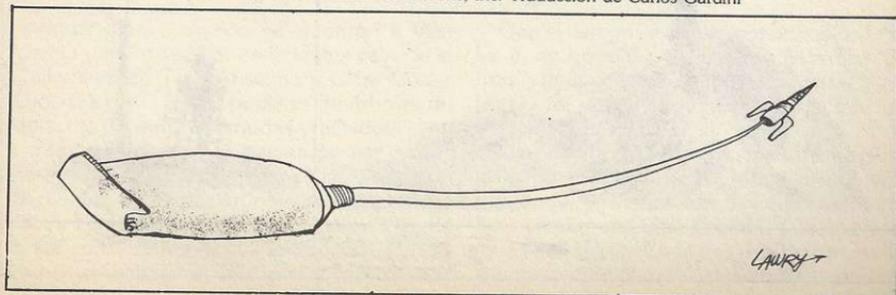
Así no hay caos ni desolación. Tal como hicimos con la mosca. Elegir el eslabón vulnerable, esperar a que nosotros hagamos el trabajo por ellos. Sólo unos pocos huesos desperdigados; buen fertilizante.

Querido Barney, adiós. Lo vi. Estaba allí. Pero no era un ángel.

Creo que era un agente de bienes raíces.

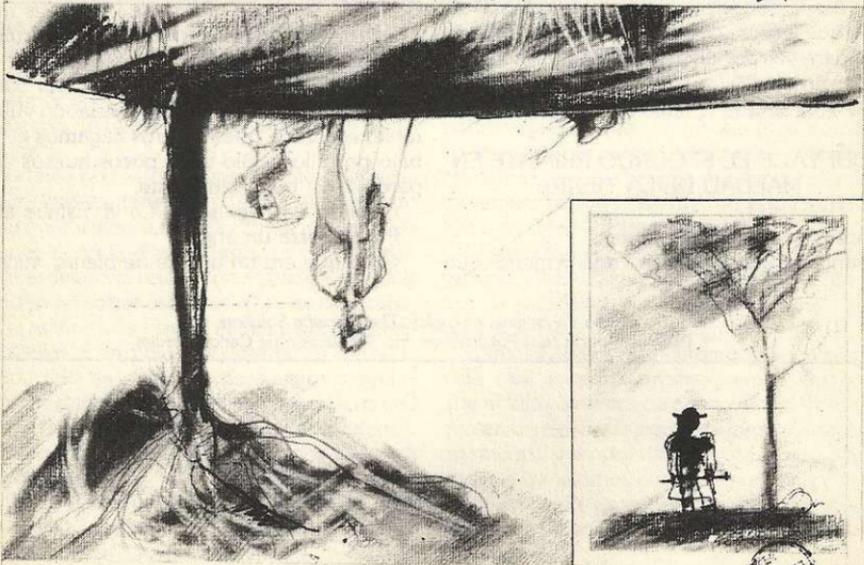
Título del original en inglés: *The Screwfly Solution*.

© 1977 by Condé Nast Publications, Inc. Traducción de Carlos Gardini





*El color de abismo me lo dio el cielo  
 y el color de la vida me lo dio el suelo  
 y el color de la esperanza me lo dio el viento*



*fin 21.12.12*

*... de la vida me lo dio el suelo  
 ... de la esperanza me lo dio el viento*

*Marcial Souto*  
**LOBRAS**

Ilustró FATI

Anselmo Cortés echó una última mirada a los lobras y entró en la casa.

—Clara, se está repitiendo lo de ayer. Los ruidos y los temblores. No sé qué pasa.

—¿Otra vez? Ahora entiendo por qué se mueven los vasos.

Aquel otoño, cuando se mudaron a Villa García y fueron a vivir en la última casa de la Calle Número Tres, Anselmo y Clara Cortés encontraron el fondo poblado de árboles raquíticos, de ramas desnudas y afiladas.

Más que en árboles, hacían pensar en raíces, y al llegar la primavera los Cortés tuvieron la primera confirmación objetiva de que algo raro les pasaba a esas plantas: no se cubrían de hojas ni de flores, ni se ponían verdes. Las ramas se hincharon un poco y se volvieron

más quebradizas, pero siguieron dando la impresión de raíces. Un día, Clara dijo:

—Anselmo, estoy pensando que el que plantó estos árboles se equivocó y puso las semillas al revés. Las raíces salieron al aire y el árbol se enterró en el suelo.

Con el tiempo se acostumbraron a los árboles y, en broma, empezaron a llamarlos "lobras", pues cada vez parecía más claro que se trataba de alguna variedad de planta que funcionaba al revés.

Desde luego, no comentaban esas ideas con los conocidos del pueblo. Más allá de la valla del fondo, ya en los campos abiertos, los lobras crecían en total libertad. Los había de todos los tamaños, pero los más cercanos eran especialmente grandes. Resultaba un poco ra-

ro que nadie pareciese interesado en estudiarlos.

Los Cortés habían tratado de injertar los del fondo con retoños de árboles frutales, pero todos los esfuerzos eran vanos. El retoño invariably moría. Para lo único que servían esas plantas, sin duda, era para hacer leña.

—Sí, son raros —dijo el carnicero—. Todavía me acuerdo de cuando empezaron a aparecer, hace más de veinte años. Ahora están en todas partes. He oído, incluso, que del otro lado del río hay bosques enteros.

—Clara —dijo esa noche Anselmo Cortés, cuando ya estaban en la cama—, me tienen preocupado esos árboles. ¿Te imaginas bosques enteros, las raíces para arriba y el tronco, las ramas y el follaje metidos en la tierra?

A la mañana siguiente, un domingo soleado, estaban los dos sentados en el fondo, mirando las plateadas marañas de lobras.

—Sí, Clara, tienen que ser raíces —dijo Anselmo. En ese momento hubo un golpe sordo y un temblor—. Ahí empieza, otra vez.

Los golpes y los temblores continuaron una hora más. No solo temblaba el suelo, sino las plantas.

—Seguramente son raíces de árboles adultos. Mira eso. Gruesas y robustas. Y esta sensación de falta de aire. ¿Tomarán oxígeno para llevarlo a las ramas, en vez de producirlo? ¿Se alimentarán y se desarrollarán de ese modo? ¿Crecerán hacia el centro de la Tierra, al revés de los demás árboles? ¿Quién y para qué los habrá plantado?

—Nada de eso importa, Anselmo —dijo Clara—. Son simples plantas, y que crezcan hacia donde les dé la gana.

—Pero los golpes. Sólo vienen de los sitios donde hay lobras. Es como si existiera una relación. ¿Tendrá que ver con su crecimiento en algunas épocas del año?

—No lo creo, Anselmo.

—¿Entonces? ¿Será que las puntas chocan contra una de esas capas de roca dura y los troncos se quiebran al no poder crecer más? ¿Qué otra cosa puede ocurrir ahí abajo?

Clara suspiró, tratando sin mucho éxito de llenarse de oxígeno los pulmones.

—Que los estén cortando, Anselmo.

© 1981, Marcial Souto.



AMBROSE BIERCE

## Los Dos Poetas



**D**os poetas peleaban por la Manzana de la Discordia y el Hueso de la Disputa, pues tenían mucha hambre.

—Hijos míos —dijo Apolo—, repartiré los premios entre los dos. Tú —le dijo al Primer Poeta— sobresales en Arte: toma la Manzana. Y tú —le dijo al segundo Poeta— en Imaginación: toma el Hueso.

—¡Al Arte el mejor premio! —dijo el Primer Poeta, triunfante, y al intentar devorar su premio se rompió todos los dientes. La Manzana era una obra de Arte.

—Eso demuestra el desprecio de nuestro Amo por el mero Arte —dijo el Segundo Poeta, sonriendo.

Entonces intentó roer su Hueso, pero los dientes lo atravesaron sin encontrar resistencia. Era un Hueso imaginario.



*"...era una ecuación  
geométrica, el modelo demostrativo  
de un paisaje."*

*J. G. Ballard*

# TU: COMA: MARILYN MONROE

Ilustró ANDRES CASCIOLI

**El Rapto de la Novia.** Al mediodía, cuando ella despertó, Tallis estaba sentado en la silla de metal junto a la cama, los hombros apretados a la pared como si tratase de poner la máxima distancia posible entre él y la luz del sol que aguardaba en el balcón como una trampa. Habían pasado tres días desde que se encontrarán en el planetario de la playa, y no había hecho otra cosa que pasearse midiendo las dimensiones del apartamento construyendo desde dentro una suerte de laberinto. Ella se sentó, advirtiendo la ausencia de movimientos y sonidos. El había traído consigo una inmensa quietud. A través de ese silencio helado las paredes blancas del apartamento se alzaban en planos arbitrarios. Ella empezó a vestirse, notando que él no dejaba de mirarla.

**Fragmentación.** Esa temporada en el apartamento fue para Tallis un período de creciente

fragmentación. Por una especie de lógica negativa, unas vacaciones sin sentido lo habían llevado a ese pequeño lugar en el banco de arena. Había pasado horas sentado a las mesas de las cafeterías cerradas, vestido con un descolorido traje de algodón, pero los recuerdos de la playa eran ya borrosos. Los edificios vecinos ocultaban el alto muro de las dunas. La joven dormía la mayor parte del día en el apartamento silencioso, y los volúmenes blancos de los cuartos se extendían alrededor. La obsesionaba, sobre todo, la blancura de las paredes.

**La Muerte Blanda de Marilyn Monroe.** De pie, mientras se vestía frente a él, el cuerpo de Karen Novotny parecía tan liso y templado como esos planos inmóviles. Y con todo, un desplazamiento temporal sacaría los intersticios blandos, dejando las paredes como piza-

rra raspada. Recordó el "Rapto" de Ernst: la piel sin huesos de Marilyn, los pechos de piedra pómez, los muslos volcánicos, el rostro de ceniza. La novia viuda del Vesubio.

**Divisibilidad Indefinida.** Al principio, cuando se encontraron en el planetario desierto entre las dunas, él se aferró a la presencia de Karen Novotny. Había estado vagando todo el día entre las colinas de arena, intentando escapar de los edificios de apartamentos que se alzaban en la distancia por encima de las crestas en disolución. Las faldas opuestas, inclinadas hacia el sol en todos los ángulos como un inmenso yantra hindú, estaban marcadas con las cifras borrosas de los pies que habían resbalado en la arena. Desde la terraza de cemento a la entrada del planetario, la joven del vestido blanco lo miró con ojos maternos, mientras él se acercaba.

**La Superficie de Enneper.** A Tallis lo sorprendieron en seguida los insólitos planos del rostro de la joven, que se intersectaban como las dunas de alrededor: Cuando ella le ofreció un cigarrillo él le aferró involuntariamente la muñeca palpando la conjunción del cúbito y el radio. La siguió por las dunas. La joven era una ecuación geométrica, el modelo demostrativo de un paisaje. Los pechos y las nalgas parecían ilustrar la superficie de Enneper en una curva negativa constante, el coeficiente diferencial de la pseudo-esfera.

**Espacio y Tiempo Falsos del Apartamento.** Esos planos encontraron un equivalente rectilíneo en el apartamento. Los ángulos rectos entre las paredes y el techo sostenían un sistema temporal válido, expresando un infinito de aburrimiento simétrico nada parecido a la sofocante cúpula del planetario. Observó a Karen Novotny que se desplazaba de una habitación a otra, relacionando los movimientos de los muslos y las caderas de ella con las arquitecturas del suelo y el cielo raso. Esa muchacha de miembros frescos era un módulo; multiplicándola en el espacio y el tiempo del apartamento, él obtendría una unidad válida de existencia.

**Suite Mental.** Recíprocamente, Karen Novot-

ny descubrió en Tallis una expresión visible de su propio estado de abstracción, esa creciente entropía que había empezado a ocupar su existencia en aquel lugar de veraneo, abandonado desde el fin de la temporada. Desde hacía días advertía en ella misma una impresión de descorporización creciente, como si los miembros y los músculos no fueran allí otra cosa que los límites residenciales del cuerpo. Cocinó para Tallis y le lavó el traje. Miró por encima de la tabla de planchar la figura alta, en ajustada relación con los ángulos y dimensiones del apartamento. El acto sexual fue luego una comunión dual entre ellos mismos y el continuo de tiempo y espacio que ocupaban.

**El Planetario Muerto.** Bajo un suave cielo equinoccial, la luz matutina se derramaba sobre el cemento blanco de la entrada del planetario. Cerca de los estanques de barro agrietado, la ruinoso cúpula del planetario y los pechos corroídos de Marilyn Monroe aparecían invertidos. En los distantes bloques de apartamentos casi ocultos por las dunas nada se movía. Tallis esperó en la terraza desierta del café, junto a la entrada, raspando con una cerilla usada los excrementos de gaviota que habían caído sobre las mesas verdes de metal, a través del toldo andrajoso. Se levantó cuando el helicóptero apareció en el cielo.

**Un Cuadro Silencioso.** El Sikorski dibujó unos círculos mudos sobre las dunas, agitando la arena fina con las aspas. Aterrizó en una depresión poco profunda a quinientos metros del planetario. Tallis avanzó. El doctor Nathan bajó del aparato, pisando la arena con pies inseguros. Los dos hombres se dieron la mano. Después de una pausa en la que escuchó a Tallis de cerca, el psiquiatra se puso a hablar. Boqueó en vano unos instantes; los ojos clavados en Tallis. Se detuvo y luego empezó otra vez un esfuerzo, moviendo los labios y la mandíbula en espasmos exagerados, como si intentara sacarse de los dientes algún residuo gomoso. Luego de varias pausas, sin haber conseguido emitir un solo sonido, se volvió y regresó al helicóptero. El aparato se elevó en silencio hacia el cielo.

**Aparición de Coma.** Ella lo esperaba en la

terrazza del café, y mientras él se sentaba le dijo: —¿Sabes leer el movimiento de los labios? No te preguntaré lo que estaba diciendo. —Tallis se reclinó, las manos en los bolsillos del traje recién planchado. — Ahora acepta que estoy bastante cuerdo, aunque hoy el significado de la palabra parece cada vez más ambiguo y restringido. El problema es geométrico: qué sentido tienen en verdad todos esos planos y pendientes. —Miró los pómulos anchos de Coma. Cada día se parecía un poco más a la estrella de cine muerta. ¿Qué código sería capaz de ajustar ese rostro y ese cuerpo al apartamento de Karen Novotny?

**Arabesco de Dunas.** Más tarde, caminando por las dunas, vio la silueta de la bailarina. El cuerpo musculoso, cubierto con pantalones ceñidos y un suéter blanco, parecía casi invisible contra la arena sinuosa, y se movía como un fantasma subiendo y bajando las crestas. Vivía en el apartamento opuesto al de Karen Novotny y cada día salía a ensayar entre las dunas. Tallis se sentó en el techo de un coche enterrado en la arena. Miró cómo ella bailaba, convertida en una cifra fortuita que trazaba su propia firma entre los declives de tiempo de ese yantra en disolución, símbolo de una geometría trascendente.

**Impresiones de Africa.** Una orilla baja; aire lustroso como ámbar; grúas y embarcaderos sobre el agua parda; la geometría plateada de una fábrica de petroquímica, un vórtice de cubos y cilindros sobre el escenario distante de las montañas, una sola esfera Horton, globo enigmático atado a la arena fundida con rindas de acero; la claridad única de la luz africana; mesetas estriadas y bastiones almenados; la ilimitada geometría neural del paisaje.

**La Persistencia de la Playa.** Los flancos blancos de las dunas le recordaron los inacabables paseos del cuerpo de Karen Novotny, diorama de carne y montículos; las amplias avenidas de los muslos, las plazas de la pelvis y el abdomen, las enclaustrantes arcadas del vientre. Esa superposición del cuerpo de Karen Novotny y el paisaje de la playa borraba de algún modo la identidad de la joven dormida en el apartamento. Caminó por los contornos

desplazados del cinturón pectoral. ¿Qué tiempo podría ser extraído de las faldas y declives de esa musculatura inorgánica, de los planos a la deriva de ese rostro?

**La Asunción de la Duna de Arena.** Aquella Venus de las dunas, virgen de las pendientes del tiempo, se elevó por encima de Tallis en el cielo meridiano. La arena porosa, que recordaba las paredes corroídas del apartamento, y los pechos de piedra pómez y los muslos de ceniza de la estrella de cine muerta, se desvaneció en el viento a lo largo de las crestas.

**El Apartamento: Tiempo y Espacio real.** Tallis comprendió que las blancas paredes rectilíneas eran aspectos de esa virgen de las dunas cuya asunción él había presenciado. El apartamento era la caja de un reloj, una extrapolación cúbica de los planos faciales de la yantra, los pómulos de Marilyn Monroe. Las paredes temperadas, congelaban la pena rígida de la actriz. El había venido a resolver ese suicidio.

**Asesinato.** Tallis se detuvo detrás de la puerta de la sala, protegiéndose los ojos de la luz que llegaba desde el balcón, y consideró el cubo blanco del cuarto. Karen Novotny lo cruzaba a intervalos, en una secuencia de actos aparentemente casuales. Ya estaba confundiendo las perspectivas de la habitación, transformándola en un reloj dislocado. Descubrió a Tallis detrás de la puerta y fue hacia él. Tallis esperó a que se marchara. La figura de ella interrumpió la conjunción de las paredes en el rincón de la derecha. Segundos después, esa presencia se convirtió en una intrusión insoportable en la geometría temporal de la habitación.

**Epifanía de esta muerte.** Imperturbables, las paredes del apartamento contenían el rostro sereno de la estrella de cine, el tiempo mitigado de las dunas.

**Partida.** Cuando Coma llamó a la puerta del apartamento, Tallis se levantó de la silla junto al cuerpo de Karen Novotny. —¿Estás listo? —preguntó ella. Tallis empezó a bajar las persianas—. Cerraré todo; es posible que nadie venga en un año. —Coma se paseaba por la sala. — Esta mañana vi el helicóptero. No

aterrizó. —Tallis desconectó el teléfono detrás del escritorio de cuero blanco.— Quizás el doctor Nathan se ha dado por vencido. —Coma se

sentó junto al cuerpo de Karen Novotny. Miró a Tallis, que señaló el rincón:— Ella estaba ahí de pie, en el ángulo de las paredes.

Título del original en inglés: *You, Coma: Marilyn Monroe*.  
Del libro *La exhibición de atrocidades*. 1969 by J.G. Ballard.  
1981 by Ediciones Minotauro. Traducción de Marcelo Cohen y F. Abelenda.  
Publicado por autorización del autor y de Ediciones Minotauro.



AMBROSE BIERCE

# El Funcionario Escrupuloso

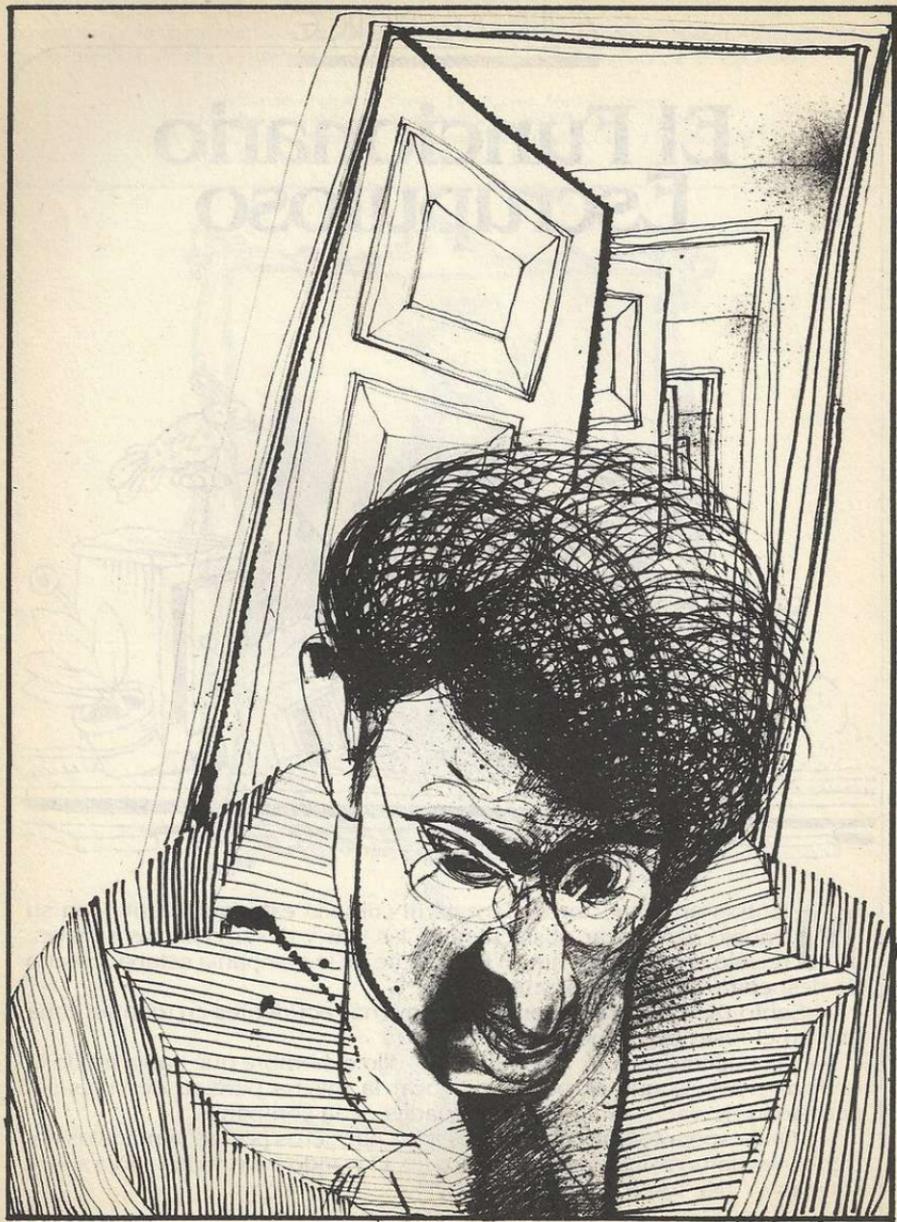


**M**ientras un Inspector de ferrocarril cumplía esmeradamente con su trabajo de colocar obstáculos en las vías y desarreglar las señales, recibió la noticia de que el Presidente de la compañía estaba a punto de despedirlo por incompetente.

—¡Santo Dios! —gritó el hombre—; hay más accidentes en toda mi zona que en el resto de la línea.

—El Presidente es muy quisquilloso —dijo el hombre que había traído la noticia—; piensa que se puede provocar la misma pérdida de vidas sin necesidad de dañar tanto las propiedades de la compañía.

—¿Qué espera? ¿Que mate a tiros a los pasajeros por las ventanillas del tren? —exclamó el indignado funcionario, clavando una traviesa floja sobre las vías—. ¿Me toma por un asesino?



*Cuidado: Por aquí  
se entra al laberinto  
de la realidad.*

*Mario Levrero*

# EL LUGAR

Ilustró FATI

## PRIMERA PARTE

### *Uno*

En la obscuridad total, mis ojos buscaron una referencia y se volvieron a cerrar, sin haber encontrado las rayas horizontales, paralelas, que habitualmente dibujaba la luz eléctrica de la calle, o el sol, al filtrarse por entre las tablillas de la persiana. No me podía despertar; y aunque no recuerdo ninguna imagen, ningún sueño, pienso en mí mismo, ahora, como en un ser que vagaba sin rumbo, con los brazos colgando flojos, sepultado en el fondo de una materia densa y oscura, sin ansiedad, sin identidad, sin pensamientos.

Mucho más tarde, la orden de despertar; y el ser comenzaba a moverse con un asomo de inquietud, como si buscara una salida que no conocía o que no recordaba.

La orden se hacía más apremiante, y con ella la comprensión de la necesidad imperiosa de salir; y hallaba el camino, hacia arriba, hacia una anhelada superficie. La materia tenía varias capas, que se hacían menos densas a medida que ascendía, y la velocidad de mi ascenso se aceleraba progresivamente. Me proyectaba en forma oblicua hacia la superficie; y, por fin, como un nadador que saca la cabeza fuera del agua y respira una ansiosa bocanada de aire, desperté con un profundo suspiro.

Fue entonces cuando mis ojos se abrieron y,

desconcertados, volvieron a cerrarse. Mi sueño se hizo luego más liviano, hasta que volví a despertar, con una lucidez mayor.

Advertí varias cosas: que hacía frío, que ese lugar no era mi dormitorio, que estaba acostado sobre un piso de madera sin colchón ni cobijas, en una obscuridad total; y que tenía puesta la ropa de calle.

La lucha contra la pereza fue en esta ocasión necesariamente más breve que de costumbre; la incomodidad del piso desnudo no lo permitía. Me incorporé, gruñendo malhumorado, y mi queja fue acompañada por crujidos de las articulaciones. Me froté brazos y piernas y tosí; los bronquios silbaban al respirar el aire húmedo, y me dolía la garganta.

Mientras buscaba a tientas algún elemento conocido, se me plantearon las preguntas de rigor: dónde estaba, cómo había llegado allí. En realidad esta segunda pregunta tardó un poco más en formularse; aún no había aceptado el hecho de hallarme en un lugar no previsto, y forzaba la memoria, buscando entre las últimas imágenes de mi vigilia, con la certeza de que pronto todo habría de ajustarse con una explicación sencilla: la borrachera en una fiesta, la tormenta que me había sorprendido en una casa ajena, la aventura inusual que me había llevado a dormir fuera de casa. Alguna vez, aunque no con frecuencia, me había sucedido despertar sin comprender dónde me hallaba; pero era suficiente reconocer la moldura del respaldo de la cama, o el color de una cortina, para hacerme enseguida una composición de lugar, para despertar súbitamente toda la memoria última. En este caso no había ningún elemento desencadenante, y la misma carencia de elementos no tenía para mí ninguna significación.

Mi memoria se había detenido, empecinada, en un hecho trivial; y se negaba a ir más allá: una tarde soleada, otoñal, y yo que cruzaba la calle en dirección a una parada de ómnibus; había comprado cigarrillos en un kiosco, y daba algunas pitadas al último de un paquete que acababa de tirar a la calle hecho una bola; llegaba a la esquina y me recostaba contra una pared gris. Había otras personas, dos o tres, esperando también el ómnibus. Pensaba que esa noche Ana y yo íbamos al cine. En este punto se detenían los recuerdos.

Mis manos encontraron ahora una pared, y pegado a ella comencé a recorrer lentamente la habitación buscando una ventana o una llave de luz. Era una pared áspera, pintada quizás a la cal.

Llegué a un rincón sin haber hallado nada; seguí mi búsqueda a lo largo de la nueva pared, y luego de cierto trecho mis dedos reconocieron el marco de madera de una puerta, luego la puerta misma, y finalmente su picaporte.

No intenté abrir de inmediato; me tranquilizó saber que había una salida, pero se me creó la inquietud de no saber si era procedente que yo la utilizara; pensaba en gente durmiendo, o en alguna actividad que mi presencia pudiera molestar; o que, por algún motivo, no me conviniera ser visto allí; apelé de nuevo a la memoria, pero no obtuve el menor indicio de dónde estaba, ni de por qué estaba allí. Me sentí al borde de un ataque de nervios. Traté de controlarme. Tal vez podría haber resistido un tiempo más, permitiéndome seguir rebuscando en la memoria; pero tenía necesidades físicas urgentes: hambre, frío, ganas de orinar, y mis huesos necesitaban reposar sobre algo blando. También tenía ganas de fumar, y el paquete, presumiblemente el mismo comprado en el kiosco, estaba intacto en el bolsillo del saco; lo abrí y saqué un cigarrillo que los labios, pero luego me fue imposible encontrar el encendedor. Bruscamente tomé el picaporte y lo hice girar; en primer término empujé la hoja de la puerta hacia afuera, luego tiré de ella hacia mí, pero en ninguno de los casos obtuve resultados.

Acerqué un ojo a la cerradura: no logré ver nada. Comencé a sentir un miedo muy intenso. Probé nuevamente el picaporte, sacudí la puerta. La golpeé con los puños y con los pies; no sucedió nada.

Escuché cómo, fuera de mi voluntad, un sonido quejoso escapaba de mi garganta. Con los puños y la mandíbula apretados, y un temblor que me recorría el cuerpo, proseguí entonces mi recorrida, adosado a la pared, arrastrando los pies, extendiendo los brazos.

Llegué a otro rincón y la nueva pared se presentó al tacto de mis dedos tan desnuda como el resto conocido de la pieza.

Mi memoria seguía trabajando por su cuen-

ta; me presentó más detalles de su último registro; la cara del hombre del kiosco, sus bigotes caídos, su mirada azul aguachenta; un árbol próximo a la esquina, con brillos dorados en las hojas secas, y la hoja que caía, recién desprendida de la rama, mientras yo cruzaba la calle; el número exacto de las personas que esperaban el ómnibus en la parada: eran tres, dos mujeres (una con tapado marrón, la otra con saco rojo, ambas de espaldas) y un hombre pequeño, recostado contra el árbol, un pie apoyado en el suelo y el otro en el árbol.

Llegué a un nuevo rincón de la pieza y muy cerca de él, al parecer enfrente de la otra, hallé una nueva puerta. Las manos me temblaban al hacer girar el pomo: empujé la hoja y esta vez sí, la puerta se abrió.

Me encontré ante una nueva oscuridad.

## Dos

Luego, hasta donde me era dado conocerlo, comprobé que esa habitación repetía exactamente a la anterior. La misma oscuridad, el mismo frío, las mismas dimensiones; igual en su desnudez y mutismo.

Cuando hallé, justo enfrente a la puerta que había usado para entrar, una nueva puerta que abría a una tercera pieza oscura, el desconfío y el miedo me dominaron ya sin ningún disimulo.

Estaba parado junto a la nueva puerta abierta, y me derrumbé. Me dejé caer al suelo y el torbellino mental se desató incontrolable. No puedo calcular cuánto tiempo estuve tirado allí, ovillado, sollozando, todo el cuerpo recorrido por un temblor constante.

No buscaba, ya, comprender ni recordar; sólo anhelaba un refugio, un lugar cómodo y abrigado donde permanecer, tapado con mantas, entregado al sueño o a la locura. Pero las condiciones eran realmente crueles, y como mi mente resistió hasta el final el largo estallido, el agotamiento nervioso se tradujo en tranquilidad, o más bien insensibilidad, y resolví seguir moviéndome. No tenía otra elección. De haberla tenido, habría optado por la otra, cualquiera que fuese. Pero así, presionado por las urgencias físicas, no pude hacer otra cosa que incorporarme, sacudirme el polvo de la ropa, y proponerme a mí mismo

algunas palabras de consuelo y esperanza. Al mismo tiempo traté de contener las preguntas que seguían bullendo, diciéndome que ya encontraría, a su tiempo, una respuesta para todo.

Me dediqué a examinar la nueva pieza con el mismo cuidado que las anteriores. Hice un alto para orinar contra la pared, en un rincón. El alivio de la necesidad, y por otro lado su formulación agresiva, hicieron que me sintiera mejor.

Habría perdido, sin darme cuenta, el cigarrillo sin encender que llevaba en los labios; extraje otro y lo mantuve en un costado de la boca. Mecánicamente mi mano buscó otra vez el encendedor en los bolsillos, sin éxito, y al mismo tiempo noté que además me faltaba el reloj; pero en el bolsillo interior del saco estaba aún la billetera con los documentos y, aparentemente, todo mi dinero.

Ahora me movía con mayor facilidad, y pude calcular que la habitación era cuadrada, o casi cuadrada, y que tendría algo más de tres metros de lado. Allí tampoco hallé ventanas, ni llaves de luz, ni muebles: sólo la puerta por la que había entrado y otra, enfrente, por la que debería salir.

Pasé, entonces, a una cuarta pieza, y a una quinta, y a una sexta, y así hasta perder la cuenta. Afortunadamente conservaba esa calma insensible conseguida después del estallido; continué actuando con método, como si se tratara de un trabajo de rutina que no tuviera nada que ver conmigo. Sentía desfilar distintas emociones, que examinaba y dejaba pasar sin que mi mente interviniera en mayor grado. Tuve un debilitamiento cuando apareció la imagen de Ana; allí se me hizo más difícil mantener el control, pero, de alguna manera, comprendí que estaba haciendo lo único posible y que cualquier debilidad podría llevarme, justamente, a perder a Ana en forma definitiva. Me las arreglé de manera que su imagen permaneciera presente pero sin cargarme de ansiedad. Pensaba que en cualquier momento podría romperse este equilibrio; ese lugar parecía extenderse sin fin, y el hambre y las ganas de fumar me seguían escarbando; también pensé que si encontraba una última puerta, cerrada, sería el fin de mi razón.

No tengo idea del número de piezas obscu-

ras ni tampoco del tiempo que me llevó recorrerlas; tengo la impresión de que no fueron menos de diez, ni más de veinte, y que transcurrieron varias horas, por lo menos tres o cuatro; pero no puedo ser más preciso, y quizás esté muy lejos de lo cierto.

Me movía cada vez con mayor soltura, aunque sin perder el miedo a toparme con algo; esta combinación me hacía efectuar una nueva clase de movimientos, de elasticidad controlada, como los de un bailarín. Y la actividad física me hizo entrar en calor y pude así descartar uno de los inconvenientes del lugar. El cigarrillo se humedecía en mis labios y periódicamente debía tirarlo y sustituirlo por otro; era el hambre, que me llenaba la boca de saliva.

En una de las piezas hice un descubrimiento descorazonador. Al entrar, y por distracción o por un movimiento reflejo, cerré la puerta a mis espaldas. Tuve de inmediato el íntimo convencimiento de que había cometido un error, y traté de abrirla. Me fue imposible.

Cuando salí de esa pieza repetí la acción en forma consciente; tampoco pude, esta vez, volver a abrirla. Saqué la obvia conclusión de que había un mecanismo que permitía avanzar sólo en la dirección que yo llevaba; y aunque no tuviera el menor interés en retroceder, me aterró la idea de no poder hacerlo, llegado el caso. En adelante, tuve buen cuidado de no cerrar ninguna puerta; pero, de todos modos, estaban aquellas dos que había cerrado, y sentí como si hubiese perdido algo valioso.

La insensibilidad dejó paso a algo distinto; mis movimientos exteriores quizás no hayan variado, pero fui invadido por un cansancio teñido de tristeza, o melancolía, y predominaba un adormecimiento, como si me hubiesen anestesiado. La insensibilidad anterior era más sana. No me gustó mi nuevo estado de ánimo, e imaginé que pronto habría de sentirme muy mal, y que modificaría mi conducta.

Por fortuna, se produjo una variante en la situación: al entrar a una pieza vi, de inmediato, que por debajo de la puerta de enfrente (las que ya había comenzado a llamar "de salida", cuando estaba dentro de la pieza, y "de entrada" apenas pasaba a la siguiente) se filtraba una delgada y débil raya de luz.

La timidez me volvió a frenar, y en lugar de precipitarme en la habitación golpeé la puerta con los nudillos. Del otro lado se hizo oír un ruido breve, como si alguien apartara una silla o se levantara de ella bruscamente. Aguardé unos instantes, y al no obtener respuesta repetí el llamado.

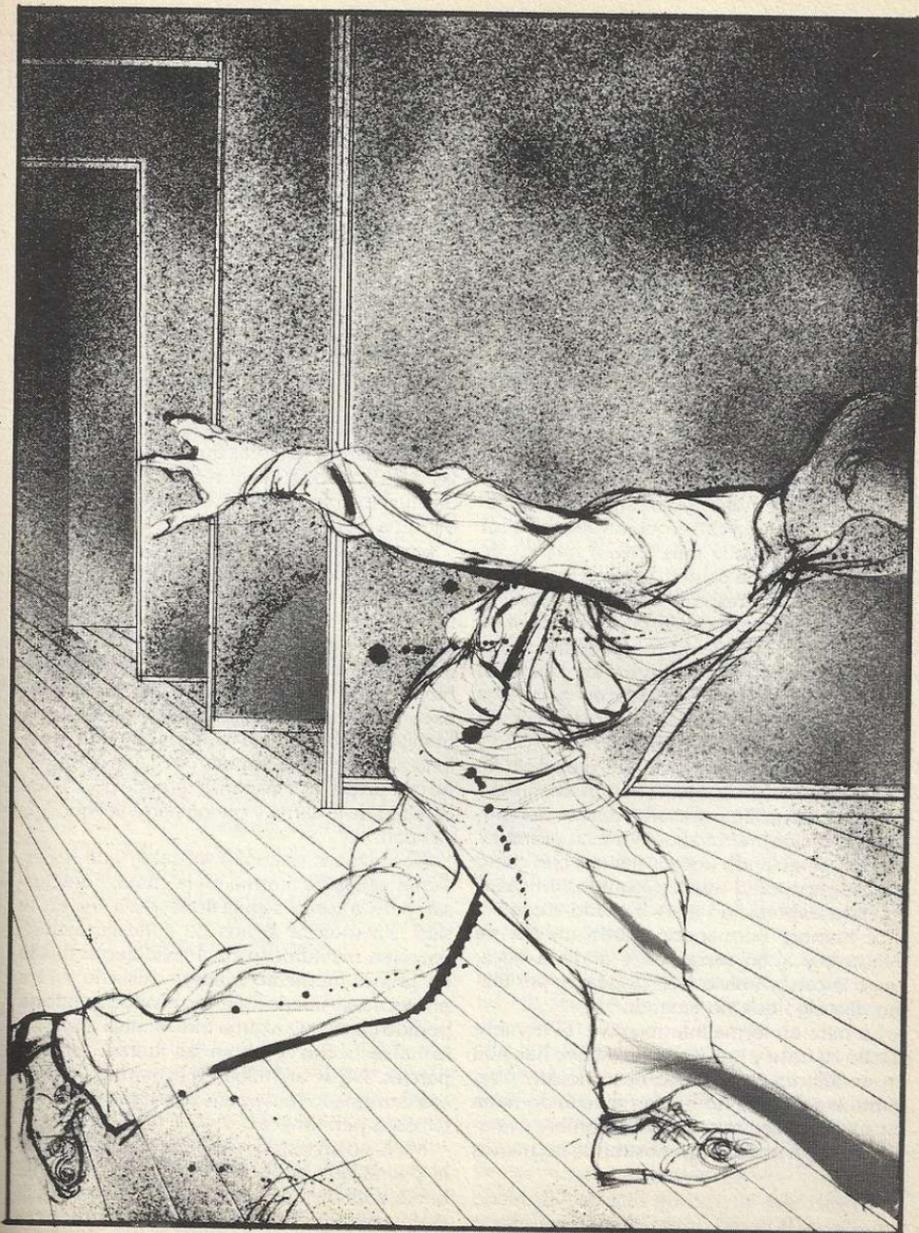
Ahora, unos pasos pesados y vacilantes se dirigieron hacia la puerta y allí se detuvieron; escuché una respiración un tanto asmática o nerviosa. Pasaron algunos minutos sin que el desconocido mostrara otra intención que la de permanecer allí respirando ruidosamente.

Consideré que mi cortesía había sido excesiva. Abrí la puerta unos centímetros y miré hacia el interior de la pieza. Una lamparita eléctrica, desnuda y de escaso poder, colgada de su cable desde el centro del techo, iluminaba un recinto que parecía tener las mismas dimensiones de las piezas oscuras; pero contaba con una serie de elementos: en el estrecho campo visual había una mesa pequeña, de cocina, con dos o tres platos y algunos utensilios, junto a la pared de enfrente; observé que en los platos había comida, y la boca se me llenó de saliva una vez más.

El ambiente era más cálido gracias a una estufa de querosene, de formato antiguo, que vi luego próxima a una mecedora, en el centro de la habitación, debajo de la lamparita eléctrica. Por encima de la mesa, y contra la pared, había una estantería rectangular, con una cortina verdosa que impedía ver su contenido.

Empujé un poco más la hoja de la puerta; la persona que había estado parada allí todo el tiempo se vio obligada a retroceder un par de pasos al chocar levemente la hoja contra la punta de sus zapatos. Resultó ser un individuo extraño: era muy gordo, y de estatura apreciablemente inferior a la normal; usaba lentes redondos, grandes, y el detalle que más llamaba la atención era su ropa, de tamaño excesivo y desproporcionada al cuerpo, lo que le daba un aspecto payasesco. El ridículo se acentuaba por la actitud del hombrecillo, quien evidentemente atemorizado y muy sorprendido por mi presencia me miraba con fijeza y trataba de ser grave y digno.

Cuando di un paso adelante tuvo que esfor-



zarse por no retroceder; se le contrajeron algunos músculos de la cara, así como los párpados, pero se mantuvo firme en su sitio. Sonreí, tratando de parecer simpático, y murmuré un taluto que no le hizo variar de actitud.

Me animé a dar otro paso y ya decididamente dentro de la pieza eché un vistazo alrededor; lo primero que vi fue a la presunta esposa del hombrecillo, una mujer que aparentaba su misma edad, que podría situar por los cincuenta años; tejía, sentada en una silla, a mi izquierda, próxima a un biombo que ocultaba el rincón formado por la pared izquierda y la puerta "de entrada".

La mujer estaba concentrada en su trabajo, con la vista baja, y no parecía prestar atención a lo que sucedía; descubrí, sin embargo, que de vez en cuando levantaba la vista con disimulo para espiarme, y que también tenía miedo.

Detrás de la mujer, y contra esa pared izquierda, había una cama que no llegaba a ser matrimonial, aunque más grande que las de una plaza. Entre la cama y la mesa de cocina, sobre la pared correspondiente a la puerta "de salida", había una cocinilla. No recuerdo otros elementos del mobiliario, o decorativos. Mis ojos se posaron finalmente en los platos de comida. Había carne, cortada en pequeños trozos, y pan y queso; también un par de manzanas no muy atractivas.

Comencé a hablar con fluidez, a explicar mi situación. Al cabo de unos instantes los músculos del hombrecillo parecieron relajarse un poco, y la mujer me miraba ahora sin disimulo. Continué hablando unos instantes, con cierto entusiasmo por el avance logrado, y finalicé con una exhortación a ser invitado a comer.

El hombre permaneció mudo un par de minutos, y al fin carraspeó y abrió la boca; luego la cerró. Volvió a carraspear, y por último dijo algo que no entendí.

Lo miré en forma interrogativa. El hombre repitió su frase y me di cuenta de que hablaba en un idioma que me era desconocido. Pregunté entonces si no habían entendido nada de mi discurso; respondió el hombre encogiéndose de hombros y mostrando las manos vacías.

A pesar del intento de diálogo, el miedo persistía en la pareja, revestido de ese aspecto

de indiferencia o dignidad. Seguían a la expectativa y ninguno se movía de su sitio. Se notaba claramente que todo lo que deseaban era que me fuera de allí lo más pronto posible. Me pareció estar en la situación de alguien que se pierde en un hotel y entra por error en una habitación ajena: correspondía sin duda pedir disculpas y alejarse, pero para mí las cosas no eran tan sencillas.

Me pregunté si aquello no sería realmente un hotel; ello explicaría muchas cosas; pero pensé que, desgraciadamente, no todas: cómo había llegado allí, por qué no se podía avanzar más que en una dirección, y atravesando forzosamente las habitaciones, en lugar de pasillos; pero el momento no era muy indicado para cavilaciones. Intenté, entonces, otros idiomas; tanto al inglés, como al francés, como a las tres palabras que sé de alemán y a las dos de ruso, el hombrecillo respondió con un movimiento negativo de cabeza. Después dijo una frase más larga que la anterior.

Con cautela, pues temía que el miedo pudiera inducirlos a una reacción violenta, me fui moviendo hacia la mesa. Cuando estuve al lado miré al hombrecillo y le señalé el plato de carne, y luego me señalé el estómago. El se encogió de hombros. Miré a la mujer, quien no hizo ningún gesto de oposición. Siempre la expectativa temerosa. Entonces tomé con la mano un trocito de esa carne cocida, fría, y me lo llevé a la boca. Después otro, que acompañé con un pedazo de pan, y terminé por comer la mitad de la carne y buena parte del queso y del pan.

Después me encontré sin saber qué hacer. Tenía ganas de tirarme en la cama a descansar; pero la pareja seguía firme, cada uno en su sitio, sin mostrar signos de cortesía; incluso parecían malhumorados. Pensé que si desde un primer momento hubiese utilizado en mi provecho el miedo que les producía, habría podido conseguir alguna otra ventaja. Pero no lo había hecho, y ahora las fuerzas estaban parejas. No se animaban a echarme, pero ya era demasiado tarde para conseguir una invitación a permanecer.

Me llevó un instante resolver el problema de la puerta que debía usar; si salía por la que había entrado no hallaría nada que valiera la pena; era volver a la oscuridad y al frío; pero

tenía una ventaja: la próxima vez que tuviese hambre podría regresar allí, cosa que me sería imposible si usaba la puerta "de salida" y el hombre decidía cerrarla. Pero en seguida concluí en que no tenía sentido volver a los mismos lugares; mi problema principal no era alimentarme, sino salir de ese lugar, donde ya había perdido demasiado tiempo.

Me acerqué a la puerta de salida y la abrí con precaución; del otro lado también había luz. Asomé la cabeza por la puerta entornada y miré al interior: no estaba vacía, sino que se repetían más o menos los mismos elementos que en ésta, pero sí deshabitada. También advertí platos de comida en la mesa.

Esto me alentó a dar unos pasos más en la habitación. A mis espaldas sonó de inmediato el estampido de la puerta cerrándose con fuerza. El hombrecillo había decidido actuar enérgicamente; ya me sería imposible volver atrás.

A pesar de todo probé el picaporte, y empujé y tiré; como esperaba, no conseguí nada. Golpeé la puerta con los puños y grité una serie de insultos contra el hombre de ropas ridículas y su mujer. No recibí ninguna respuesta.

Eché un vistazo desganado a la habitación. Me pareció que correspondería hacer una inspección a fondo, aprovechando la iluminación, pero me sentía sin fuerzas. Casi sin quererlo me encontré quitándome parte de la ropa y metiéndome en la cama que, como en la pieza anterior, estaba ubicada sobre la pared izquierda; durante breves instantes medité sobre si debía o no apagar la luz; no había visto ninguna llave, pero podía aflojar la lamparita; y también pensé en el peligro de dejar encendida la estufa de querosén. Resolví estos problemas volviéndome hacia la pared y quedándome dormido casi de inmediato.

#### Cuatro

Al parecer, durante el sueño no había concebido mayores esperanzas de que aquello fuese una pesadilla; desperté con la idea más o menos clara de que estaba viviendo algo distinto. Eso no evitó mi malhumor ni la prolongación del desconcierto inicial. Por el contrario, ahora que tenía comodidad y estaba libre de algunas urgencias, podía desesperarme ha-

ciéndome preguntas y tratando inútilmente de responderlas. Eran varios los problemas planteados: qué me había sucedido mientras esperaba el ómnibus, quién me había llevado allí y por qué; qué era ese lugar y, fundamentalmente, cómo podría salir. Me revolví un buen rato en la cama y al fin me levanté, pensando que el juego intelectual no contestaría las preguntas ni resolvería por sí solo estos problemas.

Tal como sospechaba, detrás del biombo encontré una canilla, en el extremo de un caño que sobresalía pocos centímetros de la pared; y unos artefactos de latón a los que atribuí fines sanitarios. No había toalla y usé mi pañuelo para secarme las manos y la cara; tampoco había espejo.

Al pasarme las manos por la cara noté un poco de barba; supuse que no debía hacer mucho tiempo que estaba en ese lugar, a lo sumo veinticuatro o treinta y seis horas; a menos que alguien se hubiera tomado el trabajo de afeitarme, para confundirme más.

Me vestí, y examiné brevemente la habitación. Repetí con bastante exactitud la de la pieza, con pequeñas diferencias. La cama era de una plaza; no había sillas, sólo una mecedora; la cantidad de comida era menor.

Encontré una caja de fósforos sobre la mesa, y comprobé que estaba llena. Encendí de inmediato un cigarrillo y me senté en la mecedora.

El biombo que ocultaba los artefactos sanitarios tenía una tela estampada, con el dibujo multiplicado de una flor en colores desteñidos. Mientras fumaba no dejé de observar este dibujo, que me despertaba alguna resonancia en la memoria. Pero no pude ubicar ningún recuerdo concreto.

Las paredes estaban pintadas a la cal, de color amarillo claro deprimente. Las dos puertas, en cambio, eran de un azul brillante que me resultaba pesado. Cerca del techo, no muy alto, había molduras en forma de flor, como recordaba haber visto en las casas antiguas; el detalles me chocó, porque había asociado siempre estas molduras con los techos muy altos; después pensé que estaba perdiendo el tiempo con estas observaciones.

Me levanté y abrí la puerta de salida, para mirar la pieza siguiente. Era similar a ésta y

también estaba deshabitada. A primera vista noté alguna variante: había dos sillas y la cama era grande; también me pareció más recargada de objetos. Cerré la puerta y volví a mi mecedora con la idea, que ya se había insinuado en algún momento pero que ahora cobraba un cuerpo más definido, de que esta habitación me estaba destinada.

Al menos, estaba preparada para una persona sola. En la pieza siguiente había más cosas de las que yo necesitaba.

Esta idea me hizo sentir aún más incómodo.

Tiré al suelo la colilla y volví a levantarme. Observé todos y cada uno de los objetos y rincones de la pieza. Detrás de la cortinita de la repisa había cacharros con comida y algunas comidas envasadas. No descubrí nada de mayor interés. No llegué a ninguna conclusión, ni siquiera a un punto de partida.

Parecía que me daban la posibilidad, a veces tan ansiada, de casa y comida gratis. Sonreí. Sospechaba que de cualquier manera algún precio debería pagar por todo aquello si resolvía quedarme. Hacía ya tiempo que sabía que nada es gratuito. Volví a sonreír, ante mis propios pensamientos en torno a la posibilidad de quedarme allí. Me pregunté luego por qué me hacía gracia, y qué había de sustancialmente distinto en mi vida cotidiana para rechazar esa posibilidad tan de plano.

—Ana —me respondí en voz alta. Sustancialmente, Ana. Y luego los parques, y el mar, y los amigos, y quizás algunas otras cosas. Pero todo, en conjunto, no pesaba tanto como Ana. Aunque ella no fuera, también, más que una posibilidad.

Nuestras relaciones no estaban bien definidas. Recordé que la tarde anterior, o lo que parecía ser la tarde anterior, pensaba llevarla al cine. En principio ella había aceptado; después de algunas negativas anteriores, esta aceptación me había parecido un avance notable.

En cambio ahora me encontraba allí en esa pieza, que no tenía nada que ver con nada. Mis pensamientos comenzaron a deprimirme. Guardé en forma mecánica la caja de fósforos en el bolsillo y llevé los dedos al plato con carne fría; noté que tenía otra vez las mandíbulas apretadas y una rabia intensa. Me dispuse a salir.

De pronto, la luz guiñó.

Fue un guiño largo, como los que hacen que se detengan los relojes eléctricos. Me pareció un aviso. Pensé que la luz estaría por apagarse definitivamente.

Me llené la boca de comida, mastiqué y tragué. Encendí un nuevo cigarrillo. El apagón no se hizo esperar; pronto la habitación quedó en una oscuridad total.

Me dirigí a tientas hacia la puerta de salida, y la abrí; en la pieza siguiente tampoco había luz. Retrocedí, y sin recordar que no era posible, quise abrir la puerta de la pieza de la pareja; de todos modos, tampoco se filtraba luz por debajo.

Resolví entonces volver a acostarme. Eché una maldición en voz alta. Recién me había levantado, y cobrado el impulso necesario para seguir avanzando.

Esperé unos minutos, y al fin me acosté. Di unas últimas pitadas furiosas al cigarrillo y lo aplasté contra el piso. Rezonó un rato en voz alta, repasando todo mi repertorio de malas palabras, aunque no sabía contra quién dirigirlos. Y muy pronto, aunque hasta ese momento no había sentido ni pizca de sueño, volví a quedar dormido.

### Cinco

Tiempo después aprendí que estos apagones eran el equivalente de la puesta de sol; cuando desperté, la luz eléctrica estaba nuevamente encendida y comenzaba entonces mi segunda jornada en ese lugar.

Volví a lavarme la cara y las manos, a toser, escupir y orinar. Decidí dejarme el pelo sin peinar, y noté que otra vez tenía hambre. Me dirigí a la mesa y me sorprendió encontrar el plato lleno de carne. Y algo en que no había reparado: una cacerolita con café. Elegí el café, y puse la cacerolita sobre una de las hornallas de la cocina, que era de gas. Encendí con un fósforo.

Estuve meditando sobre la aparición de la comida; evidentemente, alguien había entrado al cuarto durante mi sueño. Pensé que sería interesante sorprender a esta persona; me prometí no volver a dormir hasta lograrlo. Si todo aquello que me estaba sucediendo tenía algún sentido, podría tal vez averiguarse por inter-

medio de ese ser, aunque, pensé, ya lo consideraba un enemigo.

Cuando el café estuvo pronto lo serví en una tacita, le agregué azúcar y lo bebí lentamente. Encendí un cigarrillo. Luego eché un vistazo general, más bien inútil, a la habitación, y pasé a la siguiente.

Hice una inspección desganada. Sentía que algo en mí no funcionaba bien. Sin embargo, continué con mi tarea, sin ningún resultado y después pasé a otra habitación.

Estaba también desocupada, y los elementos ofrecían pequeñas variantes. Adecuada para una persona sola, se parecía más a la pieza en que había dormido que a la inmediata anterior.

Algo dentro de mí seguía enviando señales de angustia. Inspeccioné detrás del biombo, levanté la cortinita de la estantería, descubrí como novedad un cuadrito tonto colgado en la pared (el dibujo, o reproducción de un pintura, que quería representar una habitación parecida a éstas, en el estilo de las reproducciones de las revistas ordinarias).

La angustia desbordó de pronto. Me sentí oprimido, lleno de rabia y de impotencia. Recordé mi cita con Ana, y toda esta situación no prevista, no buscada, no explicada, se me presentó de golpe con efecto aniquilador.

Pensé que era estúpido hacer las cosas que estaba haciendo. Me precipité en la pieza siguiente, y luego en la otra, y así recorrí como un huracán una serie de piezas desocupadas, todas parecidas entre sí, hasta que me encontré otra vez con seres humanos.

Me quedé cortado. Había entrado como una tromba, y el hombre—tan gordo, tan pequeño, con ropas tan ridículas como el anterior, aunque no era el mismo— saltó de su asiento y quedó también cortado, frente a mí, a dos pasos. La mujer, que en el instante anterior debía tener una expresión plácida, o tonta, sentada en su mecedora, dio un pequeño grito ahogado y se llevó la mano a la garganta. Tenía los ojos muy abiertos.

—Disculpen—dije, y se notaba en mi voz toda mi irritación—. No estoy aquí por mi gusto. Supongo que no entienden nada de lo que digo, ¿verdad?

Mi tono interrogativo recibió una sacudida negativa de cabeza por toda respuesta.

—Bueno, adiós—dije, y retomé mi ritmo de fuga. Salí por la puerta de salida y me encontré en otra pieza deshabitada; luego, otra pieza deshabitada. Ahora, el encuentro último me hacía pasar de una pieza a otra con mayor precaución, para no provocar situaciones violentas. Pero seguía bullendo de rabia, y de todas maneras mis movimientos eran bruscos.

En otra habitación había toda una familia; a la pareja se había sumado un par de muchachos jóvenes. Saludé a todos con una pequeña reverencia y seguí mi camino, dejando atrás expresiones de asombro.

Más piezas desocupadas, más familias de diversa composición; alguien, en una de ellas, me dirigió la palabra; algo que por supuesto no pude entender. Sin embargo me detuvo. Era un hombre que no se destacaba en absoluto de los que había visto allí hasta el momento; con todo, su expresión era un tanto más benigna, casi diría más inteligente. La mujer estaba ocupada en alguna tarea doméstica, manipulando los objetos de la mesa; apenas interrumpió su labor cuando aparecí.

El hombre volvió a hablarme y su tono era amable. Yo sonreí, y le hice entender que no comprendía.

Sacudió la cabeza varias veces, con pena, y cuando iba a continuar mi camino pareció querer detenerme con un gesto. Luego miró a su mujer con el rabo del ojo, como considerando un problema.

Me miró nuevamente. Supuse que estaría dudando entre escaparse conmigo o continuar allí. Me pareció que la posibilidad de un compañero de viaje de su condición no me significaba ninguna ventaja; por algún motivo había desarrollado desde el primer momento una especie de odio, o más bien desprecio, hacia toda esa gente de las piezas. No le concedí mucho tiempo para resolverse. Apenas murmuré una palabra de despedida y salí; esperé unos instantes en la pieza siguiente, que estaba deshabitada, pero el hombre no se animó a seguirme.

Mi velocidad fue reduciéndose en forma apreciable. No sólo estaba cansado físicamente; la angustia que me había proyectado con furia hacia adelante ya se había ido diluyendo con el ejercicio, los nuevos encuentros, y el fracaso de mi búsqueda de una salida; había

dejado paso a otra clase de angustia, más resignada, y también la duda tendía a inmovilizarme. Había llegado el momento de replantear mis métodos; sospechaba que el anterior, la inspección minuciosa de cada pieza, era más correcto que la huida desenfrenada; pero tampoco tenía seguridad de que me sirviera de algo, y siempre quedaba la posibilidad de que en la pieza siguiente estuviera la ansiada salida al exterior.

Al mismo tiempo intuí que no iba a ser tan simple hallar una salida; que, independientemente de cómo había llegado a ese lugar, esta llegada no podía ser casual, y supuse que la salida tampoco habría de serlo. De todos modos no tenía ánimos para proseguir con la inspección metódica. Contemplé la posibilidad de instalarme en alguna de esas piezas desocupadas durante un tiempo, para descansar y dejar que se restablecieran un poco mis nervios. Pero sentí que la ansiedad no me permitiría descansar.

Mientras manejaba estos pensamientos seguía mi recorrido, a paso normal, y no prestaba más que escasa atención a lo que veía. Debí atravesar una larga serie de piezas desocupadas antes de hallar una familia, y luego otra; y al continuar avanzando advertí que las piezas ocupadas comenzaban a darse con mayor frecuencia. En cada una de ellas se producía algún incidente menor; debí concluir que no sólo no era habitual que alguien hiciera este recorrido, sino que debía ser un fenómeno muy poco frecuente o tal vez no previsto. El denominador común era la sorpresa, a la que a menudo se agregaba el miedo.

Sólo puedo registrar un caso de total indiferencia: en una habitación que, al parecer en forma excepcional, ocupaba un hombre solo, éste, sentado en su mecedora leyendo un libro, apenas levantó la vista y volvió a su lectura aún antes de que yo abriera la puerta de salida. Esto me produjo una curiosa sensación de resentimiento.

Quando la luz se apagó, después de la guñada correspondiente, no pude menos que dormirme a pesar de mi promesa de mantenerme despierto para espiar a quienes traían la comida.

Seis

o Tuve un sueño largo y complejo; desperté cansado y sin poder recordar ninguna imagen: apenas una idea de su estructura, un diálogo o discusión a tres o cuatro voces, en la que se avanzaba penosamente, con repeticiones que de continuo alguien se empeñaba en introducir; recordé también la sensación de que me iluminaban la cara con una linterna, pero no pude saber si era parte del sueño, o si había sucedido en los hechos; tal vez, a causa de mi preocupación por la persona que traía la comida, lo había inventado al tratar de revivir el sueño en el momento de despertar.

También me sentía malhumorado. Y no podía despejarme por completo. Quedé largo rato en la cama, hasta que la cama también me resultó incómoda. Me levanté y me vestí, para tenderme de nuevo y cerrar los ojos. No me volví a dormir, pero traté de que mi mente descansara un poco, rememorando escenas de mi vida cotidiana. Ana volvió a hacerse presente, pero tal vez de manera un poco forzada, como si yo me obligara a desplazar otras imágenes. La verdad es que mi preocupación por lo que me estaba sucediendo era tan grande que no podía evitar mortificarme constantemente con esas preguntas que no podía responder. Al mismo tiempo sentía necesidad de hacer algo concreto, sin poder definirlo; presentía que había allí más cosas para ver que las que yo veía, y más cosas para hacer de las que me parecían posibles. Había ocupado de las dos jornadas precedentes en moverme a impulsos emocionales; pensé que había llegado el momento de proceder racionalmente.

Pero mi cerebro estaba dominado por la pereza, y se movía con lentitud. Además me faltaban puntos de referencia. Lo único que se me ocurría era la misma opción entre dos líneas a seguir: o bien la inspección metódica, o bien el avance veloz y ciego en la única dirección posible.

Me costó cierto esfuerzo imaginar una tercera línea: combinar las dos posibilidades, en un avance que incluyera una inspección rápida.

Luego pensé que debía trazar un plan y cumplirlo; hacer una lista de los elementos con que contaba, y apuntar hacia aquellos detalles que más evidentemente debía tener en cuenta.

ta; pero todo eso se me antojó de pronto demasiado trabajoso, y descubrí que en realidad no tenía ganas de actuar en forma racional. De inmediato me dije que nunca en mi vida lo había hecho; que siempre me había guiado más por las emociones que por la razón, y no veía ahora la forma de cambiar, ni sentía tampoco, en lo profundo, que ello me fuera imprescindible.

El resultado fue un malhumor creciente que pronto se transformó en depresión; me puse a examinar con severidad inusitada las aristas negativas que siempre había sospechado en mí, pero que nunca había llegado a ver en forma tan cruel; me di cuenta de que la impotencia ante esta situación tan extraordinaria no era muy distinta de la impotencia habitual ante los hechos cotidianos; en este último caso se disimulaba mejor, simplemente, por la complejidad de las situaciones que el mundo nos presenta a diario.

Aquí, todo era mucho más claro, no había para elegir entre demasiadas cosas, y me veía a mí mismo con una desconsoladora carencia de recursos. Imaginaba a cualquier otra persona en mi situación, a cualquiera de mis amigos, y me los representaba actuando con eficacia y rapidez. Me di vuelta contra la pared y me tapé la cabeza con la almohada, pero no logré dormir ni acallar los pensamientos. Por fin me levanté, comí pan con queso y tomé del café de la cacerolita.

Mientras encendía el último cigarrillo del paquete mi vista cayó sobre unos libros que había, junto a otros objetos, sobre una repisa, por encima de la cama. Los otros objetos eran cacharros de adorno, ordinarios. Tomé los libros y me senté en la mecedora a examinarlos.

Las tapas eran grises y llevaban solamente el título, sin ninguna ilustración. El interior presentaba una masa compacta de letras con escasos espacios en blanco, y ninguna hoja en blanco al principio ni al final. Las letras eran en su mayoría iguales a las de nuestro alfabeto, pero había muchas, también, que jamás había visto. A menudo aparecía en una palabra una serie muy larga de nuestras consonantes, y no pude en definitiva hacerme una idea del tema que trataba el libro, ni reconocer una sola palabra. En este sentido, los cuatro libros del estante me resultaron idénticos.

El papel amarillento y la tipografía me indicaron que se trataba de libros antiguos, como los que había visto impresos alrededor del 900. Si bien creía no haberme ilusionado con los libros, los devolví al estante con un sentimiento de decepción.

Tiré la colilla al suelo y di un par de vueltas sin sentido por la pieza. Luego me registré los bolsillos, como para no dejar nada olvidado, y pasé a la pieza siguiente.

Mi recorrido fue lento e improductivo; la jornada finalizó sin pena ni gloria, luego de haber transitado unas cuantas piezas, ocupadas y desocupadas. Sólo me quedó la impresión de que las piezas desocupadas se hacían menos frecuentes, y las familias más numerosas.

En las jornadas que siguieron, durante las cuales se mantuvo mi estado depresivo, fui confirmando esa impresión; al mismo tiempo, noté que las habitaciones y las gentes, salvo excepciones, se iban embrocando. Las paredes tenían manchas de humedad y trozos de revoque desprendidos, las ropas de las gentes estaban más gastadas y, en forma paralela, aumentaba la agresividad de hombres y mujeres, en especial de los más jóvenes.

No puedo anotar ningún incidente violento, pero casi sin excepción se me miraba mal y, en muchos casos, el odio era evidente. En las personas mayores subsistía el miedo, aunque las familias numerosas se sentían defendidas por la agresividad de los hijos.

En este período llegué a obsesionarme por una única idea: quedarme una noche sin dormir para sorprender a la gente que traía la comida.

Pero, invariablemente, pasaban muy pocos minutos desde el momento en que se apagaba la luz y apoyaba la cabeza en la almohada, hasta que me quedaba profundamente dormido. Saqué la conclusión de que por algún medio se me inducía al sueño. Planeé pasar un día sin probar bocado, pensando que podría haber una sustancia somnifera en la comida, pero no tuve voluntad para hacerlo.

En cambio, una vez decidí no acostarme en el momento en que se apagara la luz; comencé a caminar por la pieza, pero el sueño me fue dominando de todos modos y en tal grado que

a la jornada siguiente desperté instalado en la mecedora.

Decidí que tenía que hacer el plan, y munirme de la fuerza de voluntad necesaria para llevarlo a cabo; pero las jornadas se sucedían insensiblemente, se me escapaban de las manos. En cambio pensaba todo el tiempo en las posibles respuestas a mis preguntas, y hacía trabajar la imaginación de un modo excesivo. Sólo conseguí ampliar el número de preguntas sin respuesta, y de este período datan mis primeras anotaciones breves.

Se me hizo evidente lo cierto de mi idea de que de alguna manera se me suministraba una droga. Tardaba mucho en despertarme y nunca lo conseguía del todo. Incluso a menudo tuve la impresión de que las luces se apagaban antes de lo previsto, y que las jornadas no eran regulares.

Me sentía preso en un sistema arbitrario y cada vez más limitativo. Mis sueños se volvieron más trabajosos. Recuerdo uno de ellos que me pareció repetirse muchas veces a lo largo de este período: se trataba de un juicio, en el que yo era el acusado. Al despertar no recordaba ninguna imagen precisa, pero creía recordar seres, de gran corpulencia, que debatían en forma exhaustiva en torno a "mi caso"; yo, el acusado, no era tenido en cuenta. Estaba presente pero no me hacían preguntas, ni se me señalaba, ni se me daba ninguna oportunidad de defensa; en realidad parecía no existir para ellos, más que como tema de discusión. Sin embargo alguien, aunque no recuerdo palabras, me defendía (sin entusiasmo, tratando de ser objetivo), y alguien (con la misma objetividad) me acusaba. Diría mejor que varios seres trataban, mediante la discusión, de ponerse de acuerdo sobre ese tema que era yo: nadie buscaba tener razón, sino que parecían buscar la verdad, y querer actuar con justicia.

Nada supe sobre el resultado de estos debates, ni que se tomara ninguna decisión; sólo sé que me despertaba más cansado que de costumbre, y con el sentimiento de haber participado de un hecho real.

Lamentaba que la memoria rescatada para la vigilia fuera tan escasa e imprecisa, y notaba cómo estos sueños ejercían una influencia perniciosa, paralizando, sobre mis acciones del día.

También se repitió muchas veces la impresión de haber sido enfocado por una luz, mientras dormía.

Todas estas cosas tendían a debilitarme cada vez más; sentía la necesidad de hacer algo distinto, y aunque ya tenía varias direcciones hacia las cuales apuntar, no conseguía reunir las fuerzas necesarias.

Ocupaba el tiempo en transitar lentamente mi camino en su único sentido, y al advertir las variantes del escenario —el empobrecimiento, el número de habitantes— pensé que habría, en algún momento, alguna variante exterior que, presionando sobre mí, me obligara a actuar de otra manera.

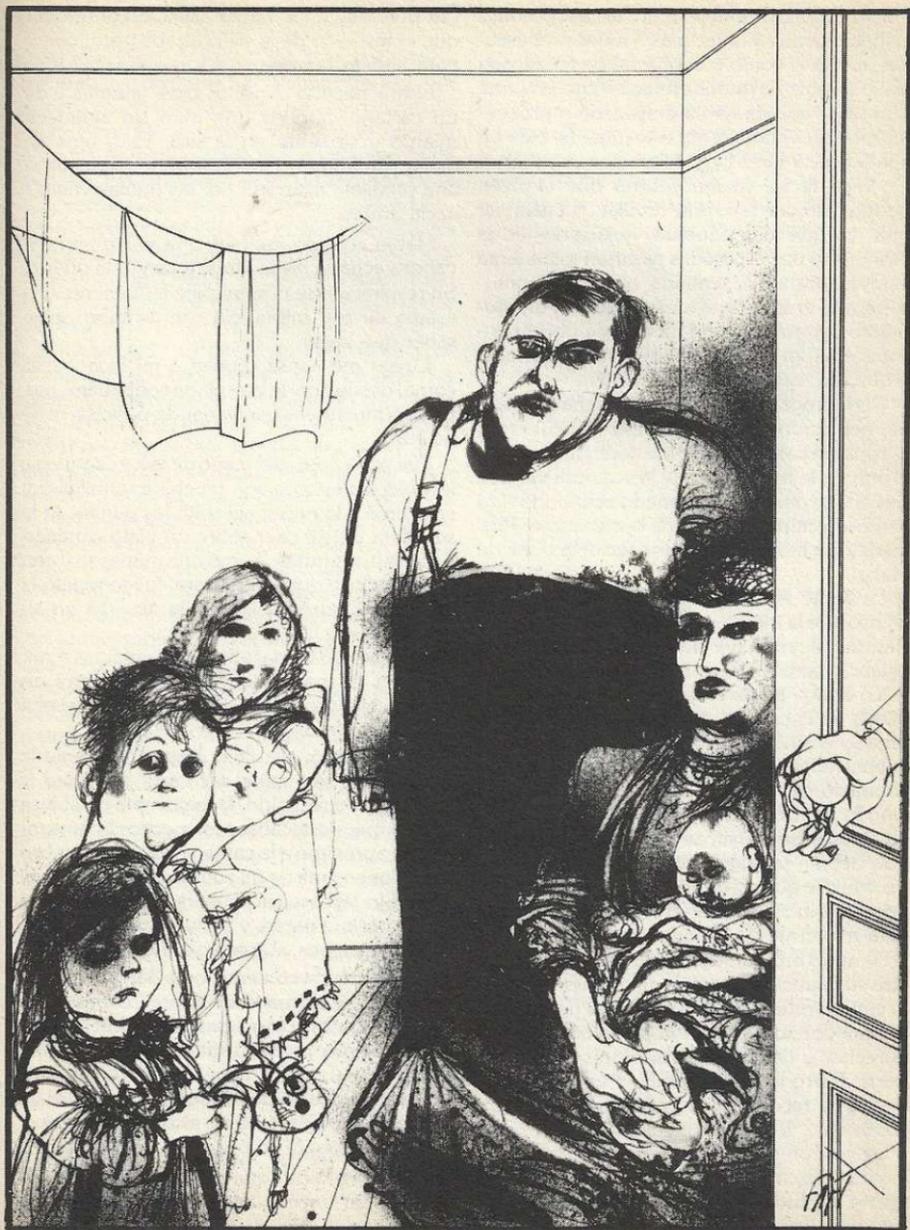
No tardaron en suceder cosas distintas.

### Siete

Había decidido tomarme vacaciones en una habitación. Quería preparar el espíritu para ese cambio en mi manera de actuar, y al mismo tiempo aprovechar la circunstancia de haber hallado una pieza desocupada y tranquila; ya las piezas desocupadas no abundaban, y muchas veces las encontraba más o menos saqueadas (presumiblemente por jóvenes que se atrevían a incursionar en piezas vecinas, y entonces faltaban elementos imprescindibles, como por ejemplo la estufa), o bien, y esto era muy frecuente, sucedía tener por vecinos a gente ruidosa.

Ya había vivido la experiencia de pasar allí una noche sin estufa, respirando ese aire frío y húmedo, o de sentirme perturbado durante el día por el constante alboroto en las piezas de al lado, y se me había creado el temor de no hallar ninguna pieza aceptable durante una jornada entera, y tener que dormir junto a gente desagradable. Por estos motivos, una vez que hallé una pieza en bastante buenas condiciones, con su estufa y demás elementos intactos, entre dos deshabitadas y en silencio, decidí instalarme por un plazo más o menos prolongado.

Durante la primera jornada de quietud me sentí mucho mejor; aproveché lápices y papel que había requisado en habitaciones anteriores e hice nuevas anotaciones, muy extensas y detalladas, que más tarde me sirvieron como referencia para narrar esta historia con la



mayor fidelidad posible; entre las anotaciones incluía algunas teorías, más o menos rebuscadas, sobre el cómo y el porqué de mi llegada allí, y también algunos dibujos sobre la forma —un tema que ya había empezado a preocuparme— que podía tener ese lugar (si bien en apariencia era una larga hilera de habitaciones en línea recta, se me ocurrió que también podría adoptar la forma circular, o cualquier otra, ya que las pequeñas variaciones en la inclinación de las paredes pasarían totalmente inadvertidas a mis sentidos; comenzó a preocuparme, entonces, la idea de que en un momento determinado de mi avance podría encontrarme en aquella habitación inicial, vacía y oscura, que me había recibido).

Comí frugalmente, y ese día rechacé la carne, pensando que podía ser el vehículo más apropiado para la droga; me dediqué al queso, al pan y a la fruta. Durante la segunda jornada repetí más o menos la primera, ocupando más tiempo la cama, en lugar de la mecedora. Promediando la tercera jornada recibí la visita de Mabel.

La llamé Mabel porque fue la primera, y pienso que la última, palabra que la oí pronunciar; tal vez no haya sido exactamente esa la palabra, pero así la entendí y la adopté.

Yo estaba tirado en la cama, con los brazos detrás de la cabeza, mirando el techo. Había llegado a una deducción importante: en las habitaciones tenía que haber, por fuerza, un conducto de ventilación. A la vista no había ningún orificio; pensé, entonces, que las molduras de yeso próximas al techo, en forma de flor, debían ser algo más que un simple adorno. Me dije que no estaría demás investigarlas, pero aún no sentía el entusiasmo necesario para moverme de la cama.

Se abrió bruscamente la puerta de entrada e hizo su aparición lo que en un primer momento creí un muchachito. Tenía pelo negro, corto, mal cortado, y llevaba pantalones azules, estrechos y desgastados, similares a los *blue-jeans*. Cerró la puerta también en forma violenta y se recostó contra ella, respirando fatigosamente, los ojos entrecerrados.

Se oyeron golpes, del otro lado, y alguien movía el picaporte. Me levanté de un salto, aparté al muchachito y coloqué una silla debajo del picaporte; era una acción que ya ha-

bía previsto, y me había aliviado comprobar que el respaldo de la silla calzaba justo, como para trancar la puerta.

El muchachito abrió los ojos, grandes y de un castaño verdoso, me miró sin agradecimiento y se sentó en la silla. Eran ojos de mujer. En la mano traía un bulto, algo como una servilleta agarrada por las puntas vueltas hacia arriba.

Había cerrado los ojos otra vez y tenía la cabeza echada hacia atrás, tocando la puerta. Su respiración se normalizaba lentamente. Yo estaba de pie, mirándola con asombro y sin saber qué hacer.

Luego me cansé y volví a mi lugar en la cama, desde donde la espíaaba continuamente. Estuvo mucho rato sin variar de posición ni de actitud.

Fue poco antes del guño de la luz cuando se levantó del asiento con mucha tranquilidad y se acercó a la mesa; allí soltó las puntas de la servilleta y dejó caer sobre un plato cantidad de hermosas frutas. Tomó una manzana y con un cuchillo le quitó la cáscara; luego repitió la operación con otra, y me la alcanzó en silencio.

Se sentó en la mecedora, de espaldas a mí, a comer su manzana. Yo, perplejo, miré un rato la que me había dado y por fin resolví hacer lo mismo.

La luz guinó; ella dejó despaciosamente la mecedora y se quitó el saco azul, marinero, y lo colgó en el respaldo. Debajo tenía una blusa blanca que destacaba unos pechos interesantes. Se aproximó a la cama, y ante mi asombro pasó por encima de mi cuerpo y se tendió a mi lado. Sin taparse, sin quitarse los zapatos, se volvió hacia la pared, y estoy seguro de que un instante después, al apagarse la luz, ya dormía.

En mi cabeza comenzaron a dar vuelta multitud de ideas, la mayoría eróticas. El problema sexual me venía preocupando, ya, hacía cierto tiempo. Pero pronto sentí que el sueño me dominaba, y apenas atiné a retirar una manta que estaba debajo de su cuerpo y a tapparla con ella; era muy angosta y no alcanzó a cubrirme.

Antes de quedar dormido me invadió una alegría feroz; sentí que esa compañía femenina, a pesar de lo extraño de la situación, me hacía bien.

Ocho

Al despertar, la luz eléctrica ya había sido encendida y no había nadie a mi lado. Busqué a la muchacha con los ojos pero ya no estaba en la pieza. Me levanté y vi que el resto de la fruta, así como la servilleta, seguían encima de la mesa. Esto me tranquilizó; la presencia de la muchacha había sido real, y no un delirio.

Me lavé y comí algunas frutas. Eran mucho más ricas que las que había comido antes allí, o así me parecieron. Después preparé café. Me encontraba con el ánimo mucho mejor dispuesto.

Ahora que se me habían terminado los cigarrillos me veía obligado a fumar en pipa; las pipas, y el tabaco, se encontraban con cierta frecuencia en las habitaciones. Había formado una pequeña colección de tres pipas, que usaba en forma alternada. Encendí una, y me senté en la mecedora a fumar y tomar café.

No quería esperar a la muchacha. Me parecía que lo mejor que podía hacer era actuar como si ella nunca hubiese existido. Pero a un nivel más profundo, me di cuenta de que la estaba esperando y que no podía evitarlo. Una vez terminado el café, resolví engañarme a mí mismo y ponerme a trabajar en mi última idea.

Corrí ligeramente la cama de su sitio y ubiqué la silla —que aún estaba junto a la puerta, trancando el picaporte— debajo de una moldura próxima al techo, en el rincón formado por la pared izquierda y la pared de la puerta de salida. Con un cuchillo en la mano subí a la silla y me puse a escarbar en la moldura. Introduje el cuchillo entre el borde inferior y la pared, y di unos golpecitos e hice palanca.

No obtuve más resultado que el desprendimiento de un polvillo de yeso, o algún otro material quizás más duro. Luego cambié de sistema, y aplicaba alternativamente algunos golpes con el mango del cuchillo y otros con la punta, hasta que la moldura se quebró y cayeron grandes trozos. Antes de completar la obra con unos golpes bien acomodados, ya había visto el orificio y notaba el movimiento de las aspas de un extractor de aire.

Cuando el orificio quedó totalmente al descubierto, vi que tenía el tamaño aproximado de mi puño, y que era el extremo de un conducto. Las aspas del extractor giraban a una

distancia de veinte o treinta centímetros. Me sentí satisfecho al comprobar que mi deducción había sido correcta, pero no lograba hacerme una idea de la utilidad de esa comprobación. Quedé un rato parado en la silla, mirando cómo giraban las aspas silenciosamente, y cuando oí que una puerta se abría y me volví y la vi a ella parada junto a la puerta de entrada me sentí muy tonto. Ella debe haber tenido la misma sensación, porque me miró y soltó una carcajada feliz, sonora y tintineante.

Me bajé de la silla y dejé el cuchillo sobre la mesa; me acerqué a la muchacha, quien continuaba riendo, y me pareció que había adquirido una personalidad enteramente distinta a la del día anterior. Situó su edad alrededor de los veinte años, quizás uno menos. Al reír, los ojos le brillaban con una sana malignidad infantil.

Estiró un brazo y me alcanzó un frasquito chato que tenía en la mano. Lo destapé; olía a menta. Tomé un trago, y le devolví el frasco; ella bebió con placer, pero no quiso conservar el frasco que, evidentemente, era un regalo que me traía.

Recién entonces hice conciencia de que había aparecido por la puerta de entrada otra vez. Me quedé perplejo; había hecho una cosa que parecía imposible; por dondequiera que hubiese salido, había encontrado la manera de volver a entrar por esa puerta. Ahora estaba cerrada; me acerqué y moví el picaporte —a pesar de saber que había estado la silla debajo todo el tiempo— y no obtuve resultado. De todos modos, la solución debía estar en otra parte, y no en la puerta. En ese momento comencé a pensar que tal vez la muchacha formara parte de los hipotéticos habitantes de alguna estructura paralela, tal vez los mismos que renovaban la provisión de alimentos.

La miré a los ojos y le hice preguntas. Cómo se llamaba, de dónde venía y, naturalmente, cómo había hecho para irse y volver a entrar por allí. Tuve la vaga sensación de que sí me entendía; pero no respondió, en ningún idioma. Volvió a reír, y no pude menos que acompañarla.

Luego, sin prestarme más atención, se dedicó a tareas culinarias. Puso a calentar agua en una ollita, y sacó de la estantería un paquete de arroz. Echó unos puñados dentro del agua, y luego se quedó junto a la cocina, revolviendo

de vez en cuando con una cuchara.

Yo no sabía qué hacer. Me seguía sintiendo tonto, y tuve que reprimir las ganas de volver a trepar a la silla para mirar el extractor, y dejar de lado mi intención de romper las otras molduras de las restantes esquinas para ver si ocultaban algo distinto.

Entonces me acerqué a la muchacha y comencé a hablarle. Sonrió con cierta ternura. No podía saber si me entendía o no, pero seguí hablando. Le hablé de mí, y también de ella; elogí su belleza, agradecí los regalos que me había traído. Cuando el tema se agotó, comencé a recitar algunos poemas que recordaba —aunque hasta ese momento no sabía que realmente los recordaba. Con uno de ellos tuve un éxito inesperado: la muchacha dejó por un instante el arroz, y un poco sonrojada me dio un beso en la mejilla. Yo la tomé de la cintura y la besé en la boca; no encontré resistencia, pero tampoco noté que respondiera. Después me apartó suavemente y siguió con la comida. Me senté en la mecedora y encendí la pipa.

El almuerzo consistió exclusivamente en arroz y frutas. Ninguno de los dos —yo más que nada por respeto a su trabajo— tocó las tiras de carne fría, que también esa noche habían renovado.

Después ella ocupó la mecedora y yo me recosté en la cama.

Luego de un largo silencio le pregunté, suavemente y con naturalidad:

—¿Cómo te llamas?

Fue entonces que ella dijo su única palabra, que yo adopté como “Mabel”. No intenté hacer más preguntas, pues intuía que no habría de obtener respuesta.

Después de otro larguísimo silencio se levantó de la mecedora, se acercó a mí, me rozó la mejilla con dos dedos, y antes de que pudiera hacer algo por detenerla dio media vuelta y desapareció por la puerta de salida.

Salté de la cama y corrí hacia la pieza vecina; estaba vacía. No me animé a pasar de la puerta, porque tenía motivos para permanecer aún en la mía y, de todos modos, sabía que aunque lograra alcanzarla, no tenía sentido perseguirla. Ella parecía saber muy bien lo que hacía, y había nacido en mí un gran respeto por su persona y sus decisiones. Cerré la puer-

ta de salida y volví a la cama, con una mezcla confusa de pensamientos y sentimientos.

Esa muchacha sabía muchas cosas. Poco a poco me fue entrando como una fiebre, un torbellino donde se mezclaban preguntas y respuestas, teorías, todo aquello que no sucedía mientras ella estaba presente; ahora, sentía que algo se me escapaba, que la comprensión de todas las cosas estaba muy cerca y alcanzaba a rozarla apenas, y luego desaparecía. Después, un poco más sereno, pensé que había hecho un entrevero de planos mentales, y que era la muchacha, y no la comprensión, lo que se me escapaba; que ella era algo que no podía poseer ni controlar, alguien que sabía muchas respuestas a mis preguntas y que, sin embargo, no habría de responder; alguien que, al menos, podría servirme de consuelo o de compañía, pero que también a esto habría de negarse. Nuevamente, sentí que la rabia me dominaba. La descargué contra las molduras restantes, pero no sentí interés por ver qué ocultaban. Volví a acostarme, tapándome la cabeza con la almohada, y me dormí, presumo, antes de que se apagara la luz.

### Nueve

Y por primera vez desperté antes de que la luz se encendiera. Tenía la mente mucho más despejada que de costumbre, y me sentía más vitalizado. Esperé la luz con impaciencia, porque ahora tenía un deseo urgente de ver lo que había debajo de las molduras rotas.

Hubo un sonido leve; algo se movió en la habitación. Me preparé para actuar, pensando que por fin habría de capturar a quien traía la comida; pero el ser que había entrado ocupó la mecedora y empezó a hamacarse lentamente. Deduje que era Mabel, y la llamé en voz baja por este nombre.

La mecedora dejó de moverse, y oí que ella se levantaba y caminaba hacia mí. Era, efectivamente, Mabel. Se sentó en la cama y me acarició el pelo con su mano pequeña. Le tomé las manos y las besé. Luego quedamos así, con las manos tomadas, como novios un tanto estúpidos, hasta que la luz se encendió minutos más tarde. Ella sonreía.

Observé sin curiosidad ni vergüenza cómo me vestía, y esta vez fui yo quien la invitó con

el desayuno. Preparé café y, como se trataba de una ocasión especial, tosté un poco de pan al fuego, pinchándolo en un tenedor.

Luego me tomó de la mano y mostró la intención de llevarme fuera de esa pieza. Le pedí que me esperara unos instantes, y haciéndola reír de nuevo me subí a una silla y miré en cada uno de los rincones próximos al techo. En todos había un agujero en el lugar tapado por las molduras; pero no pude apreciar más nada. No se veían aspas de extractores ni cosa alguna. Desilusionado, recogí mis cosas —las pipas, el lápiz, el papel, el saco— y me dejé conducir a la otra habitación.

De allí pasamos a otra sin detenemos, y así hicimos un recorrido más bien largo. No hallamos ninguna pieza ocupada, y cada una iba mostrando un avance bastante evidente en los deterioros. Así llegamos a una pieza que daba una idea muy deprimente de suciedad, abandono y desgaste.

Mabel, sin vacilar, se soltó de mi mano y se dirigió a la gran cama ubicada, como todas, contra la pared izquierda. Tiró de ella y consiguió moverla lo suficiente para dejar al descubierto un gran agujero que abarcaba parte de la pared y del piso.

Luego, con su particular manera de hacer las cosas, esperó. Esperó largamente, mirando la negra abertura como si de allí fuera a salir algo interesante. En realidad sabía que debíamos meternos por allí. La idea no me entusias mó. Sentí miedo.

Seguimos un buen rato, siempre tomados de la mano, los dos mirando en la misma dirección. Pienso que de haber estado solo habría sentido una clase distinta de miedo: enfrentarme a lo desconocido, emprender una aventura distinta, no sé; y que, con miedo y todo, no habría vacilado en meterme por allí. Era, sin lugar a dudas, la posibilidad que había estado buscando durante jornadas interminables.

Pero ahora, aunque en ese momento no lo analizara, mi urgencia por encontrar una salida era mucho menor. Me sentía bien al lado de Mabel. Por otra parte, tenía que ella no me siguiera, o que sucediera cualquier cosa que llevara a una separación.

Por fin, con elegantes movimientos felinos, se puso de rodillas, apoyó las manos en el

suelo y comenzó a gatear, introduciéndose en el túnel; antes de que sus pies desaparecieran de la vista yo ya estaba siguiéndola.

Fue un recorrido largo, difícil. El túnel formaba una suave curva; al principio descendía lentamente, luego se hacía más o menos horizontal y por último ascendía, también con suavidad.

A pocos metros del agujero de la entrada nos envolvió la obscuridad total. El aire estaba enrarecido, y había zonas muy húmedas. El espacio en el cual uno podía moverse no era regular; a veces el túnel se hacía aún más estrecho, y me veía obligado a arrastrarme. En ocasiones ofrecía una mayor amplitud, pero no tanta como para incorporarme y caminar. La posición más cómoda que podía lograrse era la de cuatro patas.

No sé si el recorrido fue tan largo como me pareció; de no haber sentido el constante reptar de mi compañera delante de mí, habría caído en la desesperación. Mi ropa estaba sufriendo su desgaste final; la aspereza del suelo, probablemente cemento, me iba raspando los pantalones, sin remedio; y algo, probablemente tierra húmeda, se me iba pegando a las ropas.

La desembocadura se vio desde lejos, como un gran círculo luminoso contra el cual se recortó la silueta en movimiento de la muchacha. Mi corazón comenzó a golpear con fuerza, porque esa luz no podía provenir de ninguna otra fuente que el sol. Al mismo tiempo un aire nuevo, distinto del que había respirado en todo aquel lugar, y distinto, muy especialmente, del aire enrarecido del túnel, me llegó a los pulmones como un mensaje de libertad.

Tuve ganas de acelerar el avance, de precipitarme hacia la salida a toda velocidad; pero mi compañera mantenía incambiado el ritmo de su reptar. Por fin alcanzamos el tramo final y salimos al exterior.

La luz me cegó; pero a través de las lágrimas pude ver el mar, y la arena, y me invadió una alegría desbordante. Mi compañera se había incorporado y se sacudía la ropa con la mano, en inútil intento de limpieza. Yo también me incorporé, y la rodeé con los brazos, la tomé de la cintura y la hice dar vueltas; ella respondió con el tintineo de su risa. Las lágrimas me hacían arder los ojos y ya no podía abrirlos sin

sentir un dolor intolerable; a tientas me acerqué al borde del agua, sin preocuparme de las olas que llegaban a mojarme los zapatos, me agaché y recogí agua con el hueco de las manos y me lavé los ojos y la cara; era agua salada, pero de todos modos me alivió.

Volví, con los ojos abiertos, junto a Mabel. Sufrí una decepción muy grande: por primera vez podía apreciar el lugar en donde estábamos, y me di cuenta de que aquello no era la libertad.

Nos encontramos en lo que parecía ser la parte interior de una represa. El agujero por el que habíamos salido, junto a otros similares, estaba situado en una enorme muralla de piedra y cemento, más alta que cualquier otra que hubiera visto antes. Adoptaba una forma semioval, y rodeaba la minúscula playita en la que nos hallábamos; sus extremos se metían mar adentro y se perdían de vista a lo lejos, bajo la superficie del agua.

No podía sospecharse qué había del otro lado de la muralla; descarté rápidamente la posibilidad de bordearla, nadando, para averiguar qué sucedía fuera de la concavidad, en primer lugar porque no sé nadar muy bien, y porque la parte visible llegaba muy lejos mar adentro y no podía saberse dónde terminaba; y por otra parte, a poca distancia ya el oleaje era impresionante.

Dejé momentáneamente de lado a Mabel y recorrí la playita con desesperación; había algunas rocas, pegadas a la muralla; y la arena era gruesa y no muy limpia. Había dos agujeros más, a los costados de aquél por el cual habíamos emergido; sin duda correspondían a túneles similares. Me pregunté adónde conducirían.

Mabel se había parado al borde del mar y miraba el horizonte, como esperando ver aparecer un barco; el sol aún estaba bastante alto, frente a nosotros, y calculé que faltarían cuatro o cinco horas para su puesta. Me di vuelta nuevamente y observé la muralla; concluí que era imposible de escalar. Estaba formada por enormes bloques de piedra, algunos grises, otros rojizos, unidos entre sí por cemento o algo similar. Aunque había pequeñas salientes y huecos, ni el mejor alpinista se habría atrevido a ascender a tal altura; o quizás sí, pero yo no. Sin embargo, la comprobación de que

seguí estando prisionero no me quitó finalmente la alegría: había conseguido sol, aire y mar, y después de aquel encierro, casi era más de lo que podía pedir.

Cuando me volví otra vez hacia Mabel, vi que se estaba quitando la ropa. Había dejado los zapatos en la arena, cerca de la muralla, y se sacó la blusa. Tenía pechos grandes y firmes; apenas oscilaron con los movimientos que hizo para quitarse el pantalón. No usaba otra clase de prendas.

Su desnudez, que llevaba con tanta naturalidad como un vestido de todos los días, me dejó mudo, clavado en mi sitio. Sufrí una serie de reacciones, muy rápidas, que sólo tiempo después me ocupé en analizar al recordarla. Había una contradicción, ya en la muchacha, ya en mí mismo, que me provocaba las reacciones, distintas y aún antagónicas. El cuerpo era de una belleza sólida, de una lujuria excitante, y lo primero que sentí fue un deseo rabioso de poseerla. Una oleada de ansiedad sexual me recorrió todo el cuerpo y finalmente me provocaba una erección total y perentoria. Pero Mabel era algo más que su cuerpo, y se presentaba ante mis ojos como la imagen misma de la inocencia. No había en su actitud ni el menor asomo de provocación. De inmediato, la oleada de mis deseos se veía enfrentada a esa actitud esencialmente asexual de la muchacha, y la erección cedió en un instante y la corriente que me electrificaba el cuerpo pasó a transitar, supongo, por otras vías: me invadió un estado de dulzura y lucidez, y me sentí realmente un hombre, un ser humano, un ser que formaba parte de la Naturaleza, una partícula ínfima y sin embargo imprescindible del Universo.

Caminó hacia el agua, y en el momento en que sus pies eran lamidos por una ola, se dio vuelta para saludarme con una mano en alto y una sonrisa. Luego se introdujo en el mar.

El agua la fue cubriendo, y cuando le llegaba a la cintura se sumergió. Nadó un rato por debajo del agua y apareció un poco más lejos; luego siguió nadando.

Me tendí sobre una roca. El sol no era muy fuerte, y este calor era exactamente lo que necesitaba. Resolví quitarme la ropa yo también; y volví a tenderme, ahora sobre la arena. Ya no había en mí pensamientos eróticos;

después, conseguí alejar todo tipo de pensamientos.

No advertí que había regresado hasta que su carne blanca pasó delante de mis ojos; yo estaba echado de costado, la cabeza apoyada sobre mi brazo derecho extendido, y vi cómo se vestía sin preocuparse de que su cuerpo estuviera todavía mojado, ni de que yo la observara. Mostraba en la cara una felicidad intensa, casi mística.

Me puse mis ropas y fui a sentarme junto a ella. En el bolsillo conservaba el frasco que me había regalado; bebimos unos tragos del licor y ella tomó el frasco vacío y lo arrojó al agua. Flotó unos instantes y luego se hundió.

Nos observamos largamente. Me seguía desconcertando ese tiempo suyo; parecía no esperar nada, como si se sintiera bien de continuo, sin la necesidad de hacer nada para evadir el minuto presente; no había conocido nunca a un ser tan lejos de la ansiedad o del miedo, una especie de animalito feliz. Me miraba sin ninguna expresión en particular; estaba seguro de ser para ella un objeto lindo, tan lindo como un trozo de la muralla o como el tapón del frasco que había quedado sobre la arena, o como todos y cada uno de los objetos que componían su mundo. Y esta idea no me hacía sentir rebajado a la condición de objeto; por el contrario, me sentía integrado a ese mundo tan especial, donde todo estaba vivo, donde las rocas y los tapones de los frascos adquirirían, junto a ella, una dimensión distinta; me sentía orgulloso de formar parte de esa colección, aunque abarcara todos los objetos posibles, quizás porque tenía la certeza de que no debían de ser muchos los seres humanos con los que ella compartía su alegre soledad.

Me sentí humillado cuando necesité tomarle una mano entre las mías; lo sentí como un gesto vano de posesión, que me situaba muy lejos de lo que era ella. Pero ella no varió su actitud, y me siguió contemplando inexpresivamente, y supe que estaba viviendo todo al mismo tiempo, saboreando el aire y el sol y el ruido del mar y mi presencia.

La jornada concluyó esta vez con la puesta de sol, que se había ido hinchando y enrojeciendo sobre el horizonte. Aún antes de que fuera tragado por el mar, el aire se volvió frío, y noté que la muchacha, como yo, temblaba

ligeramente. Di un último vistazo a la playa y, de común acuerdo, emprendimos el camino de regreso por donde habíamos venido.

Se me había ocurrido que los otros túneles merecían ser explorados; pero no quise arruinar la paz que había obtenido, ni crear la menor posibilidad de una separación de Mabel. La seguí por el túnel, en un recorrido que ahora me resultaba más fatigoso. Desembocamos en la pieza, que ya estaba a oscuras. Encendí un fósforo.

No había comida sobre la mesa, ni estufa de querosene. Sin embargo no quise abandonar esta habitación que contaba con el precioso tesoro de la desembocadura del túnel. El fósforo me quemó los dedos; lo arrojé al suelo y encendí otro.

Esta vez Mabel se quitó los zapatos antes de acostarse.

El silencio me iba dominando. Yo tampoco me desvestí: solamente me quité los zapatos y el saco, después de haber arrojado el segundo fósforo, y por algún motivo no razonado, a tientas, empujé la cama contra la pared.

Luego me acosté y pasé el brazo derecho por debajo de la cintura de la muchacha, y me dormí de inmediato.

El despertar trajo consigo un nuevo período de desolación.

## Diez

La luz estaba encendida, Mabel no estaba a mi lado, y mis bronquios se quejaban con intensidad. El frío y la humedad eran realmente crueles y de las paredes descascaradas parecía desprenderse continuamente un aire maligno, enfermante.

Me costó mucho resolverme a salir de la cama. Cuando lo hice, advertí que la pieza no había sido visitada por los seres anónimos; todo presentaba el mismo aspecto de lugar olvidado. Tampoco Mabel había dejado rastros. Allí no había nada que atestiguará su presencia. Sentí una punzada en el corazón ante el presentimiento, casi una certeza, de que había desaparecido de mi vida para siempre.

Retiré la cama y contemplé el boquete. Me pareció increíble que condujera a una linda playita. Volví a empujar la cama contra la pa-

red, dudando de mis recuerdos del día anterior, y me acosté.

Al rato sentí hambre. Me levanté y busqué detrás de la cortina raída de la estantería; sólo había un paquete de arroz, y otro de fideos.

Fui hasta la puerta de salida y espí hacia la pieza vecina. Estaba tan vacía y presentaba un aspecto tan desolado como ésta. Sobre la mesa no había comida fresca. Tampoco había café.

Volví a la estantería y tomé el paquete de arroz. Sin mucho entusiasmo me puse a calentar agua, y herví unos puñados que más tarde comí con desgano. Luego volví a acostarme.

Así pasó esa jornada, y la siguiente, y la tercera. La única variante era que cada vez me sentía más enfermo. Tuve que abandonar la pipa, porque mis bronquios ya no la toleraban. A menudo tosía, con una tos seca que me hacía doler el pecho, y estornudaba. Por momentos me sentía afebrado.

Pero el secreto de mi enfermedad no estaba tanto en el aire que respiraba, como en la espera inútil del regreso de la muchacha.

También sabía que las condiciones se habían hecho más duras, y que cualquier resolución que tomara debería ser formulada dentro de un plazo fijo, muy breve; no podía seguir en esa pieza insalubre, y la comida —el arroz, los fideos— estaba tocando a su fin.

A la jornada siguiente debería resolver qué rumbo tomar: si continuar avanzando, o si retornar a la playa y explorar los nuevos túneles. También, y esta última posibilidad era más acorde con mi estado de ánimo, podría continuar allí, a esperar la muerte, dándome por vencido. Pero sabía que no habría de hacerlo aunque me lo propusiera. Siempre me resultó imposible elegir un callejón sin salida. Un poco por cobardía, otro poco por curiosidad, siempre había optado por seguir viviendo un rato más.

Al despertar en la cuarta jornada en esa habitación, ya había tomado, íntimamente, una resolución que me pareció atinada: volvería a utilizar el túnel para ir a la playa; era, aunque no contaba con ello, una esperanza de encontrar a Mabel. Una vez en la playa elegiría cualquiera de los otros dos túneles para una exploración cautelosa; en caso de fracasar, siempre tenía la posibilidad de volver a esta

pieza, y de allí seguir avanzando en la línea anterior.

Por otra parte, la idea de seguir el avance de rutina también era atractiva. Me parecía evidente que muy pronto debería producirse algún cambio; el deterioro de las piezas no podía continuar en forma indefinida, y aquello tenía que desembocar en algo distinto, o de acuerdo con mi teoría de un lugar circular, encontrar-me nuevamente en la primera de las piezas. La verdad es que la única diferencia entre aquella pieza y esta última era la iluminación y el escaso mobiliario.

Pero, de todos modos, elegí la playa. Involví los últimos granos de arroz cocido en uno de mis papeles y puse el paquete en el bolsillo del saco. Eché un vistazo a mi alrededor y volví a retirar la cama y dejar el agujero al descubierto. Dudé unos instantes, como buscando inspiración, y al fin me largué por allí.

En esta ocasión, quizás por estar transitando un lugar conocido, el recorrido no me pareció tan largo ni tan penoso, a pesar de mis condiciones físicas, del aire irrespirable y de una nueva sensación de claustrofobia, derivada de la falta de compañía; lo cierto es que llegué a la playita en lo que me pareció un plazo razonable.

Hay imágenes que permanecen en la memoria, que no deberían ser ensuciadas con nuevas versiones. La playita se había registrado en mi mente como un lugar paradisíaco. Con el correr de los días que había pasado en la pieza, esta memoria se había agigantado y ya la playa había pasado a ser un símbolo, no sé si del amor o de la libertad o de la felicidad. De alguna manera había logrado borrar todo el sufrimiento anterior, y sentía que, si alguna vez retornaba a mis lugares cotidianos y narraba a alguien esta historia, ella se habría reducido casi a la escena de la playa, y todos los demás detalles se habrían hecho triviales, como la narración de las vacaciones de un oficinista.

Ahora me enfrentaba a una playa pobre y triste. El sol era pálido, tapado por nubes grises, el mar me parecía sucio y monótono, y el aire me mortificaba en la misma medida que el de la pieza. Una gaviota pasó volando y me gritó algo antes de desaparecer por encima de



la muralla, hacia lugares que yo no podía transitar.

Sufrí un acceso de tos. Me subí las solapas del saco y con las manos metidas en los bolsillos contemplé el mar, y el gris de la muralla que se metía en el mar, como el paisaje más triste que hubieran visto mis ojos. Volví a toser.

De pronto me sentí muy viejo y enfermo. Tuve conciencia de un conjunto de cosas que quizás haya ido advirtiendo poco a poco sin tenerlas en cuenta; conciencia de la barba despareja que poblaba mi rostro, del desgaste imposible de mis ropas, de todos los dolores que sentía en cuerpo y espíritu. Conciencia del dinero inútil que aún conservaba en la billetera, que no había podido evitar que me fuera sumiendo lenta e insensiblemente en una miseria que nunca había imaginado. Conciencia del peso de mis hombros, que me curvaban la espalda, y de mi miedo atroz a esta nueva soledad, que en realidad era la misma de siempre. Algunas situaciones insólitas, algunas mujeres, como últimamente Mabel, lograban a veces disimularla, hacer que me olvidara de ella. Pero ahora que estaba presente con toda su potencia, sentía que esa soledad era quizás la única cosa que poseía en este mundo, la compañera fiel que se me había destinado, a la que nunca podría abandonar.

Me dejé caer en la arena y estuve llorando hasta que el frío llegó a hacerme sentir como un dolor en los huesos. Me levanté, me soné la nariz con el pañuelo, y decidí continuar con mi plan de acción, a pesar de la mente y del cuerpo.

Pero me dio mucho trabajo recorrer los pocos pasos que me separaban de la boca del segundo túnel, y me apoyé contra ella en lo que parecía ser el límite de mis fuerzas. Me sentía muy afiebrado. El dolor se había localizado en un punto sobre el pulmón izquierdo, y se extendía levemente por toda la espalda y la cintura. Las piernas estaban flojas, y los ojos me ardían no sólo por las lágrimas.

Me di cuenta de que no podía intentar una aventura hacia lo desconocido. Utilicé todas mis escasas fuerzas para hacer el recorrido de regreso a la pieza.

Esta vez sí se hizo interminable; creo que incluso llegué a dormir en algunos lugares del túnel, y no tengo idea del tiempo que

demoré en llegar, arrastrándome, hasta la cama.

Allí me dejé caer, sin poder ni siquiera sacudir de mis ropas la tierra recogida en el camino.

### Once

De las jornadas siguientes conservo una débil memoria de la luz, que se encendió y apagó varias veces, no podría decir cuántas, y de mí mismo levantándome trabajosamente de la cama sólo para abrir la boca bajo la canilla, o utilizar los artefactos sanitarios. Recuerdo también haber hablado mucho, en voz alta, aunque no tengo idea de lo que pude haber dicho.

Cuando me bajó la fiebre y recuperé algo de la lucidez, me levanté para alejarme de allí lo antes posible. Todo mi cuerpo estaba insensibilizado, los movimientos eran mecánicos y apenas si podía pensar. Sé que descarté totalmente la idea de utilizar el túnel, aunque tuve la precaución de dejar abierta la puerta de salida, y poner una silla contra ella para evitar que se cerrara sola. Al meter la mano en el bolsillo del saco, cuando me lo puse, encontré el paquete de arroz que había preparado en días anteriores. Era toda una masa sólida de gusto rancio, pero lo comí con avidez.

Al recorrer las piezas siguientes, dejando siempre abiertas las puertas —aunque luego no cuidaba de poner una silla, un poco porque me sentía demasiado débil para hacer movimientos extra, y otro poco porque algo en mi interior me decía que no valía la pena—, noté que el deterioro del edificio se acentuaba en grados alarmantes: la suciedad se iba acumulando, e incluso en algunas piezas se hacía difícil transitar entre los escombros y las materias en descomposición que cubrían el piso.

En una de ellas me detuve ante un descubrimiento que, entonces, no pude analizar como lo hubiese hecho en algunas jornadas anteriores; me limité a conmoverme muy íntimamente y proseguí mi camino con la mente en blanco y sintiendo el corazón mucho más viejo y débil. Supe que alguien antes que yo había transitado por mi camino. Sobre una puerta, la de salida, alguien había escrito una frase en español; decía: "NO HAY SALIDA. ESTO ES EL INFIERNO". Había sido grabada con un cuchillo, rayando la pintura y hendiendo un

poco la madera; el cuchillo estaba clavado, con rabia, muy hundido en la puerta, debajo de la frase, como única firma.

Luego hallé una pieza con una pared semi-derruida; sin embargo, por detrás de esa pared había otra, descascarada, con el ladrillo a la vista, pero entera, sólida. Me entró el terror de pensar que podría haber una cantidad infinita de paredes superpuestas, como las capas de una cebolla. En adelante los derrumbes se hacían muy frecuentes, y llegaban a faltar trozos enormes de paredes, e incluso del techo: pero el techo derrumbado no dejaba ver el cielo, sino otro techo, y detrás de una pared había siempre otra pared superpuesta.

Ahora, las canillas que funcionaban eran muy escasas, y a menudo debía recorrer grandes distancias antes de poder tomar agua. Mi sed era enorme, e incluso el gusto del agua había variado, se había hecho más salobre, o más bien metálico, y no encontraba manera de saciar mi sed.

Era inútil, también, buscar algo de comer. Sólo encontraba restos de muebles. Pero afortunadamente mi hambre podía esperar; la fiebre me la había quitado casi por completo. De todos modos, aquello se aproximaba a un final; presentí que no era un final agradable, y que muy probablemente se tratara del mío propio.

Ya era imposible regular las jornadas por la luz eléctrica; en muchas piezas las lamparitas estaban quemadas, o simplemente faltaban, y en las otras la luz se hacía cada vez más débil, como si la tensión fuera en constante caída, y al parecer nunca se apagaban; o, quizás, yo tenía muy alterado mi sentido del tiempo, o se encendían y se apagaban a un ritmo distinto.

Para dormir me arrojaba sobre el montón de escombros que me parecía menos incómodo, y no se me ocurría pensar que la luz fuera una molestia.

El paso siguiente, no sé si después de jornadas o de pocas horas, fue comprobar que de algunos caños rotos manaba agua, y que ésta inundaba el piso de algunas piezas. Se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era regresar por donde había venido, volver al túnel y a la playa y de allí explorar los otros túneles. Me refí; no podría haberlo hecho. Por otra parte me aferraba a mi teoría de que aquello

tenía que terminarse, de alguna manera, pronto; al mismo tiempo sentía curiosidad por saber de mi predecesor, esperaba alguna otra de sus huellas.

Pensé que si resistía lo suficiente, en algún momento, después del peor grado de lo peor, las cosas tenían que mejorar; y de cualquier manera, ya sin voluntad ni fuerzas, me hubiese resultado muy difícil hacer algo distinto que avanzar, hacia donde pudiera.

A pesar de que mi cabeza trabajaba de continuo, siempre impulsada por la fiebre, muy pocos razonamientos llegaban a la superficie. Por lo general me movía de una manera insensible, mecánica, con un ruido en la mente como el de las olas del mar, y percibía confusamente una maraña de pensamientos entremezclados que pugnaban por hacerse oír, pero no tenía ganas de desenredarlos.

De vez en cuando volvía a mi memoria la imagen de Mabel; a veces se mezclaba con la de Ana, y notaba que ya las había agrupado a ambas en un distante pasado, un pasado que me resultaba ajeno, como una película vista, y ya no me dolía no estar cerca de ellas. Me sentía como habiendo dado los primeros pasos en la muerte; seguía vivo, pero muchas cosas habían muerto dentro de mí, y sentía que todo lo que quedaba de mí era ese cuerpo moviéndose insensiblemente, y una vaga memoria, y una mente que se destruía a gran velocidad.

Me acostumbré a hacer un poco de alpinismo sobre los escombros, sobre todo en aquellos lugares en que confluían los charcos de agua de distintos caños y la inundación alcanzaba un nivel molesto; aún no era un problema grave, y en la mayor parte del recorrido sólo alcanzaba a mojarme los zapatos.

Sobre uno de estos montones de escombros, al dar un rodeo en busca de un camino más seco, encontré a mi predecesor, agonizante.

### Doce

Nunca había visto agonizar a un hombre. Tenía los ojos abiertos y dejaba escapar un ronquido casi constante. Su cabeza estaba próxima a la pared húmeda, por la que chorreaba un hilo de agua; supuse que hasta hacía

muy poco tiempo le bastaba estirar un poco la cabeza para mojar los labios en esa agua, no muy limpia.

Ahora parecía impedido de todo movimiento; su cuerpo estaba contraído, un poco siguiendo la disposición de los escombros. Sus ropas estaban tan raídas que a primera vista parecían retazos de género que le hubieran tirado por encima de cualquier manera.

Aparentaba ser muy viejo; sin embargo, sus cabellos no eran blancos, sino que estaban sucios de tierra y revoque, lo mismo que la barba, larga y tupida; cerca de su cuerpo vi un par de lentes, rotos.

Sabía que no podía hacer nada por él, pero me resistía a irme. Lo único que se me ocurrió fue llenar de agua el hueco de mi mano y dejarla deslizar entre sus labios; pero no vi que hiciera ningún movimiento para tragar.

Me senté a contemplarlo, sobre un montículo de escombros. A todos los elementos deprimentes, más bien demoledores, que había ido coleccionando a lo largo de aquellos días, se sumaba ahora esta imagen que parecía un ejemplo de lo que habría de ser yo mismo en pocas horas.

De pronto dejó escapar un ronquido distinto y me pareció que en sus ojos había una variante, algo parecido a un brillo inteligente. En efecto: volvió con mucha lentitud sus ojos hacia mí, y sus labios se movieron apenas.

—... el infierno —dijo, y siguió murmurando cosas incomprensibles. Me acerqué todo lo que pude; nuestras cabezas llegaron a estar muy juntas.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté con desesperación, pensando en él más que en mí. Sabía que la pregunta era inútil. No me respondió. Volvió a hablar del infierno y empezó a mezclar palabras, muchas incomprensibles.

—... arañas, es el infierno, la noche, ahora... el túnel... violeta, la luz violeta, el infierno... el mar, el mar.

—¿Estuviste en la playa? ¿Debo volver allá? Me miró con horror. No sé si lograba verme.

—... la playa, las arañas...

Continuó así, un rato, hasta que sus ojos quedaron otra vez en punto muerto, y recuperó el ronquido monótono.

Me volví a sentir muy afeitado y a punto de desmayarme. Le alcancé más agua y esta vez

la escupió decididamente. Resolví abandonarlo. No podía más.

Pienso que no me gustaría, en una situación similar, que un ser humano hiciera lo mismo conmigo. Me sentí cobarde, impotente, y me fui cargando de culpa por anticipado; se veía claramente que nada podía hacer por él, ni siquiera sabía si podía hacer algo por mí mismo. Sin embargo había un sentimiento atávico, supersticioso, religioso o no sé qué diablos que me reprochaba la idea de abandonarlo; al mismo tiempo, quedarme significaba también la culpa de mi impotencia y del deseo —que ya sentía salir a flote— de que ese hombre muriera de una buena vez. Con horror, con pena, me di vuelta y continué mi camino sin mirar atrás, tratando de no pensar.

Al cabo de un trecho el agua que inundaba las piezas era ya la norma, algo habitual, y subía. Después, mucho más adelante, empezaron a aparecer los esqueletos humanos, y las ratas.

Al principio fue uno, colgado por el cuello, de una cuerda, o un cinturón, que pendía de una viga del techo descubierta por un derrumbe; luego se fueron haciendo más frecuentes, y algunos estaban aún vestidos con restos de ropas, y en una pieza había una familia entera de ellos, muy próximos uno del otro, como en una reunión final.

Debí dormir en lugares oscuros con la sospecha de la proximidad de algún esqueleto. Sólo dormía cuando no podía dar un paso más. Luego no me atrevía a dormir en ningún lado; al principio por la certeza de que había esqueletos por todas partes, y que sólo bastaría con remover un poco los escombros sobre los que me echaba, para encontrar alguno; luego por las ratas.

Debí armarme con la pata de una mesa rota, y llenarme los bolsillos de escombros de tamaño apropiado; las ratas iban en aumento y se volvían cada vez más atrevidas; incluso llegaron a acercarse nadando, en lugares muy inundados, para atacarme.

Ya no existían puertas, que parecían haber sido arrancadas de sus marcos, y cuando hallaba alguna era imposible moverla, por los escombros acumulados. Los derrumbes incluían ahora también trozos de la otra pared, la superpuesta, pero tampoco llegaba a verse

qué había del otro lado: una tercera pared, sólida y entera, cubría las derrumbadas.

Milagrosamente crecía de tanto en tanto algún arbusto, en húmedos huecos en las paredes, y por todas partes había musgo y yuyos. En una pieza encontré, emergiendo de una rajadura muy profunda, una tímida flor amarilla.

### Trece

Me había convertido en un ser fantasmal que avanzaba tambaleante; sin embargo, a pesar del hambre, el sueño, el dolor y los mil motivos de desesperación acumulados, había logrado liberarme de todo sentimiento, de toda sensibilidad, y me había aferrado a la única idea en la que creía firmemente: que sólo se trataba de un torneo de resistencia, entre ese lugar y yo. Una de las dos cosas habría de terminarse, por fuerza, muy pronto. Lo único que cabía era avanzar; detenerse era simplemente morir. Mientras tanto, la edificación se prolongaba, agregando deterioros hasta grados increíbles, pero seguía en pie, tan hermética como al principio.

Mi paso no sólo no se debilitaba, sino que mis piernas me llevaban, o al menos así lo creía yo, a mayor velocidad. El sueño me hacía confundir las cosas, y estaba ya acostumbrado a caerme a menudo, por pisar mal, o por ver un camino allí donde había escombros o agua.

Todo había adquirido un tinte tan pesadillesco —y mi vigilia era algo tan parecido al sueño— que, en medio de la fiebre, comencé a sentir cierta felicidad de estar viviendo esta experiencia insólita. Me alegraba, incluso, de estar despierto; me hubiese decepcionado despertar de una pesadilla.

Interiormente estaba convencido de mi derrota, y ya me daba por muerto, como a mi predecesor. Entonces a cada paso perdía un poco más el interés por mí mismo, y lo particular de todo lo que me rodeaba cobraba, por contraste, mayor interés. Me había casi despersonalizado, integrándome como un elemento más a aquella decoración, que llegaba a ser hermosa en toda su miseria; como un esqueleto más, una rata más, un pedazo de ladrillo.

Pero el recorrido entre las piezas llegó justo al límite de lo transitable; me vi obligado a apartar escombros para poder seguir avanzando. No pude serle fiel a mi teoría hasta el final.

Pienso, porque no quiero engañarme, que mi teoría era correcta, aunque no tengo modo de demostrarlo. Pienso que estaba muy próxima una solución favorable.

Pero la tentación de una tercera puerta, que inesperadamente se mostraba en la pared izquierda de una nueva pieza, una tercera puerta libre de escombros —mientras que la abertura de salida estaba casi totalmente tapada—, era insoslayable. No dudé un instante; ni siquiera tuve fuerzas, o la inteligencia de plantearme, para quitar algunos escombros y mirar, al menos, hacia la pieza siguiente. Abrí la tercera puerta y empecé a andar por un corredor, largo y mal iluminado, pero seco, que allí nacía.

El corredor no presentaba aberturas, al menos por mí perceptibles en estos momentos; en cambio de vez en cuando se bifurcaba, y yo elegía al azar; me apoyaba con las manos en las paredes, a veces me detenía unos momentos, para luego continuar tambaleando, pegando con un hombro contra una pared, rebotando hacia la otra, dando, alguna vez, algún paso hacia atrás, fuera de mi voluntad, hasta que hallé, nuevamente, una puerta.

La abrí.

## SEGUNDA PARTE

### Catorce

Vi un lugar amplio, iluminado por el sol y a poca distancia una carpa pequeña, color verde oscuro. Luego advertí dos hombres, de pie al lado de un limonero que crecía junto a un largo paredón, cerca de una fuente blanca. Uno de ellos, el más alto y robusto, le dijo al otro en voz exageradamente audible:

—La carpa nos está resultando chica.

Estas palabras, las primeras que oía en mucho tiempo, y en un idioma familiar, hicieron que aflojera el sentido de responsabilidad acerca de mi propia persona. Me desmayé.

Según ellos, el hombre alto había alcanzado a sujetarme por debajo de los brazos y evitó que me lastimara al caer; y fueron tres días

enteros los que pasé sin conocimiento, en medio de su temor de que no volviera a recobrarlo nunca y de la preocupación por las escasas atenciones que podían prodigarle.

Sin embargo, esta pérdida de conocimiento no fue constante ni absoluta, y en mi memoria se presentan mezcladas una serie de imágenes, algunas que siento como verdaderas, otras claramente soñadas; y también siento esos tres días como un período mucho más largo, que tal vez podría abarcar varias semanas.

Mis recuerdos, soñados o no, incluyen pasajes por nuevos pasillos, un rostro de mujer muy próximo al mío, que me sonreía; varias figuras en movimiento a mi alrededor, como ejecutando pasos de danza; una visita a un lugar alto y circular, como la torre de un castillo, que tenía en medio del piso una argolla de hierro, muy gruesa y pesada, y en las paredes ventanitas altas y con barrotes; una puerta que daba al vacío, y allá abajo, lejano, el ruido del mar (estaba obscuro, y yo había estado a punto de caer al vacío); un galpón enorme, también visto desde una gran altura, con figuras aparentemente humanas, que se movían, allá abajo, alrededor de una hoguera; una conversación muy extensa con Ana, quien a ratos se transformaba en Mabel, y, finalmente, el hombre alto, de bigotes, o el otro, que era más bajo y rubio, siempre con lentes oscuros, quienes se alternaban en una guardia permanente junto a mi lecho. De vez en cuando se me acercaban con un vaso de agua. Y en una ocasión recuerdo haberlos visto a los dos juntos, de pie, conversando en voz baja.

Al cuarto día, entonces, debió ser cuando logré mi primera vigilia real más o menos extensa; abrí los ojos, y después de un largo rato de adaptación pude hacerme una composición de lugar: estaba dentro de la carpa, enfundado en una bolsa de dormir; a pocos pasos, sentado en el suelo, se hallaba el hombre rubio; me miraba sonriente pero se mantenía en silencio.

En seguida volví a cerrar los ojos y caí en una inconsciencia más liviana, tal vez un sueño natural, profundo. De este sueño salí varias veces, y cada vez que recaía en él lo iba sintiendo menos profundo y, por último, aún

dormido apreciaba el paso del tiempo de una manera habitual.

Cuando logré permanecer con los ojos abiertos intenté hablar, pero tenía grandes dificultades. Quería explicaciones; como borracho, con la lengua torpe y la boca pastosa, le preguntaba al hombre rubio qué había sucedido, qué estábamos haciendo allí. No sé si me entendió.

—No hable por ahora —dijo, y sus palabras me llegaron con nitidez—. Ya tendremos oportunidad de charlar largamente —se aproximó y me acercó un vaso con agua, del que tomé algunos sorbos—. Todo anda bien —agregó—. No se preocupe.

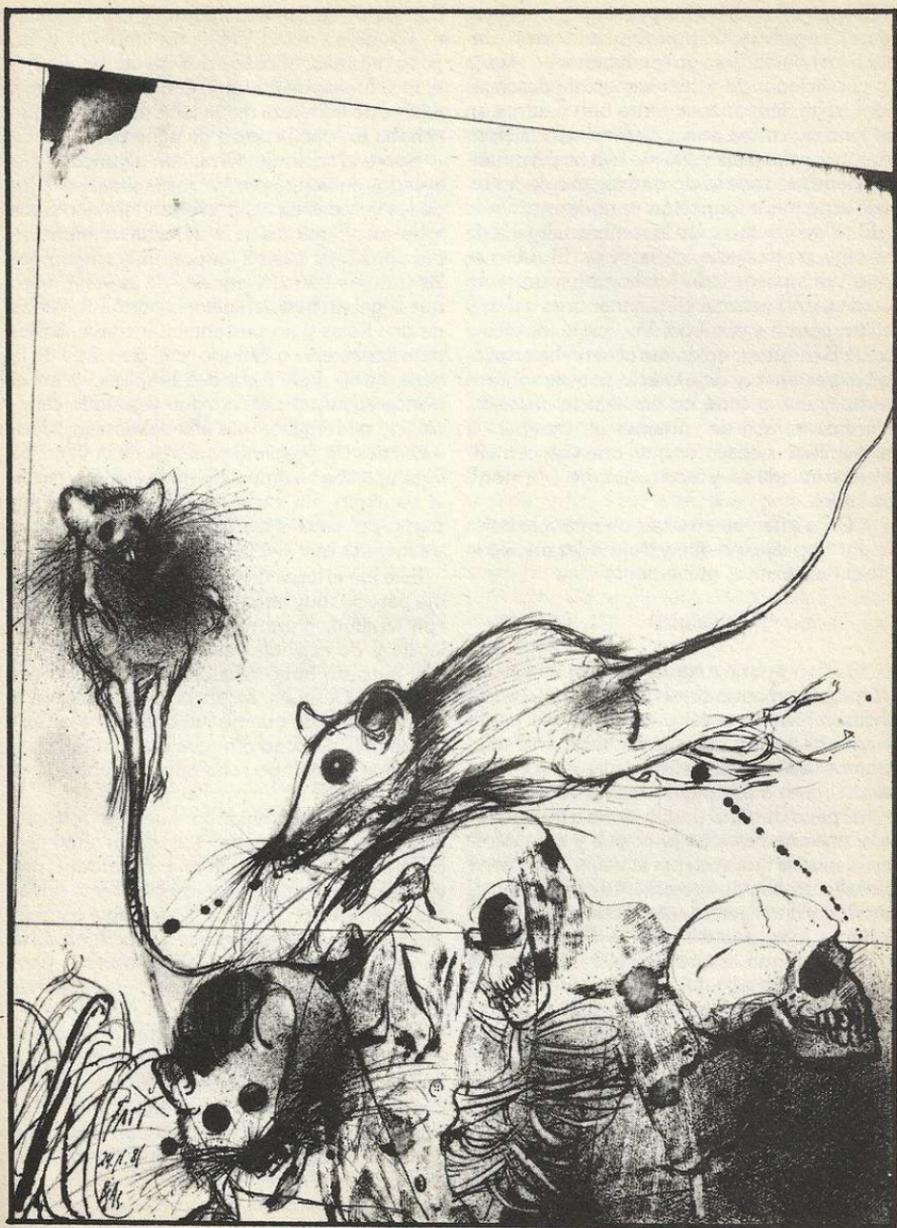
Me dejé estar, entonces, confiado, unas horas más. Cuando desperté volví a sentirme lúcido y muy fuerte, y aproveché que esta vez no había nadie a la vista para maniobrar con el cierre metálico de la bolsa hasta conseguir salir de ella e incorporarme. De inmediato me sentí mareado y débil; tuve que contener mis movimientos, porque sentía que cualquiera de ellos, un poco demasiado brusco, podría haberme hecho desmayar de nuevo. Mis ropas estaban apiladas sobre una sillita de lona, cerca de la bolsa de dormir, y me las fui poniendo lentamente. Como aún así sentía frío, me eché por encima una manta que tomé de otro de los lechos tendidos en la carpa.

Salí, en aquella especie de patio encontré a los dos hombres. El sol estaba próximo a ocultarse. Se sorprendieron al verme aparecer y sonrieron.

—De modo que no hay velorio —dijo el alto, tendiéndome la mano. Tenía una camisa gruesa, a cuadros rojos y verdes, y parecía un hombre sercillo y bonachón—. Me llamo Bermúdez. Y éste —agregó señalando al rubio— es el Alemán.

Estreché la mano de ambos y les agradecí esa constante atención que había logrado observar, mal que bien, en estos días. Bermúdez se encogió de hombros.

—No se podía hacer mucho, desgraciadamente —dijo. De inmediato, a riesgo de parecer descortés, di por agotado el tema y me lancé a hacerles las preguntas: dónde estábamos, qué hacíamos allí, por qué, etcétera. Pronto se desvaneció la esperanza que había nacido al verlos: estaban tan desconcertados y perdidos



como yo. Todas las respuestas que obtuve fueron negativas. En principio se miraron, dubitativos; sin duda se preguntaban si yo estaría en condiciones de recibir semejante desengaño. Luego, lentamente, entre uno y otro, con un tono que hacía de ser filosófico o indiferente, con mucha paciencia, me fueron informando mediante rodeos de que realmente no tenían ninguna información para darme.

El sol proyectaba aún la sombra alargada de las rejas puntiagudas de la verja. El rubio se alejó unos pasos, con los hombros un tanto alzados, y comenzó a seleccionar unas ramas y leñitas para hacer fuego. Yo desvié los ojos a los de Bermúdez, quien me observaba en actitud expectante, y dejé caer la cabeza sobre el pecho y me encerré en un silencio absoluto, mientras trataba de contener un torrente de pensamientos oscuros que, otra vez, comenzaban a invadirme y atormentarme. Me mordí los labios.

—Creo que voy a volver un rato a la bolsa de dormir —dije, por fin, y Bermúdez meneó la cabeza afirmativa, gravemente.

### Quince

Entre mis apuntes figura un dibujo, el plano del patio. Tomando como punto de referencia la desembocadura del pasillo que me había llevado hasta allí, ubicada en una pared alta, de unos seis o siete metros de largo, si yo me paraba junto a esa puerta, como volviendo a salir al patio desde el pasillo, tenía a mi izquierda el enorme paredón principal, y a mi derecha el murito que sostenía la verja. Esta pared formaba un ángulo ligeramente obtuso con el paredón y uno ligeramente agudo con la verja. Enfrente, otra pared similar a ésta. El patio tenía una forma casi rectangular, en realidad un trapecio. El largo del paredón sería de unos doce metros, tal vez un poco más. Todo el patio estaba bordeado interiormente por un cantero de tierra, limitado por un cordón de ladrillos, y se veían algunas plantas; justamente, en el rincón formado por el muro de la verja y la pared norte, había unos matorrales que servían de biombo para el excusado —un agujero en la tierra del cantero.

Las tres paredes altas presentaban distintas aberturas, con o sin puertas, a distintos niveles

del suelo. Junto al paredón, y aproximadamente en su mitad, crecía un limonero y, un poco más allá, adosada a la pared, había una blanca fuente de mármol, con una canilla, y el relieve de la cabeza de un león marmóreo que echaba un débil chorro de agua por la boca.

Sobre el suelo de tierra, con algunos trozos aislados cubiertos por baldosas similares a las de las veredas de calle, crecían también otros arbustos. El murito de la derecha se interrumpía para dejar paso a un portón, formado por las mismas barras verticales de la verja, pero que llegaban hasta el suelo; el portón constaba de dos hojas y no presentaba inconvenientes para ser abierto o cerrado. Del otro lado de la verja había una zona descampada, y en el portón se iniciaba un antiguo y gastado caminito de pedregullo; más allá del descampado, a no más de doscientos metros de la verja, se veía una selva compacta, en la cual se perdía el caminito. La carpa estaba situada en un punto próximo al centro del patio, más cerca de la verja que del paredón.

Este fue el lugar de mi convalecencia, la que me pareció muy larga; las fuerzas volvían a mí con lentitud, y era muy escaso el tiempo de vigilia y de actividad que iba ganando día a día; pero no hubo recaídas, y la mejoría era evidente. Después, sacando cuentas, llegué a la conclusión de que no fue una convalecencia de más de ocho o nueve días; aunque, en ese lugar, el tiempo solía hacer algunas juguetas.

Fuimos intercambiando nuestras historias en forma desordenada. Las suyas eran tan difíciles de creer como la mía. Bermúdez, por ejemplo, tenía una idea exclusivamente selvática y campestre del lugar. Todo había comenzado, según sus palabras, con la compra de la carpa y la intención de hacer turismo para tratar de olvidar por unos días sus problemas familiares y cotidianos.

Había ido a acampar a un lugar habitual y amable, un parque en las proximidades de un arroyito. Un día se alejó demasiado, en tren de caza, y se encontró de pronto en una selva húmeda, con árboles altos y lianas, oscura y densa. Lo sorprendió luego encontrarse con una puerta y notar además, a los lejos, por detrás de los árboles, unas paredes increíblemente altas, grises. Se sintió atrapado, entram-

gado. Por fin se decidió a abrir la puerta, que estaba sobre una pared larga y cubierta de enredaderas, protegida y disimulada por árboles y plantas, y entró en una pieza que tenía forma de rombo. Estaba casi vacía, y en un rincón, ovillado y asemejándose a un tapado de piel abandonado, había un gorila. Cuando el mono comenzó a incorporarse, como despertando lentamente de un sueño, Bermúdez no pudo volver a abrir la puerta, que se había cerrado, y apenas tuvo tiempo de dar muerte al gorila con el fusil. Pensó que, sin querer, había entrado a un zoológico, y se sintió culpable.

—Vi otra puerta —contaba— y no tuve más remedio que salir por allí; pero la puerta daba a una escalera, que llevaba a una especie de altílo, y la única salida del altílo era un balcón, que daba un patio, y tuve que descolgarme por el balcón, agarrado a una cañería, y del patio salí a un campo.

La historia se hacía interminable. Había accedido a otros lugares selváticos o bosques, e incluía anécdotas de lucha con animales salvajes. Encontró finalmente su carpa, en un lugar totalmente distinto al que creía haberla dejado, y pudo rescatarla junto con el resto de su equipo a riesgo de ser devorado por caimanes. Por momentos la historia se volvía ridícula, en labios de un adulto, y se me hacía difícil contener la sonrisa; pero Bermúdez estaba muy serio y, en realidad, yo no tenía motivos para dudar de ninguno de los detalles. Al narrar mi propia historia notaba, de tanto en tanto, la misma sombra de incredulidad en los rostros de mis interlocutores; e incluso debí omitir algunos detalles, como por ejemplo la aventura con Mabel, para hacerla un tanto más creíble.

El Alemán, por su parte, no se quedaba atrás. De acuerdo con su historia, deshivana-da y dicha en voz baja, un poco entre dientes, y que debí reconstruir, y aun cubrir ciertos pasajes con detalles extraídos de mi imaginación, había dedicado los últimos años de su vida a lamentarse de que su mujer lo hubiese abandonado, llevándose con ella a sus dos hijos (el Alemán, a todo esto, era en realidad hijo de paraguayos con lejana ascendencia germánica).

Hacia unos días se había embarcado para

probar fortuna en Buenos Aires. Se durmió en la travesía nocturna, y al despertar comprobó que el barco estaba vacío, anclado en un puerto desconocido y desierto.

Ambuló por este puerto y por un pueblito también deshabitado, hasta encontrar un hotel: en la puerta había dos mujeres, y lo llamaron. Una vez adentro pasó varios días con las mujeres (y aquí el Alemán adquiere una mayor fluidez en el lenguaje y exhibe una especie de catálogo informativo de las infinitas fórmulas del erotismo) hasta que un día descubrió que la puerta por la que había entrado no podía abrirse, y que no había otras puertas al exterior. Por otra parte, las mujeres hablaban un idioma muy extraño, y a veces parecían burlarse de él. Intentó, al principio, desear la preocupación: disponía de todas las habitaciones de un hotel, grande y lujoso, para que las dos mujeres le hicieran olvidar la tristeza por la esposa y los hijos perdidos; pero en cierto momento no pudo resistir más allí dentro (y se sentía un poco avergonzado al narrarlo, como si yo no pudiera entender la claustrofobia y, más aún, ese sentimiento de ajenidad e incomunicación con las mujeres burlonas). Huyó por la azotea.

Durante un tiempo estuvo acompañado sólo por unos gatos; desde ese lugar parecía como que el pueblo entero estuviese formado únicamente por azoteas, sin calles ni plazas, ni el menor espacio libre entre un edificio y otro. Cuando decidió deslizarse al interior de una casa, se dio cuenta de que no había otra forma de salir, aparte de la puerta de la azotea por la que había entrado, que unos pasillos y túneles, por los que finalmente optó luego de muchas dudas y temores. Estos túneles lo llevaron, luego de varias idas y vueltas, a otros lugares cerrados y desiertos.

Cuando ya había comenzado nuevamente su vida de lamentaciones, esta vez por haber abandonado el hotel y las dos mujeres, logró acceder al patio. Pero previamente había tenido un par de aventuras que, según dijo, casi lograron desequilibrarlo.

En uno de los pasillos había sido perseguido tenazmente por un hombre alto de sobretodo raído, quien trataba de convencerlo en un idioma extranjero ayudándose con señas, de que le comprara unos billetes de lotería que

llevaba colgando en una tira, en la mano derecha, y de quien le costó más de una jornada desprenderse.

Y en otro de los lugares, y sumergida en una enorme pecera incrustada en la pared, había visto ahogarse a una muchacha, desnuda en un agua verde, sin poder hacer nada por evitarlo; el vidrio había resistido todos sus embates, y sólo consiguió sacarse un hombro —el que aún le dolía con el tiempo húmedo.

### Dieciséis

Me enteré de que había otras personas ligadas a este patio. Por los agujeros, con o sin puertas, de las paredes (los que Bermúdez recomendaba no descuidar jamás, aunque hasta el momento no habían traído nada peligroso) habíamos aparecido, en este orden, Bermúdez, el Alemán, alguien a quien llamaban (nunca supe el motivo) “el Farmacéutico”, el Francés, un alemán auténtico y yo. El Francés era realmente un francés, que a duras penas lograba entenderse con ellos. El Farmacéutico, según Bermúdez, estaba loco porque siempre contaba una historia distinta de su llegada a ese lugar, y parecía ser en realidad un maquinista de ferrocarril. El “alemán auténtico”, con quien el rubio apenas podía cambiar algunas palabras, permaneció hosco, en un silencio expectante y agresivo, durante algunos días; después desapareció, sin que nadie viera por dónde ni cómo, ni supiera por qué.

El Francés y el Farmacéutico habían salido, poco antes de mi aparición, en un intento de explorar los alrededores —es decir, la selva. Su ausencia prolongada preocupaba bastante a Bermúdez.

El y el Alemán se turnaban en los quehaceres, más complejos de lo que yo sospechaba al principio. Luego yo también me incorporé a las tareas, pero, mientras tanto, pasaba la mayor parte del tiempo arrebujado en la frazada, sentado en el suelo cerca del fuego, del que se ocupaba pacientemente el Alemán, manteniéndolo con gran ahorro de leña o aviéndolo llegado el momento; y yo meditaba todo lo que mi estado me lo permitía, y luego fui retomando mi costumbre de hacer anotaciones.

Estábamos bastante bien equipados: Ber-

múdez se había aprovisionado exageradamente para sus vacaciones turísticas, y consumíamos en forma moderada su café instantáneo y la leche en polvo, latas de conserva y cosas por el estilo; y todavía había algunos restos aprovechables de carne fresca de venado, fruto de una cacería de días anteriores. Esta carne la salaban y luego la asaban para mantenerla, pero ya comenzaba a oler mal y se hablaba de una nueva cacería. Sin embargo, había que esperar un poco más: al Francés y al Farmacéutico, o a que yo me repusiera del todo. Se trataba de dispersar lo menos posible a la gente.

Bermúdez y el Alemán acostumbraban afeitarse, e incluso ya se habían cortado el pelo mutuamente en una oportunidad. Bermúdez me ofreció sus implementos. De ellos me interesaba solamente el espejo. De antemano rechazaba la idea de afeitarme; me parecía que el aspecto adquirido, cualquiera que fuese, tendría su razón de ser, era como una muestra viva, un diario de viaje de las cosas sufridas. Pero me interesaba mirarme al espejo; en todo ese tiempo allí no había encontrado ninguno, y me producía una sensación extraña no tener esa referencia de mi aspecto. No era, exactamente, como si me hubiese olvidado de mis rasgos; pero necesitaba alguna confirmación. También sabía que al mirarme perdería algo importante, justamente esa sensación que no puedo explicar.

Era un espejo pequeño, con el azogue saltado en varios lugares, pero no distorsionaba la imagen. Es posible que exagere mi descripción, pero al mirarme sentí que era exactamente así: la imagen de un ser sumamente delgado, con una terrible masa de pelo hirsuto y desperejo, y ojos de loco; la barba me había crecido a un grado tal que parecía que la llevaba desde hacía años. Recordé que en una oportunidad había estado un año sin afeitarme, y no había conseguido una barba de dimensiones parecidas.

El pelo se extendía en todas las direcciones, un tanto erizado, e incluso me caía sobre la frente, dándome un aspecto de estupidez del cual apenas me salvaban los ojos, los que me parecieron de una agudeza que nunca antes habían mostrado, una inteligencia un tanto salvaje; eran más pequeños y alargados, astu-

tos, y en las pupilas noté un brillo paranoico o febril.

De todos modos me mantuve en mi decisión de no afeitarme y rechacé un amable ofrecimiento del Alemán, de cortarme el pelo; me limité a ordenármelo un poco con las manos, teniendo cuidado de echarlo hacia atrás, dejando al descubierto la frente para no parecer tan estúpido.

Anochecía, y Bermúdez me dijo:

—Usted es todavía un huésped de honor, pero lo noto bastante recuperado. Trate de descansar bien esta noche, porque desde mañana deberá comenzar a integrar la guardia.

Me explicó que, dados los riesgos desconocidos que se suponía podían acecharnos, había, de noche, una guardia permanente; en estos momentos sólo quedaban ellos dos, por lo que los turnos eran muy sacrificados. Yo protesté, asegurando sentirme bastante bien como para cumplir unas horas de guardia esa misma noche, pero Bermúdez insistió en esperar veinticuatro horas. También insistieron, ambos, para que continuara ocupando la bolsa —que era la forma más cómoda y abrigada de pasar la noche.

Luego Bermúdez se puso ropas muy gruesas y un sobretodo, y una gorra de cazador con aletas que le tapaban las orejas, y controló que el revólver que llevaba al cinto estuviera listo para ser usado. Tomó una linterna que había en una mochila, bajó la llama del farol de querosene y la apagó de un soplido, y nos dio las buenas noches.

—Son las doce en punto —dijo, y me extrañó mucho saber la hora—. A las cuatro, el Alemán me releva; y a las ocho todo el mundo en pie.

### *Diecisiete*

—Las ocho —me despertó la voz del Alemán. No había logrado dormir bien. Apenas había puesto la cabeza en la almohada, ya habían comenzado los ronquidos del Alemán; yo, a pesar de la comodidad de la bolsa, me revolví inquieto durante horas antes de conseguir dormirme. Este encuentro, cuyos alcances no había podido aún medir, ni imaginar, me excitaba; de alguna forma me sentía contento, pero también había un dejo de

aprehensión cuyo origen no podía localizar; quizá me había acostumbrado a la soledad, o quizá me molestaba que la compañía fuera la de esta gente —extraordinaria desde muchos puntos de vista, pero con quienes no lograba un grado muy aceptable de comunicación.

Me pareció que recién conciliaba el sueño cuando me despertó un movimiento en la carpa; una vez hecha la composición de lugar, comprendí que era el cambio de guardia. Enseguida los ronquidos de Bermúdez sustituyeron a los del Alemán.

El desayuno consistió nuevamente en galleta y café instantáneo. La jornada fue poco interesante, aunque la tensión crecía por la falta de noticias de los exploradores. De ellos se habló, naturalmente, y así pude enterarme de parte de sus historias. Bermúdez insistió en que el Farmacéutico debía ser loco.

—Una vez —dijo— me contó que había llegado a este lugar tragado por un remolino; dijo que había salido a pescar en un bote, y que de pronto un remolino lo absorbió. Pero a éste —y señalé al Alemán, quien asintió de antemano con pequeñas oscilaciones de la cabeza— le dijo que fue en el consultorio de un dentista, en el momento en que le sacaban una muela; sintió que se la arrancaban de un tirón, y tenía los ojos cerrados, y como después no sintiera más nada los abrió, y encontró el consultorio vacío. Estuvo un rato escupiendo sangre, y después se aburrió y se fue del consultorio, para encontrarse en un lugar completamente distinto.

El Alemán volvió a confirmar con la cabeza.

—Después —prosiguió Bermúdez— me volvió a contar una historia distinta: que manejaba una locomotora que arrastraba una serie de vagones, y se metió en un túnel habitual, y que al salir del túnel se encontró con que las vías terminaban, más allá, junto a unas luces coloradas, y que estaba en un lugar desconocido; después, al bajarse, se dio cuenta de que estaba solo con la locomotora: el resto del tren había desaparecido.

”Y no creo que sea un mentiroso. En general es un tipo muy correcto. Lo que pasa es que debe estar loco.

Luego se habló del Francés. Bermúdez lo había encontrado leyendo un libro a la sombra de un árbol, junto a un arroyo, a punto de ser

devorado por un león que se le había estado acercando sigilosamente. Bermúdez usó con precisión el fusil, y mató al león con una sola bala. Parece ser que el Francés es un hombre de sangre fría; agradeció amablemente a Bermúdez que le hubiera salvado la vida, pero, según Bermúdez, había un fondo de total indiferencia en él. Y sospechaba que sabía más español de lo que daba a entender, pero que prefería mantenerse aparte de las conversaciones, siempre con su aire de indiferencia, los hombros alzados, la espalda un tanto encorvada, leyendo o con las manos en los bolsillos, y la vista perdida en la selva o en algún punto imaginario. Después de lo del león se había apartado de Bermúdez hasta el reencuentro que se produjo cuando apareció por una de las puertas del paredón, sin dar mayores explicaciones, escudándose siempre según Bermúdez, en su aparente ignorancia del idioma.

El Alemán tomó luego la palabra, con cierta timidez, para terminar impulsando la conversación hacia temas eróticos. Cuando se hicieron las doce, Bermúdez me entregó el reloj, la linterna y el revólver, y me repitió algunas recomendaciones.

—Sobre todo, no jodas con las linterna—me dijo, pasando a un tuteo que me cayó simpático—. Hay que cuidar las pilas.

Se metieron en la carpa y le di las buenas noches. Me ubiqué en un lugar próximo a la fuente, al que llegué a tientas porque no se veía nada, y entre nervioso por tener la responsabilidad nueva de esta misión, y disgustado porque me parecía una precaución inútil, comencé a cumplir mi primera guardia, en la que casi le ahorro al Francés el trabajo que se tomaría algunos días más tarde, de volarse la cabeza de un tiro.

### Dieciocho

—*Est-ce que tu est fou? C'est moi, merde!*—gritó un vozarrón desesperado: yo estaba aburrido, golpeando los pies contra el suelo para calentarlos o dando pequeños paseos que siempre terminaban en la fuente de mármol, cuyo borde era demasiado frío para sentarse; habrían pasado un par de horas, es decir, la mitad de mi turno, cuando oí ruido de pasos.

—¿Quién anda ahí?—me pareció gritar, pe-

ro luego se supo que mi voz había sonado demasiado débilmente. Al no obtener respuesta, guardé silencio y oí que el portón se abría, rechinando; entonces me asusté y esta vez sí, grité con toda la fuerza: —¡Alto, o disparo!—pero no di tiempo a que el Francés se identificara; mi dedo oprimió el gatillo y sonó un balazo que retumbó largamente; el Francés gritó. Los de la carpa se movilizaron, gritando también y tratando de encender el farol. Después Bermúdez me recriminó por no haber usado la linterna, pero en realidad había intentado hacerlo al escuchar los primeros ruidos; simplemente que, por no gastar las pilas, hacía tiempo que no la encendían y nadie había tenido la precaución de probarla. La linterna no andaba.

Rodeamos al Francés y comprobamos con alivio que estaba ileso. Había regresado solo, y en ese momento mostraba un aspecto de serenidad total. Bermúdez, una vez pasada la agitación, le preguntó ansiosamente qué les había sucedido.

—Nada—respondió el Francés con tranquilidad, y luego pasó a explicar trabajosamente, en una lengua que mezclaba el francés con el español y algunos vocablos desconocidos, que la aventura en la selva había sido muy pobre—. Ni un animal, ni una persona, todo silencioso y desierto, anduvimos un día entero dando vueltas como tontos. La selva se vuelve complicada más allá, y es difícil avanzar sin machete. Mejor bulldozer. Pero creo que no vale la pena—terminó, encogiéndose de hombros. A la luz del farol se veía una cara hermosa, bordeada por largo pelo lacio y barba negruzca y larga, con reflejos rojizos. Tendría unos treinta años, quizás menos.

—¿Y el Farmacéutico?—preguntó Bermúdez, visiblemente decepcionado. El Francés volvió a encogerse de hombros.

—Está loco. Empezó a ver una luz que se movía, y yo no veía nada. Me arrastró durante toda una noche, hasta el amanecer, detrás de la bendita luz. “¿Qué luz?”, le preguntaba yo, y él se enojaba: “Esa luz, ¿no ves?, esa luz”. A la noche siguiente me aburrí de seguirlo y me quedé a dormir en un árbol. Después lo perdí.

Todos, y especialmente Bermúdez, estábamos asombrados por la fría tranquilidad del Francés, capaz de dormir en un árbol de la

selva; y nos miramos en una especie de entendimiento desconfiado, por muchos motivos; entre ellos, que el Francés hubiese podido hallar en plena obscuridad el camino de vuelta al patio. Bermúdez se animó a preguntárselo directamente.

—Suerte —respondió el Francés, con un nuevo encogimiento de hombros. Luego agregó con aire ingenuo: —¿Por qué no?

El Alemán preparó café instantáneo. Después de beberlo advertí que mi guardia había terminado, y le pasé el reloj y el resto de las cosas a Bermúdez.

La carpa había sido pensada para dos personas, y aunque todavía quedaba espacio, se volvía incómoda. Le pedí a Bermúdez que tratara de dejarme dormir más allá de las ocho; el frío y el nerviosismo me tenían mal, y tenía una recaída. El quedó sentado en la fuente, junto al farol, tratando de arreglar la linterna. Los demás nos metimos en la carpa.

Descubrí, antes de dormirme, por qué me sonaba especialmente falsa la historia del Francés: se trataba del tiempo. El hablaba como si sólo hubiese estado fuera durante dos o tres días, y habían pasado, según mis cálculos, por lo menos diez o doce desde que junto al Farmacéutico habían salido en su exploración, antes de mi llegada al patio. En resumen, tardé mucho en dormirme y no dormí bien. Y a pesar de mi pedido a Bermúdez, fui despertado a las ocho como todo el mundo.

Pasé el día durmiendo, tirado en el suelo, al sol, o refugiándome a veces en la carpa. También tuve oportunidad de charlar con el Francés. Su historia coincidía con lo que me había contado Bermúdez, incluyendo lo del león (aunque, desde luego, hasta después de la muerte del animal, el Francés siguió largo rato sin comprender que ya no estaba en su país, y no explicaba cómo podía haber llegado un león cerca del Sena, en las afueras de París). Pero su relato era menos anecdótico que los otros; tenía más contenido de un tiempo interior, muy especial, y se demoraba en detalles que no eran aparentemente los más destacables. Me fui haciendo a la idea de que realmente ese hombre tenía un tiempo distinto, y me pareció que al fin había dado con alguien a quien se le podía inquirir seriamente sobre todo aquello. Sin embargo, obtuve un encogi-

miento de hombros y un largo silencio; después habló, en su mezcla de idiomas.

—No sé, no me sorprende demasiado. La bomba atómica, quién sabe. Fisuras en el espacio-tiempo, el láser, la relatividad —mezclaba todo con las manos, haciendo ademanes amplios y vagos como para dar coherencia al conjunto. Pero siguió hablando, y a pesar del desinterés que demostraba en general por las cosas se veía que había meditado largamente, al menos tanto como yo. Hablando del Farmacéutico, por ejemplo, manifestaba no encontrar que las tres versiones de su llegada aquí fueran realmente contradictorias.

—Quién puede saberlo —comentó—. Yo no creo demasiado en los hechos, ni que haya necesariamente una explicación para cada fenómeno.

Le hablé de mi teoría de un lugar circular, y él dijo que también se le había ocurrido.

—Pero no podemos tener ninguna certeza acerca de nada —agregó—. Yo tengo una teoría muy linda, muy coherente en sí misma, acerca de este lugar, pero no podría demostrarla. Imagino que podría tratarse de un trozo, como una nube, o algo así, de una materia especial, de otro tipo, no sé, que de alguna manera nos hubiera tocado una a nosotros o nos hubiera envuelto, y esta materia daría forma a nuestros deseos o temores inconscientes. Me llama la atención la diversidad de formas de llegar aquí, y que esas formas parecieran corresponder a la personalidad de cada uno, *n'est-ce pas?* —Este “n'est-ce pas?” lo repetía a cada momento y es lo que de él mejor me quedó grabado en la memoria.— Escuchando cada narración, uno pensaría en lugares totalmente distintos, desconectados entre sí, que nada tuvieran que ver; y sin embargo, incluso geográficamente, todos hemos estado muy cerca unos de otros en este tiempo —desde luego, todo esto dicho con mucha calma y con muchos silencios en medio.

Luego le pregunté si él creía posible salir de allí.

Repitió su tic con los hombros.

—¿Para qué? —preguntó a su vez.

Era una pregunta que yo ya había comenzado a formularme, y cuya respuesta trataba de evadir, desplazándola, o respondiéndola fácilmente con alguna imagen. Pero ante un inter-

locutor de carne y hueso la respuesta se hacía más endeble.

—Bueno... —comencé a decir, vacilando—. Por ejemplo, yo conozco a una muchacha... se llama Ana...

Pero ya no era cierto. Ana se había diluido definitivamente. Traté de recomponer otra vez su rostro: un ojo, otro ojo; los labios; pero no pude. El Francés observaba en silencio mi esfuerzo un tanto desconcertado, fumando su pipa sin ansiedad.

Hacía ya unos cuantos días que la angustia trazaba en mí nuevos dibujos, con la imprecisión característica de los comienzos. Pero si su avance era lento y más lenta aún mi conciencia de ella, lo cierto es que avanzaba. A las experiencias vividas se sumaron los relatos escuchados, ampliándose las dimensiones de este lugar a límites increíbles, que empezaba a sospechar infinitos; al mismo tiempo, lo que yo llamaba mi vida cotidiana, es decir todo aquel pasado que finalizaba en aquella pared gris de la esquina frente al kiosco, se había disuelto junto con la imagen de Ana, formaba un mundo pequeño y lejano y ahora, comprobé con asombro, mi vida cotidiana era ésta, en un lugar desconocido, rodeado de extraños.

Fui dejando escapar algunas de estas cosas, como hablando en voz alta conmigo mismo. El Francés sonrió.

—Por supuesto —dijo, y me llegó el aroma del tabaco que fumaba, recordándome que desde mi enfermedad no había vuelto a fumar—. ¿Pero en qué mides lo desconocido de este lugar, en relación al que dejaste? ¿Cuánto más extraños somos para ti los que ahora te rodeamos, que aquéllos que te rodeaban en tu ciudad?

Me pareció que tenía razón, pero algo hacía que me aferrara a la nostalgia; hablé del peligro que había allí, cosa que divertió al Francés, y me recordó los accidentes automovilísticos, y citó de memoria algunas cifras estadísticas acerca de muertes violentas; nunca supe si las había inventado en el momento o no, aunque este detalle no tenía importancia. Luego se perdió en una suma un tanto empalagosamente morbosa: peligro atómico, explosión demográfica, envenenamiento de la atmósfera, etcétera.

• Me deprimí, desde luego. Para protegerme

me escuché en la certeza de que había algo que el Francés ignoraba, o que no podía sentir, y que yo no podía explicar. Pero me quedé pensando, y anduve incómodo y esquivando a la gente. Especialmente me quedó grabado ese “¿para qué?”. Era muy fuerte.

Durante este día empezaron los primeros ataques de los demás para integrarme a las tareas; y al día siguiente arrieraron. Realmente comenzaban a molestarme. Cuando me volvió a tocar el turno en la guardia, lo acepté mecánicamente, sin protestar. La cabeza me seguía trabajando todo el tiempo, y me provocaba un estado de adormecimiento en el que las ideas no tomaban una forma muy precisa.

Hacia el amanecer, cuando la guardia tocaba a su fin, me asaltó un pensamiento que hasta ese instante no había logrado capturar para su formulación en palabras.

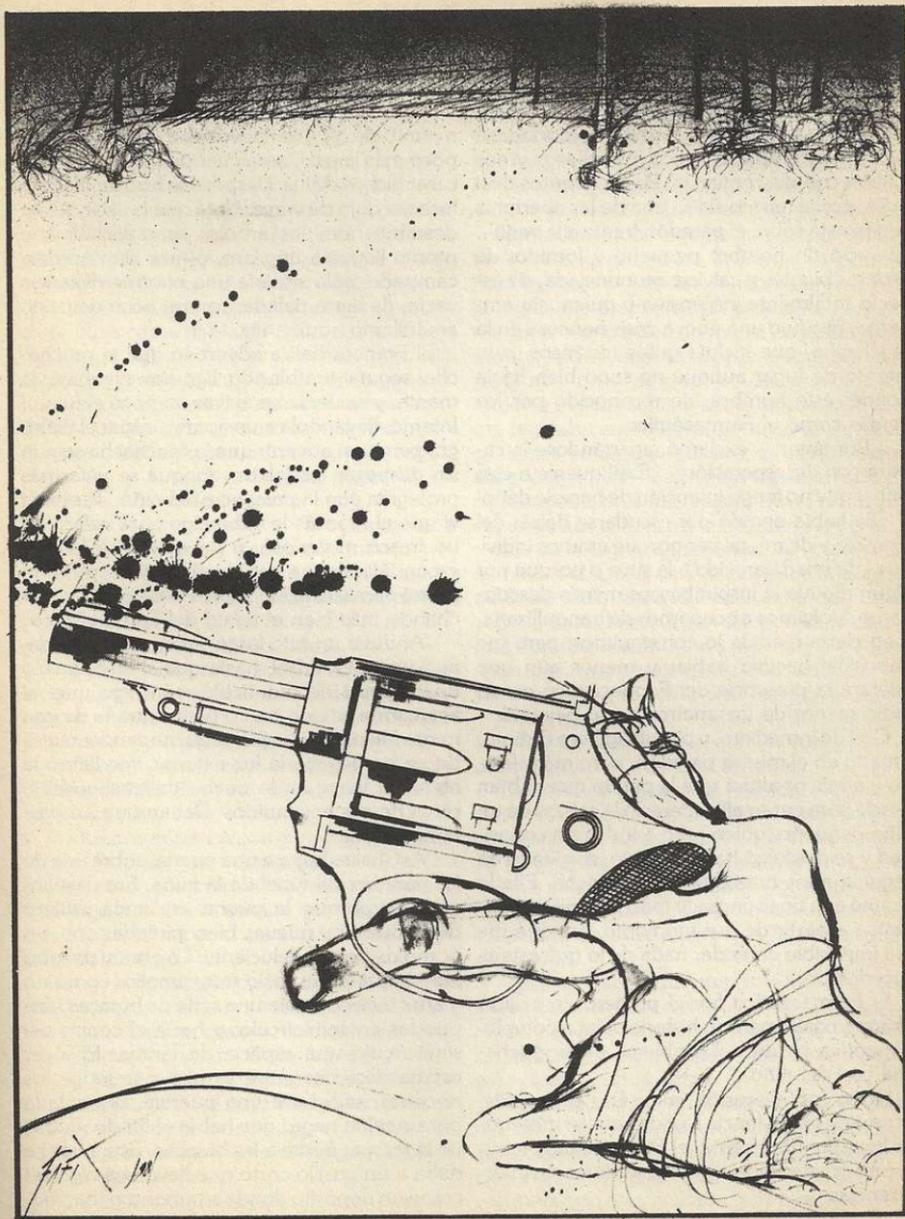
—Es preciso salir de aquí —me dije en voz baja, con asombro de mí propio descubrimiento—, aunque no necesariamente para volver allá.

Por lo menos, y me pareció evidente, había que salir de ese patio. No sabía lo que pensaba el resto del grupo, pero yo sí estaba seguro de no querer permanecer allí toda la vida. Era muy claro que había que salir, sin preguntarse para qué; el para qué, pensé, quizás habría de saberse luego, o quizás nunca, o quizás no había ningún “para qué”; pero había que salir, sencillamente porque no había ningún motivo para quedarse. Recordé, sin embargo, otra frase del Francés que me había dejado pensando.

—La mayoría de las desgracias que sufren los seres humanos —y aclaró que citaba a Pascal—, se deben a que uno no sabe estarse encerrado en su cuarto. Pero no te preocupes —agregó, con una sonrisa tierna—; yo tampoco podría hacerlo.

### *Diecinueve*

Al día siguiente se produjeron novedades de importancia. Fue después del almuerzo, mientras yo tomaba sol perezosamente junto a la verja, y hacía algunas anotaciones de vez en cuando al recordar algún detalle, y un poco por novelería, para usar un bolígrafo nuevo que me había regalado el Francés.



En primer lugar apareció una muchacha, en ropas veraniegas, temblando de frío y muy asustada. De inmediato se le suministró una frazada, y todas las atenciones solícitas del caso, tratando de tranquilizarla; no despegó los labios y sollozaba en forma entrecortada; a veces interrumpía un poco los sollozos y nos miraba con desconfianza. Pocos minutos después, por el mismo sitio —una de las aberturas con puerta sobre el paredón frente a la verja—, apareció un hombre pequeño y fornido, de espesos bigotes y calvicie pronunciada, de aspecto totalmente inofensivo y quien, sin embargo, produjo una nueva crisis nerviosa en la muchacha, que incluía gritos histéricos y un intento de fugar aunque no supo bien hacia dónde: este hombre fue reconocido por los demás como el Farmacéutico.

—¡Por favor! — exclamó, agarrándose la cabeza con desesperación—. ¡Explíqueme a esta mujer que no tengo intención de hacerle daño!

Ella había optado por escudarse detrás del Francés y de mí, tal vez porque éramos individuos de edad parecida a la suya o porque por algún motivo le inspiráramos menos desconfianza. Volvimos a ocuparnos de tranquilizarla, y en cierta medida lo conseguimos; pero fue imposible hacerla hablar y menos aún que tolerara la presencia del Farmacéutico en un radio menor de tres metros de su persona.

Casi de inmediato, y por un agujero distinto, situado en el mismo paredón, pero más alejado y a mayor altura que la puerta que habían usado para entrar allí, apareció la cabeza de un niño pequeño, quien miró a todos sin curiosidad y se descolgó hacia el suelo, corriendo en seguida a los brazos de la muchacha. Ella lo aceptó con una sonrisa, y todo pareció normalizarse a partir de ese momento, aunque me era imposible entender nada de lo que estaba sucediendo.

El Farmacéutico fue el primero en aclarar algunas cosas, pero su historia dejaba completamente a oscuras el problema de la muchacha y el del niño.

Hubo una discusión entre él y el Francés, acerca de la existencia real de aquella misteriosa lucecita; finalmente, el Farmacéutico tomó la palabra decidido a contar su relato sin interferencias.

—Empecé a caminar, siguiendo la lucecita.

Era blanca, con matices azulados, y se prendía y apagaba irregularmente, y cambiaba de ubicación —noté un cierto acento italiano, y una forma de hablar que lo identificaba sin lugar a dudas como bonaerense—. Cuando creía estar a punto de alcanzarla, volvía a encenderse un poco más lejos. Como cuando pibe trataba de cazar bichos de luz. Después se hizo de día, y la lucecita dejó de verse. Noté que la selva se iba desdibujando, los árboles se espaciaban, y pronto llegué a un claro, o más bien un descampado; sólo se veía una enorme distancia vacía, de tierra pelada, con un poco de pasto amarillento aquí y allá.

El Francés había advertido que la muchacha seguía temblando ligeramente bajo la manta, y se dedicó a avivar un poco el fuego. Intentó, llevándola a un aparte, iniciar el diálogo; pero creí advertir que la muchacha seguía sin despegar los labios, aunque se veía más protegida con la presencia del niño. También vi que el Francés le daba algo para beber, de un frasco misterioso, y presumí que tendría escondida alguna bebida alcohólica; pero no presté demasiada atención a estas cosas, escuchando más bien el relato del Farmacéutico.

—Anduve un rato largo sin encontrar nada, ni siquiera un árbol, hasta que al fin apareció una especie de montículo, con algo que, al acercarme, vi que era como la entrada de una mina. Me metí por allí y seguí andando; cuando ya no llegaba la luz exterior, me llamó la atención ver que de trecho en trecho había picos de gas encendidos. Daban una luz bastante buena.

—Así, hasta llegar a una puerta, sobre una de las paredes del túnel de la mina. Era desconcertante porque la puerta era linda, quiero decir que era nueva, bien pintada, con un pomo de bronce reluciente. La abrí, y del otro lado había un espacio muy amplio, como un teatro; incluso había una serie de butacas, dispuestas en semicírculo; y hacia el centro del semicírculo una especie de tarima. El lugar estaba desierto; entré y miré por todos los rincones; sólo hallé una pueritita, disimulada por un telón negro que había al fondo, detrás de la tarima, frente a las butacas. Esta pueritita daba a un pasillo corto que llevaba a algo así como un depósito donde se amontonaban botellas vacías y envases de todo tipo; y tenía una

ventanita con barrotes de hierro, y mirando por la ventanita alcancé a ver el gallinero más grande que había visto en mi vida; había cientos, miles de gallinas, en un espacio enorme rodeado por un tejido de alambre.

“El depósito tenía otra puerta, y salí de allí y empecé a dar vueltas hasta perder la cuenta de pasillos y lugares recorridos. Al fin encontré otra puerta como aquélla, nueva y pintada, que daba a una pieza muy lujosa; y en esta pieza estaba esa joven aquí presente, quien apenas me vio empezó a chillar y salió disparada a través de otra puerta; yo la seguí, porque entre otras cosas había gritado “¡jasesino!” en español, y quería hablar con ella; pero ella seguía corriendo, aunque yo le gritaba que no le quería hacer daño, y a través de ella cantaba una gran cantidad de piezas raras, incluso con alguna gente que nos miraba pasar, con miedo, y ella seguía chillando, y al final se largó a través de un túnel. Así fue como llegamos aquí.

Hubo un largo silencio. Ya comenzaba a caer el sol, y casi sin querer nos fuimos arriando a la fogata. Advertí que el Francés había hecho progresos: ya jugaba con el niño rubio, y la muchacha se mostraba mejor dispuesta. Se me ocurrió una idea.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que salieron de este patio, usted y el Francés, hasta este momento? —le pregunté al Farmacéutico. El se mostró sorprendido por la pregunta.

—¿Cómo? —dijo. Luego meditó unos instantes, frunciendo el ceño, y respondió:— Bueno, unos tres días, creo.

Todos nos miramos con preocupación. Bermúdez hizo un gesto como para comenzar a hablar, como para discutirle; pero se contuvo. Supongo que debió admitir que las distorsiones que se daban en el espacio también alcanzaban al tiempo.

Luego la conversación fue tomando un giro más bien burocrático, y yo me aparté de ellos y me acerqué al Francés y la muchacha, un poco más apartados, ahora, de la fogata.

—Se llama Alicia —informó el Francés, con una sonrisa. Tenía al niño sentado en las rodillas—. Y el niño no tiene nada que ver con ella; pertenece a una familia de este lugar, habla un idioma desconocido.

Miré al niño atentamente y no observé ninguna de las características —obesidad, falta de

elegancia, etcétera— que correspondían a aquellas gentes que había encontrado en mi recorrida inicial; pero tal vez el niño, pensé, todavía era pequeño —tendría siete años, como máximo— y podría ser que no hubiese desarrollado aún esas características. Luego, por fragmentos que componían la historia de Alicia, supe que provenía de otra zona, habitada por gentes distintas a las que yo conocía.

El problema más urgente que se le presentaba a nuestro grupo era la forma de dormir. Para quienes se habían reunido alrededor de la fogata era realmente un problema muy serio. La presencia de una mujer los ponía incómodos y puntillosos. A mí, por el contrario, me resultaba muy agradable; oír una voz de mujer, e incluso sentir o saber de su presencia, me regulaba automáticamente no sé qué mecanismos psíquicos o físicos; lo cierto es que esa presencia me hacía sentir más afirmado en mi recuperación y más seguro de mí mismo. Y supongo que al Francés le sucedería lo mismo.

Los de la fogata debatían sobre la forma de combinar el sueño de 7 personas, y la guardia de 5 de ellas, teniendo en cuenta que en la carpa cabían hasta 3 con cierta comodidad y que durante el sueño de la muchacha no quedaba bien que alguien más durmiera allí. No pude menos que soltar una carcajada. Dije:

—Alicia tiene sueño. Por favor, pónganse de acuerdo en los turnos, a ver si le corresponde dormir algún día de esta semana.

Con esto desorganicé la reunión. Bermúdez y el Alemán se atropellaron para ir a la carpa y acomodar las cosas; sacaron los implementos de la guardia y las frazadas sobrantes, y le dijeron a Alicia que la bolsa de dormir estaba a su disposición. Ella se despidió con una sonrisa cansada, y se metió en la carpa llevando consigo al niño.

—Hay un problema menos —dije—. No son siete personas para distribuir, sino seis, ya que Alicia y el niño ocupan un solo lugar. Además no veo ningún inconveniente para que alguien más duerma en la carpa.

Precisamente yo, muy cansado por la guardia de la noche anterior, iba a proponerme para ocupar ese lugar. No tenía ninguna intención erótica con respecto a la muchacha, quien realmente no me resultaba muy atractiva; simplemente quería dormir cómodo y por otra

parte romper la rigidez pudorosa del grupo.

Pero el Francés se me adelantó; explicó que le tocaba guardia esa noche y que tenía necesidad de descansar; que mientras ellos se ponían de acuerdo en la organización de los turnos, él iría a acostarse; y que si su presencia molestaba a la chica sería ella, y no los demás, la encargada de hacerlo saber. Dicho lo cual tomó una manta y se metió en la carpa; al parecer, Alicia no opuso inconvenientes.

En el grupo reinaba un silencio resentido; yo también lo estaba en cierta medida, pero me gustó la actitud del Francés. Tomé una manta y me acosté, envuelto en ella, sobre la tierra, cerca de la fogata. Bermúdez estaba pálido de cólera. Tiró al fuego el lápiz y el papel y dijo que así no se podía seguir. El Alemán y el Farmacéutico asientieron gravemente.

—No se lo tomen a la tremenda —dije, sin asomo de ironía, tratando de que mi acento fuese cálido; pero ellos siguieron rezongando; y aún los oía entre sueños; sentí que decían algo sobre la disciplina indispensable, y me dormí profundamente.

### Veinte

Lo que pude saber de la historia de Alicia reproducía en buena medida mis propias aventuras iniciales en ese lugar; también había recorrido piezas con puertas que sólo le permitían un sentido determinado; pero más que piezas eran verdaderos apartamentos; y cuando alguno estaba habitado, los seres, generalmente una familia, eran de otra clase que los que yo conocía. Más parecidos, tal vez, a nosotros; pero su lenguaje era también incomprendible. El trato también era distinto; había cierta amabilidad, y se lograba cierto entendimiento a pesar de las insuperables dificultades con el idioma. De una de estas familias había salido el niño rubio que ahora estaba con nosotros; un niño extraño, que había mostrado de inmediato un gran apego por Alicia, y que desconcertaba a sus padres con sus misteriosas desapariciones. Después que Alicia se despidió de esa familia y continuó su recorrido, en más de una oportunidad apareció el niño junto a ella, llegando por conductos que Alicia no logró conocer. Muchas veces lo había enviado de vuelta a su hogar, y otras tantas, tarde o

temprano, el niño había regresado. Ahora no mostraba ningún interés por irse de este patio.

Entre las variantes fundamentales del lugar de Alicia con respecto al mío, figuraban dos que es necesario destacar: una, que la gente que habitaba los apartamentos realizaba trabajos. Los hombres disponían de unos aparatos, incomprensibles para Alicia, que manejaban durante algunas horas en cada jornada; las mujeres se ocupaban de tareas de cocina y limpieza. La otra, era la presencia de algunos implementos de espionaje: pequeños lentes y micrófonos adosados a las paredes, cuya finalidad debía ser probablemente desconocida para los habitantes del apartamento; y más aún, parecían tenerles un respeto de orden religioso, tal vez porque sus partes metálicas daban fuertes choques eléctricos a quien los tocara.

No explicó, por ahora, cómo había llegado allí; y todos estos datos los fuimos juntando con dificultad, ya que la muchacha se mostraba propensa a sufrir un nuevo ataque de nervios al recordar ciertas cosas. Por lo demás, lentamente se fue integrando a nuestro grupo y ya la proximidad del Farmacéutico le era más tolerable.

Durante esa jornada prosiguieron las discusiones acerca de problemas organizativos, y comenzó a planificarse una especie de excursión con fines de aprovisionamiento. Yo me mantuve al margen de las tediosas discusiones y en principio mostré de antemano mi conformidad con las resoluciones que se tomaran, aunque no estaba muy seguro de que en realidad fuera a aceptarlas.

Esa madrugada me despertaron a las cuatro, cuando el cambio de guardia. También habían despertado al Francés, que tenía los ojos hinchados y la voz más enronquecida, y decía "merde" mientras se lavaba la cara en la fuente. El Alemán y el Farmacéutico dormían bajo una misma manta, fuera de la carpa; Bermúdez, que se había mantenido despierto, fue a ocupar mi lugar, fiel al principio de no dormir bajo la misma carpa ocupada por una dama.

Yo vacilé un rato y al fin decidí acompañar al Francés en la guardia, para no crear mayores incomodidades con el asunto de la carpa;

pensé que después debería resignarme a discutir con los otros.

Estuvimos conversando en voz baja y el tiempo de la guardia pareció transcurrir mucho más rápidamente. Yo volví al tema de las teorías acerca del lugar, y de cómo habíamos llegado a él; charlando, logramos una especie de catálogo fantástico de posibilidades, cada una de las cuales parecía contradecir a las demás, y al mismo tiempo, cualquiera de ellas sonaba muy lógica y convincente, por lo menos a esa hora de la madrugada.

A pesar de grandes coincidencias entre nuestras teorías personales, había una divergencia básica, en lo referente a un punto fundamental: la existencia de seres, extraplanetarios o no, que actualmente habitaran y manejaran el lugar. El Francés tendía a negarlos, y encontraba siempre alguna explicación que sustituía perfectamente esa presencia directriz. Ninguno de los dos podía, de todos modos, aportar ninguna prueba.

—¿Cómo explicas, entonces —le pregunté, en un momento de la discusión— la existencia de los aparatos de espionaje?

—Sencillamente —respondió con calma—, son la expresión de las tendencias paranoides de Alicia. Ella misma ha creado esos aparatos, les ha dado realidad tangible modelando la materia por medio de su temor a ser espiada.

Me mostré escéptico. Objeté que, entonces, de acuerdo con esta fórmula, el Francés mismo podía ser también creación mía, de mi íntimo deseo de tener alguien con quien conversar.

—Es cierto —admitió, con una sonrisa—; pero no necesariamente. Este lugar, que tú llamas patio, bien puede ser creación colectiva; bien podría haber nacido de nuestra necesidad de reunirnos.

Me comentó también que Bermúdez tenía una teoría, aunque el hecho de pensar lo avergonzaba y trataba, curiosamente, de ocultarlo. Pero una noche le había dicho que él creía que había habido una guerra mundial, y que las explosiones atómicas habían modificado todo, nos habían “entreverado”, personas y lugares, como un rompecabezas mal armado en el que, sin embargo, las piezas encajan unas con otras, aunque no las figuras.

Estuvimos un rato en silencio. Luego se me ocurrió preguntar:

—¿Y tú crees realmente en tu teoría?

Volvió a sonreír, un poco angelicalmente.

—No —dijo—. No creo en nada.

Salía el sol. El Francés, contraviniendo las disposiciones al respecto, hizo una nueva hoguera, mucho más espectacular de lo necesario, para calentar café. A las ocho, despertó a todo el mundo, a excepción de Alicia y el niño quienes, a pesar del ruido que se hizo luego, siguieron durmiendo hasta el mediodía.

Me instalé, un poco apartado, cerca de la fuente, a continuar mis apuntes. Escribir a mano me da mucho trabajo; el avance es lento. Y tenía muchas novedades para consignar y muchas teorías para desarrollar. Bermúdez, el Farmacéutico y el Alemán se afeitaron, por turno, mientras el Francés ocupaba un lugar entre las mantas y dormía, fuera de la carpa.

Hacia el mediodía, cuando ya tenía la mano y el brazo varias veces acalambrados, dejé de escribir y me acerqué a la rueda que se había formado en torno al fuego; hablaban de comer todo el asado al mediodía, porque la carne se estaba echando a perder definitivamente; y de la escasez general de provisiones y de la necesidad de salir de caza.

La conversación no me gustaba; no es que se dijera abiertamente, pero yo sospechaba en ellos la idea de que me estaba alimentando a sus costillas, sin hacer ningún esfuerzo (lo cual era rigurosamente cierto); y tampoco me sentía dispuesto a salir de cacería; y me molestaba especialmente por esa idea que parecía estar metida muy hondo en todos ellos, de permanecer indefinidamente en este patio. Intenté un comentario, tratando de no resultar agresivo, pero no me prestaron atención. Sentí que me descartaban como persona útil, y mi resentimiento culpable se agravaba.

Alicia y el niño se unieron al grupo; la muchacha estaba de buen humor, parecía más comunicativa. El niño fue a despertar al Francés, quien lo recibió con un sorprendido agrado.

En el transcurso del almuerzo, durante el cual se prolongó la discusión de la mañana, noté algunas cosas; lo más evidente era que se había abierto una brecha entre el Alemán, el Farmacéutico y Bermúdez por un lado, y prin-

principalmente yo por el otro; el Francés estaba indudablemente de mi lado, pero su actitud era indiferente, poco interesada; en realidad no le preocupaba nada de lo que se discutía, y se veía claramente su intención de actuar en definitiva como mejor le pareciera; si optó al fin por integrarse a la cacería fue realmente por su voluntad, sin que pesara en absoluto la presión de los demás. Alicia se mostraba inclinada de nuestro lado, pero comencé a sospechar, con algún fundamento, que era más por simpatía hacia mi persona que por otros motivos; al entrever que pudiera surgir alguna relación afectiva entre nosotros me sentí alarmado, y traté de canalizar sus simpatías hacia el Francés, quien parecía sentirse atraído por ella; aunque ella parecía ignorarlo. Y, finalmente, el niño era un mediador inconsciente entre Bermúdez y yo; Bermúdez, a pesar de ser el cabecilla del grupo conservador, no era fanático como los otros, y me seguía aceptando y podíamos tener conversaciones amistosas. El Farmacéutico, en cambio, no intentaba el menor diálogo conmigo, y el Alemán se iba distanciando cada vez más.

Hacia el atardecer se me plantearon con fuerza los cargos de conciencia; por un instante se me ocurrió ponerme en el lugar de ellos, y me di cuenta de que no estaban del todo faltos de razón; me dije que mi actitud era egoísta, y traté de imaginar alguna forma de cooperación; pero todas me parecían trabajosas y vanas. Sin poder explicarlo hasta más tarde, sentía, honestamente, que cualquier forma de colaboración con ellos se transformaba automáticamente en una íntima traición a mí mismo.

Más tarde descubrí la clave de mis problemas. Estaba metido en una trampa muy compleja. Era cierto que yo estaba aprovechando, a partir de mi enfermedad y necesidad de atención de los primeros días, un mecanismo creado por ellos. Era cierto que podía dormir tranquilo mientras alguien estaba de guardia, y que podía comer un alimento que habían conseguido ellos; pero, y ahí estaba la trampa, hasta ese momento no había tenido necesidad de que nadie protegiese mi sueño, ni que me dieran de comer.

Si ahora se planteaba la necesidad, era precisamente por haber resuelto quedarme con ellos. Me pregunté por qué y cuándo lo había

hecho, y descubrí que fue más bien un dejarme estar: había caído en la trampa de la comodidad. La misma trampa de las habitaciones de mi recorrido inicial, preparadas como para mí. En este caso había, además, una especie de intercambio: ellos me daban comodidad, a cambio de mi presencia. Sospeché que apenas anunciara mi decisión de partir, lloverían nuevamente críticas sobre mi actitud pero al mismo tiempo se ablandarían en sus posiciones y terminarían por dejarme en paz, sin exigirme nada.

Ellos me necesitaban, por la antigua idea de que la unión hace la fuerza. Mal que bien, por lo menos yo hacía número. Pero yo me sentía cada día más debilitado. Había ganado en seguridad y comodidad, pero estaba perdiendo el tiempo. Y también, descubrí, me necesitaban por otro motivo más oscuro: me necesitaban como cómplice de esa actitud cobarde —en definitiva, más cobarde que la mía— de quedarse en el patio. ¿Qué esperaban, allí?

Me fui deprimiendo cada vez más, pensando en la medida verdadera en que había estado perdiendo el tiempo; no sólo desde que encontré al grupo, no sólo desde que había aparecido misteriosamente en ese lugar; toda mi vida se volvió en ese instante vacía y sin sentido; apenas pequeños brillos, muy aislados entre sí, que no lograban rescatar todo un pasado lamentable. Y con respecto a esta última etapa, a esta parte de mi vida que comenzaba en aquella pieza oscura, ya que había decidido salir de allí, ya que había resuelto desde un primer instante que ese lugar me resultaba ajeno, que no era el mío, no entendía los motivos que me habían llevado a permanecer tanto tiempo.

Es cierto que no había encontrado una salida, y que tampoco parecía fácil encontrarla; pero ¿la había buscado verdaderamente con la urgencia de los primeros días? El lugar me había ablandado, y me sentía cada vez más blando a medida que comprobaba su inmensidad. La salida parecía cada vez más remota, y ya dudaba de que existiera una salida. Pero razoné que ese tampoco era un motivo para quedarse.

O bien, que resolviera quedarme, de una vez por todas, quitarme de la mente la idea de una hipotética salida, idea que me hacía sentir

incómodo en todo momento, en todas partes; entonces sí, podría organizarme, solo o en el grupo, y buscar la manera de pasarlo lo mejor posible.

Pero la idea de quedarme me seguía pareciendo tan extraña que, al repensarla, me hizo reír en voz alta. Recordé mis pensamientos de días anteriores, y los sentí muy verdaderos: no se trataba de regresar a ninguna parte, sino de salir de allí: a menos, pensé ahora, que allí encontrara algo que me decidiera a quedarme. Pero hasta el momento, salvo, quizás, Mabel, no había hallado nada parecido, y no tenía por qué suponer que lo hallaría.

Y Mabel misma no era una razón; era más bien una ilusión. Del mismo modo que, ahora, veía una ilusión en la imagen de Ana, cuando se me presentaba en los primeros tiempos para darme fuerzas en la búsqueda de una salida hacia mi vida cotidiana.

Estos pensamientos me fueron llevando a una larga serie de meditaciones; me encontré, de pronto, divagando, construyendo estructuras abstractas, con el pensamiento nuevamente en cero.

De todos modos me había liberado de la culpa inicial con respecto al grupo; me liberé de ellos la decisión de partir. No saldría de inmediato, pero la decisión estaba tomada; incluso, me pareció que ya había sido tomada un tiempo atrás, y que ahora lo que hacía era reconocerla y aceptarla. Pero esto significaba emprender una acción, y siempre me ha costado decidirme a actuar.

A la mañana siguiente se suicidó el Francés. Un poco antes de las ocho se había puesto en pie, apartando las mantas que lo cubrían, fuera de la carpa, y le pidió prestado el revólver al Alemán, que estaba de guardia. Este se lo alcanzó, sin llegar a extrañarse por el pedido.

El Francés, revólver en mano, fue hasta el portón, lo abrió, lo dejó abierto, caminó una veintena de pasos, en dirección a la selva, pero fuera del caminito de pedregullo, y allí se voló resueltamente la cabeza.

### *Veintiuno*

Las dos jornadas siguientes me resultaron particularmente ingratas. No colaboré en el trabajo para abrir la fosa, a pocos metros del

cadáver del Francés, ni participé en la ceremonia del entierro; ni siquiera en la mañana del suicidio había traspuesto las rejas para mirar el cadáver.

Luego tuve que soportar los comentarios, enfermantes; nadie se explicaba la actitud del Francés, y por lo tanto llegaron a la conclusión de que había sufrido un ataque de locura.

Abrió la boca muchas veces, pero la volví a cerrar sin decir nada. ¿Cómo explicarles lo que significaba el Francés? Lo había visto más de una vez inclinado durante largo rato sobre un camino de hormigas, que los demás pisaban sin notar. Lo había visto a menudo mirando detenidamente las estrellas. ¿Cómo explicar que no necesitaba más motivos que una noche de insomnio y de lucidez para quitarse la vida? Para quien está realmente vivo, la vida se vuelve a veces muy difícil, puede llegar a ser intolerable, sin necesidad de motivaciones especiales.

Alicia lloró a moco tendido, y se me prendió del brazo y apoyaba la cabeza en mi hombro para llorar. Los demás, y a pesar de la unción de la ceremonia que realizaron, en pocas horas ya estaban hablando del muerto con cierto desprecio, o al menos indiferencia.

Los acontecimientos se precipitaron a la tarde siguiente.

Por un orificio sin puerta del paredón salió una mujer; me pareció que su aspecto cubría todas las exigencias de una perfecta prostituta. Tendría unos cuarenta años, el pelo largo y lacio, teñido hacía tiempo de rubio —y en la base se notaba el castaño original—, los labios pintados con exageración, lo mismo que los ojos y el resto de la cara; y la ropa era una mezcla agresiva de rojo y verde chillones. Calzaba taco alto, y para colmo revoleaba una cartera que llevaba colgando de la muñeca derecha. Venía hecha una furia.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en tono agudo y ofensivo. Nos quedamos mudos ante la insólita pregunta; luego nos exigió que la sacáramos de allí. Bermúdez se adelantó a parlamentar, y le costó grandes esfuerzos conseguir que lo escuchara. Su alocución, con todo, resultó poco clara para la mujer, quien siguió insistiendo en que la sacáramos de allí.

—Yo entro al baño del café —explicó— para arreglarme el maquillaje, y cuando salgo el

café no está más, en su lugar hay una especie de templo, inmenso, con grandes columnas, vacío. Caminé y caminé sin ver a nadie, ni nada, y después encontré una puerquita que daba a un pasillo y ahora los encuentro a ustedes.

Hablaba vertiginosamente, y repetía muchas veces las mismas cosas, mirándonos en forma insolente, culpándonos de su situación. Se adelantó el Alemán, y trató de explicarle que a todos nos habían pasado cosas similares. Luego le alcanzaron un mate; lo rechazó con repugnancia y encendió un cigarrillo rubio que extrajo de un paquete que llevaba en la cartera.

Luego pareció, si no serenarse, al menos desviar un poco de nosotros sus iras.

—Nunca me había pasado nada parecido —dijo, y todos estuvimos de acuerdo.

Alicia seguía pegada a mí. Esa noche se negó a dormir en la carpa junto a la mujer, que había dicho llamarse Silvia; con el niño de por medio se acostó a mi lado, fuera de la carpa, bajo las mismas mantas, ante el asombro de todos.

Al día siguiente las tensiones alcanzaron el punto máximo; yo me había negado a la guardia cuando el Farmacéutico me despertó a las cuatro, porque realmente no había podido dormir y me sentía agotado y con una confusión mental muy grande. Sentía, además, que Alicia me estaba creando un nuevo problema.

Luego, se hizo manifiesta la rivalidad entre Alicia y Silvia y, finalmente, el Farmacéutico y el Alemán propusieron que se me sancionara, aunque sin especificar de qué manera, por mi negativa a hacer la guardia, y quisieron además incluirme por fuerza en la cacería.

Bermúdez, visiblemente interesado en la recién llegada, prestaba una atención más débil a los problemas y adquirió una cierta agresividad hacia el Alemán y el Farmacéutico. Como resultado final, ese día no se salió de cacería, y se agotaban definitivamente las provisiones. El almuerzo consistió en mate amargo seguido de arroz.

Alicia se decidió por fin a narrarme su historia; y luego me propuso que nos fuéramos de allí. “Nos” la incluía a ella, al niño y a mí. Le expliqué que yo ya había decidido partir, pero que no había pensado en ellos; en principio

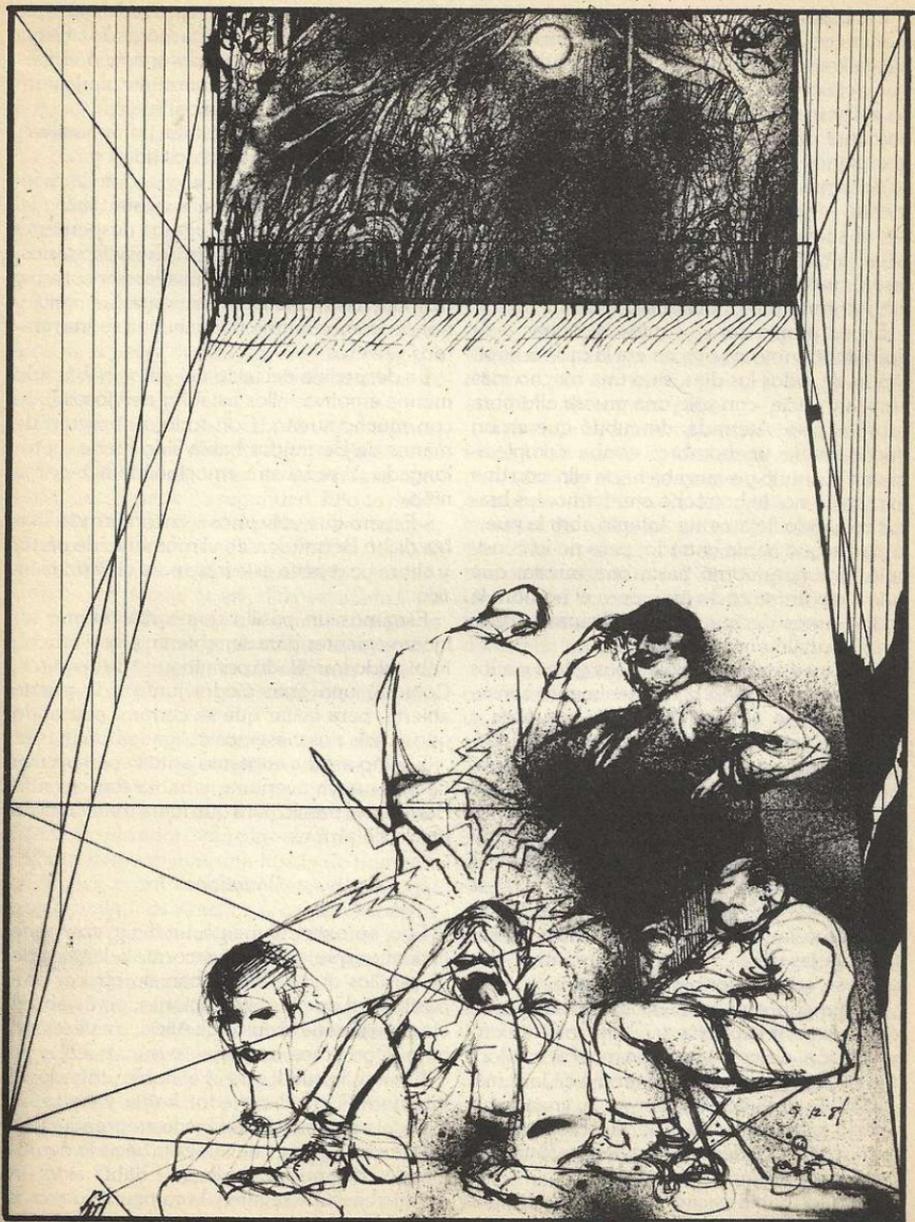
me negué a llevar al niño, y acepté acompañarla al menos un trecho, hasta que algo nos animara a separarnos. Luego admití que podíamos partir los tres, sin que ello significara, de ninguna manera, que yo aceptara la menor responsabilidad.

Ella argumentó que no necesitaba en absoluto que yo me hiciera responsable de nada; que sabría arreglarse por su cuenta, incluso con el niño a su cargo. Finalmente acordamos partir los tres, no sin que antes yo insistiera en mi absoluta independencia.

Esa noche, alrededor del fuego y de los últimos granos de arroz, expliqué al grupo nuestra decisión. El Farmacéutico y el Alemán protestaron de inmediato. Bermúdez, ablandado por la muerte del Francés y por la presencia de Silvia, se mostró menos mortificado de lo previsto ante el derrumbe de su imperio. Me pareció que en las últimas horas había aprendido algunas cosas.

La prostituta no dejaba de alborotar, sin sentirse en absoluto interesada por lo que sucedía alrededor suyo, y reclamaba mil atenciones que Bermúdez se afanaba por dispensarle. A pesar de todo, de la reunión surgió un nuevo plan: a la mañana siguiente partiríamos Alicia, el niño y yo (“Después de todo —murmuró el Farmacéutico— éstos nunca sirvieron para nada”); Bermúdez y el Alemán saldrían de cacería, y el Farmacéutico, acompañado por Silvia, intentaría rehacer el camino hacia el gallinero que decía haber visto. Silvia insistió en quedarse en el campamento, pero no se animaba a quedarse sola; Bermúdez manifestó no poder acompañarla, ya que era el más indicado para la cacería. Silvia decidió entonces acompañar a Bermúdez, aunque éste se negaba por considerarlo riesgoso.

Yo me sentí, a pesar de todo, obligado a alertar al Farmacéutico sobre los peligros de buscar el gallinero; manifesté que la cacería me parecía un riesgo menor, y que no valía la pena meterse en un lugar de salida difícil, laberíntico, por unas gallinas. A pesar de ciertas experiencias vividas también por ellos en el interior de la construcción, no eran, con todo, capaces de sensibilidad ante lo que consideraban peligros menores; para ellos no había riesgo mayor que los gorilas y los elefantes; pensé que tal vez tenían razón.



Les costó mucho ponerse de acuerdo: finalmente convinieron en posponer la búsqueda del gallinero y salir de cacería Bermúdez, Silvia, y el Alemán; el Farmacéutico se quedaría en el campamento, con el revólver. Afortunadamente no se les ocurrió interferir con nuestros planes de partida.

Volvimos a dormir los tres bajo una misma manta. Me costó mucho, nuevamente, conciliar el sueño; en mi cabeza daba vueltas sin cesar la historia contada por Alicia, casi susurrada, cuando ya estábamos bajo la manta y el niño dormía profundamente.

En su propia casa —contó— al entrar a su dormitorio, notó que ya no era la misma habitación de todos los días, sino una mucho más amplia y vacía, con sólo una gruesa alfombra sobre el piso. Aterrada, descubrió que en un rincón había un hombre: estaba completamente desnudo y avanzaba hacia ella, con una mirada como de borracho o enfermo, los brazos colgando flojamente. Intentó abrir la puerta por la que había entrado, pero no lo consiguió; entonces corrió hasta otra puerta, que veía justo enfrente de ésta; pero el hombre la atrapó antes de que lograra alcanzarla, y la arrojó brutalmente al suelo.

De inmediato, insensible a sus gritos y a los golpes que intentaba o que realmente conseguía darle, le arrancó las ropas con furia e intentó violarla; ella resistió con tenacidad, pero el hombre comenzó a castigarla sistemáticamente, cubriéndole de golpes de puño la cara y el cuerpo; ella se espantó al sentir que los labios le sangraban y que apenas podía abrir los ojos, y el dolor se volvía insoportable, le parecía que tenía las costillas rotas, y al fin se entregó.

En un estado de semiinconsciencia fue poseída varias veces, hasta que el hombre, cansado, se echó a dormir. Quiso matarlo, pero no tenía con qué, ni fuerzas. Arrastrándose, logró alcanzar la puerta, y se encontró en otra habitación, desconocida, con muebles; colocó una silla bajo el pestillo y se tendió en la cama.

Durmió durante largo tiempo, y creía haber notado una presencia que velaba, a veces, junto a ella, y al despertar encontró alimentos y ropa a su alcance.

Después había vagado por aquella serie de apartamentos, y se había instalado en uno de

ellos, cansada de vagar, y aprovechando que estaba vacío y le resultaba cómodo. Hacía poco que estaba allí cuando apareció el Farmacéutico; creyó que intentarían violarla nuevamente y, presa del pánico, huyó.

Yo me dormí cuando estaba por amanecer, y el cielo mostraba ya una claridad gris.

A las ocho vimos partir el grupo de la cacería; nosotros permanecemos hasta cerca del mediodía, porque yo no lograba despertarme del todo. Cuando al fin estuvimos dispuestos, el Farmacéutico pareció olvidar rencores, y nos estrechó ceremoniosamente la mano y nos deseamos mutuamente buena suerte; éramos sinceros.

La despedida del resto del grupo había sido menos emotiva; ellos estaban nerviosos y yo con mucho sueño. Con todo, el apretón de manos de Bermúdez había sido fuerte y prolongado. Y se mostró emocionado al besar al niño.

—Espero que volvamos a encontrarnos— había dicho Bermúdez, en el momento de partir, y ahora yo repetía esta frase para el Farmacéutico.

Elegimos un pasillo que tenía puerta, sin inconvenientes para ser abierta, y que aún no había sido transitado por ninguno de nosotros. Coloqué una gran piedra junto a la puerta abierta, para evitar que se cerrara, pensando que quizás nos viésemos obligados a regresar.

El niño estaba contento ante la perspectiva de una nueva aventura, y había espacio suficiente en el pasillo para que fuera tomado de la mano de ambos.

### Veintidós

Fue, aproximadamente, un día y una noche el tiempo que nos llevó recorrer la larga serie de pasillos que se bifurcaban sin ofrecer otra posibilidad que las bifurcaciones; yo dejaba la elección librada al gusto de Alicia, o a veces del niño. Dormimos muy mal, y muy poco.

La nerviosidad que me había entrado al internarnos en el corredor había variado de tono; al principio se trataba de emprender una aventura, largarse nuevamente hacia lo desconocido, dejando atrás lo que había sido un refugio bastante seguro y la compañía de otros seres humanos; y aunque la decisión de partir

había sido bien meditada, no podía evitar la angustia, después de tantos días de pasividad.

Había otra sensación desagradable: por más que hubiese aclarado perfectamente los términos de mi alianza con Alicia, no dejaba de sentirme con el peso de la responsabilidad, por ella y por el niño. Me hubiese sentido más tranquilo de encontrarme solo; al menos, mi angustia tendría un matiz distinto, menos opresivo.

Luego me fue invadiendo el cansancio de andar, y nuevamente la claustrofobia: era el pasillo más largo que había recorrido, parecía no terminar nunca; ni siquiera presentaba orificios ni, a pesar de que en realidad se podía respirar bien, eran visibles otros sistemas de ventilación.

Cuando llegamos al final nos encontramos, con alegría, en el aire libre; y mi alegría fue acompañada de algo nuevo, una nueva confianza, una especie de seguridad. Ello se debía sin duda a lo familiar del paisaje: era campo, extenso, sin murallas visibles, y había detalles, que si bien no los noté en seguida, inconscientemente los recogí y en ellos se afianzó mi nuevo estado de ánimo: un caminito, algunos árboles —eucaliptos— y más allá un alambrado, y más lejos aún, apenas visible, una vaca. El pasto era muy verde, y el aire tenía el aroma de la tierra.

El pasillo había desembocado en una escalera que llevaba a un agujero rectangular en la tierra; por allí emergimos y empezamos a caminar, luego de haber echado un amplio vistazo en derredor, sobre la calma del paisaje.

El caminito, apenas una huella de hombres y animales, pronto nos llevó cerca de un lugar poblado; algunos ranchos y casitas dispersos en un área grande; luego, a la distancia, parecía que las construcciones se hacían más nutridas y más próximas entre sí.

Recorrimos algunos ranchos; tres de ellos estaban desocupados, dando idea de abandono; el cuarto también lo estaba, pero había señales de haber sido habitado recientemente.

Seguimos andando, y al fin decidimos detenernos en una casita próxima. No había nadie, pero se notaba claramente que alguien vivía allí, pues había alimentos frescos.

Comimos, y tomamos leche, y nos sentamos a esperar que llegaran los dueños de casa.

Al caer la noche, no habían aparecido.

Me sentí alarmado. Hasta ese momento, el cansancio y la angustia pasada no me habían permitido hacerme una composición de lugar; pero cuando encendí el farol y contemplé cómo Alicia acostaba al niño en una cama pequeña, y vi más allá una cama de matrimonio, empecé a sacar conclusiones: si bien yo estaba aún a la expectativa y no me había hecho demasiadas ilusiones concretas, había creído, tal vez por tratarse de un lugar tan abierto, que estábamos en algo distinto: ahora veía que el sistema empezaba a repetirse. La casa parecía estar esperándonos. Los elementos estaban dispuestos para que nos fuera cómoda: había, además, un escritorio, con una máquina de escribir y abundante papel.

Salí afuera y contemplé la noche estrellada, serena. No había en ella nada de particular, nada distinto a tantas otras noches vividas en el campo. El canto de los grillos, el silencio dominando todos los pequeños ruidos; el ladrido de un perro a la distancia, contestado por otro más lejano; el aire limpio, la calma. Una noche como para sentirme bien: no me faltaba nada. Ni siquiera una compañera. Todo estaba en orden.

Me sentí desolado. Volví a entrar y me dejé caer pesadamente en un sillón, apretándome las sienes con la mano derecha. Alicia se acercó, y se arrodilló en el suelo, junto al sillón, y apoyó su cabeza sobre mis piernas cruzadas.

Me preguntó qué me sucedía.

Entonces, lentamente, le narré mi historia. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo, y acariciaba los cabellos de la muchacha. Le expliqué cómo desde que había aparecido en forma inexplicable en aquella habitación oscura, las cosas se habían ido repitiendo según un mecanismo siempre igual, aunque variara de forma: esta casita en nada se diferenciaba, en esencia, de la primera pieza desahabitada que había hallado.

Le hablé de mi desesperación creciente, al ver que el lugar adonde habíamos ido a dar era inmenso, y de mi pesimismo de los últimos tiempos en lo que se refería a hallar una salida.

Sin saberlo, Alicia repitió la misma pregunta del Francés: *para qué*. No lo dijo así, pero dio a entender que la situación actual no le parecía tan mala. Ella tampoco había sido feliz en su

vida cotidiana. Estudiaba una carrera que no le interesaba, un poco por complacer a sus padres, y su vida había sido monótona y pobre; aunque no se había visto obligada a trabajar, el dinero de los padres no le permitía hacer muchas cosas que deseaba, y se había conformado con lo elemental, las idas al cine, el noviazgo sin entusiasmo, la lectura de las novelas de moda.

Allí se sentía mejor, más cómoda, a pesar del horror vivido en los primeros momentos (yo pensé, un poco cínicamente, que nunca había estado tan viva como en el momento de la violación); y se había encariñado con el niño, y conmigo.

Esto último me sonó falso. Pensé que buscaba en mí, más a un hombre que la protegera o que la guiara en un mundo extraño, que un hombre a quien amar.

Comencé a explicarle, aunque cada vez era menos claro para mí mismo, la angustia que me producía estar allí; aunque todo se pareciera, en ese momento, a lo que alguna vez había deseado —una vida tranquila en el campo—, no podía tolerar la idea de haber sido llevado allí contra mi voluntad, de sentirme perdido, extraviado, cayendo constantemente en trampas que me retenían; no pensaba si estaba mejor o peor que antes; simplemente, no podía considerarlo como algo definitivo. Estaba en un lugar que no era el que me correspondía; y aunque en mi vida anterior más de una vez había sentido lo mismo, aquí se hacía más evidente y tangible. El cielo, le expliqué, podía ser el mismo cielo, con todas sus estrellas; pero yo no podía salir y mirar la noche sin sentirme estafado, como si estuviera mirando el telón pintado de un teatro.

Nos acostamos. Mi forma de hacer el amor fue más bien mecánica; me sentía anestesiado, desinteresado. Al amanecer, con los ojos abiertos y ardientes, oía el canto lejano de los gallos y sentía ese cuerpo que se abrazaba al mío, y me preguntaba incesantemente por qué me resultaba un cuerpo extraño, ajeno, y por qué el niño que dormía, en el otro extremo de la habitación, era tan inevitablemente extraño y ajeno, y por qué ese lugar todo me resultaba indiferente o, peor aún, me rechazaba, me impulsaba a una insatisfacción constante, me sepultaba en la melancolía.

Intenté, honestamente, adaptarme al lugar y a las circunstancias. Alicia me había hecho comprender, en largas conversaciones, que mis peripecias iniciales me habían dañado el sistema nervioso; que no tenía sentido continuar esa búsqueda, seguir saltando de un sitio a otro sin aceptar ninguno; que debía controlar la ansiedad, tratar de ver con otros ojos lo que me rodeaba. En la casita, situada en un lugar apacible, podría recuperarme, tranquilizar mis nervios, buscar una solución verdadera.

Sentí que había mucho de cierto en todo eso, cada día me costaba más razonar con claridad, y pasaba largas horas de aparente meditación en las que en realidad tenía la mente en blanco, o trabajando por su cuenta ajena a mi conciencia, sin que yo participara mayormente.

Decidí que, por lo menos, necesitaba unas vacaciones. Me dediqué a una huerta que había en el fondo, y aunque no creo que mi trabajo haya sido muy útil, me sentí mejor durante un tiempo. También mi relación sexual con Alicia, sin alcanzar niveles excepcionales, me ayudaba a la pacificación interior.

En forma irregular hallábamos a veces paquetes con carne, o comida envasada; y una mañana aparecieron en la huerta dos gallinas atadas con un hilo a una estaca clavada en la tierra.

Algunas de las casitas y ranchos vecinos estaban habitados. No logramos, sin embargo, la menor comunicación con esas gentes. En su mayoría eran viejos campesinos que nos miraban con temor y cerraban las puertas a nuestro paso; si saludábamos a alguien con quien nos cruzáramos en el camino, respondía brevemente sin detenerse ni mostrar simpatía, o seguía de largo sin responder.

Un viejo de grandes bigotes y sombrero de alas pasó un día frente a nuestra puerta, llevando una azada al hombro, y pareció mostrar cierta curiosidad. Me acerqué a él e intenté el diálogo; a pesar de la buena voluntad de su parte, resultó también imposible. Hablaba el mismo idioma, o uno muy similar, que los habitantes de las piezas de mi recorrido. Se encogió de hombros y siguió su camino.

En dos o tres oportunidades di paseos largos, que me llevaron allá donde las casas se veían más concentradas. Quedaba bastante lejos, y a veces me daban ganas de seguir alejándome y ver qué aparecía más allá.

El poblado no tenía un mecanismo muy distinto al de la zona en que nos encontrábamos; no llegaba a ser un pueblo, no parecía haber organización ni mucho mayor conexión entre los habitantes. Tampoco vi comercios de ningún tipo.

Aunque me fue imposible comunicarme con ninguna persona, me enteré, sorprendido, que allí el idioma variaba ligeramente, e intercalaban abundantes palabras de raíz latina, algunas españolas, con ciertas deformaciones. Esto me llevó a pensar que quizás si seguía en esa dirección, llegaría a encontrar un lugar donde pudiera entenderme con la gente.

Un día descubrí que Alicia intercambiaba algunas palabras con el niño, en el idioma extraño. Sin saber por qué me sentí atacado por un gran enojo repentino. Apreté los puños y la sangre me bullía. Pensé decir algo, pero me mordí los labios; no tenía, racionalmente, ningún motivo para enfurecerme.

El niño parecía feliz todo el tiempo. Su vitalidad era desbordante y allí tenía espacio de sobra para sus juegos. Cada vez se llevaba mejor con Alicia; más allá de las pocas palabras que podían intercambiar, se entendían a la perfección; pensé que mucho más que si él fuera su verdadero hijo.

Me entretuve mucho tiempo en mis apuntes: los copié a máquina, pues ya eran demasiado nutridos y abultaban mucho en mi saco, y a veces me resultaba difícil entender mi propia letra. Trataba de no separarme de ellos. Suprimí muchas partes, que ahora veía demasiado detalladas y sin importancia, tratando de conservar y mejorar la redacción de aquellas partes que ahora sentía como fundamentales. Así se fue estructurando este relato; no es un diario de viaje, no es una versión estricta y cronológica, sino apenas un registro de mis impresiones y razonamientos, una visión subjetiva de las cosas vividas, que tal vez difiriera enormemente de la versión de otra persona que hubiese vivido los mismos hechos. No sé, tampoco, por qué me tomaba ese trabajo; pero me gustaba, me hacía bien, más allá

del cansancio físico, también saludable, que me producía.

Lentamente fui sufriendo un proceso, en el que noté la agudización de mis males. El remedio, que pareció funcionar bien durante los primeros tiempos, comenzó a parecerme una postergación y nada más.

La idea de irme, sin embargo, se había hecho borrosa. Estaba siempre presente, pero exclusivamente como imagen, como algo detenido, que no tenía fuerza para moverme a la acción. Me sentía cómodo y seguro; por momentos, al pasar por mi imaginación la idea de partir, la encontraba ridícula. Sin embargo, la necesidad de hacerlo iba cobrando cuerpo, se iba apoderando de mi ser de tal manera que me fui transformando.

Noté que también Alicia se transformaba. Pero ella parecía no tener conflictos, en cierta forma se transformaba en una dirección opuesta a la mía. Una vez la vi, por un instante, exactamente igual a una de aquellas mujeres viejas de la primera etapa de mi recorrido. Quizás fuera una alucinación momentánea; pero en adelante no pude verla con los mismos ojos. La espiaba, y notaba siempre algún detalle, del rostro o del cuerpo, o algún gesto, algo que me traía en forma inevitable aquella imagen fugaz.

En un principio mi propia transformación fue apenas la agudización de la indiferencia hacia Alicia y hacia todo lo que me rodeaba; procuraba esquivarla la mayor parte del tiempo, ocupado en mis apuntes o en largos paseos, o en la huerta.

Luego comencé a odiarla, y tuvimos discusiones, cada vez más fuertes; hacia el anochecer, en los últimos días, sentía que la angustia me alteraba también físicamente. La mandíbula se me apretaba, los hombros se encogían, el izquierdo más alzado que el derecho (y sólo me daba cuenta de ello cuando los músculos acalambrados me dolían), y luego sentía que se me hinchaban el cuello y la cara. De nuevo se me embotaba la mente, y más de una vez encontré alivio en el llanto.

Pero, en general, la tensión buscaba evadirse en las interminables discusiones con Alicia, acerca de cualquier cosa, que a veces se prolongaban hasta el amanecer.

Un día resolví irme. Fue la discusión más

sería. Alicia lloraba y llegó a insultarme. Yo sentí ganas de estrangularla; pero de pronto me invadió una gran serenidad.

La resolución de irme. Esto era lo único que me había serenado, siempre. Y esta resolución había sido nuevamente tomada en lo profundo de mi ser, y supe que nada podría cambiarla; y esta confianza me devolvió, en el momento, a mí mismo. Dejé de discutir y adopté un tono más cariñoso.

Había vuelto a la indiferencia; ya no sentía odio, ni sentimientos de ninguna clase hacia esa mujer. Ella se confundió, y creyó ver en mí una vacilación; trató de ganarme.

Le expliqué una vez más que no había nada que hacer. Vino, entonces, el reproche lloroso de que yo no podía abandonarla así.

—No te abandono —respondí, con calma, y le acaricié una mejilla—. Sigo mi camino. Recuerda nuestro convenio, al salir de aquel patio. Nos acompañaríamos hasta llegar el momento de separarnos. Por otra parte, no te impido que vengas conmigo.

Los argumentos no la convencían, y seguía llorando.

—¿No comprendes que me estoy muriendo, aquí? —le dije, pero esto no le interesaba. Sólo pensaba en su propia situación. Entonces junté mis escasas pertenencias, cosas que me caían en los bolsillos, besé al niño y también a Alicia, y eché a andar por el camino.

Atardecía.

Ella no se atrevió a seguirme. Me miraba desde la puerta, llorando siempre. A mí, el renovado miedo a la soledad y la incertidumbre me volvían a apretar el pecho y la garganta; pero mi corazón saltaba con felicidad nerviosa. El niño también me miraba desde la puerta, sin comprender. Por un instante, al darme vuelta y mirarlos por última vez, las piernas se me aflojaron, me cargué de culpa y de dolor, y mi voluntad flaqueó por última vez. “No se debe mirar hacia atrás”, pensé, y seguí andando a paso marcial, tratando de no pensar.

Llegué al poblado y seguí de largo. Caminaba sin esforzarme ni detenerme, a buen paso pero sin apuro. Al caer la noche vi que, más allá, se encendía luz eléctrica en algunos lugares. Cuando me sentí cansado, entré en una casa y dormí.

A la mañana siguiente comí algo y seguí viaje, al mismo ritmo indiferente y mecánico; pasé por nuevos lugares poblados, cada vez más densos y amplios; pero recién a la noche, cuando el sol apenas se había puesto, llegué a la ciudad.

## TERCERA PARTE

### Veinticuatro

El camino se transformó en una calle asfaltada y las casas se agruparon en manzanas rodeadas de veredas. La ciudad parecía desierta. La luz anaranjada de unos faroles daba a las cosas un color extraño, fantasmal. Las puertas y las ventanas estaban cerradas.

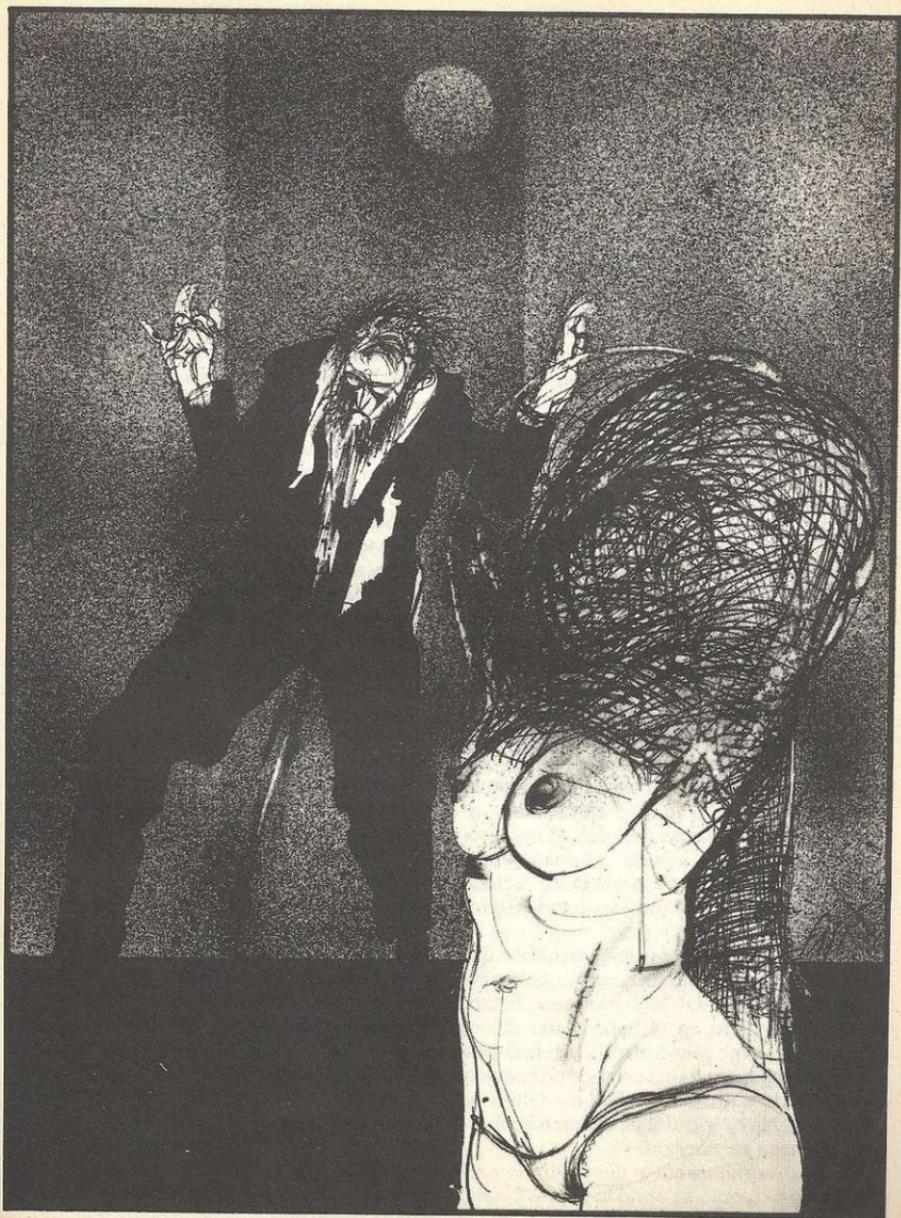
Después apareció alguna gente, que caminaba en la misma dirección que yo; primero en forma aislada, casi subrepticia, luego en pequeños grupos silenciosos. Mucho más tarde, a los lejos, escuché una música metálica. A medida que me acercaba al centro de la ciudad, los grupos de gente crecían, y se juntaban: en una sola corriente; siempre en silencio y manteniendo un ritmo constante al andar.

En el centro, los edificios crecían y la iluminación se multiplicaba, pero no había luz blanca. Las veredas y las calles, por las cuales no circulaban vehículos, estaban repletas de gente que se movía, como insinuando apenas que bailaba, al son de la música metálica que transmitían unos parlantes, instalados en altas columnas, dos o tres por cuadra. Había confiterías y bares abiertos y cantidad de hoteles. La temperatura había aumentado, sin duda por algún sistema artificial de calefacción.

Se oía también un ruido confuso, que era tal vez la suma de sonidos de unas radios portátiles que, descubrí, la mayor parte de la gente llevaba colgando del hombro o del cuello. Casi no hablaban entre sí, parecían desfilarse por la ciudad sin un fin determinado. Sorprendí, sin embargo, algunas frases; y noté que allí se hablaban varios idiomas. Francés, alemán, italiano, y otros desconocidos para mí.

Un hombre muy gordo dijo algo a la mujer que iba a su lado; en español. Lo detuve:

—¿Qué ciudad es ésta? —le pregunté, y me miró con espanto o crueldad; se limitó a extender un dedo índice. Miré en esa dirección y vi



una enorme cola, de varias hileras, de gente que esperaba su turno ante un mostrador.

Me acerqué todo lo posible, y estábamos en una especie de pequeña plaza, y vi que unas muchachas de uniforme atendían a las personas que llegaban al mostrador. Sin duda era la mejor manera de informarse, pero yo preferí seguir dando vueltas.

Vagaba mareado por la música, la gente y la luz de color. Me sentía mal. Pensé en entrar a un bar o una confitería, pero temí que mi dinero no sirviera allí, o, lo que era peor, que me delatara. Sin saber por qué, temía que descubrieran que yo no era de ese lugar.

Anduve mucho tiempo entre la gente. Vi de pronto que un hombre y una mujer eran violentamente conducidos por cuatro hombres armados; usaban largas túnicas blancas, o que parecían blancas a esa luz incierta. La concentración humana se iba haciendo mayor a medida que avanzaba la noche.

Súbitamente, a mi derecha, vi a una mujer parada en la puerta de un hotel; a pesar de la iluminación y la distancia, tuve la certeza de que se trataba de Ana. Comencé a luchar por abrirme paso entre la masa compacta que desfilaba en una sola dirección; la masa me arrastraba y me empujaba, y Ana, o quien fuera, dio media vuelta y entró en un hotel. Yo grité.

Cuando logré abrirme paso, el hotel estaba desierto. Era moderno, lujoso. Toqué timbre con insistencia en el mostrador, pero no vino nadie. Comencé a subir una escalera. A medida que ascendía, la luz iba cambiando, se hacía más rojiza. Los pasillos del primer piso, que recorrí de punta a punta, estaban desiertos. Probé una puerta, y la encontré cerrada con llave. Luego las fui probando todas, también sin éxito.

Me pareció que, afuera, se escuchaban disparos aislados de armas de fuego. Logré entrar a una habitación del segundo piso. Estaba vacía. Me encerré en el baño y me di una ducha, que no me calmó el mareo ni la angustia. En el dormitorio había un enorme ventanal que no pude abrir. Sentía que me faltaba el aire; otra vez la claustrofobia, exagerada ahora por la intensa calefacción.

Cuando comenzaba a desvestirme para acostarme y dormir, se abrió la puerta y entró una mujer: era la misma que había visto en la

puerta, parecida a Ana. Pero de cerca no se le parecía tanto y me resultaba más bien desagradable. Me dedicó una sonrisa y comenzó a desvestirse, como en un espectáculo de *strip-tease*.

Mi claustrofobia aumentaba, y sentía algo odioso en esa mujer: la sentí de pronto como una versión negativa de Ana. Su desnudez, lejos de excitarme, me parecía ofensiva y ridícula. El mareo y la falta de aire se hicieron intolerables. En un estallido de angustia y de cólera, tomé una silla y la arrojé contra el ventanal, que se hizo añicos, y me llegó la música confusa y el vaho caliente de la calle. Respiré hondo, sin sentirme por ello mejor. La mujer había gritado, y ahora apretaba un timbre próximo a la cama. Me pareció cada vez más ridícula, medio desnuda y con unas caravanas demasiado grandes; ahora afectaba un ademán de pudor, cubriéndose los pechos con un brazo; en la mano sostenía una prenda de colores.

Volvió a gritar; salté de la pieza antes de que viniera alguien. Escuché pasos precipitados que subían la escalera, y pasé al tercer piso. Allí terminaba, al parecer, el edificio. No hallé más escaleras, ni un ascensor, que me permitieran seguir subiendo; sin embargo, yo había visto desde afuera que era un edificio alto. En el ambiente flotaba un olor a desinfectante, y me descomponía el estómago. Afuera, un tiroteo más intenso.

Por el corredor avanzaba hacia mí un ser de túnica blanca, flotante, que la luz hacía aparecer como un fantasma. Al principio pensé que era una mujer; pero al acercarse vi que era un hombre, con la cara maquillada y los labios pintados. Se me aproximó y me agarró de los brazos, hablándome con voz melosa, afeminada, en un idioma extranjero. Trató de arrastrarme hacia una habitación; yo me sentía cada vez peor, y ahora la actitud y el perfume y los ojos pintados de este hombre me llevaban al borde del vómito. Le di un empujón y me alejé, pero él se lanzó en mi persecución y debí correr. Encontré de pronto una escalera, que era más estrecha que las anteriores y ubicada en el extremo opuesto. Subí al cuarto piso; la luz era distinta y escasa, y se hacía difícil distinguir las cosas. El hombre me alcanzó y lo golpeé con el puño, luego lo hice rodar escale-

ras abajo. Dio unos chillidos histéricos mientras caía envuelto en su túnica; luego no oí más nada.

Bajé al tercer piso; oí un rumor y pensé que me seguían buscando; en el segundo probé algunas puertas; una se abrió, a un largo pasillo que llevó a otro sector del hotel, de apariencia aún más irreal, con tablonos y andamios, como si estuviese en demolición o en construcción. Las puertas a ambos lados del pasillo estaban en su mayoría abiertas, y había un constante ir y venir entre las habitaciones.

Sentado a una puerta había un mendigo, las ropas deshechas, lleno de llagas, que se tiró a mis pies cuando pasé y trató de agarrarme una pierna. De otra pieza salió un hombre que se arrastraba, como en el fin de sus fuerzas, y se metió en la pieza de enfrente, donde parecía haber una fiesta: escuché música y risas, y alcancé a ver cuerpos que se movían en convulsiones.

Se hacía difícil caminar por esos tablonos y más adelante había manos que trataban de agarrarme y me tironeaban de las ropas, desgarrándolas a veces, y caras horribles de mendigos o de prostitutas viejas, desdentadas. La náusea jugaba en la boca del estómago y amenazaba con subir. El corredor se me hacía interminable, extenuado por el esfuerzo de liberarme de las manos, dedos duros y uñas puntiagudas que se me prendían, y un coro de voces que se lamentaban y me llamaban en distintos tonos, tratando de fingir dulzura, o amenazándome e insultándome.

Hacia el fin del corredor había una escalera de madera, muy endeble y temblequeante, remendada en algunos lugares con trapos anudados; me llevó penosamente al tercero y luego al cuarto piso de este sector. Escuché un tiroteo más nutrido. Una explosión cercana hizo vibrar las paredes de todo el edificio. Sonó una alarma en alguna parte, y las puertas se abrieron y vi salir todo tipo de gente, a medio vestir o desnuda, que corrían hacia una escalera, hacia el quinto piso; me arrastraron, aunque no se detenían ante mi presencia ni parecían reparar en mí; alcancé a ver que por la escalera de ascenso al cuarto piso aparecían los hombres de túnicas blancas.

Me ataron a una camilla, los brazos a los costados. Se pusieron en la cara unos pañue-

los blancos atados a la nuca, como jugando a los cirujanos. Me abrieron la camisa y sentí que la hoja de un bisturí me trazaba un surco en la piel, y abrí los ojos y vi brotar mucha sangre, que a la luz parecía negra.

Una explosión sacudió el edificio y cayeron varios trozos de revoque. El bisturí repitió su recorrido vertical en mi pecho hundiéndose un poco más.

Luego otra explosión, y la luz se apagó; y otra explosión y cayó más revoque y se desprendieron algunos cascotes; y otra explosión y me pareció que todo se derrumbaba.

### *Vienticincio*

De los hechos siguientes sólo tengo la vaga memoria de algunas sensaciones, y visiones fugaces que no sé hasta qué punto corresponden a una realidad. Varias manos me aferraron brazos y piernas y fui levantado bruscamente, y así me transportaron; más tarde pasaron mis brazos por los hombros de quienes caminaban a mis costados, y me obligaban a caminar; mis pies arrastraban la mayor parte del tiempo, y a veces intentaban dar unos pasos, pero no podía mantener la misma velocidad de los que me llevaban, y tropezaba o me golpeaba los pies contra algo; era más fácil dejarme llevar.

Luego me arrojaron como a un objeto; apenas sentí el choque contra el suelo, algún lugar incómodo, con escombros o piedras de gran tamaño. Allí me abandonaron y quedé solo. No estaba exactamente dormido, pero tampoco despierto; no podía abrir los ojos, y es posible que a ratos cayera realmente en el sueño; me fue imposible moverme durante un tiempo. Luego hubo más explosiones, algunas muy próximas. Me levanté, con un tremendo esfuerzo, y eché a andar.

El camino se hizo largo y penoso; me caía, volvía a levantarme después de un tiempo y seguía andando hasta caer otra vez; si lograba abrir los ojos, veía sólo una oscuridad espesa, perforada de tanto en tanto por alguna luz intensa y que abarcaba un radio muy pequeño; mis ojos volvían a cerrarse, me agarraba de muros que pronto se terminaban y volvían a caer, mientras se repetían una y otra vez las explosiones, y las luces, y los lugares alfombra-

dos de escombros y la obscuridad total.

Luego el frío se hizo más intenso, y abrí los ojos y me encontré caminando por un lugar donde flotaba una bruma espesa, que formaba halos en torno de algunos reflectores y transformaba su luz en algo amarillento y pobre que no permitía ver nada; las explosiones ya no se escuchaban y mis pies caminaban sobre pedregullo.

A pesar de tener los ojos abiertos me daba la sensación de estar dormido. Tenía el cuerpo insensible al frío y al dolor; sólo el aire al pasar por la nariz y la garganta me hacía percibir el frío; la piel parecía como aislada del sistema nervioso por una coraza elástica. El lugar brumoso me recordó aquella imagen de mi primer sueño en ese lugar, la sensación de estar me moviendo en una capa de materia oscura y densa.

También en esta oportunidad me llegó la orden de despertar; sentí la misma ansiedad que había sentido en el sueño, por encontrar una salida inmediata, y tuve el recuerdo ajeno de que la salida era hacia arriba. Pero aquello no era como agua, y seguí arrastrando los pies sobre el pedregullo, cayendo aún para volver a levantarme; y como en una borrachera muy fea, no llegaba a perder totalmente la conciencia, aunque el cuerpo y la mente me respondían mal. Era como si me hubiesen borrado la inteligencia.

Me golpeé contra algo que resultó ser un enorme portón de rejas de hierro, las que sin llegar a ver imaginé como antiguas y oxidadas, y lo empujé trabajosamente; del otro lado la niebla comenzaba a disiparse. Pronto pude ver que andaba por un amplio camino de pedregullo, a cuyos costados crecían matorrales; junto con la niebla exterior, parecía que las telarañas de mi mente comenzaban también a disiparse con gran lentitud.

Después anduve por calles y veredas angostas, y toqué paredes descascaradas, a las que los restos de niebla se pegaban y humedecían; luego, una callecita empedrada, iluminada por un solo farol, y más tarde toda una zona que comencé a reconocer como la periferia de la ciudad, próxima al puerto.

La niebla se había transformado en una débil neblina, y el cielo comenzaba a aclarar. Pasé por algunos cafetines cerrados, y por un

bar que, después que hubo pasado, hizo sonar su cortina metálica que se levantaba.

Llegué a una plaza y la reconocí. La luz eléctrica seguía iluminando débilmente los árboles, el monumento y las pequeñas rejas de hierro que la bordeaban. Me senté en un banco.

Aún no salía al sol pero el cielo estaba más claro. Eché la cabeza hacia atrás, pero no pude descansar. Pensé que mi casa estaba cerca. Tenía necesidad de acostarme. Noté que estaba vestido, con las ropas muy desgastadas y sucias. Tenía la camisa desprendida; antes de abrochar los botones, mis dedos recorrían una larga y antigua cicatriz vertical en el pecho. En los bolsillos del saco estaban aún las hojas escritas a máquina; las toqué como a un objeto familiar y querido y me dieron cierta tranquilidad. Los zapatos estaban deshechos. Mis cabellos eran una masa que no pude desenredar.

Me puse de pie y comencé a caminar lentamente en dirección a mi apartamento. Las calles seguían desiertas. Era una hermosa madrugada; ahora no hacía frío; podía ser primavera.

A lo lejos sonó el tableteo de una ametralladora. Mucho más tarde, el aullido de la sirena de un coche policial. Al llegar al zaguán de mi apartamento, y casi cuando comenzaba a subir la escalera, el tiroteo se repitió más cercano.

El apartamento estaba en desorden. Fui derecho a la pieza del frente y me apoyé en el balcón. Ahora sí, asomaban débilmente algunos rayos de sol.

Estuve largo rato allí. Pasaron algunos omnibus y dos o tres taxímetros. Se escuchaban aún disparos lejanos. Como hipnotizado, no podía moverme del balcón.

Después fui despertando del todo, saliendo de aquel estado de embotamiento, y mi cabeza comenzó a funcionar. El cielo estaba mucho más claro, ya había amanecido, aunque los edificios todavía tapaban el sol.

Pensé que Ana estaría vistiéndose para ir a la oficina, o probablemente tomando el desayuno. Pensé en llamarla por teléfono. Recordaba su número. Pero sentí que no hubiese podido decirle nada. Quizás, el número de su teléfono estaba mejor grabado en mi memoria que ella misma. Recordé que guardaba una foto suya en el cajón del escritorio; pero tam-

poco me moví para buscarla.

Fui hasta el cuarto de baño, que me pareció encontrarse muy lejos. El corredor de mi apartamento es demasiado largo; me hizo recordar los otros corredores por donde anduve tanto tiempo.

Me desnudé, y vi reflejada en el espejo la imagen de un ser que no se parecía mucho al recuerdo que tenía de mí mismo. La cicatriz era una delgada raya blanca, apenas visible. En la canilla del lavatorio no había agua, tampoco en la ducha.

Pasé al dormitorio. Mostraba un reguero de ropas, y los cajones estaban volcados sobre el piso. Durante mi ausencia habían revuelto todas las cosas. No tuve ganas de examinar nada; ahora me sentía invadido por verdadero sueño. Me acosté y me tapé con ropas húmedas. Me dormí.

#### *Veintiséis*

Al despertar comprobé el mismo desorden en el resto de la casa. En alguna parte habría un caño roto, y el agua había humedecido las paredes y el piso de la cocina. Las marcas en las paredes indicaban que en algún momento la inundación había sido considerable. También había revoque caído en varios sitios, y se veía el ladrillo. De un canasto que estaba en el suelo, nacían varias guías verdes, probablemente boniatos que habían crecido con el agua; la enredadera trepaba por las patas de la mesa y de dos sillas.

En la cocina tampoco había agua, ni funcionaba la electricidad en toda la casa. Volví a la pieza del frente, sin haber podido lavarme la cara. Tenía los ojos irritados, y un cansancio general muy grande. A pesar de todo me senté al escritorio, a continuar mis apuntes, y de pronto, al escribir, pensé que no podía ser casual que en aquel lugar siempre hubiera tenido a mano papel y lápiz, que al hacer apuntes, quizás estaba cumpliendo sin saberlo con la voluntad de quienes me habían llevado allí. Pero no tienen sentido, ya, estas cavilaciones. Nunca lo tuvieron.

En este momento me detengo. El cansancio que me abruma es más que físico; viene, tal vez, de muy lejos. Quiero pensar un instante en mi futuro, pero mi mano no deja de escribir. Quiero preguntarme por qué no me atrevo a

llamar a Ana por teléfono, o a mis amigos. Por qué no me entusiasma la idea de volver a mi trabajo, a mis cosas cotidianas. Por qué esta ciudad, ahora que comienza nuevamente a anochecer, me resulta extraña y hostil. Mi memoria se obstina en volver una y otra vez a la aventura vivida en el lugar aquél.

Los túneles no explorados, las puertas no abiertas, el idioma no aprendido, los hombres con quienes no llegué a hacer amistad, las mujeres a quienes no llegué a amar ni conocer. Recuerdo a Mabel, y pienso que quizás realmente estuviera esperando un barco en aquella playa. Recuerdo a mi predecesor, agonizante junto a sus lentes rotos, y mi impotencia. Pienso que por miedo pude haber matado al Francés de un balazo. Y que quizás Alicia realmente me amaba, y yo no llegué a verla. Y que por algún motivo el niño rubio alzaba a menudo sus brazos hacia mí.

Ahora que la ciudad, mi ciudad, me resulta ajena y aun repulsiva, pienso que estoy repitiéndome en mi actitud de aquel otro lugar. Que no lograré aproximarme realmente a ninguno de mis amigos, ni a Ana, ni a ninguna otra mujer; que sólo los utilizaba para olvidar la soledad, para evadirme de este ser que me habita, que me odia, que me obliga a actuar en contra de mí mismo.

Sí, ahora veo que siempre me moví entre extraños, sin amarlos; y que yo mismo soy un extraño para mí. Tan ajeno como esta ciudad, como esta casa, como aquella otra ciudad y sus selvas y túneles. El extraño soy yo.

Mis manos siguen escribiendo y voy leyendo lo que escriben con rara fascinación. De pronto las veo como seres independientes, y siento un nudo en la garganta y ganas de dar un alarido.

La calle está raramente silenciosa. Apenas pasa algún coche de tanto en tanto. A lo lejos, algún disparo de arma de fuego, o un entrecortado tableteo de ametralladora.

No tengo sueño. Tengo sed. Tengo hambre. No tengo sueño pero quiero dormir. Quisiera dormir sin soñar, dormir mucho tiempo sin imágenes, liberar mi mente de todo pensamiento y mi cuerpo de toda sensación. Los interrogantes se siguen sucediendo, mis manos siguen escribiendo, pero no surge ninguna respuesta.

AMBROSE BIERCE

## La Fortuna y el Fabulista



**U**n escritor de Fábulas atravesaba un bosque solitario cuando se encontró con una Fortuna. Muy asustado, trató de subir a un árbol, pero la Fortuna lo hizo bajar y lo acorraló con cruel insistencia.

—¿Por qué intentaste escapar? —dijo la Fortuna, cuando los gritos y los movimientos del hombre cesaron—. ¿Por qué me mirás de ese modo tan poco hospitalario?

—No se qué eres —respondió el Escritor de Fábulas, muy alterado.

—Soy riqueza; soy respetabilidad —explicó la Fortuna—; soy casas elegantes, un yate, y una camisa limpia todos los días. Soy ocio, soy viajes, vino, un sombrero con brillo y un traje sin brillo. Soy dinero suficiente para comer.

—Está bien —dijo el Escritor de Fábulas, en un susurro—, pero por Dios habla más bajo.

—¿Para qué? —preguntó la Fortuna, sorprendida.

—Para no despertarme —respondió el Escritor de Fábulas, mientras se le dibujaba en el rostro una calma perfecta.

Jacques Tardi

# EL DEMONIO DE LOS HIELOS

Resumen de lo publicado:

*En 1889, los tripulantes del transatlántico "El Anjou", descubren en el Artico el "Iceland Loafer", un extraño buque clavado en un iceberg. El pasajero Jerome Plumier, y varios tripulantes lo abordan y descubren que la tripulación del barco encallado está petrificada: el capitán, como una estatua, señala con un dedo un punto en el mapa que tiene desplegado sobre la mesa. Plumier y sus compañeros miran asombrados. De pronto oyen una explosión, y ven que "El Anjou" se hunde rápidamente. Ellos son los únicos sobrevivientes. Durante varias semanas navegan a la deriva en ese barco de muertos, acosados por el hambre y el frío. Un navío holandés rescata a los que consiguen sobrevivir, Plumier y tres marineros, y los trasladan a Amsterdam. Plumier se lleva consigo la carta de navegación. ¿Qué puede ser ese punto misterioso señalado por el capitán petrificado? ¿Qué le habrá sucedido a la tripulación del "Iceland Loafer"?*

## II

### Los funerales de Louis-Ferdinand Chapoutier



De vuelta en Francia, Jerome Plumier se dirige a París a casa de su tío Louis-Ferdinand Chapoutier, vagamente inventor, marginado de la familia, incluso despreciado por ella, pero muy querido por Jerome.



La puerta permanece cerrada pese a los repetidos golpes del aldabón del pórtico.



NO LE ABRI-  
RAN, JOVEN.  
SI VIENE A VER  
A ESE POBRE  
SEÑOR CHAPOU-  
TIER, NO TIENE GUER-  
TE. EN ESTE MISMO  
MOMENTO LO ENTIE-  
RRAN EN EL CEMEN-  
TERIO DE MONT-  
PARNASSE.



¡MUERTO!

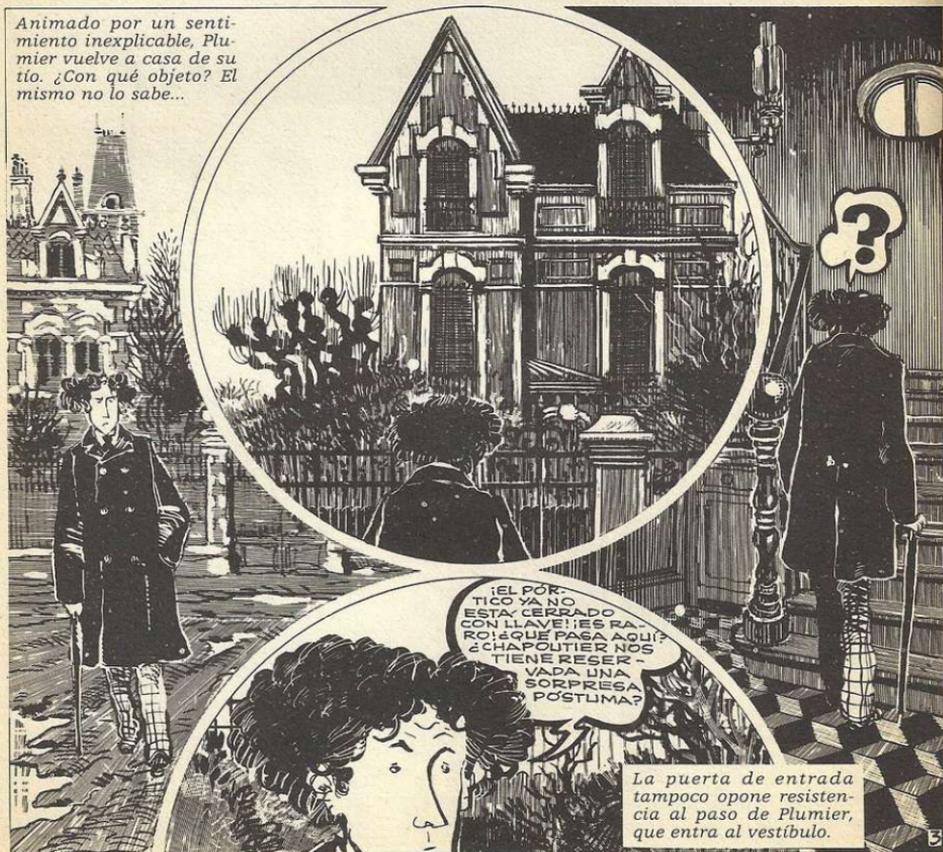


Inmediatamente J. Plumier se dirige al cementerio de Montparnasse.





Animado por un sentimiento inexplicable, Plumier vuelve a casa de su tío. ¿Con qué objeto? El mismo no lo sabe...

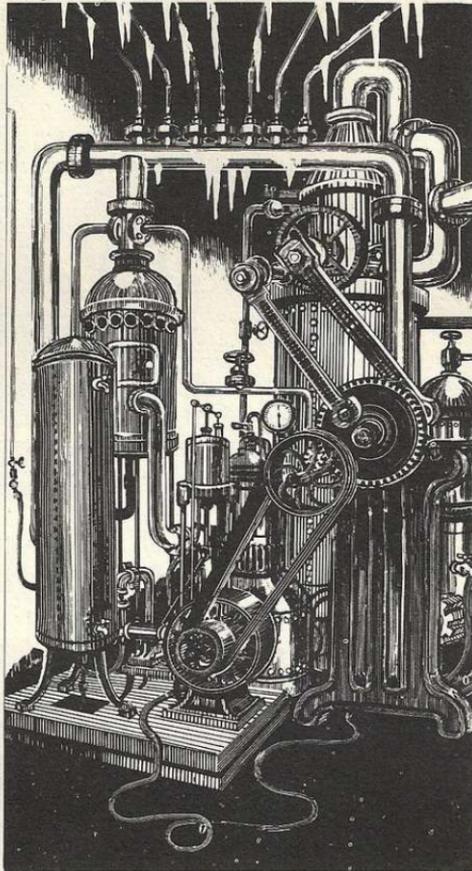


¡EL PORTICO YA NO ESTÁ CERRADO CON LLAVE! ¡ES RARO! ¿QUE PAGA AQUÍ? ¿CHAPOUTIER NOS TIENE RESERVA? ¿VAYA UNA SORPRESA POSTUMA?

La puerta de entrada tampoco opone resistencia al paso de Plumier, que entra al vestíbulo.



Al fondo del laboratorio hay una puerta que da a una pieza oscura en medio de la cual se encuentra una sorprendente y compleja máquina, cuya función escapa al intrigado visitante...



PERO...  
SOBRE  
LOS  
CANOS...  
ES...  
**¡HIELO!**



HIELO... HIELO  
... HIELO... HIE-  
LO; CARRAM-  
BA! ¿QUE  
QUIERE  
DECIR?



¡EH!  
¡PERO  
HAY ALGUIEN  
EN LA CASA!





¿QUIEN ES LISTED?  
¿QUE HACE EN CASA DE MITIO?  
¡RESPONDA!

¡AAAAH!  
¿EHHH?



VINE A BUSCAR MIS COSAS. ASI QUE LISTED ES EL SOBRINO DEL SEÑOR CHAPOLTIER. NUNCA ME HABLO DE LISTED. YO LE HACIA LA LIMPIEZA. ME OCUPABA DE CUENTEME. EL.

CUENTEME.



MIRE, SEÑOR, SU TIO ESTABA MUY ENFERMO POR CAUSA DEL ASMA, COMO SABRA, PERO ESO NO LE IMPEDIA FUMAR MUCHO, SOBRE TODO ESTOS ULTIMOS TIEMPOS, Y EL AIRE ERA IRRESPIRABLE EN LA CASA SIEMPRE CERRADA. ME PROHIBIA ABRIR LAS VENTANAS PARA AIREAR UN POCO, NI LOS POSTIGOS QUERIA QUE ABRIERA. IMAGINESE QUE VO LO RETABA, PERO NO HABIA NADA QUE HACER.

¿SU ASMA?



LUEGO, HACE TRES MESES, SE METIO EN CAMA PARA NO LEVANTARSE MAS. NADIE VINO A VERLO, YO ME OCUPE DE TODO, HASTA DEL ENTIERRO. NINGUNA PERSONA DE SU FAMILIA SE PREOCUPO POR EL... SI SERA TRISTE, SEÑOR, IRSE ASI: DEBIMOS ENTERRARLO LO ANTES POSIBLE CONSIDERANDO EL ESTADO DEL CUERPO. CUANDO MURO SOLO ESTABAMOS EL DOCTOR Y YO.

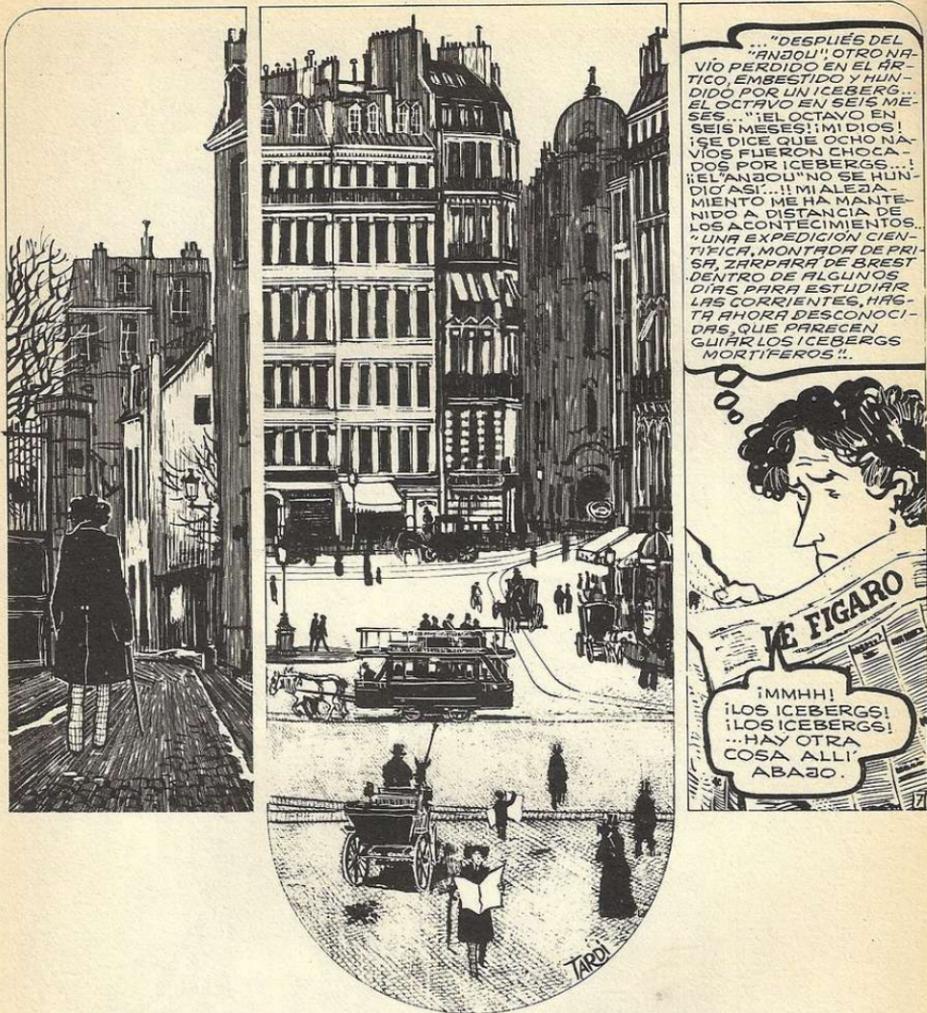
LE AGRADEZCO TODO LO QUE HIZO.

ESTABA MUY ABSORBIDO POR SUS BIENOS. TRABAJO HASTA EL ULTIMO MOMENTO.

HABLEME DE ESA MÁQUINA EN LA PIEZA DEL FONDO.



...ESO NO LO MENCIONABA JAMAS, Y NO LE GUSTABA MUCHO QUE YO FUERA A HACER LA LIMPIEZA. POR OTRA PARTE EN ESTOS ULTIMOS TIEMPOS ME HABIA PROHIBIDO ENTRAR... NUNCA ME HABLABA DE ELLA Y NO ME DICO PARA QUE SERVIA, PERO VIEL HIELO ME DA MIEDO ESA COSA MECANICA... ¡UN INVENTO DEL DIABLO!



... "DESPUÉS DEL  
"ANOU" OTRO NA-  
VIO PERDIDO EN EL ÁR-  
TICO EMBESTIDO Y HUN-  
DIDO POR UN ICEBERG...  
EL OCTAVO EN SEIS ME-  
SES... "EL OCTAVO EN  
SEIS MESES! ¡MI DIOS!  
¡SE DICE QUE OCHO NA-  
VIOS FUERON CHOCA-  
DOS POR ICEBERGS...!  
¡EL "ANOU" NO SE HUN-  
DIO ASÍ...! ¡MIALEJA-  
MIENTO ME HA MANTE-  
NIDO A DISTANCIA DE  
LOS ACONTECIMIENTOS...  
"UNA EXPEDICIÓN CIENTÍ-  
FICA, MONTADA DE PRISA,  
ZARPARÁ DE BREST  
DENTRO DE ALGUNOS  
DÍAS, PARA ESTUDIAR  
LAS CORRIENTES, HAGA-  
TA AHORA DESCONOCI-  
DAS, QUE PARECEN  
GUIAR LOS ICEBERGS  
MORTÍFEROS!"

¡MMHH!  
¡LOS ICEBERGS!  
¡LOS ICEBERGS!  
...HAY OTRA  
COSA ALLÍ  
ABAJÓ.

Con el corazón lleno de una angustia sorda y la cabeza repleta de preguntas, J. Plumier deambula. La muerte de Chapoutier tiene algo de inquietante para él. Es verdad que su tío fumaba, pero Plumier ignoraba que fuera asmático. Esa manía de encerrarse no parecía cosa del viejo inventor. ¿Y esos animales que aparecieron en formol? ¡Chapoutier jamás había ensayado con animales! Y sobre todo esa máquina extraordinaria con las cañerías cubiertas de hielo, aparentemente abandonada de prisa, como si en las investigaciones del tío la especie animal se hubiera hecho de pronto más importante que las oscuras reparaciones. Por último esas noticias en el diario, esas historias de icebergs. Pero eso no tiene ninguna relación... Mientras, J. Plumier camina a paso más decidido. ¿Acaso vislumbra la solución de todos estos misterios?

Amigos de *El Péndulo*:

Aunque con cierto retraso, quisiera responder algunas de las dudas manifestadas en la carta de Jorge Bellone del número 4 en relación con mi artículo sobre dos novelas recientes de Tiptree y Martin.

En primer lugar, creo que el artículo cantaba desde el título y seguía diciéndolo claramente en su transcurso que el tema general al que se aludía era el de un momento difícil para la novela de ciencia ficción anglosajona, y no del género en su totalidad literaria o geográfica, como parece haber entendido Bellone.

Creo que el cuento y la novela corta de ciencia ficción siguen con buena salud. Es más: las novelas leídas recientemente de R. A. Lafferty, John Varley, George R. R. Martin o Robertheckley me han parecido inferiores a las obras cortas de los mismos autores. En muchos casos (*Titán*, de Varley, o *Saltamundos*, de Lafferty) he tenido la impresión de leer cuentos inflados al tamaño de novelas, tal vez por razones de conveniencia comercial, tanto para el autor como para el editor. La colección de cuentos sigue siendo de difícil colocación, a despecho de su calidad, fenómeno que se repite en nuestro país: en una conversación reciente con el encargado de seleccionar material de ficción para una colección de narrativa argentina, éste me afirmaba al mismo tiempo: a) que en la literatura argentina había muchos buenos cuentistas y muy pocos novelistas rescatables; b) que para la colección preferían elegir casi exclusivamente novelas.

En lo que se refiere a la colección Minotauro, sus diez primeros títulos fueron *Crónicas marcianas* y *El hombre ilustrado* de Bradbury, *Más que humano* de Sturgeon



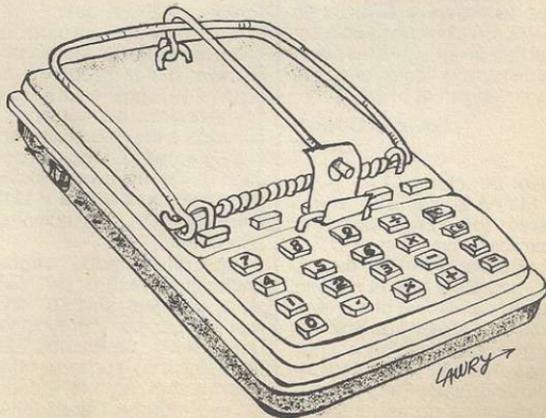
*Mercaderes del espacio* de Pohl-Kornbluth, *El fin de la infancia* de Clarke, *El hombre demolido* de Bester, *El día de los trífidos* de Wyndham, *El color que cayó del cielo* de Lovecraft, *Ciudad* de Simak y *Juan Raro* de Stapledon. Sigo creyendo que se trata de una muestra más compacta que los últimos volúmenes dados a conocer.

De la lista que cita Bellone pocos títulos se ajustan al campo de la novela de c.f. anglosajona tratado por mi artículo, y de ellos sólo concuerdo con su respeto por *Pavana*. También admiro, y mucho, *Los agonistas* de Casey, un libro de cuentos de Richard McKenna, y *Solaris*, la espléndida novela del polaco Lem. Tengo mis dudas en cambio tanto con *Crash*, de Ballard

(prefiero volúmenes de cuentos como *Playa terminal*) como con *El señor de los anillos*, esa vastísima saga fantástica que me provoca más aburrimiento que fascinación. El problema residiría además en los títulos de Minotauro que Bellone no cita, volúmenes mediocres como *Kalki*, de Gore Vidal, *Frankenstein desencadenado*, de Aldiss, *El programa final*, de Moorcock, *El señor de la luz*, de Zelazny, y algunos otros.

El límite de espacio de la nota me impedía extenderme en este punto, que ahora detallo como pide Bellone. En cuanto a la novela de Martin, para concretar lo que entiendo por "cascotes estilísticos en los que el lector no aficionado tropieza una y otra vez hasta abandonar descorazonado la lectura", y que conformarían las "fajas" más falibles del texto, copiaré al azar dos fragmentos de *Muerte de la luz*:

"Garse es mi verdadero nombre, pero es el adecuado para usted. Según la costumbre kavalari, el uso de ese nombre revelará una relación que de hecho entre nosotros no existe. Garse es un nombre para mi *teyn*, mi *cro-betheyn* y



mis *kethi*, no para un forastero. En rigor usted debería llamar-me Garse Jadehiero, y a mi *teyn*, Jaantony alto-Jadehiero." (Pág. 99).

"Así estalló la última altague-rra, Jadehiero, Acerorrojo y Shanagato se unieron y sojzoga-ron a Braith, pese a las armas kimdissi. Pero Vikor alto-Acerorrojo murió, y el número de bajas fue terrible. La liga de Altoseñores sobrevivió al fun-dador sólo unos años más. Los Braith, derrotados, se afe-rraron a la creencia de que los cuasi-hombres kimdissi los habían engañado y usado pa-rá sus propios fines..." (Pág. 222).

Puede objetarse que tales fragmentos (que rozan la jeri-gonza) están fuera de contex-to, pero quien ha leído *Muerte de la luz* sabe que el mismo tono impera en gran parte de la novela, y es el que hace que ésta, a mi juicio, sea morosa, a pesar de fragmentos de ac-ción física como duelos aé-reos o persecuciones.

Con estas líneas he queri-do contestar las preguntas que tácita o explícitamente plantea la carta de Bellone. Las novelas que ambos discu-timos son recientes, y ello hace un tanto arriesgadas nues-tras opiniones a favor o en contra. En última instancia sólo el tiempo espigará las nove-las de ciencia ficción que real-mente valgan la pena.

Eduardo Dolpher  
Capital

Señor Director:

Me he abalanzado (liter-al-mente) sobre *El Péndulo* nº 5, aparecido ayer.

Hoy, ya devorado, me pa-rece increíble que el material mejor de número en número: Excelente el relato de Spinrad; magnífico "Casablanca"; her-mosas las ilustraciones (espe-cialmente las de Fati y Sanzol). La historieta no es mi fuerte;

de todos modos, la de Tardi me gustó mucho más que la de Bilal-Christin.

Pero donde quedé más gratamente sorprendida fue ante el cuento "Fases", de Carlos Gardini. No desentonar en presencia de los "mons-truos" anglosajones sería de por sí un logro. Gardini no se limita a eso; tiene un clima su-tilmente extraño, mágico. Ese mundo cambiante, pleno de texturas y colores intensos me atrapó, me "enganchó" a sus imágenes y me mostró lo in-justificado de mis prejuicios ha-cia los autores nacionales. ¿Estará naciendo una ciencia ficción argentina con rasgos y escritores propios? ¿Acompa-ñarán a mi querida Angélica Gorodischer, toda una gene-ración de jóvenes y promiso-rios cuentistas? Espero que así sea y que *El Péndulo* con-tribuya a su descubrimiento.

Mientras tanto, algo más de U. K. Le Guin y Joan Vinge. También de Kit Reed, a quien recuerdo de la revista *Mino-tauro*.

¡Por muchos años de *El Péndulo*!

Lo saluda

Graciela Sánchez  
Capital

Amigos de *El Péndulo*:

Esto, más que una carta, es una *convocatoria*. Me engan-cho a las ganas de José María Aguirre de "viajar en el tiempo sin necesidad de máquina" y *convoco* a los masallistas so-brevivientes. Coincido con Juan C. Ceriani en mi calidad de novadimensionista y tam-bién *convoco*... ¿A quiénes? ¿Para qué?

Los difuminados, vagos, enclenques rasgos del "fan-dom" nacional, sólo se adivi-nan en "Correo", "Proyectiles Dirigidos" y "Se Escribe". En esos rincones supe de quie-nes nombra Aguirre; conocí de ese modo a Daniel Luján

Heredia; obtuve los apellidos de los destinatarios potencia-les de este llamado:

Roberto F. Morales, Daniel A. Corchuelo, Eduardo Abel Giménez, Carlos José Chiara-lli, Irene Leonor Góndes, Renato Illari, Claudio Anibal Pironi, Alberto N. Manfredi, Floreal Horacio Crespo, José Cruz Ceriani, Ernesto Imakure, Er-nesto García Merayo, Francis-co R. Quaglia, Raquel L. Soto, César R. López Orbea, Rodol-fo Emilio Caveri, Ricardo Gar-cía Olivieri, Gerardo D. López, Roberto Carlos Demarco, Jav-ier A. A. Molinari, Jorge Emilio Strittmatter, Liliana Olga Ro-dríguez, Ricardo Ernesto Tet-taz, Valentín A. Ladra, Luis Pa-blo Francescutti, Héctor O. Ta-gliabue, Juan Manuel López Seco y Jose Andrés Bonetti...

Salvo omisiones involunta-rias, errores (José Cruz Ceri-ani) bien puede ser Juan C. Ceriani) y semianónimos, los cita-dos (y Elvio Gandolfo y yo) vie-ron sus cartas publicadas a través de catorce años de "Nueva Dimensión". Tal vez a algunos la SF ya no les intere-se y no se han aproximado a *El Péndulo*. Pero bien puede na-cer, de la enumeración, un eco, una agitación...

Al grano:

Propongo un encuentro del "fandom" nacional para me-dios de 1982. En torno a *El Péndulo*, a Marcial Souto, a Pablo Capanna, a Anibal Vine-lli, a Carlos Gardini, a Angélica Gorodischer, a Elvio Gandol-fo, a todos los que alguna vez escribieron SF... y a quienes alguna vez la leyeron.

Por ahora, esto es un sueño una *protoconvención*. Espero iniciativas, sugerencias, insul-tos, ayuda, cartas, mo-vimien-to...

¡ESCRIBANME!

Sergio Gaut vel Hartman  
Avda. Pueyrredón 951 - 7° "D"  
1032 Capital

Señor Director:

Realmente me encuentro totalmente de acuerdo con la nota aparecida en vtro. n° 3 del presente año, en lo expuesto en la página 81, cuyo tema alude a los maltratados "platillos voladores".

No sólo coincido con el Sr. Sladek (autor de la nota), sino que la misma reafirma mi convicción en cuanto a que sobre el tema se han escrito miles de desatinos. La misma nota es una muestra evidente de ello.

Es absolutamente verdadero que miles de testigos (y sus cámaras y filmadoras) de cien-

tos de lugares distintos, se han confabulado para tratar de hacernos creer que han visto fenómenos extraños, con el fin de hacernos dudar de un principio inmutable y sagrado: somos los únicos habitantes de este vasto universo.

Por otra parte, la gran cantidad de accidentes aéreos que a diario ocurren, confirman la total ineptitud de todos los radaristas del mundo, capaces de confundir nubes y fulgores con objetos sólidos y de trayectoria inteligente.

No, evidentemente nos quieren engañar...

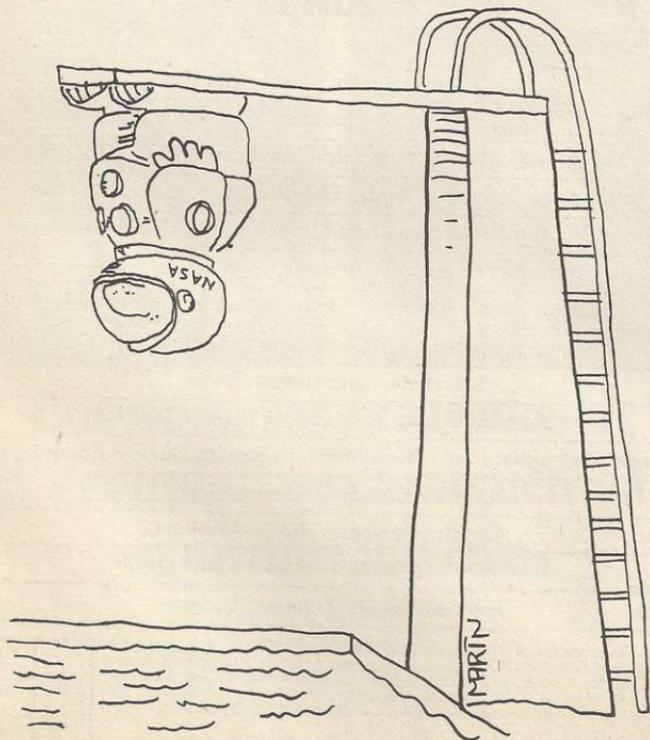
Sr. Sladek, gracias por su

artículo. Ya sospechaba yo que todo eso era una farsa urdida por un montón de locos que no tienen otra cosa que hacer o de qué hablar. Prueba de ello, es que el Estado Argentino (al cual le sobra el tiempo, pues no tiene otras cosas de importancia que resolver) reconoció oficialmente la existencia de los OVNIS hace aproximadamente ya dos años.

A partir de su nota, voy a dormir mucho más tranquilo. Nuevamente gracias.

Atte.

Carlos A. Gilio  
Capital



# EN PROXIMOS NUMEROS

● La autobiografía de Alfred Bester, osado y talentoso experimentador que, a pesar de una muy reducida producción, ha conseguido renovar continuamente el género. Como ejemplo, presentaremos uno de sus cuentos, "El gran sueño", admirable ejercicio sobre el arte de la evasión.

● La continuación de *Los nuevos apócrifos*, de John Sladek, y *El demonio de los hielos*, de Jacques Tardi.

● Más episodios de la vida en Moderan, el mundo de plástico poblado por seres de carne y metalnuevo.

● "Hacia la Era del Sueño", de Richard A. Lupoff, sobre la vida cotidiana, en un distante futuro, de los tripulantes de barcos interestelares: descendientes de aborígenes australianos que poseen en la piel toda la melanina necesaria para resistir, en el espacio, las radiaciones solares.

● Interesantes muestras de la ciencia ficción italiana: "Energía profunda", de Inisero Cre-maschi (análisis del film que intenta explicar un experimento extremo con todas sus consecuencias: la aceleración de una nave hasta velocidades cercanas a la de la luz), "El sabio", de Massimo Pandolfi y "Homines erecti", de Teodoro Giuttari.

● Además, Ursula K. Le Guin, Brian W. Aldiss, Norman Spinrad, Gene Wolfe.

## EQUIPO

Director Editorial **Andrés Cascioli**

Jefe de Redacción **Marcial Souto**

Diseño Gráfico **Sergio Pérez Fernández**

Colaboran en este número **Élvio E. Gandolfo • Aníbal M. Vinelli • Fati • Sanyú • Raúl**

**Fortín • Kike Šanzol • Limura • Grondona White • Carlos Nine**

Producción gráfica **Carlos Alberto Pérez Larrea • Fabián Di Matteo • Alejandro**

**Turiansky • Fernando Brenner • Eduardo Echániz**

Laboratorio **E Barrera • Miriam Varela • Laura Porcel de Peralta • Alejandro Blanco**

Coordinación General **Juan Zahlut**

Secretaría General **Nora Bonis**

Publicidad **Carola de la Fuente • Osear Deutsch**

Corrección **Elvira Ibargüen • Nora Meeroff • Sandra Russo • Eduardo Mileo**

Director Comercial **Ricardo Portal**

Director de Ventas **Rubén Alpellani**

Gerente Administrativo **Jorge Antonio Orfila**

Fotocomposición **Linotipia Cometa**

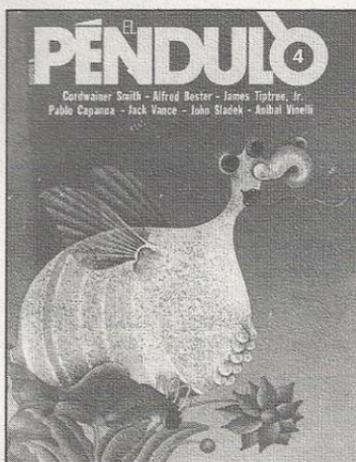
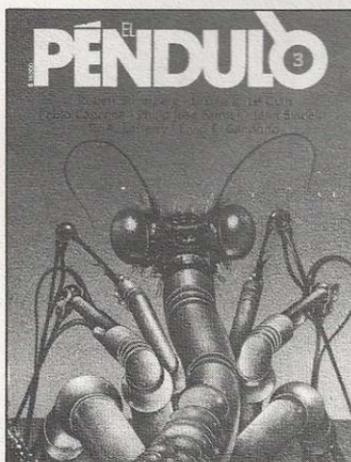
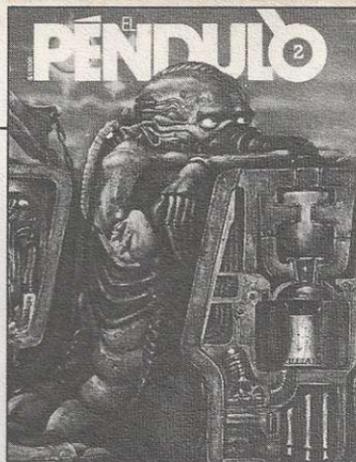
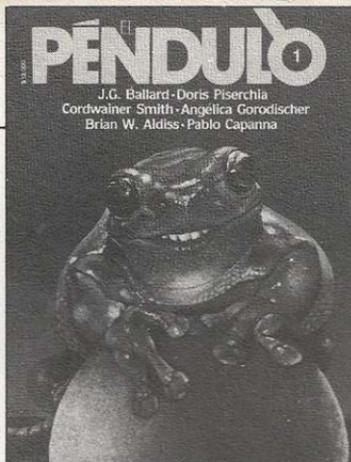
EL PÉNDULO N° 6 - Segunda Época - Revista mensual. Editada por Ediciones de la Urraca S.A. Redacción y Administración: Salta 258, (1074) Capital, Buenos Aires, Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual 111032. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cía. Distribuidora en el interior: SADYE S.A.C.I.F. Belgrano 355, Capital. Distribuidores en el Exterior: Cielosur Editora S.A.C.I. Casilla de Correo 4504. Director: Andrés Cascioli.

ENERO 1982

102 / EL PÉNDULO 6

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Correo Argentino Central (B)	Franqueo a pagar 822
	Tarifa Reducida 3672
	Franqueo Pagado 4052



Los números atrasados de  
“El Péndulo” se consiguen en las  
siguientes librerías

Fausto, Corrientes 1311

Cenit, Corrientes 1243

Martín Fierro, Corrientes 1264

Discépolo, Corrientes 1316

Fausto, Santa Fe 1715

La Vía Regia, Corrientes 1145, local 17

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



J. G. BALLARD • DAVID R. BUNCH • ELVIO E. GANDOLFO •  
SERGIO GAUT VEL HARTMAN • SAM J. LUNDWALL • MARIO LEVRERO •  
RACCOONA SHELDON • JOHN SLADEK • MARCIAL SOUTO • JACQUES TARDI •  
CASCIOLI • FATI • LIMURA • NINE • KIKE SANZOL • SANYU •

Nº 6 \$30.000